Desaprendiendo las múltiples significaciones de Emiliano Zapata: Hacia una lectura decolonial.

A Dissertation Presented for the
Doctor for Philosophy
Degree
The University of Tennessee, Knoxville

Andrea Perales Fernández De Gamboa
August 2017

Copyright © 2017 by Andrea Perales Fernández de Gamboa.
All rights reserved.

ESKAINTZA/ DEDICATORIA

Ama, aita eta ahizparentzat, beti nirekin bihotzean, beti ondoan.

AGRADECIMIENTOS

La escritura de una tesis es uno de los procesos más solitarios y de autodescubrimiento que una persona puede emprender en su vida. Las causalidades y casualidades de la vida me trajeron a Knoxville con un proyecto académico y vital tan incierto como prometedor. Cuatro años después, siento que este camino está culminando con un crecimiento a todos los niveles. A pesar de esta soledad a la que te lleva la abstracción y la escritura constantes, existen muchas personas a las que debo agradecer, de todo corazón, su apoyo y su presencia en esta andadura.

La inestimable guía, consejos, e incluso terapia del Dr. Michael Handelsman no puede ser expresada con palabras. Sé que sin su confianza en mi capacidad intelectual y su apoyo y constantes consejos, tanto a nivel humano como profesional, este proyecto no hubiera podido seguir adelante. En la transición de investigar sobre la literatura mexicoamericana a la latinoamericana, y con todo el bagaje que esto conlleva en un corto periodo de cuatro años, también quiero agradecerles a los profesores Óscar Rivera-Rodas y Luis Cano la transmisión de su conocimiento y su sostén, en todo momento, en este camino apenas comenzado a recorrer. Tampoco puedo olvidarme de los otros dos miembros de mi comité de tesis: gracias a los doctores Olsson y Ávila por su confianza en mí y por sacarme de la literatura, mi zona de confort, e inspirarme con sus perspectivas sobre un territorio tan complejo como México. Por último, no me quiero olvidar de mi mentora en mi otra *alma mater*, la Dra. Amaia Ibarraran, ya que sin ella sé que esta aventura nunca hubiera comenzado allá por 2006. *Eskerrik asko danagatik*.

Este proyecto de vida de cuatro años no podría haber salido a flote sin gente maravillosa con la que he compartido mi vida a lo largo y ancho de este mundo, y que sin ellos hubieran

hecho mi experiencia mucho menos gratificante. A mis chicos de Knoxville, Leo, Nico, Adrien, Julián, Paúl, Paulo y Toño: gracias por todos esos momentos de risas y conversaciones sin fin. A las grandes mujeres de mi vida: Karla, Izaskun, Josune, Ainhoa y María en Gasteiz, y aquí en Knoxville Ángela, Jenny, Kukuly, Ana y Yani, amigas del alma, fuertes y orgullosas que me han ayudado a sacar lo mejor de mí. Gracias por comprenderme, aguantarme en mis delirios, y llorar y reír conmigo. *Beti nirekin*.

Y a mi familia, ¿qué puedo deciros? Gracias por toda una vida de amor incondicional, apoyo y estabilidad. Gracias ama y aita por enseñarme que trabajando duro con perseverancia, y sobre todo con pasión, se llega a la meta. Os debo todo. Y Bea, hermana, amiga, compañera, gracias por bajarme a la tierra en cada momento, por respaldarme y protegerme, porque muchas veces tú has sido el ancla que he necesitado para volver a mí. Y ahora, en este futuro tan incierto, saber que vuelvo a casa y que pase lo que pase vais a estar ahí, me reconforta. Por último, gracias Bill y Debbie McLaughlin, por vuestro apoyo estando lejos de casa durante mi estancia en Moscow, Idaho, y por una amistad que ha traspasado barreras geográficas y que siempre va a durar.

Porque el tiempo fluya tan armónicamente como lo ha hecho hasta ahora.

ABSTRACT

My research examines how the image of General Zapata, the southern leader of the Mexican Revolution (1910-1920), has been utilized in diverse representations of Mexican cultural production of the twentieth and twenty-first centuries. According to my analysis, the different versions that Zapata has been given correspond to a diverse set of ideologies and local and state values that varied across the twentieth and twenty-first centuries. From the construction of the post-revolutionary state in the 1920s to contemporary literature, the figure of the southern hero has embodied the traits that constitute a national hero, in spite of the fact that he was criminalized and regarded from the highest spheres of power as the "Attila of the South." Nevertheless, he has been represented as the epitome of Mexicanness in the creation of modern Mexico despite his manifestos that illustrate a foundational ethos based on ancestral knowledge as opposed to modern theories of capitalist development.

The primary sources utilized in this dissertation vary from Zapata's political manifestos to folk-songs and theater, culminating with today's Zapatista revolution in Chiapas, Mexico, and its anti-establishment representations of a plurinational Mexico. The textual analysis of these diverse narratives will demonstrate that each one belongs to a specific ideology and historical context. These representations, when taken together, constitute the cyclical nature of a cultural and historical process that returns Zapata's representation to his Pre-Columbian epistemological roots as interpreted by the contemporary indigenous Zapatista army. The circularity of the analysis serves to exemplify a process of mental emancipation from colonial legacies that marginalized sectors of Mexican society have championed but who have been largely ignored by Mexico through exclusion. Moreover, this analysis, when understood from its particular

territorialisation, exemplifies the inherent tensions between indigenous communities and an ongoing modernity promoted by neo-liberal states which appropriate and resignify their symbols, territories and folklore.

Keywords: Zapata, decoloniality, manifestos, corridos, social theater, Revolution, national identity, representation.

TABLA DE CONTENIDO

INTRODUCCIÓN 1-14
CAPÍTULO I:
DESDE MORELOS A MÉXICO: LA INCORPORACIÓN DE LOS SABERES OTROS EN LOS DOCUMENTOS DE EMILIANO ZAPATA 15-79

Deslindando los antecesores de Emiliano Zapata: Panorámica histórica-social de Morelos 17-37
El periódo –pre-hispánico y colonial y su organización social y espacial: El caso de Morelos 17-24
Organización social y división de las tierras de 1821 a 1876: La reconfiguración de la colonialidad del poder 24-29
El Porfiriato (1876-1910) y la modernización del latifundio: Emiliano Zapata y la forja de un líder 29-37
Emiliano Zapata: ¿Héroe circunstancial o precursor de la revolución? 37-40
Articulando el pensamiento fronterizo a través de los documentos de Emiliano Zapata: Morelos como territorio de creación de una epistemología y comunidad otra 40-75
Zapata: ¿autor o ideólogo de los textos? 43-47
La organización social de los documentos de Zapata: Hacia un socialismo raizal local 47-62
Diseñando el espacio zapatista: La recuperación del territorio como espacio de vida 62-75
La incorporación de Emiliano Zapata al discurso oficial revolucionario: De Anenecuilco al panteón de héroes de la Revolución 75-79

CAPÍTULO II:
"A TI NO TE ENTERRARON EMILIANO, A TI TE CANONIZARON": CONSTRUYENDO AL ZAPATA POPULAR EN EL CORRIDO MEXICANO 80-140

Debates en torno al corrido: La problemática alrededor de la definición, origen y caracterización de la canción popular mexicana 83-103
La bola suriana como fenómeno telúrico a las regiones centro-sur de México 91-93
Hacia una caracterización del corrido: Memoria y regionalismo 93-97
El héroe en el corrido y la representación de Emiliano Zapata 98-103
Cantando en la bola: (Des)encuentros entre los corridos capitalinos y zapatistas durante la revolución mexicana 103-137
Las canciones oficialistas, o la apropiación de una forma popular desde la colonialidad 103-116
Las bolas surianas de Marciano Silva: Articulando una crítica a la modernidad desde el folclor morelense 116-130
Consolidando al héroe: Los corridos póstumos a Emiliano Zapata 130-137
Construyendo patria: Hacia la creación de un Zapata nacional en la producción cultural mexicana 137-140

CAPÍTULO III:
FORJANDO PATRIA O LA CONSTRUCCIÓN DEL ZAPATA NACIONAL EL TEATRO MEXICANO POSREVOLUCIONARIO 140-197

Las amistades peligrosas: La relación entre cultura y Estado en el México posrevolucionario 156-163
***Emiliano Zapata,* de Mauricio Magdaleno: Creando nación con los héroes de la "Revolución"** 163-193
El Teatro de Ahora o lo efímero de un movimiento teatral en México..... 163-166
"Déjate llevar como ramita a mitad del remolino": Los últimos años de Zapata según Magdaleno 166-171
Reclamando fidelidad al Ejército Libertador del Sur: La traición de Emiliano Zapata a Otilio Montaño 171-179
Cabalgando hacia su ocaso: El encuentro entre Zapata y Guajardo 179-186
En camino a Chinameca: La consagración de Zapata como mártir 186-194
Zapata avanza hacia el neoliberalismo mexicano: De la domesticación del héroe a la recuperación de la insurgencia zapatista..... 194-197

CAPÍTULO IV:
CABALGANDO ENTRE LA CIUDAD LETRADA Y CHIAPAS: IMAGINANDO A ZAPATA EN EL MÉXICO NEOLIBERAL 198-256

Del "Milagro mexicano" a la tecnocracia: Zapata como paladín del capitalismo 200-214
Votán-Zapata, o la recuperación de una epistemología decolonial..... 214-227
Del PRI al PAN: Enunciando la democracia y a Zapata desde el conservadurismo 227-235
Zapata, ¿a dónde te han llevado?:Recordando a Emiliano en el Centenario de la Revolución 235-253
La (re)escritura de Zapata desde la colonialidad y desde el pensamiento fronterizo: Reflexiones finales desde los instersticios de la globalización 253-256

CONCLUSIÓN 257-264

OBRAS CITADAS..... 265-282

VITA 283

INTRODUCCIÓN

La investigación que se presenta, "Desaprendiendo las múltiples significaciones de Emiliano Zapata: Hacia una lectura decolonial," tiene como objeto analizar algunas de las representaciones que se han hecho del revolucionario mexicano Emiliano Zapata (1879-1919) en la producción cultural mexicana del siglo veinte y veintiuno. El asesinato del caudillo en 1919, y el hecho de que subsecuentes gobiernos posrevolucionarios se apropiaran de su figura con fines de consolidar un imaginario nacional moderno y establecer así la Revolución institucionalizada, contribuyeron a las diversas formas de imaginar a Zapata que se encuentran analizadas en las siguientes páginas.[1] Este proyecto parte de una estancia de investigación en la biblioteca Benson de la Universidad de Texas en Austin durante el verano de 2014. El interés por los estudios culturales mexico-americanos y mexicanos, y especialmente de su producción folclórica, llevaron a la búsqueda de corridos y a observar que, a diferencia de otros héroes revolucionarios, Emiliano Zapata había sido protagonista, particularmente, de aquellas canciones promocionadas por el Estado mexicano. De ahí surgió la curiosidad de evidenciar el número de obras literarias dedicadas al caudillo morelense, y se comprobó de nuevo que, al contrastar con otros rebeldes como Pancho Villa, no existían tantos textos literarios dedicados a su persona. Sin embargo, al observar el impacto de Zapata en el arte pictórico del muralismo mexicano, o su importancia

[1] Durante esta investigación, se capitalizará la R del término "revolución" para hacer referencia a la macronarrativa y proceso consolidado por el Estado mexicano después de 1920, mientras que se hará uso de la "r" minúscula para hacer referencia al proceso histórico. Esta decisión atiende precisamente a la premisa principal de esta disertación, y es la de hacer una lectura decolonial de las formas en las que se ha imaginado a Emiliano Zapata.

dentro de la historiografía mexicana, se comenzaron a cuestionar las formas en las que se ha recordado en todo este tiempo a Emiliano Zapata.

Estas dudas llevaron a formular dos preguntas que sirven de hilo conductor para esta disertación. La primera de estos interrogantes llevaba a reflexionar acerca de cómo se había transformado la figura de Zapata a lo largo del siglo veinte y comienzo del veintiuno y, desde ahí, observar cómo esta figura proteica se ha ido adaptando a los diferentes discursos que se lo han apropiado. Para poder confirmar esta primera cuestión, resultaba necesario comenzar por los orígenes de la figura histórica, e intentar escuchar sus propuestas dentro de la revolución mexicana motivo, por el que el primer capítulo de la disertación se centra en analizar la propuesta zapatista a través de sus manifiestos. Al deliberar acerca de esta cuestión sobre en qué dirección ideológica se había llevado a Zapata, se daba pie a cavilar a cuenta de por qué se había transformado al revolucionario de una forma tan radical en diversas instancias. Entender la consolidación de Emiliano Zapata como héroe nacional y padre fundacional del México moderno cuando, durante la revolución, había sido vilipendiado por las diferentes estructuras del poder lleva a cuestionar los múltiples mecanismos de control de las instituciones y, especialmente, aquellos que gestionaban la creación de imaginarios nacionales.

Al poner ambas preguntas en relación, esta investigación permite llegar a comprender al cuerpo de Zapata como un *locus* de lucha entre significados, promulgados desde diversas instancias del poder en la que la enunciación de estas ha estado, hasta la contemporaneidad, en desigualdad. Es por esto que este trabajo aporta un acercamiento hacia la figura de Emiliano Zapata tratando de ubicar, en igualdad, esas múltiples representaciones sobre la figura para

entenderlo desde su complejidad epistémica y dejar de lado la visión reduccionista del revolucionario como líder, exclusivamente, del agrarismo.

Los trabajos historiográficos sobre el caudillo se han enfocado en resaltar, tradicionalmente, su lucha por la dignidad del campesinado de Morelos y esa representación ha servido precisamente para destacar la forma en la que se ha conservado su recuerdo. Textos como *Emiliano Zapata and the Mexican Revolution*, escrito en 1968 por John Womack Jr., ofrecieron una de las primeras aproximaciones al revolucionario que no partían, a priori, de esa imagen de Zapata como redentor agrarista que otros trabajos, escritos en territorio mexicano, habían resaltado.[2] Otras obras más contemporáneas han hecho también énfasis en la idea del morelense como padre del agrarismo en México, pero también han analizado la implicación de los sucesivos gobiernos posrevolucionarios en la formación de este Zapata exclusivamente agrarista.

El mejor de los ejemplos para aseverar este acercamiento es el libro *The Posthumous Career of Emiliano Zapata*, publicado en 2008 por Samuel Brunk. En este trabajo, el historiador establece una línea cronológica para atestiguar las diversas interpretaciones que se han hecho del revolucionario pero, a diferencia de esta disertación, no se centra en hacer un análisis discursivo exhaustivo de los textos que resignificaron al caudillo. Evidentemente, al hacer una aproximación tan extensa a la memoria de Zapata, se establece un discurso que delinea la apropiación por parte del Estado de esta figura histórica y su incorporación al imaginario

---

[2] Algunos ejemplos de estos trabajos son *Emiliano Zapata y el agrarismo en México*, de Gildardo Magaña, o *Raíz y razón de Zapata,* escrito por Jesús Sotelo Inclán.

nacional, tal y como esta disertación también afirma. Sin embargo, la presente investigación realiza un nuevo acercamiento al estudio de esta figura histórica desde el uso de sus manifiestos como punto de partida para reconocer el proyecto de Emiliano Zapata como descolonizador y cuyas raíces radican en más de trescientos años de prácticas de resistencia por parte de las comunidades periféricas. Para llegar a este entendimiento es necesario profundizar en los textos fundacionales del zapatismo a través del marco teórico presentado a continuación que, a diferencia de los previos estudios que se han hecho de Emiliano Zapata, permiten comprenderlo dentro de su idiosincrasia latinoamericana, y más particulamente mexicana y morelense, algo que no ha recibido especial atención hasta la actualidad.

El entendimiento de la historia de las Américas y sus contextos sociales y culturales se ha leído tradicionalmente desde un pensamiento eurocéntrico. La obra de Adolfo Gilly *La revolución interrumpida* (1971) es muestra de esta perspectiva al desentrañar el proceso armado en México, con especial hincapié en el zapatismo, desde la perspectiva marxista. El análisis de la revolución mexicana desde la ideología de clase ha sido común entre los trabajos historiográficos revisionistas que fueron publicados a partir de los setenta. Esta forma de entender la rebelión, no obstante, resulta reduccionista, ya que no se tienen en cuenta otros parámetros que han definido la configuración del continente americano como puede ser la constitución racial. Es precisamente por ese motivo que esta investigación doctoral analiza los usos y apropiaciones de Zapata a través de un marco teórico fundado desde los estudios realizados por el Grupo Modernidad/Colonialidad. Este es un colectivo formado por algunos de los intelectuales contemporáneos más activos en el pensamiento latinoamericano y cuyo fin ulterior es pensar desde América Latina y proyectar un pensamiento otro, basado en la experiencia de las

comunidades originarias del continente. La interdisciplinariedad que caracteriza a este grupo, asimismo, permite hacer una aproximación interseccional hacia la figura de Zapata entendiendo sus significaciones desde la historia, la semiología o la antropología, entre otras disciplinas.

La teología de la liberación, la teoría de la dependencia, el marxismo, o los estudios poscoloniales y subalternos fueron algunas de las fuentes intelectuales de las que emergió este pensamiento. La tesis de este colectivo, y a diferencia de los estudios poscoloniales, radica en entender que la colonia no es un proceso histórico acabado, sino que ha permeado en el pensamiento, economía, estructuras de poder e incluso en la articulación de las subjetividades en América Latina. Por lo tanto, y al hacer una panorámica de la historia de México y de Latinoamérica, se puede comprender cómo estas naciones y sus ciudadanos son sujetos a una dependencia histórico-estructural que ha sido condicionada por instancias de poder que han construido los estados modernos. Es precisamente de ahí que nace esa dicotomía de comprender que, lo que para Occidente es una tan codiciada Modernidad, para América Latina y el Sur Global supone la dependencia estructural.[3] La creación de las principales instituciones modernas en el siglo XIX en México son producto de esa visión eurocéntrica del progreso; su cara oculta, tal y como asevera este grupo de pensadores, es la colonialidad. Este marco teórico se articula con diversas categorías a través de las cuales se ha logrado la subyugación de las comunidades

[3] Por Modernidad se entiende el proceso histórico que comenzó en Europa en el Renacimiento y que, antepuso el orden, la razón y el progreso como forma de desarrollo, convirtiéndose así en un modelo que fue impuesto en todas las colonias novohispanas.

originarias de las Américas. Para los propósitos de esta tesis, se ha pensado mediante las dimensiones de la colonialidad del poder, del saber, del ser y de la naturaleza.

El sociólogo peruano Aníbal Quijano es uno de los pioneros de este colectivo que ha reflexionado acerca de la idea de la colonialidad del poder. De acuerdo con él, la clasificación social trazada por los colonos fue la herramienta con la que se dividió la concentración de la riqueza y privilegios. Para Quijano, "en América la idea de raza fue un modo de otorgar legitimidad a las relaciones de dominación impuestas por la colonia" (Colonialidad del poder, eurocentrismo" 779-780). Es decir, a través de la creación de fenotipos que jerarquizaban a la sociedad, se instituyó una pirámide en la que en primer lugar se encontraban, obviamente, los colonos, y descendía hasta los indígenas y, aún más abajo, los esclavos africanos. Esta distribución de los diferentes colectivos constituyó la base para que posteriormente, en el siglo XIX, se instituyesen también los Estados-nación y, tal y como afirma el mismo Quijano, "la colonialidad del poder aún ejerce su dominio en la mayor parte de América Latina, en contra de la democracia, la ciudadanía, la nación, y el Estado-nación moderno" ("Colonialidad del poder, eurocentrismo 821).

Es precisamente desde esta clasificación social que también funciona otra de las categorías de este proyecto: la colonialidad del ser. El filósofo Enrique Dussel ha trabajado particularmente con la articulación de este modo de dominación, y él también retrotrae el problema a la conquista: "Llegó el español a América; el español se encontró con el otro, el rostro del indio… y, desde su mundo, no respetó al otro, sino que tomó al indio y lo introdujo en su mundo como un instrumento a su disposición; era el encomendado que explotaba sus tierras, que servía para esto o aquello" (64). Del mismo modo que Dussel crea el concepto del *ego-*

conquiro (yo conquisto) como central a esta forma de dominación que convirtió al indígena en herramienta de trabajo, tanto el puertorriqueño Nelson Maldonado-Torres como el colombiano Santiago Castro-Gómez coinciden en la violencia como otra forma de negar la existencia de estos colectivos. Asimismo, la máxima de conquista partió de la exterminación de estas comunidades para después reivindicar su repoblación como forma de mantenimiento de las economías. Al igual que se hizo en el México decimonónico, Castro-Gómez anota que a través de la biopolítica se instituyó la lógica de la dominación a través del control de la higiene, y especialmente de la necesidad de mejorar las razas (45). Estas medidas provenían de la eugenesia y de otros conocimientos científicos trasplantados desde las antiguas colonias. La constante influencia eurocéntrica era resultado, precisamente, de otra de las instancias de la colonialidad: la del saber.

Además de imponer las relaciones de poder a través de un orden social y económico basado en la negación del "Otro" (y entendiendo a este como los habitantes originarios del continente y a los esclavos africanos, la validación del conocimiento se instituyó también desde la racionalidad eurocéntrica. En consecuencia, el saber tecno-científico proveniente del centro (Europa) se convirtió en el único modelo valido de producción epistémica. Es así que se impusieron modelos de gobierno, de gestión de territorios o legislaciones que controlaban los derechos de los pueblos e, incluso, como se mencionaba antes con las biopolíticas, se implementaron proyectos que contribuían al control tanto para la exterminación como la repoblación de las comunidades indígenas.

Al mismo tiempo, este proyecto global de dominación no habría tenido éxito si no hubiese tenido colaboradores. Tal y como el pensador Ángel Rama elabora en *La ciudad letrada,*

desde los propios evangelizadores a los intelectuales conocidos como científicos, e incluso alguno de los pensadores más contemporáneos han sido propagadores de este régimen de dominación. Elaborando su discurso desde una cosmovisión claramente eurocéntrica, estos intelectuales trataron de forzar la incorporación de estas epístemes en las prácticas diarias, poniendo en marcha lo que Rama denomina la función ideologizante. Esta idea está presente en el tercer y cuarto capítulo de este trabajo, en las obras de teatro que contribuyeron a esa imagen del Zapata como héroe nacional y que, como ser humano, se martirizó en pos del triunfo de la rebelión agraria. A pesar de que esta colonialidad del saber ha permeado en todas las esferas del conocimiento, también es necesario resaltar que estas comunidades originarias resistieron y cultivaron su conocimiento propio, algo que por ejemplo se observa en el primer capítulo de esta disertación con el proyecto sobre la autonomía de los pueblos de Morelos y especialmente, de la redistribución de sus territorios. Estas demandas partían precisamente de la necesidad de terminar con el despojo y usurpación de tierra que sirven para ilustrar la colonialidad de la naturaleza.

De acuerdo con Héctor Alimonda, "el proyecto moderno implicó siempre el ejercicio de un biopoder sobre la naturaleza, entendido como poder sobre los espacios físicos-geográficos, los suelos y los subsuelos, los recursos naturales, flora y fauna, el aprovechamiento de las condiciones climáticas, pero también poder sobre los cuerpos humanos subalternizados sobre la dominación" (52). Con esto, se comprende que la colonialidad de la naturaleza parte de entender el territorio no como un espacio de vida, sino como un recurso para el enriquecimiento de los centros de poder. Teniendo en cuenta que la distribución de los territorios en América Latina ha sido un juego entre los hacendados y oligarcas, y que la mano de obra ha sido habitualmente un

campesinado indígena o esclavizado desde África, se vislumbra que la dominación mediante la posesión de tierras ha sido latente hasta la actualidad. Los manifiestos de Emiliano Zapata a comienzos del siglo XX, y la lucha más contemporánea del Ejército Zapatista de Liberación Nacional son muestra de estas prácticas de resistencia por el derecho a la tierra y por la implantación de un modelo de autonomía para los pueblos indígenas. Esto lleva a entender ciertamente que existen intersticios dentro de lo que el semiólogo Walter Mignolo denomina la diferencia colonial, el espacio donde se articula este orden hegemónico y que ha servido para subalternizar el conocimiento y las prácticas no occidentales.

Por lo tanto, este marco teórico pone en práctica el entendimiento de América Latina, y más particularmente de México, como regiones geográficas y culturales que han sido sometidas a una dominación epistémica, física, económica y mental pero que, a su vez, están en constante lucha por una descolonización constituida a través de los proyectos civilizatorios otros en la que se disputan los significados, contenidos y representatividad de sus diferencias (Handelsman 186). La pregunta que queda ahora es entender cómo circula la figura de Emiliano Zapata dentro de estas dinámicas de la modernidad y su cara oculta, la colonialidad. Para ello, esta investigación se ha dividido en cuatro capítulos que comprenden una aproximación a diversas apropiaciones que se han hecho del revolucionario. Además de un acercamiento histórico y cultural a cada periodo correspondiente a los textos analizados, se ofrece, a lo largo del trabajo, una cronología de los eventos de conmemoración de la muerte de Zapata organizados por el Estado como forma de delinear, precisamente, las maneras en las que las instituciones y su brazo ideológico, la *intelligentsia,* decidieron recordar al morelense.

El primer capítulo analiza los manifiestos promulgados por Emiliano Zapata durante la fase armada de la revolución mexicana y hasta su asesinato (1910-1919). El estudio de estas fuentes revela cómo se ha transformado, manipulado y simplificado el discurso insurgente de no solo el revolucionario, sino también de su colectivo. Sus demandas no se reducían al reclamo por la devolución de tierras. Su énfasis en el entendimiento de su territorio como colectivo y especialmente su decisión de desmantelar las formas estatales de gobernabilidad en el estado de Morelos durante 1916 a 1918 afirman que el proyecto zapatista estaba enraizado en los saberes otros de las comunidades originarias en tensión dialógica con la modernidad impuesta en México. Además de esto, y mediante la aproximación histórica y cultural a quinientos años de lucha por los derechos territoriales, este capítulo demuestra el proyecto otro de Zapata y predispone al lector a comprender cómo, posteriormente, el Estado se apropió de la figura histórica para reconfigurarlo como héroe patrio e insertarlo dentro de la retórica de la colonialidad.

El contexto histórico del segundo capítulo de esta tesis también circula alrededor del conflicto armado. En esta sección, se examinan los encuentros y desencuentros epistémicos surgidos durante y después de la revolución mexicana dentro de la producción de los corridos y una de sus variantes regionales, la bola suriana. Al tomar como corpus estas canciones populares publicadas tanto por imprentas capitalinas como otras bolas producidas por el bardo zapatista Marciano Silva, se consigue reafirmar la vigencia de un discurso cíclico existente ya desde el siglo XIX. Estos textos son representativos de las tensiones inherentes a un diálogo producido desde dos cosmovisiones en lucha. Por un lado, los corridos zapatistas representaban una visión comunitaria y con un claro mensaje de redención del campesinado, mientras que los citadinos

perpetuaban una visión sesgada de la realidad rural, que reafirmaba la superposición de un discurso sobre el otro. La aproximación a los orígenes, definición y variaciones del corrido aseveran, asimismo, las instancias de la centralidad del estudio de estas balladas desde su origen eurocéntrico ya que en muchos casos los corridos zapatistas han sido ignorados dentro del estudio folclórico de esta forma musical. Por otra parte, también se consideran los corridos escritos y cantados después del asesinato del caudillo en 1919. Estos sirven para contemplar el auge de la figura de Zapata y la reconversión positiva de su figura; de ser el Atila del Sur, bárbaro y bandolero, el discurso citadino transformó su visión de Zapata y lo comenzó a imaginar como el redentor del campesinado, poniendo así en marcha la función ideologizante que anteriormente se comentaba.

Con los ritos populares de conmemoración de la figura del revolucionario y, especialmente con la apropiación del discurso agrarista de Zapata y del propio personaje por parte de un Estado posrevolucionario en construcción, se observa lo que Samuel Brunk denomina el Zapata nacional (*The Posthumous Career*), y que para Salvador Rueda-Smithers es un Emiliano domesticado ("Emiliano Zapata: Entre la historia y el mito" 258). Para dar cuenta de este proceso de apropiación y manipulación del revolucionario, el tercer capítulo se centra en el estudio de la obra teatral de Mauricio Magdaleno *Emiliano Zapata*, estrenada en 1932. Esta obra se enmarca dentro de un contexto histórico y cultural denominado como la institucionalización de la Revolución mexicana, donde la narrativa de esta se convirtió en homogénea y se apropiaron de las figuras históricas para reconfigurarlas de acuerdo con la función que se le había asignado. Así, Zapata pronto fue exclusivamente el mártir de Chinameca, redentor del campesinado que sacrificó su vida y cuya lucha en la revolución se redujo únicamente a la lucha agraria. Esto sirve

para articular cómo la colonialidad del saber surtía efecto en esta selección de los conocimientos que eran diseminados y se contempla precisamente en el Zapata que presenta Magdaleno en su pieza teatral. Usando la función ideologizante como hilo conductor esta sección de la investigación se examina cómo el dramaturgo, con la intención de crear un Emiliano más humano, contribuye a la creación de un Zapata nacional promocionado por el Estado para consolidar un imaginario nacional.

Este Zapata oficial y patrio fue mantenido y reafirmado por el Estado durante las siguientes décadas. Como se observa en el último capítulo de esta investigación, los sucesivos gobiernos y la hegemonía imperante del Partido de la Revolución Institucionalizada (PRI) afianzaron esta imagen tan bucólica y pacífica del caudillo morelense. Para los años sesenta, Zapata había traspasado fronteras y había sido utilizado, de una forma insurgente, por el Movimiento Chicano y la organización agraria de César Chávez en los Estados Unidos. Esta imagen más rebelde del revolucionario retornó a la frontera sur y fue también símbolo de las protestas estudiantiles en 1968 y de posteriores huelgas agrarias. Sin embargo, todas estas construcciones seguían atendiendo a esa percepción de Zapata como exclusivamente redentor del agrarismo. No es precisamente hasta el alzamiento indígena del Ejército Zapatista de Liberación Nacional de 1994 que se percibe un retorno de Emiliano Zapata a su insurgencia real. Es por eso que este capítulo se centra en el análisis de algunos textos neozapatistas como forma de reclamar su alteridad y su subjetividad como ciudadanos en México a través de la reconstrucción de un Zapata creado desde la cosmovisión maya. Esta lucha contemporánea, al mismo tiempo, no se reduce a las fronteras políticas de México; como afirma Catherine Walsh, "…las luchas de los

pueblos indígenas y negros se libran no solo en contextos locales sino también espacios nacionales y transnacionales que cruzan y flexibilizan las fronteras (181).

Es precisamente desde esta nueva reinterpretación del revolucionario que emerge lo que Walter Mignolo denomina el pensamiento fronterizo y que puede ser trazado hasta el propio proyecto de Emiliano Zapata y el Ejército Libertador del Sur. De acuerdo con Mignolo, el pensamiento fronterizo es aquel que surge desde la subalternidad colonial, "…un pensamiento que no puede ignorar el pensamiento de la modernidad, pero que no puede tampoco subyugarse a él, aunque tal pensamiento sea de izquierda o progresista" ("Un paradigma otro" 51). Estos proyectos otros articulados con casi un siglo de diferencia reafirman las prácticas de resistencia de esta comunidades oficialmente silenciadas. En contraparte a esta representación descolonizada de Zapata, la obra de Aldo León Flores *Zapata, ¿a dónde vas?*, publicada en el centenario de la Revolución, reitera que, pese a estas praxis liberadoras de los colectivos indígenas, aún tiene vigencia la percepción estatal de Zapata. Tomando de nuevo como línea de pensamiento la función ideologizante de Rama, la segunda parte del último capítulo revela, una vez más, esa imagen reducida de Zapata en la que solamente se le relaciona con la redención del campesinado. León Flores, al mismo tiempo que continúa "humanizando" y, por ende, perpetuando esa imagen pacificada de Zapata, también usa al revolucionario para establecer una crítica a un Estado fallido que, para 2010 y antes incluso, había demostrado que la revolución de 1910 fue únicamente una reiteración de la misma hegemonía que imperaba desde la Colonia. Irónicamente, esta obra reproduce esa dominación a través de la creación de un Zapata imaginado desde la concepción del revolucionario promulgada desde el propio gobierno.

Estas representaciones, al analizarlas en conjunto, constituyen la naturaleza cíclica de un proceso cultural e histórico que regresa la representación de Zapata a sus raíces epistemológicas pre-colombinas tal y como lo interpreta el Ejército Zapatista de Liberación Nacional. La circularidad del análisis sirve para ejemplificar el proceso de descolonización mental del legado colonial que los sectores marginados han defendido pero que, tradicionalmente, han sido totalmente ignorados y silenciados en México. Adicionalmente, este análisis, cuando se comprende desde su propia territorialidad, ejemplifica las tensiones inherentes entre las comunidades indígenas y una modernidad en proceso promovido por estados neoliberales que apropian y resignifican sus símbolos, territorios y folclore. Esta lectura, por lo tanto, contribuye a los debates que continúan en el continente respecto a los procesos de construcción de imaginarios plurinacionales en los que, deliberadamente, se han resignificado cosmovisiones completas con el fin de perpetuar la diferencia colonial.

CAPÍTULO I

Desde Morelos a México: La incorporación de los saberes otros en los documentos de Emiliano Zapata

"Pueblo mexicano, apoyad con las armas en la mano este plan
y haréis la prosperidad y bienestar de la patria.
LIBERTAD, JUSTICIA Y LEY."
"Plan de Ayala"

El 12 de septiembre de 1909, Emiliano Zapata fue elegido popularmente presidente del concejo municipal de su pueblo natal, Anenecuilco, en el estado de Morelos. Su reputación como jinete y adiestrador de caballos le ganó fama y admiración en su estado y en los alrededores de la capital mexicana. En ese particular momento de 1909, Zapata cambió su destino para convertirse en una figura política y militar que fue de especial notoriedad durante la revolución mexicana de 1910. Su liderazgo no se reducía a una simple campaña militar; sus manifiestos, cartas y decretos declaran un proyecto político e ideológico que transcendió las barreras de un México coetáneo que estallaba en un proceso de modernización desigual y que continuaba relegando a las comunidades indígenas a la exclusión y silenciamiento.

Las aspiraciones políticas y sociales del general Zapata y su Ejército Libertador del Sur no eran premisas generadas en ese espacio socio-histórico concreto, sino resultado de varios siglos de lucha local por parte de las comunidades indígenas del estado de Morelos. Estas propuestas, al ser diseminadas por el caudillo del sur, se convirtieron en un proyecto intercomunitario que se difundió más allá de las fronteras geográficas morelenses pues estaba basado en saberes colectivos ancestrales que abogaban por la restitución de tierras a los pueblos originales. La incorporación de estos conocimientos es apreciable a través de su concepción de la

tierra, de la colectividad y de los espacios comunales como formas de autogestión y emancipación económica, y se apoyan en numerosos documentos y mapas guardados durante siglos por estas comunidades. La tierra en consecuencia, y como observa Raymond B. Craib, no es únicamente un espacio o una propiedad, "… it was history, rights and tradition—it was place. *Reivindicación* and restitution signified the return of lands but also validated a community's historical and 'sacred rights' as a pueblo and *municipio libre*" (243). Es a través de la demanda para la devolución de sus tierras comunales, y de sus concepciones respecto a la convivialidad entre la naturaleza y el ser humano, y la modernidad y las tradiciones ancestrales, que el proyecto zapatista construyó una epistemología otra latente en los documentos firmados por Emiliano Zapata.

Para comprender el manejo de estas concepciones originarias por parte de Zapata y el grupo de intelectuales que le asistió en la confección de estos documentos, es necesario establecer una panorámica que vislumbre la organización social y territorial en el periodo pre-hispánico, colonial e independiente de la nación mexicana. A través de este bosquejo, se comprenden no solamente las raíces desde las que el suriano produce este conocimiento, sino que también se contempla la manipulación por parte del Estado en el posterior proceso de construcción posrevolucionario de México.

La cuestión agraria se ha estudiado en profundidad; por ejemplo, el historiador Jesús Sotelo Inclán, con su obra *Raíz y razón de Zapata* (1943), ofrece un detallado estudio cronológico de la lucha agraria en el sur de México y se centra precisamente en el pueblo natal de Zapata, Anenecuilco. Este trabajo fue pionero en tratar de comprender la revolución suriana, y sirvió además para entronizar al revolucionario como mártir del agrarismo, pero no ha sido el

único. Otras muestras son *El paraíso de la caña: historia de una construcción imaginaria*, publicado en 1998 por Salvador Rueda Smithers y en el que, de una manera más panorámica, se ofrecen los orígenes del movimiento zapatista en Morelos. En líneas similares, *Bitter Harvest: The Social Transformation of Morelos, Mexico, and the Origins of the Zapatista Revolution, 1840-1910* (2005), escrito por Paul Hart, también se centra en el origen del movimiento sureño haciendo especial hincapié en el siglo XIX. Estas obras son de especial relevancia para comprender los orígenes del movimiento agrario de Morelos; sin embargo, y para el propósito de estudio, es necesario ofrecer únicamente una narración que contextualice la emergencia de Emiliano Zapata como *calpulelque* y general del Ejército Libertador del Sur.

Deslindando los antecesores de Emiliano Zapata: Panorámica histórico-social de Morelos

El periodo pre-hispánico y colonial y su organización social y espacial: El caso de Morelos

Sotelo Inclán menciona en su estudio sobre las raíces del zapatismo que fueron los toltecas quienes fundaron los primeros pueblos en lo que actualmente es Morelos hacia el año 603 de nuestra era (41). Posteriormente llegaron las siete tribus nahuatlacas desde el norte del continente y pronto los mexicas o aztecas se impusieron como fuerza máxima del lugar, fundando la capital de sus dominios.[4] El establecimiento de los aztecas en Tenochitlán llevó a la conquista de los territorios cercanos, y su dominación se prolongó hasta la caída del imperio en

[4] Para los propósitos de esta tesis, se hará uso indistintamente de los términos azteca(s) y mexica(s) para hacer referencia al imperio previo a la llegada de Hernán Cortés.

1521. Pronto, estas comunidades conquistadas por los mexicas adquirieron sus usos y costumbres y contribuyeron a la floreciente economía del imperio, a través de tributos económicos y agrarios que ordenaba la legislación de la Triple Alianza.[5] Así, algunas de las tierras ubicadas en el actual estado de Morelos se convirtieron en propiedad de los nuevos gobernantes y sus habitantes las trabajaban para poder otorgar sus frutos al imperio (Sotelo Inclán 50). Además de estas contribuciones a la autoridad, el afianzamiento del poder nahua legitimó la imposición de sus usos y costumbres. La organización social de los mexicas era claramente piramidal y en sus bajos estamentos, los hombres libres, campesinos en su mayoría, formaban el pueblo o *calpulli* dirigido por el jefe municipal o *calpulelque*, cargo que ocuparía Zapata en 1909.[6]

La estratificación de este grupo también estaba presente en la división de tierras. Los terrenos fueron divididos "… entre la corona, la nobleza, los templos y el común de vecinos, y se representaba por colores convencionales en las pinturas y jeroglíficos" (Magaña 1: 31). La repartición de las tierras tenía lugar de esta manera: las tierras de la corona eran denominadas *tecpantlalli* y a ellas tenían acceso los señores de la Corte, los cuales hacían uso de ellas y no tenían que tributar al emperador; únicamente se devolvían al terminar su linaje. Por otro lado, las

---

[5] La Triple Alianza fue la última confederación de pueblos indígenas en el Valle de México. Estaba conformada por México-Tenochitlán, de la etnia nahua, Texcoco (clan acolhua) y Tlacopán (etnia otomí).

[6] Ver la obra de Miguel León-Portilla de 1971 para un análisis de la organización social de los aztecas.

pillali o tierras de los nobles (*pipitlín*) solamente podían venderse entre individuos de su misma clase social. También existían las tierras de los templos o *teotlalpan*, que servían para sufragar los gastos de culto. Las tierras comunales eran denominadas *tlalmilli* o *altepetlalli* y estaban distribuidas dentro de los *calpullis* o pueblos. El primer tipo de propiedad era asignado por unidades a las familias por el jefe municipal o *calpulelque*, y podían ser traspasadas por herencia pero no podían ser puestas en venta (Zúñiga y Castillo 499).

Por otro lado, los dominios denominados *altepetlalli* eran trabajados por toda la comunidad para poder sufragar los gastos públicos.[7] Es importante recalcar el valor de las tierras llamadas *altepetlalli* y del *calpulli* puesto que la relevancia de la organización social y territorial pre-hispánica reside en el tratamiento posterior que se hizo de Zapata y de su proyecto agrario. Muchas de las medidas posrevolucionarias,[8] y especialmente la Reforma Agraria durante el sexenio de Lázaro Cárdenas (1934-1940), institucionalizaron el ejido como eje principal del discurso zapatista. Esto, además de ser erróneo como se demostrará posteriormente, fue parte de un proyecto nacional iniciado por el grupo sonorense, triunfador de la revolución que, con intención de generar un imaginario común, rearticuló el pasado de la península mexicana para iniciar un discurso unificador en el que glorificó un pasado ideal pre-colombino así como a la figura de Emiliano Zapata como mártir de la lucha por los ideales agrarios. Zapata, a diferencia

---

[7] Esta información proviene del primer volumen de Gildardo Magaña y del artículo de José G. Zúñiga Alegría y Juan A. Castillo López.

[8] Esta investigación considera el periodo posrevolucionario aquel que abarca desde 1920 a 1940, es decir, desde el final del conflicto armado hasta el final del gobierno de Lázaro Cárdenas.

de los vencedores de la revolución, era conocedor de la historia pre-hispánica de Anenecuilco y Morelos y de las profundas desigualdades ya existentes en el imperio mexica, y no construyó su discurso en base a un idealismo pre-hispánico, sino en valores tejidos en torno a la tenencia comunal que transcendieron a lo largo de los siglos, incluso durante los trescientos años de colonia española.

La ocupación de México se ha situado entre 1519 y 1521, comenzando con los primeros asedios perpetrados por los conquistadores y sus aliados indígenas y culminando con la caída de Tenochitlán en 1521. El encuentro y conquista del continente supuso la creación de un nuevo patrón de orden mundial que generó unas relaciones de dominación y subordinación articuladas en torno a la idea de raza y que sirvió para que "…los pueblos conquistados y dominados fueran situados en una posición natural de inferioridad y, en consecuencia, también sus rasgos fenotípicos, así como sus descubrimientos mentales y culturales" ("Colonialidad del poder, eurocentrismo" 780). El sitio del continente supuso la constitución de categorías mediante las cuales los españoles y europeos impusieron su epistemología, sus macronarrativas y su color de piel como sinónimo de lo único, lo normativo, "… y en la medida que las relaciones sociales que estaban configurándose eran relaciones de dominación, tales identidades fueron asociadas a las jerarquías, lugares y roles sociales correspondientes, como constitutivas de ellas y, en consecuencia, al patrón de dominación colonial que se imponía" ("Colonialidad del poder, eurocentrismo" 778-779). Dentro de esta clasificación algunos de los dirigentes mexicas pudieron mantener cierta legitimidad dentro del nuevo orden colonial pero, a pesar de todo, continuaron siendo ubicados en inferioridad en la nueva sociedad que se estaba formando en el territorio. Esta subalternización era consecuencia de la creación de la raza como método para

otorgar legitimidad a las relaciones de poder impuestas por los conquistadores ("Don Quijote" 356), que contribuyó además a generar un sistema económico que explotaba a los indígenas y retribuía a los conquistadores y en algunos casos, a los caciques nativos.

La llegada de los españoles a la península mexicana no relegó únicamente a los indígenas a la servidumbre, sino que además exterminó a una parte importante de la población debido a las numerosas epidemias que los conquistadores trajeron consigo. La extrema violencia con la que se fueron asaltando los pueblos produjo además una huida masiva de las comunidades a las montañas, siendo Morelos un ejemplo de esto (P. Hart 13-14).[9] En consecuencia, muchos de los *calpullis* se abandonaron y con ellas sus tierras de cultivo. Pronto, los legisladores coloniales llevaron a cabo una política de congregación donde se relocalizaron a los indígenas. Las comunidades de Morelos adoptaron un modo español de organización, eligiendo ayuntamientos (similares a los *calpullis*) y concejos municipales formados por los ancianos de estas sociedades (P. Hart 13). La reorganización de las comunidades se hizo mediante lo que se denominó como pueblo, una de las vértebras de la organización social de México y central a los documentos de Zapata, puesto que fueron estos los colectivos poseedores de territorio. Asimismo, la Corona española creó el título del fundo legal, que otorgaba tanto espacio de habitabilidad como áreas para trabajar el terreno a cada comunidad.

[9] La oficialización del territorio que actualmente comprende Morelos no tuvo lugar hasta 1869, pero para facilitar la comprensión se hará uso de este término incluso cuando se esté haciendo referencia a épocas anteriores al siglo XIX.

De cualquier forma, y a pesar de esta aparente legitimidad que se dio a los pueblos con el reconocimiento del fundo legal, la situación de las comunidades originales era fundamentalmente precaria, debido a que los espacios para labranza y ejidos que se les habían concedido únicamente les permitía la subsistencia y no la formación de una economía agrícola que les permitiera mejorar su estatus de vida. El gobierno colonial instaba al respeto de la propiedad indígena; aún y todo, muchos fueron los atropellos, engaños y usurpaciones que se hicieron de estos terrenos. La imposibilidad de generar una economía autogestada llevó a muchos campesinos a trabajar en las tierras de cultivo de los encomenderos al comienzo de la conquista y de los hacendados posteriormente; el azúcar se convirtió en el producto estrella de Morelos y hacia mediados del siglo XVII ya existían numerosas haciendas donde los indígenas eran sometidos a jornadas interminables de trabajo. Esta institución fue el último paso en la cadena de dominación en la que los conquistadores sometieron a las comunidades indígenas.[10]

La cuasi-esclavitud de los nativos en el sistema de la encomienda al comienzo de la conquista contribuyó a la desaparición gradual de la comunidad, lo que tuvo como consecuencia la llegada de esclavos africanos al territorio de Nueva España así como la inserción de los indígenas en un sistema en el que igualmente eran explotados a la par que se abogaba por su supervivencia. En consecuencia, tanto las comunidades indígenas como los esclavos se convirtieron en representativos de cómo otra de las instancias de las formas de dominación fue

---

[10] En los primeros años de la Conquista, la encomienda fue implantada por Hernán Cortés, pero fue decayendo a medida que la Corona oponía resistencia a esta medida y se iba instaurando el repartimiento como forma de distribución de la fuerza de trabajo. Ver la obra de Zavala para mayor información en la encomienda.

articulada "…alrededor de la relación capital-salario…y del mercado mundial," es decir, que fue a través del desarrollo de una economía fundada por y para los conquistadores pero mediante relaciones de explotación y control del trabajo que se consiguió esa supremacía ("Colonialidad del poder, eurocentrismo" 204).

Esta dominación, sin embargo, no era total. La obtención, en algunos casos, de los títulos de propiedad de tierras otorgó a estas comunidades la oportunidad de combatir teniendo precisamente documentos escritos que les empoderaba en la legitimidad de sus demandas, llevando a cabo actos de rebeldía cotidianos que continuaron una vez que concluyó la Guerra de Independencia en 1821. La conservación de estos documentos legales tenía lugar de diversas maneras: en algunos casos, las propias comunidades guardaban copias de estos papeles y fueron pasando de generación en generación. En el caso particular de Anenecuilco, esa sociedad era poseedora de copias de los documentos y mapas que definían la merced de tierra. Además de esto, el Archivo General de la Nación guardaba documentación de todas estas reparticiones de tierras, y era común que las comunidades acudieran al Archivo a solicitar los papeles que acreditarán sus derechos a reclamar la tierra. En 1909 Zapata, al ser elegido Presidente del Comité de Defensa, estudió junto con el recién elegido secretario Francisco Franco los mapas de origen pre-hispánico y las Reales Cédulas de la colonia atesoradas por la comunidad durante más de dos siglos (Sotelo Inclán 179). La importancia de este acto justifica la necesidad de deslindar en esta investigación más de trescientos años de historia, dado que permiten comprender el espacio desde el que Zapata visionó su discurso basado en el conocimiento de la microhistoria de su territorio.

El general morelense, a través del examen de estos documentos y de los propios sucesos que tenían lugar a su alrededor, contempló cómo el proyecto modernizador estaba destruyendo una cosmovisión propia basada en la propiedad comunal que había resistido, mediante la adaptación, hasta el siglo diecinueve. La industrialización del estado, empero, estaba llevando a la destrucción del espacio de vida que habían sido los pueblos. Por otro lado, los cambios sociales y las reformas que estaban teniendo lugar en la España de finales del siglo XVIII y comienzos del XIX, junto con una profunda crisis económica, llevaron a que el Padre Miguel Hidalgo y Costilla pronunciara el Grito de Dolores (Guanajuato) el 16 de septiembre de 1810. A este movimiento aparentemente rural se armaron las ilustradas élites urbanas, y este conflicto armado se prolongó hasta la entrada del ejército nacional en la Ciudad de México el 27 de septiembre de 1821.

Organización social y división de las tierras de 1821 a 1876: La reconfiguración de la colonialidad de poder

La complejidad del desarrollo político y social en el México decimonónico no se debió únicamente a eventos históricos que supusieron la pérdida de territorio,[11] sino también a cambios sociales y económicos que constituyeron una reconfiguración del patrón de dominación que continuaba reproduciendo el modelo eurocéntrico del que habían sido víctimas hasta entonces

[11] Con la independencia de Texas en 1836 y la Guerra de invasión norteamericana en 1846 se perdió prácticamente todo el territorio del norte de México (en la actualidad es suroeste de los Estados Unidos). Ver el trabajo de Moyano Pahissa para obtener una visión completa de la Revolución de Texas.

("Colonialidad del poder, eurocentrismo" 822-823). La incorporación de las leyes liberales a mediados de siglo generaron diversas insurrecciones por parte de la sociedad conservadora y las clases rurales, de los cuales fueron herederos Emiliano Zapata y su Ejército Libertador del Sur, y tuvieron respuesta en forma de represión por parte del estado. Esta violencia sirvió para legitimar el capitalismo como única forma de desarrollo económico, puesto que el proceso de modernización fue posible únicamente a través de la progresiva reducción de derechos de las comunidades campesinas. El objetivo ulterior de esta nueva clase dominante mexicana era convertirse en competidor de las naciones europeas. Sin embargo, "la Independencia política, desde comienzos del siglo XIX, está acompañada en la mayoría de los nuevos países por el estancamiento y retroceso del capital y fortalece el carácter colonial de la dominación social y política bajo estados formalmente independientes" ("Colonialidad del poder, eurocentrismo" 798). Por lo tanto, las naciones latinoamericanas se subordinaron a las demandas del mercado occidental con la esperanza de pertenecer a este, desarrollando así tanto un fenómeno de colonialidad interna (por las clases dominantes hacia la mayoría de la población) como de dependencia histórica-estructural de América Latina hacia Europa, que después transmutó, a lo largo del siglo, hacia Estados Unidos.

Este fenómeno se denomina capitalismo periférico;[12] las naciones que fueron colonizadas se incorporaron al mercado capitalista en una aparente igualdad de condiciones pero, en realidad,

[12] La noción del capitalismo periférico se puede entender a través de lo que Enrique Dussel expone en su trabajo. De acuerdo con él, la conquista de América supone un cambio en la fisonomía del planeta, debido a que Europa se convierte en el centro de este y tanto América como las naciones que se van ocupando después constituyen lo que él denomina la periferia

sus condiciones de producción eran y son desiguales y han resultado en la sobreexplotación de la fuerza de trabajo, siendo la hacienda el perfecto ejemplo de esto. La expansión e industrialización de los latifundios estaba relacionada con un obvio interés por el desarrollo económico del país, pero también con las corrientes ideológicas que estaban circulando en la época y que, evidentemente, tuvieron impacto y representación en la Ley de Desamortización de 1856 y la Constitución de 1857. Estas leyes fueron especialmente perjudiciales para el campesinado, ya que constituyeron no solamente la desaparición de las tierras de común repartimiento y del ejido, sino también de una forma de vida articulada alrededor del pueblo y una epistemología otra centrada en la tenencia comunal de tierra, bases del pensamiento elucubrado en los documentos del general Zapata. En consecuencia, se observa cómo estos proyectos nacionales trataban de continuar borrando las identidades, formas de vida y saberes ancestrales en cuanto a los usos y tenencia de territorio. Sin embargo, y como apunta Anibal Quijano, estas comunidades navegaron dentro de esta dominación para preservar dentro de sus comunidades y en las familias "… los valores propios, la reciprocidad, la igualdad social, el control de la autoridad pública…, aunque readaptados continuamente a las exigencias cambiantes del patrón global de la colonialidad" ("Colonialidad del poder, subjetividad 5). Esta lucha constante por parte de las comunidades permite afirmar cómo, mediante prácticas diarias

---

(*Introducción a una filosofía* 58). Así, todas las relaciones, tanto económicas, sociales o intelectuales se constituyen dentro de una dependencia que aún en la actualidad continúa existiendo.

de resistencia, contribuyeron a mantener a salvo sus saberes otros que, durante la revolución mexicana, Emiliano Zapata consignó como centrales a su discurso.[13]

La contrapartida a este pensamiento propio de las comunidades rurales mexicanas venía de la mano de los intelectuales del siglo XIX, tremendamente influenciados por Europa. Así, el positivismo y el darwinismo científico influyeron en la configuración del discurso de la dominación. Ambas corrientes sirvieron para legitimar al individuo sobre la comunidad, y al desarrollo industrial de la nación como motor de la modernización frente a una sociedad rural aletargada. Esto, en consecuencia, contrastaba con el modo de vida de las comunidades rurales, que consideraban al pueblo como "…an organic, living, consuming, and producing thing, and like the people living in the Morelos countryside, it had to struggle to survive" (P. Hart 111). Esta lucha por la supervivencia de los pueblos era una constante, teniendo en cuenta que el crecimiento de las haciendas estaba precipitando el abandono de las comunidades y su incorporación como mano de obra agricultora en los ingenios. Este hecho supuso que los campesinos comenzaran a desarrollar un pensamiento colectivo que iba más allá de su idea del derecho a la tenencia de tierra, y surgiera la conciencia de clase. Así, hacia 1848 "a growing population, a nascent rural working class, and an emerging national consciousness sparked by the American invasion began to coalesce, and as it did, it clashed with the needs of the hacendados" (P. Hart 51). La idea de pertenencia a la clase obrera es observable en los

---

[13] Tanto Paul Hart como Jesús Sotelo Inclán ofrecen casos específicos de rebeliones o actos diarios de insurgencia en el estado de Morelos. El trabajo del segundo, además, hace especial énfasis en el caso de Anenecuilco, lugar de nacimiento de Emiliano Zapata.

documentos firmados por el general Zapata y, aunque es evidente la influencia de los intelectuales marxistas que lo acompañaban, es necesario reafirmar cómo este sentimiento ya estaba presente en la segunda mitad del siglo XIX.

El nacimiento y desarrollo de la nación mexicana fue un constante conflicto de intereses en el que, por supuesto, los sectores más poderosos del país fueron victoriosos constantemente. Los erráticos once gobiernos del General Antonio López de Santa Anna incluyeron desde la pérdida de los estados del norte de México, que actualmente conforman el suroeste de Estados Unidos, a la implantación de leyes que beneficiaron enormemente al clero y a la aristocracia mexicana. Esto era producto de una tremenda división entre los intereses patrios, divididos en sus correspondientes partidos políticos: los federalistas y los centralistas. Entre los primeros, se encontraban los liberales Benito Juárez, el General Juan Álvarez, Ignacio Comonfort o los hermanos Lerdo de Tejada, figuras de enorme importancia en la segunda mitad del siglo XIX. Los centralistas, por otro lado, liderados por Santa Anna (aunque huelga decir que dependiendo de sus intereses fue variando del federalismo al centralismo), defendían los intereses del clero y de las clases más altas, ubicadas la mayoría en la capital. Estas divisiones estallaron en la Revolución de Ayutla de 1854, que terminó con el gobierno y exilio de Santa Anna e inauguró una serie de gobiernos liberales también asaltados por numerosos conflictos políticos y sociales.

La segunda mitad del siglo XIX en México fue turbulenta no únicamente por las insurrecciones campesinas, sino también por las diversas conspiraciones y rebeliones que contribuyeron a la inestabilidad política. Las reformas liberales, y especialmente aquellas que atacaban los bienes y la institución de la Iglesia, generaron un sentimiento de resistencia por parte del sector conservador que desembocaron en las Guerras de Reforma (1858-1861) y el

trienio liberal gobernado por Benito Juárez hasta 1864. La dependencia económica de México hacia potencias como Francia, Inglaterra y España causaron que la nación latinoamericana tuviera que suspender sus pagos. Esto provocó la invasión de Francia en 1864, nombrando a Maximiliano de Habsburgo II Emperador de México. A pesar de la brevedad de su reinado (fue fusilado en 1867), huelga decir que reiteró las medidas impuestas por el gobierno liberal, cosa que le acarreó pérdida de apoyo entre las clases más conservadoras y la Iglesia.[14] Así, en 1867, fue ajusticiado en Querétaro y seguidamente se estableció de nuevo el gobierno de Benito Juárez que continuó hasta su muerte en 1871. Su puesto lo mantuvo el Vice-Presidente Sebastián Lerdo de Tejada hasta la revolución de Tuxtepec que sirvió para aupar a la presidencia al general Porfirio Díaz, quien mantuvo el cargo hasta el inicio de la revolución mexicana.

El Porfiriato (1876-1910) y la modernización del latifundio: Emiliano Zapata y la forja de un líder

La llegada del General Porfirio Díaz a la presidencia de la nación ocurrió dentro de la misma dinámica de violencia que había caracterizado hasta entonces al siglo XIX. La revolución de Tuxtepec tenía como premisa el mantenimiento de la Constitución de 1857 así como la

---

[14] Gilbert Joseph y Jürgen Buchenau remarcan la importancia del reinado de Maximiliano en tres factores: El primero es que Maximiliano fue un modernizador, un personaje ilustrado y más afín a las tendencias liberales mexicanas que a las conservadoras. Segundo, el apoyo de los conservadores a la invasión de la corona francesa implicó que se viera a los Liberales como salvadores de la patria. Por último, la puesta en práctica de la Doctrina Monroe por parte de los Estados Unidos supuso una estrecha colaboración entre el gabinete de Juárez y el país vecino, forjando una estrecha relación que continuaría con el Porfiriato. (17-18)

prohibición de la reelección presidencial, algo que el presidente Sebastián Lerdo de Tejada no cumplía en ese momento a pesar de que estaba respaldado por la ley. Irónicamente, Díaz tampoco respetó su propia promesa, y fue reelegido Presidente de México en sucesivas ocasiones, hasta su dimisión en 1911 por el estallido de la revolución. El impacto de sus treinta y cinco años de gobierno en el proceso de modernización de la nación es innegable, y sería injusto no reconocer su impulso a la educación rural, y al desarrollo tanto industrial como económico del país. Sus políticas continuaron aquellas iniciadas en décadas anteriores por los liberales, y sirvieron para constituir un paraíso para los hacendados, mientras que las condiciones de vida de los campesinos fueron degenerando hasta el punto de que sus salarios, en los albores del siglo XX, se asemejaban a los de sus antepasados hacia el final de la colonia (Silva-Herzog 1: 33).

Morelos, durante el Porfiriato, se convirtió en el ejemplo perfecto del proyecto de modernización decimonónico. Los campesinos no sufrieron únicamente una discriminación económica por lo precario de sus sueldos, sino que además fueron perdiendo sus terrenos de labriego e incluso los pueblos fueron decreciendo a medida que el siglo avanzaba. A propósito de esto, Paul Hart menciona el decrecimiento de pueblos desde el comienzo del régimen de Díaz (había 118 en ese entonces) a los 105 que quedaban para 1887 (151).[15] Esta merma dramática era producto de la expansión de muchas de las haciendas que, amparadas por las Leyes de desamortización, terminaban rodeando o incluso absorbiendo poblaciones aledañas.

[15] Asimismo, John Womack afirma en su trabajo que los ranchos también decrecieron: de existir cincuenta y tres en 1876, para 1887 únicamente quedaban treinta y uno, y para 1891 los analistas decretaron que habían llegado a desaparecer treinta y cuatro más (45).

Así, y durante el Porfiriato, "más de la mitad del territorio total de Morelos había pasado a manos de las haciendas porfirianas, mientras que la pequeña propiedad, incluyendo los solares urbanos de pueblos y ciudades, disponía de menos de un quinto de la superficie" (Warman 58). Estas legislaciones servían como amparo al proyecto económico del régimen: una apertura a las economías internacionales y a la exportación de productos. A pesar de que la mayoría del azúcar producido en Morelos se destinaba al consumo interno, muchas de las tierras del estado se deslindaron para poder paso al capital extranjero (Warman 60). Los proyectos del deslindamiento se justificaron por el elevado número de tierras baldías; sin embargo, esto era una mera excusa para desposeer abruptamente a los campesinos de sus tierras y convertirlos así en jornaleros de las haciendas (Gilly 9). Algunas familias trataban de evitar su inevitable destino como trabajadores en las haciendas; la familia Zapata, por ejemplo, se inclinó por la ganadería cuando la Hacienda del Hospital se había hecho con toda la tierra arable (Womack 46), y es por eso que el morelense pertenecía al gremio de la ranchería y no al campesinado dependiente de los latifundios.

La usurpación de terrenos no era la única constante en Morelos; el desarrollo del capitalismo y la entrada de capital extranjero ayudó al desarrollo tecnológico de muchas de las haciendas, así como a la expansión del ferrocarril por todo el país. Esto supuso un proceso de modernización desigual. Por un lado, se encontraban los ricos hacendados enriqueciéndose por medio de la producción agrícola. Por otro, los campesinos estaban siendo abusados en un sistema del que no tenían más escape que la insurrección. Apenas existía trabajo para ellos fuera de las haciendas; además de esto, y como Eduardo Galeano expresa, "…los jornales se pagaban casi por entero en las tiendas de raya de las haciendas, traducidos, a precios de fábula, en frijoles

harina y aguardiente" (158).[16] En consecuencia, estas comunidades estaban condenadas a una realidad esclavizada dentro de los latifundios de los que no podían abandonar por su constante endeudamiento. La industrialización de las haciendas produjo además la disminución de la mano de obra, lo que resultó en un grave desajuste entre la oferta y la demanda de trabajo, algo que desató los primeros vestigios revolucionarios.

La tecnificación de la mano de obra no se vivió únicamente en la agricultura, sino que también tuvo lugar en sectores más industriales, como la minería o las empresas textiles, causando reyertas que fueron las antecesoras de la revolución mexicana.[17] La máquina gubernamental del Porfiriato, conducida por el General Díaz y sus ministros, conocidos como los científicos, consiguieron pacificar el país durante los treinta y cinco años de mandato con su represiva política de "pan o palo" (Joseph and Buchenau 21). A pesar de que esta época fue el momento en el que más tierras se expropiaron en Morelos, al mismo tiempo también resultó la más tranquila por la represión y violencia con la que las fuerzas de seguridad imponían su autoridad.

El que fue gobernador de Morelos durante prácticamente la segunda mitad del Porfiriato, Manuel Alarcón, siguió las mismas dinámicas represivas que azotaban al resto de la nación. A

---

[16] Adolfo Gilly describe la tienda de raya como el comercio donde los campesinos compraban los productos de primera necesidad. Estos productos se adelantaban al jornalero antes de recibir sus sueldos, generando una ganancia al patrón y manteniendo al campesino en una deuda constante. (15)

[17] La huelga de trabajadores de la *Cananea Consolidated Copper Company* en junio de 1906, y la huelga de la fábrica de textiles en Río Blanco en enero de 1907 se consideran precursoras de la revolución de 1910.

diferencia de su sucesor, Francisco Leyva, fue aliado de los hacendados y su aprobación de proyectos como la Ley fuga, donde se permitía matar al preso si este intentaba fugarse demuestra cómo llevaba la *Pax* Porfiriana a su máxima expresión. En este estado de violencia estructural, sin embargo, no era efectivo en su totalidad, ya que tanto en fábricas como en campos e incluso en los tribunales, los trabajadores y campesinos mexicanos continuaban ofreciendo resistencia e inconformidad ante un proceso de modernización desigual, que culminó con el comienzo de la revolución en 1910 (Gilly 21).

Es dentro de esta tumultuosa época para el campesinado que Emiliano Zapata Salazar nace en Anenecuilco el 8 de agosto de 1879.[18] Fue el décimo hijo de Cleofas Salazar y Gabriel Zapata, campesinos de Morelos que subsistían además con la compra y venta de animales, algo que Zapata continuó después. La familia del General no era ejemplo del campesinado empleado en las haciendas; como dice Womack, ni él ni su hermano mayor Eufemio fueron jamás peones (6). Brunk además atestigua la relevancia de la familia de Zapata en la historia de Morelos, teniendo en cuenta que tanto la parte materna como la paterna lucharon tanto al lado del general Álvarez como al lado de Porfirio Díaz (*¡Emiliano Zapata!* 8).[19] Zapata también tuvo apoyo

---

[18] Es necesario aclarar que las obras investigadas para ofrecer una biografía rigurosa de Zapata están relacionadas entre sí. Tanto Samuel Brunk (1995) como John Womack Jr. basan parte de su investigación en el trabajo de Sotelo Inclán, por lo que las biografías concuerdan en la fecha de nacimiento de Zapata. En el caso de Gildardo Magaña, este comenta que Zapata nació hacia 1877, pero en una nota indica la imposibilidad de conocer la fecha con exactitud por la destrucción de los archivos donde se guardaba esta información (1: 94). Por último, Octavio Paz Solórzano indica en su biografía que el morelense nació en el año 1883 (30).

[19] Como se verá en el análisis del "Plan de Ayala," el General Juan Álvarez fue una de las figuras centrales en la Revolución de Ayutla de 1854, y de cierta manera, se convirtió también en una

familiar en la insurrección morelense; su hermano Eufemio fue general de su ejército y numerosos sobrinos se incorporaron también a sus filas. De cualquier forma, la vida de Emiliano Zapata se ha narrado siempre entre el mito y la historia, con lo que a veces se dificulta la veracidad de los actos narrados por sus estudiosos.

Sin embargo, muchos biógrafos coinciden en un evento que pareció vaticinar el sino heroico del caudillo suriano: cuentan que Emiliano, de niño, vio a su padre llorando y el niño le preguntó el por qué. Gabriel Zapata contestó entre lágrimas que la hacienda del Hospital les había arrebatado su terreno y, ante esto, el joven Zapata juró que lucharía para que se les devolviesen sus tierras (*¡Emiliano Zapata!* 13-14; Sotelo Inclán 171; Magaña 94). Ante la imposibilidad de comprobar la veracidad de este hecho, sí se debe reconocer que este tipo de anécdotas sirven para reafirmar la construcción del héroe Zapata dentro del imaginario nacional, siendo este hecho una anécdota común también representada en los corridos escritos en su honor.[20]

La rebeldía de Zapata fue una constante a lo largo de su vida; desde su arresto en junio de 1897 del que lo salvó su hermano Eufemio a los intentos de incorporarlo a la leva tanto en 1908 como en 1910, el morelense tuvo frecuentes enfrentamientos con la justicia nacional. Estos eventos lo llevaron en algunos casos a convivir con la clase alta mexicana, como cuando se le eximió del servicio militar obligatorio y a cambio Ignacio de la Torre y Mier (yerno de Porfirio

---

figura temida por las clases más pudientes de México debido a su defensa de los derechos de los campesinos.

[20] Este rumor está presente, por ejemplo, en los colección de corridos de José Muñoz Cota.

Díaz) lo contrató como adiestrador de caballos en su finca de la Ciudad de México. Estas situaciones le permitieron reafirmar, de primera mano, la tamaña desigualdad existente entre los campesinos y las esferas más altas de la sociedad, lo que le llevó a cuestionar la maquinaria porfiriana. Consecuentemente, pronto comenzó a interesarse por la política y, a la vuelta de una de sus estancias forzosas fuera de Morelos en 1909, se incorporó al movimiento popular de apoyo al candidato para la gubernatura de Morelos Patricio Leyva.

Mientras tanto, los dos años previos al conflicto bélico fueron tumultuosos tanto en Morelos como en la nación. En 1908, Porfirio Díaz concedió una entrevista al periodista norteamericano James Creelman donde anunció que no se iba a presentar a las próximas elecciones presidenciales por su deteriorado estado de salud (Garciadiego 92-137). En ese mismo año murió el gobernador Alarcón en Morelos, y Díaz pronto dispuso que Pablo Escandón, hacendado y parte de la pequeña élite porfiriana, fuera el candidato a sustituirle. Pronto surgió un aspirante a la gubernatura aupado por las masas populares: Patricio Leyva, hijo del exgobernador Francisco Leyva, quien era idolatrado por la población. Se formaron muchos clubs de apoyo al leyvismo, entre ellos el Club Melchor Ocampo en Villa de Ayala, entre cuyos miembros se encontraba el joven Emiliano Zapata. Además de su incorporación a este movimiento político, Zapata había sido elegido *calpulelque* o Presidente del Comité de Defensa de Anenecuilco el 12 de septiembre de 1909. Esta elección era debida a la necesidad de renovar el liderazgo en la lucha con la Hacienda del Hospital, que había resultado infructuosa hasta entonces (*¡Emiliano Zapata!* 19). Todos los biógrafos coinciden y enfatizan que Zapata fue el elegido porque era "un hombre con pantalones," es decir, un hombre capaz de tomar decisiones y liderar a su comunidad (*¡Emiliano Zapata!* 19; Sotelo Inclán 176; Womack 9). Poco después, y debido a su estrecha

relación con el Club Melchor Ocampo, los campesinos de Villa de Ayala y Moyotepec se unieron a este movimiento por la recuperación de las tierras que desembocó en el alzamiento armado de Morelos en marzo de 1911.

En el mismo espacio de tiempo que transcurría esta campaña electoral en Morelos, Díaz se desdijo de sus palabras y volvió a presentarse candidato para la presidencia. Para ello, mandó a Francia al General Bernardo Reyes, Gobernador de Nuevo León y que para muchos era el heredero natural de Díaz. Esta decisión causó descontento entre las clases burguesas del norte del país. Es importante tener en cuenta el hastío de la mayor parte de la burguesía durante el Porfiriato dado que esta no recibían los mismos beneficios que los "protegidos" de Díaz. Con esta noción de una repartición más equitativa (siempre entre las clases medias y altas) y con afán de justicia surgió la candidatura a la presidencia de Francisco I. Madero, hijo de una familia acomodada de Chihuahua, y que resultó ser la figura catalizadora que incitó a la revolución. Esta figura pronto se alió con la de Patricio Leyva y mandó sus apoyos al candidato morelense. El éxito de este último, sin embargo, fue nulo, puesto que el arresto de líderes leyvistas y la prohibición de acceso a las urnas a los votantes del candidato liberal convirtió en vencedor a Pablo Escandón en 1909.

La represión a nivel estatal se repetía por toda la nación. Francisco Madero condujo una exitosa campaña con el lema de "Sufragio No-reelección." Para las elecciones presidenciales de 1910 fue encarcelado junto con muchos de sus votantes y, como ocurrió en Morelos, Díaz fue reelegido Presidente. Con la intención de mejorar su imagen pública, Díaz liberó a Madero, que pronto huyó a San Antonio, Texas, desde donde promulgó el 5 octubre de 1910 el "Plan de San Luis Potosí" donde instaba al alzamiento revolucionario el 20 de noviembre de ese mismo año.

El "Club Leyvista Melchor Ocampo," entre cuyos miembros se encontraba Zapata, respaldó el llamamiento de insurrección de Madero, con la esperanza del cumplimiento del tercer párrafo del Artículo 3 del plan, que abogaba por la restitución de los terrenos despojados a sus primitivos propietarios (Silva Herzog 1:129).

Debido a esta afinidad ideológica con Madero, pero sobre todo impulsado por la necesidad de mejorar las condiciones de vida de sus conciudadanos, Emiliano Zapata se convirtió en uno de los protagonistas de este conflicto junto con otras figuras como Francisco "Pancho" Villa, Venustiano Carranza o el mismo Francisco Madero. Su incorporación a la bola suriana,[21] pero especialmente la elección del morelense como *calpuleh* o *calpulelque* se considera para el historiador Samuel Brunk como el punto desde donde se construye al líder que posteriormente fue canonizado como héroe nacional.

Emiliano Zapata: ¿Héroe circunstancial o precursor de la revolución?

Emiliano Zapata fue, sin ninguna duda, una de las figuras vertebrales de este proceso armado. Su elegante estética de charro mexicano, sus ideales y consagración a la lucha por los derechos de los campesinos son conceptos que se han diseminado a lo largo de la producción cultural mexicana del siglo XX y que se han asociado con el morelense. Se han hecho numerosos

[21] La bola suriana es el término popular para denominar a la revolución del sur de México. También se usa "bola" para hablar de la revolución en sí, porque como comentan Joseph y Buchenau, "…[it] conjures up images of gigantic boulder rolling erratically through the countryside (74). Asimismo, y como se verá en el siguiente capítulo, la bola suriana es la variedad regional del corrido cantado en el centro-sur de México.

aportes biográficos a la vida de este personaje, como se ha comprobado anteriormente. Como ya se mencionó, su liderazgo se oficializó una vez que fue elegido *calpulelque* en septiembre de 1909. Sin embargo, no fue hasta que entró con un grupo de campesinos en las tierras de la Hacienda del Hospital y las reclamó como propias cuando se consolidó su figura como líder de la insurrección rural. A propósito del protagonismo de Zapata, Samuel Brunk comenta que su participación en el movimiento leyvista fue más bien circunstancial, ya que su firma figuraba al final del documento; su elección como *calpulelque*, en cambio, fue producto de su posición dentro de la microsociedad de Anenecuilco ("Zapata and the City Boys" 36). Como bien dice este historiador en otro de sus trabajos, Zapata no era un campesino desvalido; sus negocios como ganadero y su arrendamiento de terrenos al Hacendado De la Torre y Mier lo convertían en patrón, una posición ventajosa en el estatus quo del distrito de Cuautla (*¡Emiliano Zapata!* 20).

Su liderazgo en el movimiento suriano fue condicionado además por el asesinato del que a priori era el líder del movimiento maderista en Morelos. Pablo Torres Burgos fue quien inició las negociaciones con el maderismo y quien incluso viajó hasta San Antonio, Texas, para entrevistarse con el líder rebelde, pero su abandono del movimiento por diferencias ideológicas y estratégicas y su posterior asesinato por las fuerzas federales convirtieron al de Anenecuilco en el líder lógico del alzamiento. Su autoridad, además, no emergía únicamente de su elección como *calpulelque*; su toma de las tierras del Hospital que pertenecían a Anenecuilco y el posterior apoyo del jefe político de la zona en el litigio con el latifundio lo proyectaron como paladín natural de la causa campesina. Todo esto, sumado a su posición social privilegiada como patrón y jinete, y su éxito con el sector femenino, lo convirtió en la quintaesencia de la masculinidad rural mexicana de la época (*¡Emiliano Zapata!* 21).

Zapata y sus aliados de Villa de Ayala y Moyotepec se convirtieron aliados del movimiento maderista, ocupando localidades de Morelos y ganando guerrilleros. Estas personas, inspiradas por el carisma de Zapata y las promesas zapatistas y maderistas respecto a la restitución de las tierras, pronto se integraron a la bola, colaborando en la toma rápida de los municipios principales del estado. A pesar de que la muerte de Torres Burgos le consolidó el liderazgo en Morelos, el caudillo era consciente de que su mantenimiento en esa posición dependía también de su relación con otros jefes de estados aledaños (*¡Emiliano Zapata!* 34). Así, pronto firmó pactos con Ambrosio Figueroa, de Guerrero, con el que tuvo múltiples desencuentros debido a sus discordancias en su concepto de la revolución y también por establecer el mando.[22] En la primavera de 1911, las fuerzas maderistas se preparaban para tomar Ciudad Juárez, Chihuahua, mientras que los zapatistas centraban su atención en Cuautla, capital de Morelos. Para el 10 de mayo, el bastión del norte había caído en mano de los maderistas Pancho Villa y Pascual Orozco, pero la capital morelense necesitó más tiempo, algo entendible teniendo en cuenta que el ejército zapatista era menor en número y en logística.

Sin embargo, para el 19 de ese mes las tropas federales huyeron hacia Cuautla, y para el 21, Díaz y Madero acordaron el Tratado de Ciudad Juárez, que daba por triunfante la revolución de Madero y formaba un gobierno provisional hasta las elecciones de octubre (Womack 86). Las promesas del cambio revolucionario fueron fugaces; pronto, el gobierno interino se llenó de viejas figuras porfiristas que no contemplaban un cambio social como necesario para el país.

---

[22] Como se verá posteriormente en el análisis, Zapata menciona a Figueroa al solicitar su destitución como Gobernador de Morelos.

Además también comenzaron por parte de estos representantes del Antiguo Régimen las demandas para el desarme del ejército zapatista y su retorno a sus pueblos de origen, dado que miembros oficiales del ejército se iban a encargar de la pacificación del estado. Así, Zapata se dio cuenta pronto que las promesas del "Plan de San Luis Potosí" no iban a cumplirse y comenzó a expresar su disconformidad a través de manifiestos, cartas y documentos.

Articulando el pensamiento fronterizo a través de los documentos de Emiliano Zapata: Morelos como territorio de creación de una epistemología y comunidad otras

Aníbal Quijano comenta que una de las únicas revoluciones democráticas ocurridas en América es la mexicana, puesto que esta fue popular, nacionalista-antimperialista, anticolonial y antioligárquica ("Colonialidad del poder, eurocentrismo" 825). Esto permite comprender cómo el discurso de las clases populares, y en este caso particular el de Emiliano Zapata y sus allegados, construyen un pensamiento que, a pesar de ser contemporáneo a su época, se basa en conocimientos ancestrales que durante generaciones se transmitieron a través de la oralidad. Este ejercicio de memoria colectiva fue producto de quinientos años de prácticas de resistencia diaria, como se ha demostrado en las páginas anteriores, y que se desataron en diez años de guerra civil y que fueron trasladados a documentos escritos que Zapata y su ejército propagaron durante la revolución. La ideología desarrollada en los documentos zapatistas es reflejo de una comunidad específica, Morelos, y de sus circunstancias históricas, pero también es necesario comprender cómo a lo largo del conflicto este pensamiento transcendió las barreras del estado al significar un movimiento de justicia social que incorporó a todos los sectores de la sociedad mexicana (P. Hart 216).

Los documentos analizados en esta investigación fueron diseminados entre 1911 y 1919, año en el que el general fue asesinado en una emboscada en Chinameca. La mayoría de estos escritos fueron realizados desde las distintas ubicaciones donde se encontraba el Cuartel General zapatista, y la distribución de estos textos varía desde un público general como ocurrió con los manifiestos, a su propio ejército como se observa con las ordenanzas, leyes y decretos que regularon el movimiento (Espejel, Olivera y Rueda Smithers 29-30). Es necesario especificar que los manuscritos seleccionados para analizar en esta investigación son aquellos que están firmados por el morelense. A pesar de que posteriormente se discutirá la autoría de Zapata, esta investigación considera que su firma implica su conformidad con lo expresado en las proclamas y que, por lo tanto, él fue partícipe en este discurso. La construcción de su pensamiento no deriva únicamente de su persona sino que es reflejo, como ya se ha dicho, de una memoria colectiva que se ha mantenido en las comunidades campesinas de Morelos durante siglos. Thomas Benjamin considera que la memoria colectiva es lo que es recordado por la cultura cívica dominante, pero también menciona que, a fin de cuentas, el recuerdo de un evento es la interpretación de este (*La Revolución* 19). Por lo tanto, Zapata y los ideólogos de su movimiento se convirtieron en los escribanos que cristalizaron por escrito la historia del campesinado de Morelos.

A pesar de que es inevitable reconocer cómo la memoria del campesinado morelense es producto de la interpretación subjetiva de su pasado, los documentos históricos preservados tanto por las comunidades como por las instituciones atestiguan, por un lado, las consecuencias de una dominación promulgada a través de la colonialidad así como la resistencia constante por parte del campesinado. La relevancia de estos escritos reside, en consecuencia, en su forma escrita,

puesto que a través de esto se legitimó su discurso cargado de conocimiento ancestral dentro de un sistema que documentaba únicamente a través de esta forma. Como Espejel, Olivera y Rueda Smithers afirman,

> el mérito de los zapatistas estriba, precisamente, en haber revelado que dentro del laberinto de textos y realidades contrapuestas, las comunidades campesinas supieron mantener, a través de muchos siglos, un sentimiento continuo de su identidad y sus aspiraciones particulares, tanto culturales como económicas, derivadas de una cultura con fuertes y perdurables características indígenas… Destaca, pues, su insistencia por asentar sus demandas en leyes escritas con objeto de que su lucha adquiriese legalidad; de ahí también deriva el hecho de que se conserven… un buen número de escritos (25).

Por ende, y a través de la escritura, el movimiento zapatista se incorporó a las prácticas y discursos sociales modernos, con el fin de transcender esta modernidad desigual y generar así una epistemología otra que combinó ambas realidades. Es así como se revierte la diferencia colonial, concepto que Walter Mignolo designó para denominar el proceso hegemónico que, desde el siglo XVI, ha subalternizado el pensamiento no occidental y ha marcado la inferioridad de las comunidades que han generado esta ideología (*Local Histories/ Global Designs* IX). A pesar de esto, el uso de la escritura como herramienta a través de la cual se cristaliza este

particular pensamiento campesino supone la puesta en marcha de un proceso de decolonización tanto epistémico como social que se interrumpió con el asesinato del general.[23]

Zapata: ¿Autor o ideólogo de los textos?

Una de las cuestiones más comunes en el estudio de la biografía de Zapata ha estado relacionada con su alfabetismo y su educación formal. Aquellos estudiosos que han ofrecido un estudio favorable de su persona han tendido a indicar que Zapata sí recibió escolarización y que aprendió a leer y escribir (*¡Emiliano Zapata!* 6). Otros, que idealizan al revolucionario y contribuyeron a elaborar la figura de este como un héroe inmortal, hablan de cómo Zapata fue un ávido lector e incluso comparan la educación recibida por el caudillo con la de las clases altas, insinuando que la del primero era más adecuada a las necesidades de la época (Paz Solórzano 31; Sotelo Inclán 72). La alfabetización del General Zapata, por lo tanto, quedó reafirmada en estas obras pero no sirve para poder adjudicar exclusivamente la escritura de los documentos revolucionarios al líder.

Samuel Brunk atribuye la redacción de muchos de estos textos a los intelectuales que se incorporaron al movimiento zapatista a lo largo de la revolución. La influencia del pensamiento occidental en el estado de Morelos no caló únicamente en el desarrollo de la industrialización de

---

[23] La muerte de Zapata es solamente una interrupción en el desarrollo del pensamiento otro y las prácticas decolonizadoras. Como se demostrará en el cuarto capítulo, el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (1994- actualidad) ha demostrado ser heredero de lo promulgado por el morelense y sus seguidores y ha continuado articulando un diálogo de saberes que permite revertir la diferencia colonial.

las haciendas; profesores de las escuelas como Pablo Torres Burgos u Otilio Montaño estaban familiarizados con las nuevas corrientes ideológicas, producto de las luchas de clase en Europa que estaban emergiendo en el país. El primero de estos personajes murió al comienzo de la revolución. Montaño, en cambio, fue uno de los intelectuales locales de confianza del general, al punto que confeccionaron juntos "El Plan de Ayala."[24]

A lo largo del conflicto armado se sumaron numerosos jóvenes de la ciudad atraídos por las demandas del movimiento zapatista. Brunk denomina a estas figuras "'City boys,' because they came from an urban environment that was foreign to most of the Zapatistas, because they were almost exclusive males and because most of them were quite young, they were hardly representatives of Zapatismo" ("Zapata and the City Boys" 34). Estas adiciones al movimiento generaron enfrentamientos entre Zapata y sus allegados locales y, una vez que el general fue asesinado, intelectuales citadinos tales como Gildardo Magaña o Antonio Díaz Soto y Gama se adhirieron al gobierno del General Álvaro Obregón, movimiento vencedor, y fueron partícipes de la institucionalización del morelense como héroe nacional. La contribución de estos individuos en la escritura de estos documentos dificulta, por lo tanto, la posibilidad de analizar el pensamiento del morelense de forma aislada ("Zapata and the City Boys 41"). Se considera la influencia de Díaz Soto y Gama, Magaña o Manuel Palafox, entre otros, como indudable en los escritos firmados por Zapata, dado que se observa una convergencia de un pensamiento basado

[24] A propósito de la relación entre Zapata y Montañoy Brunk indica que estos no eran únicamente compañeros de bando, sino que su relación estrecha les había llevado a ser compadres. ("Zapata and the City Boys" 37)

en los saberes ancestrales con una ideología marcada por el pensamiento occidental, puesto que estos jóvenes se identificaron con corrientes tales como el marxismo o el anarquismo. Estos intelectuales sirvieron como enlace entre Zapata y la escena nacional; sin embargo, y como se ha mencionado anteriormente, también contribuyeron a la fricción entre el general y sus jefes en diferentes zonas de Morelos dado que consideraban que los segundos estaban concentrando el movimiento en el Cuartel General, al mismo tiempo que ellos luchaban por la descentralización del Gobierno nacional ("Zapata and the City Boys" 35; "The Sad Situation" 350). El esfuerzo colaborativo entre Zapata y los intelectuales es innegable, y contribuyó a articular un diálogo entre lo que se ha asociado con el pensamiento occidental y los saberes otros. Este pensamiento oriundo al campesinado se articula en torno a la noción de territorio como espacio de vida a través del cual pueden diseñar su comunidad, y siempre contempla la colectividad como central a su discurso.

El análisis habitual de estos documentos examina ambas tradiciones como productos de un sincretismo basado en unas raíces ancestrales combinadas con la ideología de clase surgida en el siglo XIX. Esta lectura bidimensional, sin embargo, estaría ubicada dentro de las instancias de la colonialidad, ya que se legitimaría el pensamiento de "origen" europeo como oriundo de ese continente, mientras que la del campesino y comunidades indígenas se considera una ideología menos sofisticada. Orlando Fals-Borda comenta en su estudio sobre el socialismo raizal en Colombia que esta corriente no se puede leer como intrínseca a Europa, sino que estas nociones

son base de cualquier sociedad (20-21).[25] Partiendo de esta premisa, el análisis de los documentos se va a centrar en diversos temas tales como la organización social del zapatismo y de los pueblos, las políticas de territorio zapatistas o la respuesta otra al discurso hegemónico, para poder demostrar cómo la propuesta zapatista de principios de siglo XX es producto de un pensamiento que inserta sus raíces ancestrales en diálogo con una modernidad desigual para crear un pensamiento fronterizo enmarcado en los márgenes y que ofrece una alter-nativa.[26]

Un análisis cronológico de estos textos permitiría observar cómo el pensamiento zapatista va articulando demandas que van más allá de la devolución de tierras y la influencia de los intelectuales en la creación de estos documentos. El análisis temático, empero, permite ver cuáles fueron las preocupaciones estructurales para Zapata y su movimiento y que fueron constantes durante la lucha armada. Los documentos escritos a partir de 1915 demuestran la implantación de lo que Adolfo Gilly denominó como "La comuna de Morelos," el lugar de enunciación propio de las propuestas zapatistas y de una revolución social "…que cambió las bases económicas, políticas, jurídicas, militares y sobre todo sociales del poder en su territorio, y estableció allí una república social, una comuna basada en el pueblo en armas, en los campesinos pobres y en los obreros agrícolas" (251). Es por esto que los documentos escritos a partir de ese año tienen un

---

[25] El sociólogo colombiano arguye en su estudio que las formas de socialismo raizal en Colombia han sido visibles en los que él denomina los pueblos originarios: los indígenas primaries, los negros de los palenques, los campesinos artesanos y los colonos y patriarcas.

[26] La elección de escribir alternativa como alter-nativa reside en que, por un lado, la propuesta de Zapata trata de ofrecer otra opción a un sistema que estaba borrando la forma de vida local y por otro, que fue una proposición hecha desde y para Morelos y, por lo tanto, nativa al territorio que reclamaban.

carácter más oficial y, de hecho, se instituyen algunas leyes a partir de pequeños decretos emitidos por Zapata: un ejemplo de esto es la Ley Agraria de 1915, que toma como punto de partida el documento firmado por el morelense el 8 de septiembre de 1914. De cualquier forma, muchos de estos documentos comparten una preocupación común por la devolución de los territorios que pertenecieron a las comunidades y también por la implantación de la soberanía de los pueblos. Asimismo, y como forma de recuperar su identidad como campesinos y con el fin de desmentir la propaganda de los periódicos y movimientos antizapatistas, los documentos firmados por Emiliano Zapata recuperan una epistemología que sirve para visibilizar a la comunidad campesina y establecer una posibilidad de civilización otra.

La organización social en los documentos de Zapata: Hacia un socialismo raizal local

La conceptualización del territorio como espacio de transacción económica en el continente americano tuvo lugar en el momento en el que la dominación colonial se impuso en el siglo XVI. Su expansión más radical se produjo en el siglo XIX, momento en el que la legislación liberal de mediados de siglo y las políticas regionales despojaron a las comunidades nativas de sus terrenos de propiedad comunal. Argumentar que la tierra y el trabajo nunca estuvieron ligados en las sociedades pre-hispánicas, y que el uso de la tierra era meramente recreativo sería idealizar la situación de estos pueblos. Sin embargo, Karl Polanyi afirma que para todas las sociedades pre-capitalistas, "el trabajo formaba parte de la vida, la tierra formaba parte de la naturaleza, vida y naturaleza formaban un todo articulado. La tierra se vinculaba con la organización del parentesco, la vecindad, los oficios, las creencias […]"(citado en Alimonda 38). Tomando como punto de partida esta concepción del territorio como espacio de vida desde

el que se articula y se concibe una epistemología otra, se puede comprender cómo las premisas diseminadas por Zapata manifiestan una relación entre la sociedad morelense y el lugar que transciende la concepción y uso de la tierra enunciado desde el pensamiento eurocéntrico tradicional. La articulación del pensamiento promulgado por Zapata, consecuentemente, se podría enmarcar dentro de lo que Walter Mignolo denomina como pensamiento fronterizo, pues este, pensado desde la subalternidad colonial, no ignora el pensamiento de la modernidad y al mismo tiempo lo resiste, mediante un diálogo entre las prácticas ancestrales y un modelo económico y social capitalista ("Un paradigma otro" 141-142).

El contexto histórico descrito anteriormente vislumbra cómo la resistencia campesina fue producto del intento de mantener la naturaleza como eje de su bienestar social frente a un sistema que estaba transformando el espacio en el que vivían en una mera herramienta de desarrollo económico (Alimonda 38). El territorio en el que estas comunidades estaban asentadas no era únicamente una ubicación; como bien dice Arturo Escobar, "… el lugar continúa siendo una importante fuente de cultura e identidad; a pesar de la dominante des-localización de la vida social, hay una corporalización y un emplazamiento de la vida humana que no puede negarse" (24). Por lo tanto, la relación entre el individuo, la comunidad y el territorio definió y todavía define las formas de organización social y de los usos de los espacios locales.[27] Esta premisa fue una constante en los documentos de Zapata y de ahí radican sus proclamas por la devolución de

[27] Esta noción es todavía vigente en las luchas instituidas por colectivos como el Ejército Zapatista de Liberación Nacional, como veremos en el último capítulo.

las tierras y los documentos que decretan la soberanía de los pueblos en cuanto su gestión y formación.

La estructura interna del Ejército de Liberación del Sur era representativa de la idea de comunidad y pueblo que tenían los habitantes de Morelos. Partiendo del colectivismo agrario y de formas ancestrales de organización tales como el *calpulli*, las ideas de familia y compadrazgo eran vertebrales al movimiento armado (Espejel, Olivera y Rueda Smithers 25). Así, muchos de los altos cargos del zapatismo fueron elegidos por sus propios vecinos e incluían relaciones de consanguinidad o compadrazgo. En consecuencia, este ejército estaba dispuesto en torno a su experiencia local, y sus demandas y luchas eran producto de una historia común de despojo y silenciamiento, que había sido especialmente notable con la Constitución de 1857, cuando los pueblos perdieron su autoridad para reclamar las tierras que se les habían usurpado. Todas estas relaciones sociales eran producto de la vida en los diferentes municipios. La institución del pueblo fue creada por las instituciones virreinales, con el fin de repoblar los territorios diezmados por las enfermedades de los españoles. De acuerdo con Emilio Kourí, este concepto se estableció dentro del Derecho Indiano, el conjunto de leyes que sirvieron para legislar en las colonias establecidas en América ("Interpreting the Expropiations…" 77).

El historiador menciona cómo la idea de pueblo hace referencia tanto al lugar como al colectivo que habitaría ese espacio asignado por la corona, y ambos significados se enmarcaban dentro de la legalidad en la colonia (77). A pesar de que la idea de esta institución se enmarcó dentro de estas leyes, es necesario tener en cuenta que estos sistemas de ubicación de las comunidades partían de concepciones territoriales pre-colombinas tales como el *altepeme* o de las reducciones o congregaciones que las autoridades virreinales ordenaron para repoblar el

territorio novohispano. Así, el concepto del pueblo es ejemplo de la negociación de los saberes campesinos y la modernidad, ya que a pesar de que esta institución tenía un fin más administrativo para las autoridades coloniales, las comunidades generaron su propio sistema de organización social, basado en las relaciones interpersonales y familiares. Este es un ejemplo del funcionamiento del pensamiento o gnosis fronterizo de Mignolo donde convergen la inevitable modernidad y la resistencia de las comunidades nativas.

Con el fin de empoderar a estas comunidades, una de las constantes en los documentos firmados por Emiliano Zapata es la designación de los pueblos como entidades con potestad para tomar sus propias decisiones. La importancia de garantizar esta independencia política a las comunidades es especialmente significativa teniendo en cuenta la macronarrativa de la historia de México que, desde la colonia, había construido al indígena y al mestizo como ese eterno otro incapaz de asimilarse a la sociedad moderna y de organizarse (Mijangos Díaz y López Torres 46). Este discurso había sido especialmente notorio a mediados del siglo XIX debido al auge del positivismo que, con su máxima de "orden y progreso" trató de agregar al indígena al proyecto nacional civilizatorio (Rueda-Smithers 172). El hecho de que Zapata y los suyos otorgaran a las comunidades rurales el derecho a administrarse y a crear lo que Gilly denomina "un igualitarismo de raíz campesina y colectiva" implica una ruptura con el orden colonial que había existido hasta ese entonces, debido a que la organización de estos gobiernos de los pueblos no surgió de los intelectuales citadinos, sino de la experiencia y las costumbres locales de los campesinos (244; 259). Este colectivismo basado en la raíz campesina converge con la propuesta de Fals Borda del socialismo raizal y ecológico y demuestra cómo esta corriente ideológica no fue oriunda de Europa.

Estas nociones de la autogestión de los pueblos aparecen por primera vez en el documento que definió la ideología zapatista y sirvió para establecerse como movimiento contrario al maderismo (*The Posthumous Career* 30): "El Plan de Ayala," redactado por Otilio Montaño y Emiliano Zapata el 25 de noviembre de 1911 y secundado por sus subordinados. A pesar de que este texto se analizará con más profundidad en la próxima sección, es necesario señalar cómo es una constante en el texto las referencias al gobierno colectivo, tanto por parte de la Junta Revolucionaria como con el pueblo, tal y como se demuestra al inicio del documento:

> Los que suscribimos, constituidos en junta revolucionaria para sostener y llevar a cabo las promesas que hizo al país la revolución de 20 de noviembre de 1910 próximo pasado, declaramos solenmemente ante la faz del mundo civilizado que nos juzga y ante la nación a que pertenecemos y amamos, los propósitos que hemos formulado para acabar con la tiranía que nos oprime y redimir a la patria de las dictaduras que se nos imponen (Espejel, Olivera y Rueda Smithers 114).

Así, y como sugiere Pineda, "el antagonismo social debía enfrentarse de modo directo: los pueblos tomarán posesión de las tierras usurpadas y las defenderán con las armas en la mano" (219). Una vez instituidas las bases del zapatismo con este documento, el morelense y los suyos continuaron diseminando su noción de la colectividad como eje del bienestar social. En el texto del 4 de junio de 1913 "Instrucciones a que deberán sujetarse los jefes y oficiales del Ejército Libertador del Sur y Centro de la República," se dice lo siguiente:

> En las ciudades y pueblos dominados por la Revolución, irán substituyendo á las autoridades que no sean gratas al pueblo y proceder desde luego al nombramiento de nuevas autoridades por elección popular, evitando toda clase de fraude,

> soborno ó cohecho en las elecciones que se verifiquen y que el nombramiento de nuevas autoridades se lleve á cabo de conformidad con lo que dice el Plan de Ayala, en su parte relativa.[28] (Espejel, Olivera y Rueda Smithers 137)

Pese a que los hombres mayores de edad tenían derecho a voto en la República mexicana, la realidad era que la participación política estaba asociada a los caciques y jefes políticos, y que como se había visto en las elecciones de 1909 en Morelos, el fraude electoral era algo común a la época. La gran mayoría de estos mandatarios estaban alineados con el pensamiento hacendado, y sus decisiones alteraban la vida de los campesinos. El hecho que Zapata y los suyos reclamaran un proceso electoral justo y transparente, y que los representantes políticos fueran afines a los intereses del pueblo, supuso un cambio en la concepción de la gestión administrativa de la época, puesto que ahora se destinaría a cumplir las demandas de los pueblos. Asimismo, el noveno artículo declaraba que: "Los jefes y oficiales del Ejército Libertador, apoyarán por medio de la fuerza la posesión de terrenos, de los pueblos, siempre que estos soliciten su intervención ó [*sic*] que las circunstancias exijan la mediación directa de los jefes" (Espejel, Olivera y Rueda Smithers 138).[29]

En un momento del conflicto armado en el que hasta ese entonces el General huertista Juvencio Robles había arrasado los pueblos morelenses con el método de la tierra quemada, la

---

[28] El texto se encuentra redactado tal y como lo hicieron Espejel, Olivera y Rueda Smithers.

[29] Estas dos ideas vuelven a reiterarse en el documento escrito el 28 de julio de 1913 y denominado "Instrucciones a que deberán sujetarse los jefes y oficiales del Ejército Libertador".

acción de someter la armada zapatista a los intereses de los pueblos supuso una transformación en los usos de los aparatos de control del estado. Tradicionalmente, el ejército se ha considerado la institución protectora de las necesidades de cualquier nación; la realidad ha sido, sin embargo, que la armada muchas veces ha protegido el capital de la oligarquía (como ocurrió durante el Porfiriato). Evidentemente, el Ejército Libertador del Sur no era una armada al uso; compuesta por campesinos y convirtiéndose en una guerrilla, sus intereses eran contrarios a los de los hacendados y poderosos de México. Sin embargo, la apropiación del término Ejército y el empleo de esta institución como fuerza protectora de los intereses de los más desfavorecidos implica una transformación respecto a la concepción tradicional del término; podría incluso afirmarse que dentro del zapatismo, el ejército recupera esa noción de colectividad y defensa del pueblo con el que se ha asociado históricamente. Esto lo reitera Pineda al afirmar que "la estructuración del ejército de los campesinos será la base orgánica del Plan de Ayala," (218) e incluso se puede apuntar que esta idea se encuentra adyacente a los documentos que tratan esta noción, como demuestran estos ejemplos.

Esta idea de la colectividad e igualdad entre las tropas se reitera en el Decreto emitido el 18 de junio de 1914, que dictamina en el primer artículo que "Ningún jefe, oficial o soldado podrá desarmar a sus subordinados o compañeros, sin orden expresa del Cuartel General; a no ser por faltas graves que hagan indispensables dicha medida" (Espejel, Olivera y Rueda Smithers 194). El hecho de que se inhabilite tanto a los superiores como a los soldados a abusar de su poder como fuerzas de seguridad implica una noción de igualdad entre las filas y la ciudadanía, y define las relaciones interpersonales y su funcionamiento de forma horizontal tanto dentro del ejército como de la sociedad rural morelense de la época. Esto también se contempla en otro

documento titulado "Prevenciones," del 15 de febrero de 1915 y que dice: "Cuarta. Los grupos de gente armada que existan por el rumbo, deberán quedar al mando del Jefe que elijan, entendidos que obedecerán las órdenes…" (Espejel, Olivera y Rueda Smithers 264). El hecho de que los soldados pudiesen elegir a sus superiores indica cómo la jerarquía no era tan rigurosa en el ejército zapatista, y que que el respeto funcionaba más en base a las relaciones sociales. Así, y a diferencia del ejército federal, basado en una ley marcial jerárquica, y donde muchos soldados rasos eran producto del servicio militar forzado, se refuerza esa noción de colectividad y comunidad existente desde tiempos coloniales dentro de la sociedad morelense.

Para comprender cómo va desarrollándose el discurso zapatista, es necesario hacer una aproximación al contexto histórico de la revolución, especialmente lo acontecido después de la Convención de Aguascalientes de 1914. Después del asesinato de Madero y su Vice-Presidente Pino Suárez a manos de fuerzas huertistas y la instauración de este como gobernante de la república, pronto surgieron voces disidentes. Entre ellas destacaron las figuras de Emiliano Zapata, Francisco "Pancho" Villa, el General Álvaro Obregón y Venustiano Carranza, los cuales unieron fuerzas y desconocieron al dictador. Carranza proclamó el Plan de Guadalupe en marzo de 1913, en el que se autoproclamó Primer Jefe del movimiento Constitucionalista y reclamaba la destitución inmediata del dictador Huerta (Joseph y Buchenau 56).[30] Varios de los líderes políticos de este movimiento no consideraban la causa agraria como su bandera; muchos deseaban vengar la muerte de Madero e instituir un cambio político real, pero no social.

---

[30] Se autodenominaron Constitucionalistas porque enarbolaban la bandera de la Constitución de 1857 como texto legal que les amparaba.

Estas diferencias ideológicas fueron manifestándose con el tiempo; sin embargo su unidad fue absolutamente necesaria para el derrocamiento del huertismo, junto con la ayuda del gobierno estadounidense, que tras desconocer la dictadura de Huerta invadió Veracruz en abril de 1914 con la intención de bloquear la entrega de armamento por parte de los alemanes (Joseph y Buchenau 60). El movimiento Constitucionalista se benefició enormemente de la intervención americana; sin embargo, todas las facciones mostraron su descontento respecto a la invasión e incluso desataron un tremendo sentimiento nacionalista. De cualquier forma, este bloqueo en Veracruz supuso un golpe mortal para el huertismo y, junto con acciones militares como la toma de Zacatecas por parte Pancho Villa, y el control de Morelos de Zapata y los suyos, Victoriano Huerta renunció a su cargo el 6 de julio de 1914.

Lo que debía haber supuesto un triunfo de la revolución se convirtió en una guerra de guerrillas que continuó hasta el fin del proceso armado. Las tensiones entre las dos facciones más poderosas del norte fueron pronto irreconciliables: por un lado, Pancho Villa y su División del Norte, representantes de una realidad popular de la bola, con ciertas similitudes al zapatismo;[31] por otro lado, Venustiano Carranza y Álvaro Obregón, representantes de la burguesía del norte de México. Estas divisiones se fueron acentuando y culminaron con la Convención de Aguascalientes en octubre de 1914, donde partieron por un lado el movimiento constitucionalista abanderado por Carranza y apoyado por Obregón y el convencionista liderado por Pancho Villa

[31] "…Most of the Convention's tope leaders, as well as their chief lieutenants, represented the agrarian currents of the revolution… they spoused the goals of the common men in their ranks rather than aspiring to greater things." (Joseph y Buchenau 70)

en el norte y Emiliano Zapata en el sur. A propósito de los líderes de ambos grupos, es interesante citar a Joseph y Buchenau:

> At the risk of overgeneralizing about a revolution as far-flung and chaotic as Mexico's, it seems fair to conclude that the Conventionists features less of a social and cultural gap between chiefs and enlisted men tan did the Constitutionalists. Zapata's men frequently commented that their chief was 'one of them': 'Miliano, never Señor Zapata'; and chroniclers of Villismo made the same point about Pancho Villa. By contrast, a more ambitious and upwardly mobile middle-sector leadership characterized the Constitutionalist movement and sets its tone; here the officers frequently built greater social and cultural distance into their relations with their troops, seeking to enforce a rank structure that would transform motley bands into a proper army." (68)

Esta diferencia tan clara en la construcción de la jerarquía de los movimientos armados implica, en sí misma, una clara apreciación de la idea que anteriormente se ha establecido mediante los textos firmados por Zapata, y es el de la colectividad y las relaciones sociales basadas en el compadrazgo y consanguineidad. Así, Zapata o Villa eran respetados y venerados como líderes; sin embargo, y a diferencia de la facción Constitucionalista, eran considerados un igual en la familia revolucionaria. Estas similitudes entre el zapatismo y el villismo sirvieron para que después de algunas maniobras militares estos grupos tomaran la capital del país el 1 de diciembre de 1914 y se reunieran en Xochimilco. Ambos consideraron que el bloque convencionista se encontraba al mando del país y es así que Zapata, por ejemplo, continuó implementando, esta de vez de manera oficial, sus políticas en el estado de Morelos.

El bloque Convencionista instituyó su propio gobierno revolucionario, entre los que destacaba el zapatista Manuel Palafox como Secretario de Agricultura y Colonización. A través de las leyes generadas mediante su Secretariado, se observa cómo la Junta Revolucionaria continuaba con la idea de la colectividad presente en los decretos firmados por el General Zapata. Así, la "Ley sobre Supresión del Ejército Permanente" instituye en su primer artículo: "La fuerza, como el derecho, reside esencialmente en la colectividad social, en consecuencia el pueblo armado sustituye al ejército permanente" (Espejel, Olivera y Rueda Smithers 292). Por un lado, es interesante ver cómo el léxico es más sofisticado que en los documentos firmados por Zapata en los primeros años del zapatismo. Claramente se ve que son los intelectuales de marcado corte comunista y anarquista los autores intelectuales de este texto. Esto también es observable en el "Proyecto de la Ley General del Trabajo," que dice: "SEGUNDO- Que en tal concepto, el Estado, cuyo único objeto debe ser la felicidad y el perfeccionamiento del pueblo, …" (Espejel, Olivera y Rueda Smithers 295). Ambos artículos claramente están rearticulando, como ocurrió anteriormente con la idea de las fuerzas armadas, lo que ellos consideran que debería ser el uso de los aparatos de control del gobierno. Así, el ejército debería ser el pueblo en armas, debido a que son los que lucharían por sus propias necesidades, mientras que la función del Estado debería ser garantizar la felicidad del pueblo y no, como la historia de México demuestra, el brazo ejecutor del dominio que, a través de violencia institucionalizada, doblegó a las comunidades campesinas e indígenas a la exclusión y servidumbre.

Zapata, en su nota a los Presidentes y Ayudantes Municipales del 31 de mayo de 1916, ratifica esta idea de que el pueblo en armas se convierte en el ejército al decir: "Quedan Uds. autorizados para aprehender, desarmar y remitir a este Cuartel General, con las seguridades

debidas y a fin de que se aplique el merecido castigo, a toda persona que sea sorprendida robando, allanando, o saqueando algún domicilio… Quedan Uds. también autorizados para desarmar, aprehender y remitir a este Cuartel General, a todo jefe oficial clase o soldado que pase o permanezca en esa población armado y que no acredite que se halle desempeñando alguna comisión del servicio…" (Espejel, Olivera y Rueda Smithers 346). A pesar de que desde la Convención de Aguascalientes de 1914 ambas facciones, la Constitucionalista y la Convencionista habían constituido sus propios organismos, para 1916 las numerosas derrotas del Convencionismo les habían llevado a diluir sus instituciones. Así, el Secretariado de Agricultura y Colonización dejó de emitir leyes y volvió a convertirse el general en el emisor de estos decretos.

A partir de entonces Zapata, como Jefe Supremo de la Revolución de la República, puso en marcha diversas legislaciones que cristalizaron, de manera oficial, lo establecido anteriormente en los decretos. La oficialización radica en considerar estos documentos como Leyes, tomando así como modelo el régimen eurocéntrico impuesto con la llegada de la colonia. La importancia de estos textos reside en que se hace uso de un producto proveniente de la estructura dominante y se resignifica mediante una epistemología que proviene de los saberes comunales de los colectivos rurales de Morelos. Esto además contrasta con la opinión que Zapata tenía del aparato legal del gobierno porfirista, y que expresó en su primer manifiesto: "La Ley no estaba más escrita y sobre de ella el capricho brutal de la turba de sátrapas de Porfirio Díaz, siendo la Justicia un aparato gangrenado, dúctil, elástico, que tomaba la forma que se le daba en las manos de jueces venales y sujeto al molde morboso de los señores de horca y cuchillo" (Espejel, Olivera y Rueda Smithers 108).

La práctica de estas leyes sirvió así para revertir el proceso de dominación y dar paso a un espacio de diálogo de saberes donde conviven la modernidad y los conocimientos ancestrales de Zapata y los suyos. Otro claro ejemplo de esto es el preludio a la "Ley General sobre Libertades Municipales" de septiembre de 1916 que dice: "Considerando que la libertad municipal es la primera y más importante de las instituciones democráticas, toda vez que nada hay más natural y respetable que el derecho que tienen los vecinos de un centro cualquier de población, para arreglar por sí mismos los asuntos de la vida común y para resolver lo que mejor convenga a los intereses y necesidades de la localidad" (Espejel, Olivera y Rueda Smithers 352). Mediante esta muestra se refleja la importancia de las necesidades locales de la comunidad, gestando así un pensamiento fronterizo que, usando las herramientas de la modernidad como las Leyes e instituciones gubernamentales, incorpora las necesidades de estos colectivos y reconoce la diversidad de las prácticas de estos. Más adelante, insiste en que todos los vecinos deben aprobar las decisiones más importantes con lo que claramente está exponiendo la necesidad de superponer el gobierno local y colectivo sobre uno nacional y conformado por una élite que desconoce las realidades de las comunidades.

Posteriormente, y dentro de los propios artículos, se articula la heterogeneidad de los pueblos mexicanos: Por un lado anuncian que, "Se declara emancipados de toda tutela gubernativa los diversos municipios de la República, tanto en lo relativo a su administración interior como en lo que concierne al ramo económico como hacendario" y, "En consecuencia, cada municipio gozará de absoluta libertad para proveer las necesidades locales y para expedir los reglamentos, bandos y disposiciones que juzgue necesarias para su régimen interior" (Espejel 352-353). El reconocimiento de la pluralidad de las comunidades de la República implica una

deslegitimización del proyecto de una identidad nacional única, y desmantela así mismo los aparatos de control del estado que centralizan y desconocen las necesidades específicas a cada pueblo. Al otorgar soberanía a cada uno de los municipios de la República, Zapata está manifestando y validando las costumbres, culturas y formas de vida de estos pueblos, iniciando así un proceso de emancipación epistémica. Esta legislación es un ejemplo de lo que Arturo Escobar denomina política de lugar, "…un discurso de deseo y posibilidad que fortalece las prácticas de la diferencia subalternas para la re-construcción de mundos socio-naturales alternativos…" (79). La creación de un sistema que protegía los intereses locales de cada pueblo abrió un espacio para un diálogo entre los diferentes espacios comunitarios ubicados en el estado de Morelos. Su puesta en práctica de esta emancipación de los colectivos campesinos y su apoyo por parte de las instituciones contribuyó a realizar lo que Zapata expresó en su "Ley General Administrativa para el Estado de Morelos" como uno de los grandes ideales de la revolución: el gobierno del pueblo para el pueblo (Espejel, Olivera y Rueda Smithers 383).

Como se expresó anteriormente, estos documentos fueron producto de un contexto histórico específico en el que Zapata, ayudado por sus tropas, consiguió gobernar Morelos e implementar sus medidas, siempre apoyado por el Gobierno Convencionista. Adolfo Gilly denominó a esta época como la "Comuna de Morelos," en honor a la comuna del París revolucionario,[32] y consideró que "…la revolución del sur se basó en una combinación original,

[32] La Comuna de París (1789-1795) fue el gobierno municipal de la capital durante la Revolución francesa de 1789.

única del proletariado agrícola e industrial de los ingenios azucareros con la insurrección campesina basada en la organización social tradicional de los pueblos, proveniente de la antigua comunidad agraria" (28). Aun cuando es evidente las similitudes entre ambos momentos históricos, Gilly superpone el valor de los procesos históricos europeos sobre los latinoamericanos al denominar a Morelos como una comuna. Dado que su lectura de la revolución mexicana proviene de una corriente marxista, es lógico observar que en muchos casos el autor se basa en el pensamiento europeo para describir un proceso revolucionario en un país americano.

Sin embargo, esta investigación, tomando como punto de partida el pensamiento de Orlando Fals-Borda, considera que la propuesta de Zapata en sus documentos es el ejemplo de un socialismo raizal y ecológico,[33] ya que toma en cuenta "…las raíces histórico-culturales y de ambiente natural de nuestros pueblos de base" (21). Este socialismo exclusivo a América Latina comparte las características principales con el movimiento europeo: el control colectivo y de las fuerzas sociales en la organización de la vida y el trabajo (Fals Borda 20). El pensamiento zapatista parte de sus orígenes telúricos y de unas necesidades intrínsecas al territorio mexicano, y más particularmente al estado de Morelos. Es desde ese espacio de vida que engloba unas costumbres y unos acontecimientos históricos que han sido particularmente dañinos para las comunidades campesinas e indígenas, que el morelense propuso una reestructuración no solamente de la geografía de la agricultura mexicana, sino propiamente de las relaciones de

[33] En este trabajo, Fals Borda prefiere usar el término democracia radical como sinónimo de socialismo radical, aunque emplea ambos indistintamente. (22)

poder que fueron definidas a partir de la repartición de los territorios. Consecuentemente, la redistribución de la tierra se convirtió en el eje y preocupación central del discurso zapatista, puesto que es a través de su concepción del territorio como espacio de vida que se organizó la sociedad campesina.

Diseñando el espacio zapatista: La recuperación del territorio como espacio de vida

La historiografía tradicional ha tendido a considerar la Ley de Desamortización de los bienes de las corporaciones civiles y eclesiásticas del 23 de junio de 1856 como la herramienta a través del cual los pueblos perdieron sus ejidos y tierras de común repartimiento en favor de la liberalización y el mercado libre de estos terrenos.[34] Las consecuencias de esta legislación denigraron, aún más, los derechos de los campesinos y fue el catalizador para que en 1910 se desatara la revolución mexicana. Historiadores tales como Frank Tannenbaum o Paul Hart defienden esta visión,[35] y Luis Cabrera o Wistano Luis Orozco, intelectuales de comienzos del siglo XX en México, también amparaban esta postura. Sin embargo, y a través de los análisis de

---

[34] A partir de ahora se hará referencia a esta ley como la Ley Lerdo. Se denomina así por su autor, Miguel Lerdo de Tejada (hermano mayor del posterior Presidente Sebastián Lerdo de Tejada), y formó parte de las Leyes de Reforma, aprobadas por el gobierno liberal y entre cuyas medidas se trató de establecer la separación de la Iglesia y estado, la abolición de los fueros eclesiásticos y la creación de un Registro Civil fuera del domino de la Iglesia.

[35] Es indudable reconocer la valía de ambos trabajos en el análisis de la revolución agraria en general, en el caso de Tannenbaum, y la de Morelos en particular por parte de Paul Hart. Sin embargo, y a través de la lectura de los trabajos de Wolfe y Kourí, pero sobre todo al analizar detenidamente la Ley Lerdo y la Constitución de 1857, se comprueba que sus afirmaciones se adhieren a un discurso institucionalizado por las fuerzas revolucionarias una vez que estas se formaron como gobierno.

Robert Knowlton y Mikael Wolfe, se considera que La Ley Lerdo de 1856 sí eximió a los ejidos de la desamortización mientras que la Constitución de 1857 fue la que no tuvo en cuenta todas las excepciones incorporadas en el decreto del año anterior. Esta ordenanza se estableció con la intención de reemplazar el modo en el que las propiedades privadas estaban siendo gestionadas, y para promover la compra-venta de patrimonios que tradicionalmente habían pertenecido a la Iglesia y a las sociedades civiles, aunque se les prohibió a estas su participación. La Ley Lerdo incluía a los pueblos como sociedad civil, pero los ejidos, de acuerdo con el Artículo 8 de la Ley estaban exentos de la enajenación.[36] A pesar de eximir a los ejidos, esta Ley no favoreció a las comunidades en el mantenimiento de sus tierras de común repartimiento y benefició tanto a los hacendados como al capital extranjero que comenzaba a llegar. El "Plan de Ayala," sin embargo, sí reconoce que estas leyes sirvieron para desamortizar los bienes eclesiásticos, y las llega a considerar como modelos a reproducir.[37]

Siguiendo con la perspectiva de Knowlton y Wolfe, es necesario reflejar también la forma en la que la Constitución del 5 de febrero de 1857 incorpora la Ley Lerdo pero a su vez

---

[36]"De las propiedades pertenecientes a los ayuntamientos se exceptuarán también los edificios, ejidos y terrenos destinados exclusivamente al servicio público de las poblaciones a que pertenezcan." (Carmona Dávila)

[37] "Para ejecutar los procedimientos respecto a los bienes antes mencionados, se aplicarán leyes de desamortización y nacionalización según convenga, pues de norma y ejemplo pueden servirnos las puestas en vigor por el inmortal Juárez a los bienes eclesiásticos…" (Espejel, Olivera y Rueda Smithers 116-117).

obvia las excepciones que esta hizo respecto a los ejidos.[38] La omisión expresa de este territorio comunal produjo mucha confusión tanto para los legisladores como para los pobladores que acudían a los tribunales a reclamar sus propiedades. Los cabildos de los pueblos no podían acudir en calidad de representantes de la comunidad a pelear por sus tierras, y eran los habitantes, a título personal, los que tenían que defender su propiedad. Esto diluyó el poder del pueblo como entidad que confrontaba a los hacendados, y además creó enfrentamientos entre los vecinos entre sí por conseguir una mejor parcela (P. Hart 64).

Es necesario recordar que las tierras de labriego estaban divididas entre diversas familias, pero estas no eran propietarias de ellas, debido a que la tierra de común repartimiento pertenecía al pueblo. En consecuencia, la aprobación del Artículo 27 desposeía al colectivo e invitaba al individuo a reclamar o comprar su terreno. La adquisición de estos terrenos para los campesinos era prácticamente imposible, y esto precipitó la pérdida de mucha tierra de labranza para beneficio de inversores extranjeros y hacendados. La constitución de la hacienda como centro neurálgico del agrarismo fue, en consecuencia, devastador para el mantenimiento de los saberes de los campesinos e indígenas, ya que sustituyó la idea del pueblo y del bien colectivo por el avance del individualismo y el capitalismo (Pineda 215).

Teniendo en cuenta la noción de Alimonda de 'colonialismo interno,' se puede deducir que tanto la Ley Lerdo como la Constitución, y posteriormente las medidas porfiristas,

---

[38]"Ninguna corporación civil o eclesiástica, cualquiera que sea de su carácter, denominación u objeto, tendrá capacidad leal para adquirir en propiedad o administrar por sí bienes raíces, con la única excepción de los edificios destinados inmediata y directamente al servicio u objeto de la institución." (Carmona Dávila)

supusieron "…la ocupación y gestión por parte de organismos administrativos y militares del gobierno central, así como un relevamiento de recursos naturales y según la lógica de las necesidades de las regiones hegemónicas" (35). Esta centralización de la gestión de las tierras constituyó una homogeneización de las formas de vida y tenencia y gestión de territorios que durante la historia habían sido construidas localmente y de acuerdo con la geografía de la zona. Fue precisamente con la intención de reclamar la multiculturalidad de las comunidades campesinas y con el fin de incorporar un modo de vida colectivo enraizado a la naturaleza que Zapata reclamó esa organización social de acuerdo con las costumbres locales, como se veía en en páginas anteriores. Las Leyes liberales no fueron las únicas que continuaron borrando las huellas de existencia otra; la dictadura de Porfirio Díaz, con sus políticas positivistas y con la protección absoluta a la hacienda a través de la represión y la violencia estructural sirvió para reforzar el la hegemonía imperante con la máxima de "orden y progreso."

El "Plan de Ayala" también hace referencia a la figura de Díaz en su artículo quinto, al acusarlo de dictador y traidor al pueblo (Espejel, Olivera y Rueda Smithers 116). Las políticas de Díaz, como se describía en las páginas anteriores supusieron el auge del paraíso del hacendado, una institución que se había ido desarrollando desde la Colonia pero cuya expansión había dañado masivamente a las comunidades indígenas durante el siglo XIX. Las consecuencias del desarrollo de los latifundios los resume Pineda al decir que "…en la zona nuclear del zapatismo, la hacienda porfirista unió la apropiación de plusvalía, derivada de la explotación industrial del trabajo en los ingenios azucareros. Esto engendró una clase dominante combinada—terrateniente y capitalista industrial a la vez—con métodos exacerbados de explotación, humillación, despojo y violencia" (216). Así, y a través de un sistema que no solamente reprimía a las comunidades

mediante los aparatos del estado (el Ejército Federal y la Policía Rural) sino que además apoyaba el desarrollo capitalista de las haciendas azucareras en Morelos, se legitimó la diferencia colonial en el estado que detonó con la rebelión zapatista. El despojo al que fueron sometidos los campesinos en México se describe en los artículos seis y siete del Plan y es desde donde se reclamó precisamente la devolución de las tierras. El artículo seis dice:

> Como parte adicional del plan que invocamos, hacemos constar: que los terrenos, montes y aguas que hayan usurpado los hacendados, científicos o caciques a la sombra de la justicia venal, entrarán en posesión de esos bienes inmuebles desde luego, los pueblos o ciudadanos que tengan sus títulos, correspondientes a esas propiedades, de las cuales han sido despojados por mala fe de nuestros opresores, manteniendo a todo trance, con las armas en las manos, la mencionada posesión, y los usurpadores que se consideren con derechos a ellos, lo deducirán ante los tribunales especiales que se establezcan al triunfo de la Revolución.

Zapata, siendo fiel a más de trescientos años de lucha local por la devolución de los territorios de los pueblos, consigna a los títulos otorgados por la Corona y los Virreyes como forma de acreditar su propiedad.[39] A pesar de que como anteriormente se comentaba se

---

[39] El Virrey de Nueva España, en ordenanza del 20 de mayo de 1567, designó la extensión de quinientas varas medidas a cada pueblo para que en ese terreno cada familia construyera su vivienda (Sotelo Inclán 98; Silva Herzog 1: 8). Esta cédula real fue ampliada en 1578 a seiscientas varas, e incluso el Rey Felipe II ordenó en 1573 que estas reducciones o pueblos incluyeran "…aguas, tierras y montes, entradas y salidas y labranzas y un ejido de una legua de largo donde los indios puedan tener sus ganados, sin que se revuelvan con otros de españoles…" (Sotelo Inclán 98).[39] La organización y disposición del fundo legal era considerablemente similar a la estructuración existente durante el dominio mexica. Las tierras de labranza, con obligación a

destruyeron las huellas de existencia anteriores al periodo colonial y se reconceptualizó la idea de territorio durante el Virreinato de Nueva España, los pueblos se acomodaron a estas circunstancias de vida y ya desde este momento conformaron su identidad como comunidad. A partir de este momento, y especialmente después de la independencia y creación de México como nación, se volvió a tratar de borrar esta noción de comunidad mantenida durante más de doscientos años con el fin de lograr una identidad nacional única, como afirma María Verónica Secreto al analizar las teorías sobre la propiedad en las Américas. A propósito de estas, la historiadora menciona que "Formuladas a partir de un concepto de territorio único, el nacional, fueron acompañadas por una serie de dispositivos de asimilación de los Pueblos Originarios y de otros grupos que llamaremos genéricamente tradicionales, a través de la negación de la diferencia… La lógica territorial del Estado nación implicó la desterritorialización y expropiación de minorías sociales" (120). Es así que, con el fin de una identidad única, se despojaba a los campesinos de sus tradiciones y de sus espacios de vida, desdibujando sus límites geográficos y homogenizando el territorio, para incorporarles al proyecto de la modernidad mexicana.

El general morelense y los suyos, como herederos de esos rebeldes que durante el siglo XIX habían tratado de recuperar sus territorios (como hicieron durante la Revolución de Ayutla), se apoyaron en los títulos y mapas concedidos durante la época colonial como las herramientas de legitimización de su propio espacio. El hecho de hacer uso de un documento que, a priori,

---

ser cultivadas por cada familia, eran análogas al *tlalmilli* y el ejido o terreno de ganado resultaba paralelo al *altepetlalli*.

había sido una de las instancias desde las que se había aplicado el régimen imperante implica una apropiación del documento por parte de la comunidad como forma de defensa del territorio y sus costumbres y formas de gestión locales. Frente a un sistema que trataba de homogenizarlos, las comunidades campesinas revirtieron las herramientas que históricamente habían servido para dominarles y los constituyeron como centrales para "…la defensa de un intrincado patrón de relaciones sociales y construcciones culturales basadas-en-lugar… [y] la creación de un nuevo sentido de pertenencia unido a la construcción política de un proyecto de vida colectivo" (Escobar 79). Los pueblos de Morelos habían construido sus costumbres y sus formas de vida y organización basadas en el ecosistema local que les rodeaba, y es por eso que Zapata y su ejército reclamaba la devolución de estos territorios como forma de recuperar la soberanía de esos colectivos.

El séptimo artículo del Plan continúa con lo expresado en el punto anterior y expande la idea de la restitución llamando a la expropiación de los territorios usurpados por diversos grupos de las altas esferas mexicanas:

> En virtud de que la inmensa mayoría de los pueblos y ciudadanos mexicanos no son más dueños que del terreno que pisan, sufriendo los horrores de la miseria sin poder mejorar en nada su condición social ni poder dedicarse a la industria o a la agricultura por estar monopolizadas en unas cuantas manos las tierras, montes y aguas; por estas causas se expropiarán, previa indemnización de la tercera parte de esos monopolios, a los poderosos propietarios de ellos, a fin de que los pueblos y ciudadanos de México obtengan ejidos, colonias, fundos legales para pueblos o campos de sembradura o de labor y se mejore en todo y para todo la falta de

> prosperidad y bienestar de los mexicanos. (Espejel, Olivera y Rueda Smithers 116)

Este punto, y a diferencia del anterior cuya meta era establecer los títulos como forma de reclamación de los terrenos, montes y aguas de los que habían sido despojados, hace mención a las diferentes formas de territorio que habían pertenecido tradicionalmente a los pueblos. El fundo legal, como se mencionó anteriormente, era la disposición terrenal otorgada por la Corona a los pueblos para su uso y disfrute, e incluía tanto espacio de habitabilidad, áreas para el labriego, y también áreas de recreo o usos comunales. Dentro de estas áreas comunales se encontraba el ejido, que fue uno de los grandes perjudicados por el Artículo 27 de la Constitución de 1857. Este tipo de tenencia de tierra era ejemplo de lo que los liberales trataban de eliminar con sus legislaciones. El ejido "… era el nombre de uno de los varios tipos de tierra y formas de propiedad que componían el patrimonio de los pueblos de Castilla en la época de la conquista española. Los ejidos eran, por lo general, bosques, dehesas o agostaderos en las afueras de los pueblos … cuya posesión y su uso se hacían de manera colectiva" ("La invención del ejido").[40] Esta forma de tenencia de tierra, en consecuencia, no tenía en sí ningún beneficio económico, y no contribuía al desarrollo de la economía agrícola de Morelos.

Para las comunidades campesinas de Morelos, el uso colectivo del ejido implicaba un beneficio natural y se concebía dentro de su entendimiento del territorio como espacio de vida.

---

[40] Knowlton afirma lo mismo al decir que "…el ejido tiene profundas raices históricas en los sistemas políticos y coloniales de la tenencia de la tierra" (75). Ver su artículo para obtener más definiciones del término ejido (72-74).

El desarrollo del capital a través de la agricultura, pero especialmente el auge de la hacienda, contribuyó a la transformación de la naturaleza en 'tierra' (Alimonda 37). El choque entre la naturaleza como lugar de vida y abastecimiento y la concepción de esta como mera transacción económica resume el conflicto entre las comunidades nativas y el proyecto de modernización nacional, y justifica la lucha iniciada por Emiliano Zapata. El ejido, por consiguiente, podría considerarse un símbolo de relevancia dentro del movimiento zapatista, ya que precisamente englobaba los ideales campesinos de la tierra como espacio comunal que contribuía al bienestar social; en este lugar alimentaban a los animales, jugaban los niños y era, a fin de cuentas, la localización de la propiedad común que contribuía a la vida diaria, al igual que durante la época prehispánica existían las tierras comunales denominadas *altepetlalli*.

El "Plan de Ayala," como dice Brunk, "…had a crucial role to play in recruiting and, by shaping group identity, in serving as a centripetal force in a decentralized uprising" (*The Posthumous Career* 30). A pesar de que el movimiento zapatista se localizaba y partía de los intereses de las comunidades campesinas de Morelos, también se aplicaba a la dramática realidad rural del país. Es por este motivo que tanto el movimiento villista como el Orozquista se adhirieron al Plan y, de hecho, el líder del norte Pascual Orozco fue denominado líder de la revolución hasta que se unió al movimiento de Huerta y fue considerado traidor por Zapata. Con el fin de que Zapata terminase con su lucha en Morelos, el padre de Pascual Orozco fue enviado como comisionado de paz al estado sureño para dialogar con el general, pero estos diálogos fueron infructuosos y culminaron con el fusilamiento de Pascual Orozco padre.

Entre los documentos de Zapata, existe uno que describe estas conversaciones ("Proposiciones de los Comisionados de Paz a Emiliano Zapata") y hace mención explícita al

"Plan de Ayala" al decir que en este se cristaliza "el evangelio de redención" de los campesinos (Espejel, Olivera y Rueda Smithers 131). La idea de redención del pueblo mexicano se repite más adelante en el mismo texto añadiendo que será "basada en tierras y libertades" y es demostrativo de cómo, para Zapata, el proceso de liberación de los campesinos tendría lugar únicamente a través de la devolución de sus territorios y en la aplicación de sus nociones de colectividad como forma de organización. Este texto fue, por lo tanto, la base desde la que se harían todos procesos de devolución de tierras, algo que mencionan también en las "Instrucciones a que deberán sujetarse los jefes y oficiales del Ejército Libertador": "Los pueblos en general deberán tomar posesión de sus terrenos, los que tengan sus títulos correspondientes a sus propiedades, tal y como lo dispone el Artículo Sexto del PLAN DE AYALA…" (Espejel, Olivera y Rueda Smithers 143).[41]

Anteriormente se mencionaba que hasta el derrocamiento de Victoriano Huerta en 1914 el movimiento revolucionario estaba conformado por las facciones carrancistas, villistas y zapatistas, y dentro de estas existían coaliciones menores unidas a ellas. Las diferentes visiones de la solución al conflicto bélico fueron latentes en la Convención de Aguascalientes de 1914, y fue desde ese punto que los grupos Constitucionalistas (formado por los carrancistas y obregonistas) y los Convencionistas (mayoritariamente villistas y zapatistas) combatieron entre ellos por el poder nacional. Ambos bandos compusieron sus propios gobiernos e instituciones, desde donde emitieron decretos y leyes que consiguieron poner en marcha. En el caso del

[41] Por títulos, se comprenden las Cédulas Reales otorgadas por los Virreyes durante la época colonial.

gobierno Convencionista, emitió leyes tales como la Ley Agraria de 1915, basada en el Decreto del 8 de julio de 1914 emitido por Emiliano Zapata (Gilly 236). En esta orden, Zapata volvía a ratificar al "Plan de Ayala" como el documento que definía la legitimidad del zapatismo para la devolución de los territorios, y explicitaba además la forma en la que esto se iba a llevar a cabo. Así, declaraban la nacionalización de los bienes, tanto fincas rústicas como urbanas, de los enemigos de la revolución y ordenaban que las primeras fueran otorgadas "…a poder de los pueblos que no tengan tierras que cultivar y carezcan de otros elementos de labranza" o se destinaran "…a la protección de huérfanos y viudas" de los soldados muertos por el conflicto (Espejel, Olivera y Rueda Smithers 238).

Por otro lado, las propiedades urbanas iban a destinarse "…a la formación de instituciones bancarias dedicadas al fomento de la agricultura, con el fin de evitar que los pequeños agricultores sean sacrificados por los usureros y conseguir por este medio que a toda costa prosperen, así como para pagar pensiones de las viudas y huérfanos de quienes han muerto en la lucha que sostiene" (Espejel, Olivera y Rueda Smithers 238). El proyecto de creación de un banco que sirviese para apoyar económicamente a los campesinos implica una vez más, la reiteración de la propiedad comunal como eje de la cosmovisión zapatista. Esta idea vuelve a contemplarse en el artículo VI, cuando mencionan que "Los terrenos, montes y aguas nacionalizadas a los enemigos de la causa que se defiende serán distribuidos en comunidad para los pueblos que lo pretendan y en fraccionamientos para los que así lo deseen" (238). Además de esto, el decreto anuncia la prohibición de la venta o enajenación de estos territorios, y que "Los bienes rústicos que se repartan por el sistema de fraccionamiento sólo podrán cambiar de poseedores por transmisión legítima de padres a hijos…" (238). Estas normas, en consecuencia,

volvían a poner en marcha la forma de propiedad comunal existente durante tiempos pre-hispánicos en el *calpulli*, donde la herencia de los territorios ocurría únicamente de padres a hijos y reivindica, así las líneas de consagueneidad tan latentes en la organización social de este colectivo.

Este decreto expandía su normativa en la nota escrita a las Comisiones Agrarias del Estado de Morelos el 10 de septiembre de 1914. En ella, se daban diversas pautas sobre cómo proceder con las demandas de los pueblos. Así, incidían en la convocatoria de todos los campesinos del distrito para que presentasen sus reclamaciones por despojos y añadían que, si estos presentaban sus títulos "…se procederá desde luego a la restitución de los predios a los pueblos o individuos despojados, de acuerdo con los títulos anteriores al año de 1856, y de conformidad con el artículo 6o. del Plan de Ayala" (Espejel, Olivera, Rueda Smithers 240). El hecho de que se estableciese 1856 como fecha hasta la cual tenían validez los títulos implicaba el conocimiento acerca de las Leyes liberales que habían despojado a las comunidades de sus tierras e indicaba la reprobación, por parte de la comisión, de cualquier licencia que hubiese sido expedida después. Esto, además indicaba que si habían sido otorgadas post-1856 podrían ser declarados como enemigos de la revolución y, para aclarar quienes podían considerarse así, ofrecían una larga lista entre los que se encontraban los científicos, gobernadores que habían tomado ventaja de su posición, los cómplices (a cualquier nivel) de Huerta, el clero u otros ejemplos. Podría considerarse que algunas de las indicaciones de esta nota están reflejadas en la Ley Agraria de 1915, como por ejemplo en su Artículo 10, donde inciden en la validez de los títulos previos a 1856 y ofrecen una participación más residual de Zapata en la creación de este documento. El análisis de muchos de los documentos firmados por el General permiten

considerar al caudillo como autor intelectual de esta Ley, pese a haber sido firmada por Manuel Palafox en octubre de 1915.[42]

Como se mencionaba anteriormente, los gobiernos Constitucionalistas y Convencionistas generaron sus propias instituciones y legislaciones y, para detrimento de los segundos, fueron los carrancistas y obregonistas los que resultaron vencedores y se impusieron como gobierno oficial hacia 1917. Previamente a este, en los Decretos de Veracruz de enero de 1915, "…the Constitutionalists promised the return of traditional village lands and the right of workers to strike and organize freely" (Joseph and Buchenau 72). Estos decretos, a su vez, se transformaron en varios de los Artículos de la Constitución de 1917, entre los cuales destacaba el 27, que copiaba lo propuesto en 1915. Jesús Cabrera, miembro del gabinete de Venustiano Carranza, fue uno de los ideólogos de esta ley, y es necesario comentar la influencia de los artículos 6 y 7 del "Plan de Ayala" en la creación de este documento. Podría decirse, entonces, que el "Plan de Ayala" se había convertido, como Zapata mismo proclamaba en sus escritos, en la redención a la que aspiraban las clases campesinas, y era el documento que cristalizó los muchos años de lucha por parte de la comunidad campesina. Este plan no ofrecía una explicación de las causas por las que Zapata y sus guerrilleros se habían lanzado a la bola; este texto era mucho más pragmático y su fin era la restitución inmediata de las tierras. Por lo tanto, se contempla en estos documentos cómo el espacio y el territorio eran el eje desde el que se construían las relaciones sociales,

[42] Debido a que Emiliano Zapata no fue autor material de esta ley, no se hará especial hincapié en ella. Además de esto, muchos de sus artículos son reflejo de decretos analizados anteriormente.

económicas y culturales intrínsecas a cada pueblo, y es por eso que Zapata y los suyos reclamaban esos territorios como propios y no parte de esa geografía nacional homogénea y unificada. La puesta en marcha de estos proyectos supuso la validación de un pensamiento alternativo a esa modernidad implantada forzosamente y ofrecía una manera de vivir basada en la colectividad y la autogestión. Los constantes ataques a Morelos a partir de 1916, pero especialmente el asesinato del General Zapata el 10 de abril de 1919 truncaron estas reformas. Poco después de su muerte, los principales jefes zapatistas pactaron con el General Álvaro Obregón y llegaron incluso a ser partícipes en el gobierno revolucionario instituido por esta figura militar en 1920. Fue a partir de este momento que Zapata, que hasta aquel entonces había sido considerado un bárbaro, "Atila del Sur" y bandido, se convirtió en un héroe nacional, paladín de la lucha agraria y representativo del ideal nacional masculino. De esta reinterpretación deriva, en consecuencia, la dificultad de analizar a este caudillo revolucionario de manera individual en sus documentos, ya que su mito transcendió al ser humano y han sido múltiples las interpretaciones de sus personas. En consecuencia, el líder político y militar que había constituido una brecha en el pensamiento oficial imperante y consiguió diseminar el pensamiento otro que había sido silenciado hasta entonces, se convirtió en una herramienta del discurso posrevolucionario.

La incorporación de Emiliano Zapata al discurso oficial revolucionario: De Anenecuilco al Panteón de héroes de la Revolución

El asesinato del General Zapata a manos de Jesús Guajardo en Chinameca significó para muchos el fin forzoso del conflicto armado. A pesar de que la Constitución de 1917 y el

reconocimiento de esta por parte del gobierno estadounidense implicó la derrota convencionista, Zapata y su ejército continuaron con su guerra de guerrillas dentro de Morelos. Zapata acudió a Chinameca engañado por Guajardo el cual le había garantizado su fidelidad. Ante la traición hurdida por las tropas carrancistas, la figura del líder coahuilense fue perdiendo popularidad, algo que aprovechó el General Álvaro Obregón para ir afianzándose como sucesor político, e incluso presentó su candidatura en junio de 1919. El boicot por parte de Carranza llevó a que en 1920 Obregón declarara el Plan de Agua Prieta que contribuyó a la salida de Carranza como presidente y culminó con el asesinato de este en Puebla. Obregón pronto se instituyó como el líder que guiaría el proceso de pacificación nacional y para ello construyó un gobierno formado por miembros de las distintas familias revolucionarias, entre las que figuraban algunos de los intelectuales que habían colaborado con Emiliano Zapata en la confección de sus textos.

La incorporación de estos personajes al gobierno obregonista representa una constante dentro de la propia historia de Zapata y su movimiento: la lucha por el control de los significados dentro de la diferencia colonial. En el análisis de los documentos firmados por Zapata se hizo referencia a la dificultad de atestiguar que el morelense fuera el único autor material de los manifiestos y decretos. La influencia de estos intelectuales dentro del zapatismo es evidente en el análisis crónologico de los textos ya que el lenguaje, por un lado, se sofisticó con una escritura más coherente y fluida y con un vocabulario más florido; el léxico, además, también se tecnificó al emplear vocabulario con una clara connotación política de corriente marxistas y anarco-sindicalistas. Así, hay una clara diferencia entre el "Plan de Ayala," escrito al comienzo del levantamiento zapatista en 1912, y textos de alrededor de 1916 o 1917, cuando había una clara participación de los que el historiador Samuel Brunk ha denominado "City Boys." A pesar de

esta apropiación del discurso zapatista por parte de estos jóvenes, el análisis ha demostrado que estos textos son el ejemplo de un diálogo entre una epistemología eurocéntrica dominante y los saberes otros conservados por las comunidades campesinas indígenas de Morelos.

Documentos tales como las Reales Cédulas o los títulos otorgados por los gobernadores coloniales contribuyen a desarticular esa noción de territorio nacional implantada durante el siglo XIX que, con el fin de articular una identidad nacional única, desconoció los espacios que pertenecían a las comunidades campesinas para dibujar nuevas fronteras dentro del país. Estas medidas sirvieron para borrar identidas colectivas fundadas alrededor del territorio morelense y de este punto partía la demanda zapatista por la restitución de tierras y por una organización social construida desde el colectivismo. Es así como comienza el proceso de revertimiento de propia dominación establecida por la modernidad, donde la tierra deja de convertirse en una mera herramienta de transacción económica y se convierte en el espacio que articula una forma de vida, ya que es a través del espacio que se construyeron formas de vida y de cultura propias (Fals-Borda 33).

A pesar de que estas demandas son ejemplo de la labor de Zapata como líder de un movimiento que defendió la diversidad de las comunidades en México, la historia oficial de la Revolución se apropió del morelense para a su vez homogeneizar y crear una identidad única en el país, y a esta labor contribuyeron los intelectuales zapatistas. Las heridas abiertas que habían dejado una década de lucha fueron borradas lentamente a través de una narrativa que, por un lado legitimaba al gobierno en el poder, y por otro, contribuía a crear una memoria colectiva única que se basaba en la canonización de personajes vertebrales a la revolución pero que no necesariamente habían sido afines a los que en ese momento se encontraban en el poder, como es

el caso del grupo sonorense liderada por por el General Obregón. Es así que en ese proceso de institucionalización de la rebelión,[43] y la conversión de esta en la "religión de la patria" (*La Revolución* 21) que se incorporó a Emiliano Zapata como uno de sus mitos más consagrados.

Como dice Illene O'Maley, "… the term 'institutional revolution' is an oxymoron," ya que la idea de revolución supone precisamente romper con la idea del estado (4). En la misma línea de pensamiento, concebir a Emiliano Zapata como representativo de la identidad nacional mexicana resulta, cuanto menos, contradictorio. Su articulación de las obligaciones de los pueblos resaltaba su respeto y validación por las diferentes costumbres y organizaciones locales, chocando así notoriamente con ese proyecto nacional impuesto por la familia revolucionaria en el poder. Además de esto, durante el periodo revolucionario Zapata había sido constantemente vilipendiado por los periódicos nacionales, que lo acusaban a él y a su ejército de bandoleros e incivilizados, como se demostrará posteriormente. Sin embargo, su muerte dio pie a que comenzara a romantizarse esa imagen del morelense algo que, junto con su cuidada estética de charro mexicano y sus rasgos indígenas, lo llevó a ser canonizado en el Panteón revolucionario para mediados de la década de los veinte. Es así como se oficializó la apropiación de Emiliano Zapata, y comenzó la transición de un líder político y social que se convirtió, a lo largo del siglo XX, en un héroe nacional.

---

[43] Es durante este proceso que se escribe la "R" mayúscula en revolución para concebir a esta como un proceso sólido, sin fricciones, y triunfante, algo que fue además avalado por las investigaciones históricas, como la obra de Frank Tannembaum.

Los documentos de Emiliano Zapata atestiguan la forma en la que se ha reconfigurado su figura y se la ha alejado de su propia representación en los manifiestos. Estos textos ponen de manifiesto la dificultad vivida por las fuerzas populares cuando tratan de insertarse en un proceso de modernidad contra el que tratan de establecer un diálogo y no perderse en la asimilación y aceptación de esta modernidad como algo imposible de evitar. La diferencia colonial ha tendido a invisibilizar a las comunidades rurales y campesinas del estado mexicano. Estas, sin embargo, a través de prácticas diarias han contribuido a revertir esta subalternización y establecer su propia memoria colectiva. Un ejemplo perfecto de esta perseverancia de la memoria colectiva son los corridos, una tradición popular que ha narrado, desde hace más de tres siglos, acontecimientos contados desde abajo. Los héroes masculinos han sido tradicionalmente los personajes principales de estas baladas; Emiliano Zapata no fue una excepción a esto, y su representación en los corridos reafirma a este personaje histórico como un espacio de lucha entre el andamiaje local y una epistemología otra basada en las tradiciones ancestrales de las comunidades campesinas. Es por eso que es necesario analizar estas canciones para ver cómo se articula la representación de este caudillo desde una voz popular y si, de alguna forma, contribuye a ese diálogo de saberes que el morelense inició en sus manifiestos.

CAPÍTULO II

"A ti no te enterraron, Emiliano, a ti te canonizaron:" Construyendo al Zapata popular en el corrido mexicano

"Atención te pido, público sensato,
voy a dar mi explicación,
aquí en esta historia que yo les re-
en mi mal pronunciación" (dacto)
"Historia del pronunciamiento del General
E. Zapata el 30 de agosto de 1911"

La tormenta revolucionaria que azotó México en 1910 ha sido objeto de múltiples narraciones. Entre estas destacan los corridos como una forma de historia popular que encapsula la memoria colectiva del pueblo mexicano. Marciano Silva fue el bardo que acompañó a Emiliano Zapata y a su Ejército Libertador del Sur durante sus campañas revolucionarias y, mediante sus canciones, cristalizó las grandes hazañas de este colectivo. Sus cantos no fueron meramente conmemorativos; en muchos casos trataron de desmentir la propaganda negativa que constantemente se diseminaba desde la capital. Además de periódicos como *El imparcial,* que en junio de 1911 denominaba a Zapata como el "Moderno Atila," imprentas tales como la de Antonio Vanegas Arroyo y Eduardo Guerrero generaron multitud de hojas volantes con canciones compuestas en sus oficinas en las que, en la mayoría de los casos, perpetuaban la lógica de la dominación colonial con la crítica al movimiento zapatista y a su líder.[44]

---

[44] A propósito de ambas imprentas, Merle Simmons dice lo siguiente: "The typical broadside of Vanegas Arroyo is headed by an allusive cut below which appears an account in prose of the event with which the composition is concerned, and following this appear the strophes which

Debido a estas narrativas totalizantes que tendían a ofrecer visiones homogéneas del proceso armado, es necesario prestar atención a las baladas revolucionarias como catalizadores ideológicos a través de los cuales se alzaba la voz del pueblo. El corrido, durante la revolución, se convirtió en la melodía que no solamente aunaba diferentes colectivos, sino que también servía como portadora de noticias y además amenizaba un proceso sangriento y cruel. Este testimonio cantado, igualmente, resulta interesante para analizarlo teniendo en cuenta una corriente de estudio que ha adquirido especial notoriedad: la *oralitura*. Este concepto deviene de la necesidad de ubicar la tradición oral de América Latina con la misma legitimidad que se ha considerado a la escritura y a la literatura.

La crítica latinoamericana ha tendido a rechazar la producción oral como una forma genuina de expresión comparable a la literatura, y esto es algo que Martin Lienhard trabaja en *La voz y la huella* y lo considera la fetichización de la literatura (29). Es así que en América Latina, como en el resto de civilizaciones, se ha priorizado la escritura sobre lo oral y, por ende, se trata de deconstruir esta relación de dominación por un diálogo de iguales.[45] Es de este encuentro

---

narrate in verse the material contained in the prose passage or offer some comment upon it… In 1901 a competitor arose to challenge Vanegas Arroyo's supremacy in the field of popular literature. In that year, Eduardo Guerrero began his activities as a publisher, and during the past half century his presses have poured forth a torrent of popular literature of all types, but principally *corridos* and other popular songs" (31-32). Sin embargo, y como se verá posteriormente, Vanegas Arroyo expresó una doble cara en sus corridos, ya que existen algunas canciones que apoyan el movimiento agrario como forma de erradicar la miseria del pueblo (Giménez 53).

[45] Lienhardt menciona en su prólogo que la literatura otra ya existía desde la colonia, y justifica su afirmación a través de ejemplos tales como el trabajo de Miguel León Portilla con los documentos transcritos en nahuátl (11-12). Estos textos tanto coloniales como prehispánicos eran

epistémico que surge la *oralitura* que para Hugo Niño, "etnotexto y oralitura son también términos que sirven para marcar actitudes culturales frente a manipulaciones teóricas hegemonizantes. Es una actitud contestataria frente a los colonialismos culturales de diverso signo que se arrogan el poder de determinar qué es literatura y qué no" (110). Tomando como punto de partida esta noción, se puede decir entonces que el corrido, como catalizador ideológico de las demandas del parte del pueblo mexicano, es una forma de *oralitura*.

El corrido encapsula una historia de origen colectivo que ha servido como elemento contra hegemónico de la historia oficial. Como forma musical que guarda la memoria popular, se puede apreciar entonces una forma de narrativa ya que su contenido expresa un momento, espacio y contexto histórico específico, y su constante repetición y plasticidad lo ha permitido reinventarse constantemente a lo largo del proceso de modernización del México decimonónico y de comienzos del siglo XX. Así, esta música se puede considerar como un etnotexto, producto de un diálogo intercultural entre los pueblos de México, cuya adaptación a la modernidad se revela en su forma escrita en hojas impresas para su distribución.

Partiendo entonces del entendimiento del corrido como parte de la *oralitura*, este capítulo se va a centrar en mostrar cómo, a través de esta forma musical, se ha representado a Emiliano Zapata desde un espacio meramente popular que, a priori, capturaría una visión más acercada al líder suriano. El corrido, sin embargo, como elemento de la memoria popular tiende a idealizar a sus protagonistas, y estas canciones no son excepciones. Lo interesante de las bolas del bardo

---

de naturaleza oral pero fueron duplicados por escrito, poniendo de manifiesto esta primacía de la escritura frente a lo oral.

morelense Marciano Silva, empero, es el énfasis hecho sobre la colectividad del Ejército Libertador del Sur en contraste con los corridos capitalinos que, con el fin de denigrar a este colectivo y a su jefe, se centraban exclusivamente en Emiliano Zapata.[46] Los desencuentros epistémicos que surgen entre ambos bandos contribuyen, en consecuencia, a poner de manifiesto la vigencia de la ideología dominante en diálogo con las prácticas emancipadoras por parte de las comunidades periféricas, en este caso, de Morelos.

Debates en torno al corrido: La problemática alrededor de la definición, origen y caracterización de la canción popular mexicana.

El análisis del corrido como una fuente de estudio comenzó en las primeras décadas del siglo XX de la mano de críticos literarios como Armando Duvalier, que definieron esta forma musical a través de fórmulas estructuralistas que lo convertían en un objeto de análisis literario.[47] Este tipo de investigación en torno al corrido reafirma lo expuesto anteriormente: la dificultad de analizar la narrativa oral como una categoría diferenciada de la escritura.

[46] Como se observará posteriormente, la bola suriana es una variedad regional del corrido.

[47] Existen múltiples estudios acerca del corrido que varían desde el enfoque histórico en determinadas canciones, como el estudio de Nicole Girón sobre Heraclio Bernal, (1976) o el del texano Américo Paredes acerca de los corridos de Gregorio Cortez (1958), hasta estudios de género como el análisis feminista de María Herrera-Sobek (1993). Este trabajo se ha centrado en aquellos estudios que han podido o bien han esencializado al corrido como una forma homogénea, o aquellos que precisamente han tratado de señalar la pluralidad de esta forma musical.

Además de la propuesta de análisis literario de Duvalier, otros muchos se propusieron como objetivo definir, clasificar y trazar el origen de esta forma musical. Lo interesante de estos estudios es que revelaban, de acuerdo con las tendencias de la época, la ideología reinante y ese constante afán, en algunos casos, de conectar una forma de canción popular con unos orígenes netamente europeos que, en cualquier caso, no se correspondían con la realidad social de la época. Un ejemplo de esto son los estudios realizados por Vicente Mendoza que, como se verá posteriormente, únicamente contemplaba al romance español como posible ancestro de los corridos. En consecuencia, esta perspectiva revela la vigencia en esta época de un pensamiento único reinante, en la que los conocimientos y tradiciones de origen europeo se superponen sobre aquellos de origen local. Esta problemática en cuanto al origen también afectó al estudio de Vicente Mendoza a y otros folcloristas de la época no solamente en sus tesis respecto al origen, sino también en la definición de este estilo. De acuerdo con el primero, el corrido

> …es un género épico-lírico-narrativo, en cuartetas de rima variable, ya asonante o consonante en los versos pares, forma literaria sobre la que se apoya una frase musical compuesta generalmente de cuatro miembros, que relata aquellos sucesos que hieren poderosamente la sensibilidad de las multitudes; por lo que tiene de épico deriva del romance castellano y mantiene normalmente la forma general de éste, conservando su carácter narrativo de hazañas guerreras y combates, creando entonces una historia por y para el pueblo. (*El corrido mexicano* IX)

Esta definición resulta problemática en diversas instancias, a pesar de que desvela que el corrido, habitualmente, tiene una estructura estrófica. Por un lado el romance español, pese a haber sido claramente cantado por el pueblo, habitualmente no tenía como sujeto de su narración

a un ciudadano común; en la mayoría de los casos sus protagonistas eran nobles y reyes. Debido a esto se cree que el romance fue únicamente para el pueblo pero, a diferencia del corrido, nunca fue una herramienta de expresión y lucha como expresa Celedonio Serrano Martínez (25-26).[48] Por otro lado, y de acuerdo con Catalina H. de Giménez, Mendoza únicamente seleccionó corridos que encajaran con su definición, ignorando variantes regionales como la bola suriana que se canta en Morelos y en el centro-sur de México y centrándose en los corridos norteños, los del Bajío y los corridos impresos de la capital, los cuales son lugares profundamente hispanizados y de débil mestizaje (20). Por último, la ambigüedad de Mendoza al caracterizar los corridos como un "género épico-lírico y narrativo" no permite reducir el marco de investigación sino que deja entrever que el corrido puede ser cualquier tipo de canción mexicana (Giménez 20). Es así que para los propósitos de esta tesis esta definición resulta excluyente ya que no tiene en cuenta la variedad regional del corrido que fue cantada en Morelos: la bola suriana. Además de esto, su visión eurocéntrica del romance como ancestro del corrido pone de manifiesto las tensiones implícitas entre la tradición europea y la oriunda a México.

Además de Mendoza, existen otros folcloristas que han mantenido la misma tesis. Merle E. Simmons menciona en su estudio que es en el *Diccionario de autoridades* de 1729 cuando aparece el término corrido por primera vez para designar el ritmo con el que se toca la guitarra al

---

[48] "…los romances épicos no se ocupan del pueblo ni le sirven como instrumento de expresión y de lucha. En cambio, el corrido mexicano hace las dos cosas y, al mismo tiempo, también se dirige a nuestros héroes, pero no se ocupa únicamente de ellos, sino también de la causa, que es la que les da realmente fuerza y heroicidad" (citado en Giménez 20).

entonar una jácara (8).[49] Simmons continúa la línea de investigación de Mendoza al insistir en el origen hispano del corrido, y además cita la definición de este en su texto, pero también insiste en la elasticidad y flexibilidad de esta forma musical, "given the wide scope of the *corrido's* interests and the variety of human emotions which it may reflect…" e incluso llega a insinuar que el corrido "it all but defies precise description" (7-8). Además de enfatizar la dificultad de definir este género, Simmons también reconoce cómo Mendoza reniega de algunas variedades del corrido e incluso cita a Celedonio Serrano Martínez en su definición de la bola (25). Este estudio, por lo tanto, pese a arrojar más luz en cuanto a la variedad temática del corrido, continúa sentando como base el origen español y, por ende, favoreciendo el mantenimiento de la vigencia de un pensamiento de base eurocéntrica.

A pesar de que Celedonio Serrano-Martínez fue contemporáneo de Mendoza y Simmons, también contribuyó con una definición de esta forma musical que se alejaba de lo expuesto anteriormente. De acuerdo con él, "el corrido mexicano es, literariamente hablando, un género épico-lírico-trágico que asume todas las formas estróficas y comprende todos los géneros; que usa todos los metros poéticos y emplea todas las combinaciones de la rima, el cual se canta al son de un instrumento musical" (citado en Giménez 21). Serrano-Martínez cae en la misma ambigüedad en la que se encontró Mendoza, pero al mismo tiempo reconoció "… la multiformidad, la polimetría y la riqueza polirrítmica del corrido, precisamente para diferenciarlo del romance español" (Giménez 21). Con su aportación, el folclorista contribuye a una apertura

[49] La jácara se denomina a una forma musical muy similar al romance que reproduce hechos de la vida airada, de acuerdo con el diccionario de la R.A.E.

del debate en el que se comienzan a redefinir los parámetros estilísticos y el origen del corrido, y da cobertura a variedades regionales que anteriormente habían sido ignoradas con el fin de fortalecer la teoría hispanófila.

En los años sesenta del siglo pasado el folclorista Armando de María y Campos publicó una recopilación titulada *La revolución mexicana a través de los corridos populares.* En su primer tomo establece el origen del corrido al expresar lo siguiente:

> (Con esto quiero establecer que no creo que el corrido mexicano nazca de sangre española. Nuestro corrido es español como casi todo lo mexicano, en el molde, forma externa, compuesta, puesta o impuesta por las corrientes de la Conquista que irrigaron la cultura y las costumbres de la nueva patria. Pero hasta donde no llegó la planta o la voz del hombre blanco y barbado, allá por las tierras del sur, las formas poéticas españolas no influyeron en las que usaron los poetas indígenas para vaciar sus cantos…). (1:20)

María y Campos parece implicar aquí lo que más adelante Catalina H. de Giménez manifiesta en su estudio sobre los corridos surianos, y es la certeza de que innegablemente ha habido una influencia española en los corridos debido al impacto de la Conquista pero que al mismo tiempo existen áreas, especialmente en el centro-sur de México, que han gestado una variante de esta forma musical que no se ajustan a los parámetros establecidos por Mendoza o Simmons. Sin embargo, esta apreciación que el estudioso hace se diluye cuando comenta que el corrido es una fresca y débil imitación en forma del romance español, y también hace referencia a la estructura métrica del corrido, reiterando así que realmente este sí proviene de la tradición del romance (21, 51). Esta afirmación se refuerza además cuando María y Campos excluye la

bola suriana, a la que denomina "'bola', de nación guerrerense," y se pregunta si esta es "¿una necesidad poética equivalente al romance español y al corrido nuestro?," pero se desdice posteriormente al definir la bola como "…un corrido largo…" (51-52). Estas discordantes afirmaciones reflejan la problemática en cuanto a la definición del corrido y sirve precisamente para cuestionar si es necesaria una definición o hay que tratar de enmarcar este tipo de forma musical de acuerdo con las tradiciones musicales occidentales y sus análisis. Del mismo modo, también permite reflexionar sobre la idea de una tesis mestiza que justifique el origen del corrido como un producto de las tradiciones oriundas de las comunidades indígenas y del romance español.

Algunos estudios más contemporáneos del corrido parecen ser partícipes en esta discusión sobre si es realmente necesario definir el corrido desde parámetros pertenecientes a la denominada alta cultura. Con esta premisa, Catarina de Giménez parte desde la concepción de que el corrido sureño que va a analizar es un producto meramente popular y que no se puede realmente definir como un objeto homogéneo. Así, concluye que

> … el corrido no constituye un género definible por ciertos rasgos específicos en cuanto a su forma y contenido, o en cuanto a su música y su letra. Se trata más bien de una *categoría colectiva* vaga e imprecisa, que en el uso común designa un vasto sector de lo que globalmente llamamos canto popular. Desde ese punto de vista, casi es sinónimo de trova, y cubre una amplia franja del cancionero popular tradicional. (26)

Giménez problematiza todo lo expuesto anteriormente y es por esto que considera que el corrido es indefinible. Su apreciación acerca de la imposibilidad de detallar esta forma musical

pone de manifiesto las tensiones inherentes entre los patrones de conocimiento establecidos y las narrativas a las que se las trata de clasificar bajo esos perímetros de dominación. La investigadora parece ser consciente de que la gran mayoría de los folcloristas que la precedieron, especialmente aquellos que vinculan al corrido con el romance español, están partiendo de un análisis estructural que ha definido la cultura popular europea. Es por ello que su premisa es ver "… la manera en que el propio pueblo concibe, denomina, y clasifica su patrimonio cancionero y musical," tomando así como sujeto activo al receptor y al creador considerando al corrido como una forma musical local (Giménez 26).

A pesar de esta apreciación por parte de Giménez respecto al corrido, Antonio Avitia Hernández publicó en 2003 un estudio y recopilación de las bolas surianas en el que también hizo un esfuerzo por delimitar el corrido, contemplándolo de esta manera:

> …se puede decir que el corrido es un género lírico narrativo de temática múltiple, que puede ser cantado o no, y que es usado para narrar historias reales o ficticias que expresan el punto de vista del bando, o las ligas, afectivas o ideológicas a las que está afiliado el autor y cuya construcción obedece a la creatividad del mismo y a las formas poéticas populares que prevalecen en la región donde se produce. (4)

La ambigüedad de la definición de Avitia Hernández se asemeja a la que en su momento Mendoza o María y Campos emitieron. Sin embargo, este folclorista reconoce las variantes regionales del corrido así como la multiplicidad de puntos de vista que pueden existir dentro de este. Las aproximaciones de Giménez y la de Avitia Hernández resultan, para los propósitos de esta investigación, las más coherentes, ya que ambas han sido conscientes de la variabilidad del

corrido así como del punto de vista que expresan, algo que se analizará más adelante en el capítulo. Asimismo, ambos estudios tienen en cuenta la variedad del corrido conocido como bola suriana, que se encuentra en las regiones del centro-sur de México y que precisamente Marciano Silva, elegido por Emiliano Zapata para convertirse en bardo oficial del Ejército Libertador del Sur, usó en multitud de canciones tales como la "Bola de la toma de Cuautla por Zapata" con el fin de expresar el evento vivido por el Ejército Libertador del Sur (Giménez 55).

Esta revisión de las definiciones sobre el corrido han servido para enfatizar las dos corrientes desde las que se ha estudiado esta forma musical. Por un lado, los folcloristas de comienzos del siglo XX consideraron al corrido como un fenómeno de origen europeo, mientras que estudiosos más contemporáneos han advertido de la indudable influencia de la tradición oral indígena. Es por eso que es necesario hacer hincapié en ambas visiones para así establecer cómo la tradición oral del corrido debe entenderse como un producto netamente propio de México y variable en función de su localización.

Dentro de estas diferentes formas de cantar el corrido se destaca, como se ha mencionado anteriormente, la bola suriana como vocero de las comunidades del centro y sur de México. Esta variedad regional tiene, a diferencia de las canciones cantadas más al norte, una métrica y rima particular. Este género musical ha estado presente en el estado de Morelos desde el siglo XIX y, como Catherine Hèau comenta, existen especialmente de 1880 a 1920 numerosos ejemplos de estas bolas en forma escrita, lo que revela así mismo una transición de la natural forma oral del corrido a su vertiente escrita (103). Esta forma particular de la canción mexicana refuerza la teoría que aboga por el origen mestizo del corrido y sus variantes, debido a la influencia de las tradiciones ancestrales prehispánicas y del propio romance.

La bola suriana como fenómeno telúrico a las regiones centro-sur de México

Celedonio Serrano Martínez fue uno de los primeros folcloristas que definió la bola suriana y consideró que

> …es un corrido largo que generalmente alcanza una extensión de treinta a sesenta estrofas o 'versos,' como las llaman los trovadores y juglares de aquellas regiones. Los corridos de esta especie se estructuran con dos clases de estrofas, ambas de cuatro versos, y de rimas cruzadas perfectas, las más de las veces. La primera, que los corridistas llaman *canto*, se ordena de la forma siguiente: 1º y 3º versos de doce sílabas, con hemistiquios de seis y seis, de siete y cinco o bien de cinco y siete; 2º y 4º, de ocho sílabas, únicamente. En cambio, la segunda, se integra con cuatro versos octosilábicos. (citado en Simmons 25)

Para la presente investigación no es necesario ofrecer otros ejemplos de definiciones ya que tanto Hèau como Giménez y Avitia Hernández coinciden con Serrano Martínez en los detalles más característicos de esta forma musical.[50] Por otro lado, sí que es interesante mencionar la localización de esta variedad regional, ya que cada folclorista contempla la geografía de la bola en un espacio más extenso o reducido. Así Hèau y Giménez coinciden en que la bola suriana se extiende en los estados de Guerrero y Morelos, y que "…su extensión geográfica coincide con la mayor parte del territorio de habla náhuatl o mexica y corresponde a

[50] Ver Hèau, 101; Giménez, 27-28 y a Avitía Hernández en sus citas de Mario Colín y Celedonio Serrano Martínez en las páginas 5 y 6 para obtener un mayor espectro de definiciones de la bola suriana.

los principales bastiones del zapatismo" (Giménez 35; Hèau 102). Armando de María y Campos, sin embargo, atribuye únicamente a la bola el origen guerrerense y Simmons considera que además de estos dos estados anteriormente mencionados, la bola también se encuentra en Oaxaca, Puebla, Estado de México y Michoacán (María y Campos 51; Simmons 25). De cualquier forma, y debido a que el interés de esta investigación radica en los corridos sobre Emiliano Zapata y el zapatismo, se va a considerar el centro-sur de México como el área geográfica y cultural de diseminación de la bola suriana.

Es interesante la mención de María y Campos cuando cuestiona el origen de la bola, ya que contempla que "…sus fuentes de origen son los cantos de los verdaderos dueños de la tierra, los indígenas, cualquiera que sea la tribu a la que han pertenecido" (51). Resulta especialmente problemático observar cómo el autor considera que cualquier tribu indígena podría haber sido la iniciadora de esta tradición, ya que homogeneiza a estas comunidades y por ende participa en ese silenciamiento de la plurinacionalidad existente en México. Sin embargo, sí es interesante recoger esa noción del origen indígena y unirla junto con la perspectiva de Hèau respecto al origen del nombre bolera al comentar que proviene de la Guerra de Independencia de México en 1810 (101). Teniendo en cuenta ambas nociones, se reafirma ese origen mestizo de la tradición del corrido y por tanto se considera a esta tradición como algo netamente mexicano y oriundo al pueblo.

Este repaso a los orígenes y definición del corrido y a su variante, la bola suriana, han servido para comprender cómo desde el propio análisis teórico se ha tratado de convertir un fenómeno creado en México en un apéndice totalmente trasplantado de España y de su tradición oral. Es imposible negar la influencia ibérica en el desarrollo del corrido; sin embargo, su

temática centrada en los héroes del pueblo y en el sentir de este revelan un contenido muy diferente del observado en los romances. Es por eso que es necesario contemplar el corrido como un arma ideológica que, a través de los tiempos, también ha sido apropiada por las clases dominantes para diseminar su mensaje pero que, a fin de cuentas, trata de invocar la ideología del colectivo emisor, siempre basado en una cosmovisión propia y en muchos casos, regional.

Hacia una caracterización del corrido: Memoria y regionalismo

En la anterior sección se revelaba la imposibilidad de definir el corrido a través de su estructura. El contenido de estas canciones, en cambio, las definen como un producto popular cantado a lo largo de la geografía mexicana y que ha servido como herramienta a través de la cual se guarda la memoria colectiva, tanto regional como nacional. Los corridos son cantados en diferentes variantes dependiendo del área en el que se diseminan, y estas responden precisamente al ethos e historia particular de cada región. Es así que estas canciones son portadoras de una cosmovisión regional, como se observa en los propios corridos de la revolución mexicana. En las áreas del Bajío y del norte de México, los guitarrones sonaban al ritmo de loas al General Francisco Villa, mientras que en las regiones del sur se honraba a Emiliano Zapata. Asimismo, los espacios donde se gestaban y cantaban los corridos también revelan esa cosmovisión particular. Los mercados o tianguis que se organizaban por la celebración de las fiestas patronales eran las áreas donde tenía lugar la actuación. Estos se convertían los epicentros de la vida local junto con la plaza del pueblo, como comenta Catherine Hèau (109-111). Era en estos emplazamientos donde los corridistas, tanto locales como nómadas, se reunían para compartir sus melodías y al mismo tiempo informaban a la comunidad de los eventos que estaban

aconteciendo. Es así que se puede aseverar que el corrido era guardián de la memoria del pueblo, pues se construía desde estos espacios. Un ejemplo que refleja la importancia de estas canciones en la tradición popular es el hecho de que el propio Marciano Silva acompañó al Ejército Libertador del Sur en sus campañas y se convirtió en la voz cantada y oficial de este colectivo.

Otra característica a tener en cuenta es el papel de esta forma musical como narrador o conmemorador de eventos ya que, los corridos analizados, dan muestra precisamente de estas funciones. John McDowell afirma que los corridos conmemorativos son aquellos cantados dentro de una comunidad que comparte una cosmovisión común y con una historia compartida (408). Es por eso que no se ofrece una cronología de los eventos, ya que la audiencia está familiarizada con la historia y la pretensión de la canción es guardar en la memoria colectiva la figura del héroe. Teniendo esto en cuenta se puede afirmar que las canciones dedicadas a Emiliano Zapata después de su muerte atienden a esta forma recordatoria, con la intención de honrar a la figura del morelense. Las formas en la que este fue representado y la cosmovisión que se implantó en esa visión es algo que se analizará posteriormente y revela el proceso de mistificación del protagonista. Por otro lado, los corridos narrativos son aquellos que tienen un valor más informativo, en los que se da cuenta de los eventos del momento, siendo las bolas diseminadas por Marciano Silva un ejemplo de estos. Además de esta función informadora, Silva escribía estos corridos como forma de responder a las acusaciones hacia Zapata y su ejército por parte de los periódicos y editoriales capitalinos. Esta forma de resistencia podría considerarse como un proyecto epistemológico descolonizador que, en líneas similares a los manifiestos del General Zapata, servían para articular una alternativa al discurso histórico oficial.

Una de las particularidades del corrido y que se ha asociado habitualmente con las tradiciones orales es la de su papel como receptáculo de la memoria colectiva de la comunidad. Si consideramos al corrido como parte de la *oralitura*, es necesario tener en cuenta su papel contestatario y cómo esta tradición sirve de modo de supervivencia de una voz que ha sido silenciada. Estas tensiones implícitas entre la historia oficial de México y la memoria popular es evidente entre el corpus de corridos usados en esta tesis: los corridos revolucionarios cantados desde la capital y desde Morelos son reflejo precisamente de estos (des)encuentros entre un discurso cíclico dominador y la memoria colectiva del pueblo morelense.[51] Teniendo esto en cuenta, se puede afirmar que las bolas surianas son parte del mismo proyecto descolonizador promulgado por Zapata en sus manifiestos ya que exaltan los mismos valores que los documentos (i.e. la colectividad) a la par que la conciencia regional de su patria chica, Morelos.

En México se conoce como "patria chica" al lugar donde uno ha nacido y al que se vincula con esta por sus tradiciones, historia común y lazos familiares. Esta concepción se contrapone y tensiona con el nacionalismo cultural mexicano generado desde el liberalismo decimonónico y que ha continuado hasta la actualidad. Los corridos, dentro de esta pugna por generar un sentimiento común, son precisamente representativos de esa idea de la patria chica, debido a su exaltación de héroes locales, o de la geografía y eventos históricos de la zona. Es así como las comunidades locales preservan su memoria colectiva, constantemente en oposición con

[51] Por discurso cíclico dominador, se consideran todas las alocuciones, tanto científicas como históricas, que han tendido a ubicar a todas aquellas comunidades periféricas en inferioridad intelectual, racial y social.

la historia oficial y que articula una visión más compleja y justa de la realidad. La diseminación de la memoria colectiva funciona a través de artefactos orales como los discursos o las canciones con el fin de que estas nociones perduren en el tiempo y hagan accesibles experiencias pasadas a la comunidad creando así cultura (Rosa et al. 44). Esta propagación de la memoria colectiva además no es únicamente cultural; también sirve como arma ideológica que reta a los discursos oficialistas.

La idea del corrido como instrumento contestatario es algo claramente discernible también en las canciones que Marciano Silva escribió a lo largo de la revolución mexicana. Su representación, no solo de Emiliano Zapata sino también del Ejército Libertador del Sur, sirvió para responder a las acusaciones provenientes de la capital. Estas afirmaciones desde el centro son representativas de la propio vigencia de su retórica, y responden a un discurso cíclico de dominación de más de trescientos años de historia pero que había resonado especialmente durante el siglo XIX, como comenta Salvador Rueda Smithers: los zapatistas y el General eran, de acuerdo con estas diversas formas discursivas, "el umbral de la barbarie, la semilla de la antimodernidad" (*El paraíso de la caña* 58). Además, y como bien menciona el historiador, las diferentes formas de comprender la propiedad de la tierra y el liberalismo fehaciente convertía a los zapatistas y a las comunidades campesinas en el verdadero problema nacional (*El paraíso de la caña* 60). Es por esto que como contrapartida a estas diatribas Marciano Silva destacaba no únicamente la figura del líder morelense, sino también la del colectivo zapatista.

Dentro de estas representaciones folclóricas, la construcción del héroe en el corrido mexicano atiende a ciertas características que resultan especialmente interesantes ya que sirvieron para promocionar un prototipo de masculinidad muy específico a la revolución y a ese

momento histórico. Así, la hombría, valentía y el liderazgo eran algo común a destacar en los corridos que honraban a Zapata pero en los negativos se exaltaban su brutalidad, machismo y bravata. Los corridos revolucionarios revelan estas tensiones inherentes a un diálogo producido desde dos cosmovisiones en lucha. Por un lado, los corridos zapatistas representaban una visión comunitaria y con un claro mensaje de redención del campesinado, mientras que los citadinos perpetuaban una visión sesgada de la realidad rural.

Sin embargo, este uso particular del héroe del corrido como representante de la nación no es exclusivo a la época revolucionaria, ya que en muchos casos el protagonista de estas canciones ha sido usado como defensor de las causas del pueblo y como modelo de la masculinidad periférica que trataba de superponerse a una realidad en la que su comunidad era marginada por su clase social y raza. Como Víctor Macías-González y Anne Rubinstein mencionan en referencia a las fotografías de la revolución, "they seemed to be saying that their exaggerated manliness made up for their lesser class and ethnic status, marking them as true citizens of the nation they were hoping to remake" (11). Ambos investigadores parecen revelar una postura afín a los estudios de la masculinidad y la ontología mexicana que fueran publicados durante el siglo XX y en los que se justificaba el machismo de estos hombres como una forma de compensar su complejo de inferioridad. Es por eso necesario aproximarse brevemente a estos estudios con el fin de demostrar cómo estas ideas eran producto del legado colonial y que además afectaban a la forma en la que se analizaba al héroe del corrido mexicano como voz del pueblo.

El héroe en el corrido y la representación de Emiliano Zapata

El estudio de la masculinidad mexicana puede remontarse a comienzos del siglo XX, con estudios psicológicos en los que se trataba de comprender al hombre mexicano y sus motivaciones para su comportamiento misógino y violento. En la década de los treinta, en pleno apogeo posrevolucionario en el que Emiliano Zapata era exaltado como ideal masculino de la nación, estudios como el de Samuel Ramos se centraron en denigrar la figura de los hombres de clase trabajadora. Así, considera que el 'pelado' o el hombre holgazán de clase trabajadora, "…pertenece a una fauna social de categoría ínfima y representa el desecho humano de la gran ciudad. En la jerarquía económica es menos que un proletario y en la intelectual un primitivo" (54). Mediante esta descripción tan difamatoria, y su comentario respecto a la pasividad del indio, al que niega su subjetividad al afirmar que "…su influencia social y espiritual se reduce hoy al mero hecho de su presencia" (58), el filósofo mexicano estableció una clara muestra de la vigencia de la colonialidad, al posicionarse él desde su "ciudad letrada" para, así, reducir a ambos colectivos a meras caricaturas.[52]

En décadas posteriores parece mantenerse esta postura respecto a los mexicanos de clase trabajadora, como se observa en *El laberinto de la soledad* de Octavio Paz en 1950, cuando sin referirse explícitamente al pelado, habla del supuesto complejo de inferioridad del mexicano común y lo enlaza a la conquista y al acto de violación de la mujer mexicana. El hombre, de

[52] El término Ciudad Letrada fue acuñado por el crítico uruguayo Ángel Rama para denominar a los actores que pusieron en vigencia las diferencias instancias de la colonialidad a través de la función de la escritura como forma de orden social y político en América Latina.

acuerdo con este pensador mexicano, cubre ese sentimiento mediante la fanfarronería y una violencia desacerbada, que a su vez fue derivada del conquistador, considerado el macho por excelencia. Esto es algo que más adelante también considera Santiago Ramírez, al afirmar que "…el machismo del mexicano no es en el fondo sino la inseguridad de la propia masculinidad, el barroquismo de la virilidad" (26). Esto revela que el nacionalismo cultural iniciado y difundido por el gobierno mexicano fue exitoso en cuanto que la imagen del charro, tan asociada a la figura de Emiliano Zapata, se había convertido en símbolo de virilidad, mientras que el mexicano trabajador o indígena era emasculado.

Esta particular forma de observar y juzgar la masculinidad mexicana también se transmitió a los trabajos que estudiaban la figura del héroe del corrido. Vicente Mendoza, en su artículo, confirma la visión de Paz al decir que el machismo es un fenómeno de origen español y considera que se pueden encontrar dos formas de machismo en los corridos: el auténtico, caracterizado por el valor, el amor por la madre y la defensa del pueblo, y el falso, demostrado a través de bravuconería y frases tales como "Yo soy tu padre" con el fin de emascular al rival ("El machismo en México"75). En un artículo posterior, el folclorista texano Américo Paredes no solamente se hace eco de los estudios de Ramírez o Mendoza, sino que considera que a lo que el segundo llama falso machismo debería llamársele únicamente machismo, mientras que el machismo positivo sería simplemente valentía ("The United States, Mexico and Machismo" 17). A pesar de que tanto Paredes como Mendoza comentan en sus textos que el machismo como tal no aparece en los corridos, sí que es cierto que los protagonistas de los corridos tienden a mostrar una actitud audaz que, dependiendo de la intención del corridista, varía en su descripción, como se verá en el análisis de los corridos escritos por Marciano Silva y los citadinos.

La construcción del héroe en los corridos del pueblo atiende en parte a la necesidad de la comunidad de expresar sus opiniones y su posición respecto a los eventos históricos que estaban ocurriendo en el país. Ejemplos de esto son los corridos del siglo XIX que tenían como protagonistas a los bandidos que azotaban las zonas rurales. Estas canciones no eran constantes muestras de apoyo; en algunos casos estos bandidos resultaron nocivos para las comunidades afectadas. Es por eso que Chris Frazer, en su trabajo sobre los bandoleros en el México decimonónico, comenta sobre los corridos de bandidos que estos "…offered a heterodox body of stereotypes, belying the notion that the lower clases simply exalted or romanticized bandits. In actuality, corridos judged bandits on a scale that identified villains and heroes, and they also permitted an ambigous rendering of still other bandits" (147). Es así que queda claro que los corridos escritos por el pueblo daban cuenta de un protagonista en algunos casos valeroso que luchaba por sus conciudadanos, mientras que también existían baladas que llamaban a la crítica de los maleantes que robaban a su comunidad. Un ejemplo del primer caso es "El corrido de Gregorio Cortez," cantado en la frontera mexico-americana y que narra las desventuras de Cortez al ser perseguido por los Rangers de Texas por un crimen inintencionado.[53] El corridista, con el fin de empoderar al protagonista y demostrar su valor, canta los siguientes versos:

---

[53] De acuerdo con lo que Américo Paredes narra en su estudio, Gregorio Cortez fue acusado por los Rangers de Texas (este vivía en Valle del Río Grande, en el sur de Texas) de haber robado un caballo. Debido a un problema de traducción entre la autoridad, el traductor y el Gregorio, el último terminó disparando al policía y dejando a su hermano muerto mientras huía a lo largo de la geografía texana. Su corrido ha perdurado a lo largo de los años como muestra de resistencia del colectivo texano-mexicano ante un sistema que no les ha permitido mostrar su versión de la historia.

Venían los americanos

más blancos que una paloma,

de miedo que le tenían

a Cortez y su pistola (*With a Pistol in His Hand* 155)

Al establecer este símil entre los americanos y la paloma, el cantante demuestra el miedo de estos ante Cortez y su arma . Este es un ejemplo de tantos que demuestran que el modelo de masculinidad exacerbada es más latente en los corridos revolucionarios y en los posteriores a estos, quizás como forma de reclamar la voz del bandolero/héroe. La exageración dentro de estas canciones es una técnica común. Por otro lado, y con el fin de mitificar a estos héroes y presentarlos como ejemplos de valor y masculinidad, los corridistas tienden a ofrecer situaciones y descripciones que, a oídos del oyente no resultan verosímiles pero sirven para agrandar la figura del protagonista. Es así común ver cómo en los corridos de la revolución se describe a Zapata de la siguiente manera:

Fue Emiliano Zapata el hombre sin segundo,

que ante la plutocracia su diestra levantó,

fue un ángel de la patria, un redentor del mundo,

que por su humilde raza duerme el sueño profundo,

en los brazos de Vesta por voluntad de Dios.[54] (Giménez 378)

[54] Este corrido se titula "Historia de la muerte del gran General Emiliano Zapata" y fue escrito por Marciano Silva en 1919.

Es frente a esta mitificación que comienza a desaparecer de escena el líder político Emiliano Zapata y se construye una representación del héroe y mártir Zapata, algo que posteriormente se trasladó a toda la geografía nacional y permeó en todos los ámbitos culturales. La muerte de Zapata en 1919 es el punto de inflexión en la que los corridos de Silva comienzan a centrarse en el líder. Hasta ese entonces, la representación del morelense iba de la mano de la exaltación de la comunidad zapatista. Sin embargo, las canciones posteriores al asesinato y especialmente las compuestos durante la revolución por personas afines al régimen se centran en mitificar a Emiliano Zapata, apropiándose de lo que hasta ese momento habían sido las leyendas e historias locales de la niñez del héroe. Esta dicotomía entre las canciones con héroes masculinos como protagonistas escritas desde el pueblo hasta el periodo revolucionario y las baladas posteriores pone de manifiesto, como dice Héctor Domínguez-Ruvalcaba, "…that maleness, an allegorical resource of the nation, is a central trope for understanding Mexican culture" (3). El proyecto posrevolucionario tomó a los líderes revolucionarios y los insertó en su imaginario como referentes de la hombría mexicana; este proceso, sin embargo, en vez de empoderar a estas figuras, las sensualizó y por ende las emasculó (Domínguez-Ruvalcaba 3).

Este análisis se va a centrar, como se ha mencionado anteriormente, en las canciones escritas por Marciano Silva y las diseminadas desde la capital durante la revolución mexicana. Es por esto necesario el análisis de los desencuentros epistémicos entre los corridos escritos desde la capital que acompañaban la propaganda anti-zapatista en los medios de comunicación y las bolas escritas por Marciano Silva a la par que acompañaba al Ejército Libertador del Sur. Además de ratificar la vigencia de un discurso racializado y cíclico diseminado por el liberalismo

mexicano desde la independencia, la manera en la que se ha representado a Emiliano Zapata también es representativa de dos cosmovisiones aparentemente irreconciliables.

Cantando en la bola: (Des)encuentros entre los corridos capitalinos y zapatistas durante la revolución mexicana

Las canciones oficialistas, o la apropiación de una forma de canción popular desde la colonialidad

La tempestad que supuso la revolución armada tuvo una crónica constante por parte de periódicos nacionales que en su mayoría estaban ubicados en la Ciudad de México. Como centro de poder del país, los medios de comunicación y editoriales de la zona gozaban de una gran fama a lo largo de la nación. Su visión del conflicto armado, como los propios gobiernos revolucionarios, fue variando a lo largo de los diez años de lucha. La narrativa generada a partir de esta disparidad de visiones respecto al morelense convive junto a la representación que se ha hecho de este en los corridos escritos desde la ciudad. Estas canciones, publicadas en hojas sueltas por las grandes editoriales de Antonio Vánegas Arroyo y Eduardo Guerrero durante y después de la revolución, constituyen un testimonio de la forma en la que se percibía a Zapata desde la cosmópolis que era la capital.

Muchos de estos contracorridos oficialistas, como los denomina Catalina Giménez (139) partían de las denominaciones que los periódicos de tirada nacional hacían de los guerrilleros que no se adscribían al grupo que, en ese momento, mantenía el poder. Es así que, por ejemplo, uno de los más comunes apodos de Emiliano Zapata fue "Atila del Sur, " impuesto por el diario *El Imparcial* en su edición del 20 de junio de 1911. Huelga decir que, para este entonces, Zapata

todavía no había promulgado su "Plan de Ayala" y que este noticiero era claramente de corte conservador y contemplaba la insurrección agrarista como barbarie. Su noticia "Zapata es el moderno Atila," continuaba con un subtítulo que proclamaba lo siguiente: "'No reconozco más gobierno que el de mis pistolas,' dice el Jefe de las Armas de Cuernavaca, y vuelve a armar a sus soldados." Esta noticia venía a colación de las demandas por parte del gobierno maderista para el desarme de los zapatistas, y la negación por parte de estos debido a los ataques de Juvencio Robles en Morelos. No era casualidad denominar a Zapata de esta manera; como afirma Rueda-Smithers, "…el significativo sobrenombre impuesto a Zapata en 1911 era una copia textual de usado en los ataques de los santannistas y clase propietaria siete décadas antes: el Atila del sur tenía su antecedente en la Pantera del Sur" (*El paraíso de la caña* 61).[55] En este caso, la Pantera del Sur no era otro que Juan Álvarez, quien lideró la Revolución de Ayutla (1854) y logró imponer el gobierno liberal de Benito Juárez.

El sobrenombre de Atila no provenía únicamente del "agitador" que fue Juan Álvarez; como bien se observaba, a Zapata se le consideraba el Atila del Sur. Atila fue el último y más poderoso de los caudillos hunos, y cuyas posesiones comprendían desde el centro de Europa hasta el Mar Negro. Su muerte, además, supuso la desaparición de esta tribu. Lo interesante de esta figura histórica radica precisamente en la visión que se ha promulgado de esta, ya que en

---

[55] A propósito de esta noción del discurso cíclico, el historiador también afirma que las acciones de ambos caudillos fueron presentadas de forma similar: "la prensa capitalina consignó en 1860 y 1873 los actos caudillescos que violentaban 'sin razón aparente' a los propietarios; en 1911 y 1912 los diarios de la ciudad de México hablaron de otro caudillo que agredía a los hacendados con sus peticiones de reforma agraria por 'causas incomprensibles para la razón.'" (*El paraíso de la caña* 61)

muchos casos proviene de historiadores griegos y romanos quienes, en palabras de Ana Martos los describían como, "bárbaros y considerads salvajes porque tenían costumbres para ellos extrañas" (15-16). Esta visión del líder huno se asimila mucho a la visión citadina que se tenía de Emiliano Zapata y pone de manifiesto cómo ambos fueron vistos desde estructuras de poder que tenían la última palabra en cuanto a cómo se figuraban estas aparentes amenazas periféricas, demostrando así que los discursos hegemónicos no eran únicamente visibles en América Latina, sino también en el propio continente europeo.

La imposición de calificativos despreciativos hacia individuos o colectividades que trataban de desestabilizar al Estado fue una constante en la historia de México, y revela así un discurso cíclico que a su vez reafirmaba la instancia de la colonialidad del poder y que se propagaba no solamente a través de medios tradicionalmente asociados con ese poder, sino también mediante formas populares creadas desde el centro. Así, la "Calavera de Emiliano Zapata," de 1912, se hace eco de esta denominación hacia el morelense al decir lo siguiente:

> Triste y de mala manera
> sin decir a nadie abur
> se fue el Atila del Sur
> a volverse calavera. (Giménez 139)

En este corrido, Zapata conversa en primera persona y anuncia que su hermano Eufemio también está en la sepultura y que sus soldados y, por ende, su movimiento, están descarnados en la tumba (139). El uso de la primera persona dando voz al protagonista ha sido un motivo común en el corrido; en estas canciones sobre Emiliano Zapata, se contempla también una segunda reapropiación del personaje al poner en su boca un discurso que, probablemente, él no hubiera

emitido. En esta misma canción se le vuelve a denominar Atila a Zapata e incluso se comenta que "…dicen que no es muy valiente / y se puso, prontamente / tembloroso como anguila" (139). La emasculación del personaje del corrido mediante su representación como un cobarde es una constante en la tradición del corrido, así como su centralidad en una única figura heroica, algo que contrasta (como se verá posteriormente) con las bolas escritas por Marciano Silva donde las hazañas de Zapata y los suyos son concebidas de manera colectiva.

Esta calavera no es la única que llama al morelense Atila; la imprenta de Antonio Vánegas Arroyo publicó en 1913 "El entierro de Zapata" en una hoja volante en la que hasta dos veces se le llama Atila. En la cuarta estrofa el corridista proclama que:

> La verdad es que el Atila,
> que resulta cimarrón,
> le vacila el corazón,
> cuando en la muerte cavila. (Giménez 313)

La estrofa es relevante por su contenido simbólico: En primer lugar, se reitera una vez más el sobrenombre de Atila, comparando al morelense con el caudillo huno. Además de esto, el corridista lo llama "cimarrón," término que compara al revolucionario con un animal desbocado, salvaje. Por último, la estrofa culmina acusándolo de cobarde. Estos versos son el ejemplo perfecto del discurso que construye al campesino y al indígena en alteridad y desde una cosmovisión claramente occidentalizada. Esta ideología ha sido prevalente a lo largo del tiempo, pero es en el siglo XIX cuando adquiere especial relevancia la figura del indígena, y posteriormente del mestizo, como figuras a través de las cuales formar la identidad nacional. Para la nación, sin embargo, el indígena contemporáneo se convierte en esa figura que se debe

incorporar a la modernidad a la par que se exalta su mestizaje. Así, el campesino o indígena que se rebela por sus derechos, como los Yaquis en el Norte de México, fue denominado salvaje por su resistencia. Esta problemática está latente en otros corridos que se analizarán posteriormente. De igual forma, los agravios al morelense continúan en la siguiente estrofa en la que se le acusa de vanidoso y se reitera su cobardía:

> Lo que le gusta a Emiliano
> es andar muy galoneado,
> bien vestido, bien montado,
> y con el rifle en la mano;
> tener de plata un arcano,
> pasársela alegremente,
> tratarse cómodamente
> y estar de las balas lejos,
> lo mismo que los conejos,
> que les huyen reciamente (Giménez 313)

La estrofa recuerda a lo expuesto por el psicólogo Santiago Ramírez cuando afirmaba que el macho mexicano "…es terriblemente aficionado a todas aquellas prendas de vestir simbólicos de lo masculino: el sombrero, ya sea el de charro o borsalino, la pistola, el caballo y el automóvil eran su lujo y orgullo…" (26). Esta visión del hombre del campo pone de manifiesto una vez más una opinión sesgada y elitista de los hombres de ciudad. Por otro lado, acusa al morelense de cobarde y contrasta notoriamente con su comparación con el líder huno: si a Zapata se le consideró el Atila del Sur por su crueldad, ¿cómo era posible que huyera de las balas tan lejos

como los conejos? Estas contradicciones ponían de manifiesto la visión tan prejuiciada acerca del caudillo morelense que tenían los compositores de la ciudad, en la que constantemente se contradecían con el único fin de desacreditar y generar una opinión pública negativa del revolucionario. Muchos de los escritores eran figuras anónimas que trabajaban tanto en la Imprenta de Antonio Vanegas Arroyo y su testamentaria como en la de Eduardo Guerrero y, sus canciones, a diferencia de los corridos más periféricos desempeñaban "…una función de gaceta popular y tenían que redactarse e imprimirse al momento, al calor de los acontecimientos narrados" (Hèau 105). En algunos casos, además, las canciones que publicaban en hojas volantes para ser distribuidas partían incluso de órdenes gubernamentales, con el fin de propagar cierto pensamiento, como ocurrió con algunas de las representaciones de Zapata.

Las expresiones difamadoras hacia el líder sureño no se limitaron al comienzo de la revolución, sino que continuaron a lo largo de esta ofreciendo opiniones que eran herederas del discurso decimonónico liberal que había continuado armando el aparato estatal mediante la configuración de los sujetos periféricos de la nación. Estos colectivos, que habitualmente eran indígenas, campesinos o trabajadores, eran comúnmente descritos como figuras pasivas, de inferior capacidad intelectual y con tendencia a delinquir. En el caso de Zapata, los corridos perniciosos también hacen mención a su condición de bandolero y a su interés por enriquecerse en la revolución. El anteriormente mencionado "El entierro de Zapata" menciona también el beneficio económico de la guerra que Zapata está recibiendo:

> … Un hombre grande y formal
> que por los pobres combate;
> mas esto es un disparate,

que bien llena un gran costal. (Giménez 313)

El supuesto enriquecimiento por la participación en la revolución es una constante que se ha discutido a lo largo de la historia del siglo veinte mexicano; en este caso particular, simplemente parece una forma de descalificar al morelense y desvincularlo de su lucha por la reforma agraria. Estas estrategias continúan también en posteriores canciones como "La jeringa de Zapata," de autor anónimo, y publicada alrededor de 1912-1913. Muchas de las hojas volantes eran acompañadas de ilustraciones del más famoso dibujante de la época: José Guadalupe Posada.[56] En esta ocasión, el dibujo de Posada es una reproducción de la famosa foto tomada del General en el Hotel Moctezuma de Cuernavaca en 1911, armado y vestido de charro portando su sable y su escopeta. A pesar de que la ilustración es, a priori, una muestra respetuosa del morelense, la letra de la canción resulta todo lo contrario. El propio título, al considerar a Zapata una jeringa o molestia, ilustra claramente la posición del corridista respecto a nuestro protagonista. Así, la segunda estrofa considera al movimiento zapatista como una excusa para el enriquecimiento de los individuos:

Es un pretexto, parece,
para robar, y robar,
de aquellos a quienes gusta
al prójimo despojar. (s.p.)

---

[56] José Guadalupe Posada (1852-1913), ha sido reconocido como un ilustrador de enorme influencia en el arte mexicano y latinoamericano. Sus dibujos en las hojas volantes y revistas de tirada nacional reflejaban una sátira sobre la situación política del momento a través de dibujos de calaveras, pero especialmente de la técnica del grabado (Sánchez González 11).

El trovador claramente está articulando esa visión oficialista donde todos aquellos que deciden rebelarse ante un sistema opresor son, de facto, bandoleros. El compositor, además, carece de memoria y parece no recordar cómo el liberalismo despojó a muchos de estos zapatistas y a sus comunidades de las tierras que reclamaban y que estaban tratando de recuperar. Esta canción fue publicada después de que el zapatismo abandonara el movimiento maderista y comenzara su ofensiva contra sus antiguos aliados y por ello existía una prensa tan perjudicial hacia el morelense y su ejército. En algunos versos posteriores, el compositor enfatiza de nuevo el bandolerismo al decir:

> Y se juntan… y se juntan
> que donde quiera hay bandidos
> y como son sin conciencia.
> son justamente temidos. (s.p.)

El desarrollo de la revolución, y especialmente la desintegración en facciones del movimiento zapatista causó la existencia del bandidaje dentro del zapatismo así como dentro de las otras tropas populares. Esta realidad fue especialmente notoria a partir de 1916, cuando las fuerzas villistas y zapatistas se fueron debilitando. La acusación de bandolerismo hacia 1912 o 13 atiende, como bien indica Samuel Brunk, a una necesidad de negar la legitimidad del zapatismo como movimiento político y social ("The Sad Situation" 332). Evidentemente, y como insiste Brunk más adelante, muchas de las acciones perpetradas al comienzo de la revolución por los zapatistas parecían producto del bandolerismo, pero en realidad eran estrategias para desestabilizar las maniobras del Ejército Federal (335). En consecuencia, estas prácticas de resistencia y su interpretación por parte de las fuerzas del gobierno atienden, una vez más, a esta

construcción decimonónica en la que cualquier irruptor de la aparente paz se convertía en forajido.

Esta idea del delincuente se ratifica con la forma en la que el corridista considera que se ha lidiado con la figura de Zapata, afirmando "… Que el Estado de Morelos / por poco ya no le aguanta?." Más adelante, el compositor considera a los zapatistas incivilizados al decir:

> ¡Pobre Estado de Morelos
> cuanto ahora has surgido
> con esos cuantos salvajes
> que maldición solo han sido! (s.p.)

El hecho que el bardo llame salvajes a este colectivo reitera lo anteriormente expuesto respecto a la visión de civilización y barbarie y su vigencia en México. La asociación de los campesinos y los indígenas, a los que habitualmente se les agrupaba bajo el mismo paraguas ideológico, con la incivilización, el hurto y costumbres atávicas era común entre el discurso de los liberales y conservadores en el siglo anterior a la revolución. A pesar de sus discrepancias en cuanto a ciertos calificativos, ambos centros de poder coincidían en que esta comunidad tan heterogénea debía de cambiar para adaptarse a una modernidad naciente. Esta discusión se mantuvo durante muchos años pero, mientras tanto, las formas de representación de estos colectivos continuaban siendo tergiversadas por una visión colonial de los sujetos periféricos, como se ve en este mismo corrido:

> Más, la justicia vendrá
> y todos esos bandidos,
> acabarán con su jefe…

jefe de los foragidos. (s.p.)

Esta visión tan negativa de los zapatistas continúa en otra canción que probablemente fue escrita por Samuel Lozano hacia 1911 y que narra el ataque de las fuerzas zapatistas para tomar Cuautla, la capital de Morelos. “La toma de Cuautla” es ejemplo de los corridos puramente narrativos que hacen especial énfasis en el suceso acontecido. Sin embargo, es interesante observar los juicios de valor que Lozano hace del Ejército Federal y del zapatismo. Así, denomina a los federales como “pobres soldados” y después describe la crueldad de los zapatistas hacia los primeros:

Bañaron de gasolina
los furgones donde estaban,
los prendieron sin fijarse
en los gritos que ellos daban. (Giménez 285)

La deshumanización de cualquier soldado en la guerra es evidente y no es propósito de esta investigación adentrarse en ello; sin embargo, sí que es interesante el hecho de que el trovador haga énfasis en que los zapatistas no prestaron atención a los gritos de los federales cuando los incendiaron. Esto encaja con la idea expuesta anteriormente sobre el salvajismo de los zapatistas. Posteriormente, el corridista hace su juicio de valor respecto a la toma de Cuautla por parte del morelense y los suyos al decir:

De esta manera tan triste
entró Zapata a Morelos
saqueando comercios ricos
e incendiando hasta los cerros. (Giménez 286)

El corridista claramente está estableciendo su desaprobación respecto a las técnicas de asedio del General. Además de esto, incide una vez más en la idea del bandolerismo al referirse a los saqueos y reitera la brutalidad de los zapatistas por su destrozo de la naturaleza. Asimismo, este corrido es interesante precisamente por la forma en la que incorpora la crueldad como una característica propia de los zapatistas, debido a que para Lozano son campesinos primitivos.[57]

Es necesario recordar que, hacia 1916, el movimiento zapatista comenzó a sufrir fracturas en su matriz. Los desencuentros entre generales de diferentes áreas y los episodios de bandidismo a los cuales Zapata trató de poner fin con las políticas expuestas en sus manifiestos contribuyeron a la escisión del movimiento que culminó con el asesinato del General en 1919. En los años previos a ese trágico suceso tuvo lugar otra situación que también contribuyó a la lenta ruptura del zapatismo: el asesinato de Domingo Arenas, general tlaxcalteca que, tras pertenecer al movimiento constitucionalista, decidió afiliarse al zapatismo una vez ocurrida la Convención de Aguas Calientes (*Los manifiestos* 14). De acuerdo con lo que explica León-Portilla en su estudio sobre los manifiestos en náhuatl dirigidas a los tlaxcaltecas, la alianza entre Zapata y Arenas no duró más de dos años, debido a que el segundo concebía al carrancismo como un movimiento más estable y que proporcionaba garantías a su comunidad (21). Esta ruptura entre ambos grupos culminó con la muerte de Arenas en una de las reuniones mantenidas con hombres del movimiento morelense que trataban de mantener lazos con la rebelión

[57] Esta no es la única canción que hace un recuento de estos hechos; La "Bola de la toma de Cuautla por Zapata," escrita por Marciano Silva, ofrece una versión que dista bastante de esta como se verá en las próximas páginas.

tlaxcalteca. Existen diversas versiones del asunto, como menciona León-Portilla, que varían entre acusar de asesinato a Gildardo Magaña, mano derecha de Zapata, y la decapitación del tlaxcalteca al comienzo de la reyerta por parte de los partidarios de Arenas (*Los manifiestos* 25-38).

Es dentro de este contexto que emerge la canción "Asesinato del valiente general Domingo Arenas," en el que el compositor toma claramente partido por los defensores del general tlaxcalteca y defiende la rendición de este último frente a Carranza por la inutilidad del movimiento agrarista de Zapata:

> Es una causa perdida
> la de Zapata Emiliano,
> que hace sufrir con su saña
> a este pueblo mexicano. (Giménez 183)

Esta estrofa es reveladora del hastío que parte de la población sentía por el movimiento revolucionario. Es necesario recordar que ya eran siete años de lucha encarnizada en la que las facciones se habían ido dividiendo hasta convertirse en una guerra de guerrillas. Sin embargo, la representación de Zapata como un sádico que continúa su revolución sin ninguna meta pone de manifiesto una vez más esta construcción del caudillo morelense como un individuo sin ideales y sin una lucha concreta más que su propio beneficio económico.

La idea de la lucha de Zapata como algo efímero y obsoleto, y que únicamente traía miseria al pueblo mexicano se observa también en el corrido anónimo "El saqueo de pueblos por Guajardo" de 1918. A pesar de que el protagonista a priori de esta canción es Jesús Guajardo, quien perpetró el asesinato de Zapata, se articula una crítica feroz al dirigente morelense y se

hace también eco de participantes en el conflicto que, de acuerdo con el corridista, eran representativos de la valentía que con Zapata ya no se veía:

> ¿Es muy valiente? El pueblo es muy medroso
> para batirlo con honor y dignidad
> dónde está Neri, Ignacio Maya y el famoso
> Camilo Duarte, que vieran tal actualidad. (Anónimo s.p.)

El compositor está no solamente aquí juzgando la aparente cobardía de Guajardo, sino que acusa con mayor énfasis al pueblo de su cobardía —medroso—y además reclama las figuras de antiguos generales zapatistas como símbolos de la verdadera valentía. El bardo continúa su crítica comentando la fractura dentro del movimiento al decir que "Ya no hay unión, no hay igualdad en nuestra gente,…" (Anónimo s.p.), y llega a insinuar incluso que esta cobardía es consecuencia de haber sido conquistados por los españoles y no por los griegos, símbolos—a su juicio—de valentía. Es desde esta amarga crítica a la conquista que se centra en Emiliano Zapata y dice lo siguiente:

> Ahora Zapata, león del sur, que en gloria exista
> cuando se trata de un combate en la ocasión
> sólo contempla más que puras codornices
> corriendo en grupos sin ninguna dilación. (Anónimo s.p.)

La denominación de Zapata como "león del sur" recuerda lo mencionado anteriormente respecto al discurso cíclico en el que Juan Álvarez fue la Pantera del Sur y Zapata el Atila del Sur. El corridista parece estar alabando la figura del líder pero rápidamente se desdice en los siguientes versos al considerar que no entra en batalla y que simplemente se limita a observar lo

acontecido. Es así que pasiviza la figura del dirigente y lo sitúa de la misma forma que se ha observado a las figuras de los campesinos e indígenas a lo largo de la historia en México, y recuerda a la cita que Rueda-Smithers ofrece del periódico *El Siglo XIX* que en 1848 decía lo siguiente: "El indio consume poco, produce poco, y destruye mucho" (*El paraíso de la caña* 81). Esta es la constante de todos estos corridos; acusar a Zapata de cobarde y, por ende de pasivo, o ubicarlo dentro de un caos de crueldad y destrucción que tiene como único fin el beneficio propio. También se le culpó de bandolerismo, el denominativo más común entre los rebeldes en el siglo XIX y comienzos del XX. Es así que todas estas canciones son ejemplos del discurso de la colonialidad y su vigencia en medio de un conflicto bélico que había emergido, en parte, por la rebelión de colectivos que comunmente habían sido silenciados. El general Zapata fue representante de uno de estos colectivos, el campesinado, y es por eso necesario analizar las canciones escritas por Marciano Silva a favor de Zapata y su movimiento así como algunos ejemplo de corridos de apoyo al morelense generados desde la capital. Esta confrontación entre todas estas canciones revelan las tensiones inherentes a dos cosmovisiones enfrentadas.

Las bolas surianas de Marciano Silva: Articulando una crítica a la modernidad desde el folclor morelense

Marciano Silva fue, de acuerdo con Antonio Avitia, no solo el bardo oficial del Ejército Libertador del Sur, sino que también se incorporó a la filas zapatistas (23). Asimismo, era frecuente la correspondencia entre el General y el trovador en la que compartían composiciones del segundo (137). De cualquier forma, para los propósitos de esta investigación no es necesario adentrarse en la biografía de Silva, pero sí conviene destacar que el corridista había sido

alfabetizado y guardó memoria de sus canciones en cuadernos que se perdieron porque uno de sus hijos los empeñó (Avitia Hernández 16). Es de esta forma que el trovador conservó el testimonio de los eventos que estuvieron aconteciendo en Morelos durante la revolución y que servían como contrapartida al mensaje que los medios de comunicación y algunas de las canciones distribuidas por la imprenta Vanegas Arroyo diseminaron.

Uno de los ejemplos más claros en cuanto a los desencuentros entre el discurso citadino y el de Silva se encuentra en su "Bola de la toma de Cuautla por Zapata," escrita en 1911. Esta canción comienza con la narración del destierro del General Porfirio Díaz hacia Europa y establece una crítica clara para denunciar el pensamiento desde el que funcionaba la dictadura porfirista:

> Fuiste protector sublime
> de los valientes hispanos,
> y el padrastro más temible
> de los indios mexicanos;
> sin embargo, fuiste libre,
> siendo responsable a tanto,
> mientras más grande es el crimen
> más gracia encuentra el culpado. (Giménez 275)

En estos versos Silva claramente establece cómo Díaz simplemente continuó implementando una estructura neocolonial a la par que condenaba a las comunidades indígenas a la miseria absoluta, y además expresa su disconformidad con el ideal de justicia nacional, ya que no se le juzgó sino que únicamente se le desterró, dejando claro que la ley en México únicamente

beneficiaba a aquellos que legislaban. Posteriormente en la canción, Silva menciona a Madero y lo denomina "mesías," imaginándolo así como redentor de la patria mexicana y continúa culpando a Díaz del desastre causado en Morelos por sus tropas. No es hasta la novena estrofa que se menciona a Emiliano Zapata, y es junto con sus tropas, a las que el bardo describe como "….los indios / huarachudos de Zapata" (Giménez 277).[58] Es interesante que Silva haga esta mención porque por un lado está exaltando la identidad indígena del campesinado, y su estética como forma de identidad y, por otro lado, incide en la colectividad del zapatismo. Posteriormente, el corridista narra los eventos históricos acontecidos, en los que acusa a Eduardo Flores de ser el causante de la cruenta batalla.[59] Por otro lado, y dentro de esta narrativa de la toma de la capital de Morelos, Silva inserta también las tensiones implícitas entre la cosmovisión rural y la citadina al darles voz a los soldados del Quinto Regimiento de Oro que gritaban a los zapatistas desde Cuautla:

> Entren, muertos de hambre, indios calzonudos,
>
> huamuchileros idiotas,
>
> vamos a probarles que aquí en Guanajuato
>
> ¡y no más puro Guanajuato!
>
> Sin hacer alarde estamos seguros

---

[58] Huarachudos es un término discriminatorio para refererirse a las comunidades indígenas y su calzado tradicional. Los huaraches son sandalias de algodón o cuero y el vocablo proviene del idioma indígena purepechá, "kwarachi."

[59] Eduardo Flores fue el prefecto de Cuautla en 1910, al inicio de la revolución (Womack 40). Su alianza con los hacendados le ganó múltiples enemigos en Morelos.

que la plaza no la toca,

si desengañarse quieren, huarachudos,

entren a traer su derrota. (Giménez 279)

Esta serie de insultos son reflejo de la forma en la que se ha descrito y considerado al indígena mexicano desde un discurso claramente racializado e influenciado por trescientos años de dominación colonial. Estas son producto del discurso cíclico que ha considerado el indígena como anacrónico e incapaz de adaptarse a la modernidad y al que se ha tratado de incorporar forzadamente al proceso de industrialización de México. Tal y como se revelaba en el anterior capítulo, la desamortización de las tierras comunales de las comunidades indígenas y campesinas provocaron que, en la gran mayoría de casos, estos colectivos tuvieran que comenzar a trabajar como peones en las haciendas que habían absorbido sus territorios. Esto supuso que poco a poco estas comunidades fueran asumiendo su condición de trabajadores y de alguna forma, como dice Guillermo Bonfíl-Batalla, se fueran *desindianizando* al tener que renunciar a su identidad colectiva por los cambios que surgieron en su organización social y cultural (42). En consecuencia, estas comunidades asumieron su identidad mestiza y campesina a través de su estética y folclor que a su vez era objeto de crítica por parte de las esferas de poder ubicadas en las ciudades. Este discurso peyorativo hacia las comunidades campesinas y, durante la revolución, hacia los zapatistas y su líder también encuentra mención en esta bola. Marciano Silva expresa una agria queja contra el periódico *El Imparcial*, el mismo que denominaba a Zapata como "El Atila del Sur," por su manipulada versión de los hechos acontecidos en Cuautla. Mientras que el corridista afirmaba en hechos previos que Zapata y los suyos habían salido victoriosos, Silva contemplaba también que el periódico decía lo siguiente:

Yo como idiota no entiendo
Ese triunfo que asegura
El Imparcial que escribiendo
se hagan noticias impuras;
dicen que salió venciendo
el Quinto de Oro en su fuga,
si así se triunfa corriendo
yo soy un héroe sin duda. (Giménez 281)

Este es el único ejemplo de los utilizados en esta investigación que directamente se dirige a un medio nacional con el fin de desmentir su información. Habitualmente los trovadores simplemente narran su particular versión de los hechos como forma de contrarrestar discursos pero, en este caso, Silva decidió encararse con este noticiero en particular por su constante difamación de Emiliano Zapata y de los suyos. En esta bola, por lo tanto, es necesario no solamente exaltar los desencuentros epistémicos entre la capital y la visión zapatista de la revolución, sino la forma en la que se representa a Zapata como parte de un colectivo, y no como un individuo tal y como expresaban los corridos anteriormente analizados. Como se verá a continuación, esto parte de la propia cosmovisión campesina basada en la colectividad y en la vida comunal, algo que constantemente se vislumbra en los manifiestos del General.

La "Bola de la historia del pronunciamiento del general Emiliano Zapata o la traición de Federico Morales" publicada en la investigación de Catarina H. de Giménez, también conocida como "Historia del Pronunciamiento del General E. Zapata" y que aparece en los *Corridos de la revolución mexicana* de Eduardo Guerrero, es una bola suriana compuesta por Marciano Silva y

publicada también en 1911. En este corrido, el bardo narra los eventos acontecidos después de la toma de Cuautla, cuando el recién formado Ejército Libertador del Sur salió de la capital en dirección a Anenecuilco para trazar sus próximas estrategias. Fue durante su estancia en una de las haciendas del pueblo cuando los traicionó Federico Morales y envió una misiva a la capital anunciando la localización del General, causando un enfrentamiento entre las fuerzas federales y el ejército zapatista, en el que los últimos salieron victoriosos. Esta bola es demostrativa de lo anteriormente expuesto al hacer énfasis en la colectividad y en el ensalzamiento del ejército campesino en su conjunto, algo que la distingue de los corridos capitalinos y de los póstumos dedicados a Zapata (Giménez 55). Usando esta balada como vehículo de reafirmación de las demandas populares, el trovador insiste en demostrar lo justo de la causa agraria así como el apoyo popular recibido. Es así que en la decimoséptima estrofa se dice:

> Día 30 de Agosto dieron este grito,
> todos en conformidad,
> viva nuestra Patria y este requisito
> de paz, tierra y de libertad (Giménez 291).

Asimismo, Silva exalta la valentía del Ejército Libertador en posteriores versos al describir el número de federales a los que se enfrentaron y vencieron:

> Diez eran los Zapatistas
> contrario seiscientos fueron,
> pero sus grandes conquistas
> con valor las defendieron.
> De cada descarga de los Zapatistas,

diez o doce se tumbaron,

porque ya su gente estaba bien lista

y bien muertos los dejaron. (Giménez 292-293)

Esta muestra del arrojo zapatista también se indica junto con una representación de Emiliano Zapata a la que incluso se le da voz. Además de considerar que su valentía era el motivo por el que "querían políticamente / por completo exterminarlo" (Giménez 290), Silva lo considera un "invicto general" y después le cede la palabra en la que exalta su patriotismo ("rendir yo mis armas sería una tristeza / sólo ya después de muerto) y su disposición a continuar en armas:

Yo no ambiciono la silla

Ni tampoco un alto puesto,

Siento a mi patria querida

Verla en tal cruel sufrimiento. (Giménez 290).

La representación de Zapata como sujeto activo con voz propia en el corrido es demostrativo una vez más de su reconfiguración heróica en la cultura popular. Además de esto, esta canción sirve para contextualizar el momento en el conflicto armado y la relevancia del Ejército del sur en esta precisa instancia, ya que las tropas de Madero estaban tratando de desmovilizarlo. De ahí radica la importancia de la conformidad del colectivo, como expresa Silva en un verso, y de las palabras de Zapata en cuanto a su muerte como único resorte para su rendición. La trascendencia de la colectividad para Marciano Silva se observa también en bolas posteriores como por ejemplo "Soy zapatista del estado de Morelos." Esta canción hace énfasis en el "nosotros zapatistas" en sus dos primeras estrofas en las que promete que el Plan de San

Luis Potosí y el de Ayala "sobre las armas lo hemos de hacer cumplir" (Giménez 298). En la tercera estrofa, Silva describe a Zapata y dice:

> Sublime general,
>
> patriota guerrillero,
>
> que peleó con gran lealtad
>
> por defender su patrio suelo. (Giménez 290)

Aquí, y de igual forma que en la canción anteriormente mencionada, Silva enfatiza el patriotismo de Zapata. Esta fidelidad a la nación no es referida a México sino a Morelos y contrasta con los corridos póstumos en los que se le ensalza como mártir de la nación. Así, se refuerza esa idea de la patria chica por la que el morelense está dispuesto a perder su vida. Este tema de Zapata como héroe patrio igualmente aparece en la "Bola de la toma de Chinameca," también considerada de Marciano Silva por parte de Antonio Avitia Hernández y ubicada alrededor de 1911 (92-94).[60] Es así como estas bolas, a diferencia de las bolas citadinas, tratan la colectividad como un eje central al ejército zapatista y no tratan únicamente de glorificar a sus generales, sino también a sus participantes y recuerdan que la lucha de estas figuras es por la libertad de su patria chica, Morelos. Marciano Silva, en mucho de su repertorio durante la revolución, dio protagonismo al colectivo que conformaban las tropas campesinas lideradas por el General Zapata. Sin embargo, en la mayoría de sus canciones, hacía referencia también a la

---

[60] "¡Viva su juez y su opinión!
porque se han propuesto
morir por su Patria
como héroe de la nación." (Avitia Hernández 94)

valentía del General y a su encarnizada lucha por la defensa de los ideales campesinos. Por lo tanto, se puede deducir que estas canciones son producto de la cosmovisión rural cuyo ethos está basado en la comunidad, fraternidad y consanguineidad y que, en consecuencia, contrastan con los corridos citadinos que exaltan la figura del héroe y delinean el ideal liberal de la individualidad y la modernidad naciente en México.

Las exaltaciones hacia Zapata durante la revolución por parte de los corridos citadinos no son cuantiosas pero existen. Como ejemplos de estos, se analizarán dos de las piezas distribuidas por la imprenta de Antonio Vanegas Arroyo por un lado, y por un trovador anónimo en el otro. En el primero de los casos, resulta sorprendente encontrar esta canción, teniendo en cuenta que la mayoría de los corridos perniciosos analizados anteriormente se habían publicado en la misma imprenta. En la investigación hecha por Catalina H. de Giménez, ella cuenta cómo en su estudio de Don Antonio descubrió que este era un hombre apegado a sus raíces populares y de ahí sus corridos progresistas en los que insertaba su nombre y apellido. Sin embargo, "…también era el patrón responsable de una empresa cuya buena marcha tenía que asegurar en una época en la que el gobierno en turno se consideraba amo y señor de las conciencias de sus administrados" (11). De ahí menciona que esos corridos tenían una dirección como referencia. Es interesante observar que las bolas analizadas y que ofrecían una imagen peyorativa de Zapata hacían uso del nombre del editor. Por lo tanto, se observaque Vanegas Arroyo apoyaba la causa revolucionaria maderista, y que precisamente por eso exaltaba las virtudes de los insurrectos. Posteriormente, cuando Zapata se rebeló contra Madero, las canciones impresas en su distribuidora comenzaron a mostrar su disgusto hacia el líder. Estas expresiones perniciosas para con el general y al campesinado revelan el discurso que emergía desde las ciudades hacia las poblaciones rurales, y

que servían para ratificar que cualquier rebelión forjada desde la periféria debía de provenir únicamente desde las clases burguesas latifundistas, y no desde las comunidades campesinas.

Como ejemplo se puede analizar la hoja volante titulada "Nuevo corrido suriano dedicado al general Emiliano Zapata," publicada en 1914. En términos históricos este año fue para la revolución de especial relevancia. Primeramente, se derrocó al general Victoriano Huerta en 1914 y, en octubre de ese mismo año, las fuerzas dirigidas por Carranza, Villa y Zapata, que habían contribuido a la caída del huertismo, se rompieron entre aquellos que firmaron lo acordado en la Convención de Aguascalientes (Villa y Zapata) y los constitucionalistas (Carranza). Es por eso que dentro de su apoyo al movimiento insurrecto Vanegas Arroyo decidiera incluir este corrido entre sus canciones. Existen diferentes versiones sobre el origen de la canción. De acuerdo con Giménez, esta canción pertenece a la imprenta anteriormente mencionada; en una antología de bolas morelenses, empero, se incluye esta canción como oriunda de Morelos. Por ese motivo no se puede aseverar al cien por cien su creador, pero sí su aparición en las hojas volantes de Vanegas Arroyo.

De cualquier forma, esta canción es una oda a la humildad, valentía, atractivo y nacionalismo de Zapata. A diferencia de los corridos de Silva, que tendían a centrarse en un evento en particular, este corrido describe las múltiples cualidades del suriano y su entrada en la batalla por la libertad de sus compatriotas. Primeramente, el trovador menciona el pasado de Zapata, algo comúnmente hallado en los corridos póstumos:

Era Emiliano Zapata
un campesino sencillo,
que vivía humildemente

sin ostentación y brillo. (Giménez 334)

Este afán por retratar la humildad de Zapata es notorio ya que se ha demostrado que realmente no pertenecía a una familia que se dedicase únicamente al campesinado, sino que también eran ganaderos y, en consecuencia, se encontraban en una situación económica más desahogada (*¡Emiliano Zapata!* 6; Womack 6). Además de esto, también menciona su estética humilde y poco ostentosa. Las imágenes de Zapata acreditan un líder que claramente mostraba su origen sureño al vestirse comúnmente de charro y anillos que revelaban su estatus social.[61] Esta representación del caudillo como un hombre humilde y representante del campesino se asemeja mucho a las canciones que, una vez asesinado, fueron partícipes del proyecto de canonización de Zapata.

En las siguientes estrofas, el bardo alaba el atractivo físico del morelense ("Este Emiliano Zapata / es hombre bien parecido /…) y su éxito entre las mujeres por su valentía (Giménez 395). En esta canción, el corridista parece expandir la lucha zapatista a todo México cuando dice:

Él lo dijo: 'Yo peleo
por el bien de mis
paisanos;
que se repartan las tierras

[61] A propósito de esta estética Samuel Brunk, en su narración del encuentro entre Villa y Zapata en Xochimilco en Diciembre de 1914, describe al morelense de esta forma: "Wearing a black jacket and tight black pants with silver buttons along the outside of each leg, a loosely knotted silk tie—light blue in color—and a lavender shirt, Zapata as *charro* embodied country elegance as it was understood in his south-central Mexican world." (*The Posthumous Career* 21)

a todos los mexicanos. (Giménez 395)

Este es otro reflejo de esa interpretación de Zapata como un héroe nacional; es bastante probable que el morelense estuviera de acuerdo con la repartición nacional y, de hecho es en manifiestos posteriores a 1914 que se solicita la restitución nacional de tierras. Sin embargo, en esa época Zapata acababa de aliarse formalmente con Francisco Villa y los convencionistas y, como se vio en la Convención de Aguascalientes, el movimiento zapatista tenía como preocupación Morelos. Más adelante en el corrido se expresa otro motivo que también resultó común en las canciones póstumas y es su nexo con las comunidades indígenas. A pesar de que en este momento no se va a hacer especial hincapié en la inclinación por considerar a Zapata símbolo del indigenismo, sí que es necesario recuperar estas líneas y recordar que, efectivamente, una parte importante del Ejército zapatista era de origen indígena. Así estas líneas rezan:

Él por los indios pelea
pues los mira como hermanos,
y quiere que sean iguales
toditos los mexicanos. (Giménez 336)

Existen dos problemas en esta estrofa: Por un lado, la necesidad de constantemente ubicar a Zapata como ícono de la identidad indígena, ya que los gobiernos posrevolucionarios utilizaron al caudillo como símbolo de esta ideología, como se verá en el tercer capítulo. Por otro, el hecho de decir que el morelense pelea por los indios puede sugerir una construcción del indio como una figura pasiva e incapaz de defenderse. Sin entrar en detalles, las insurrecciones de las comunidades indígenas en México han sido una constante, como demuestran las rebeliones de

los Tomochis o los Yaquis durante el Porfiriato. Esta descripción de los indígenas como pasivos, en consecuencia, refuerza esa negación de su propia subjetividad en la que, a través de la alteridad, se dibuja al indígena como un ser pasivo e inferior.

El corrido de Vanegas Arroyo parecer ser un antecesor de los de corridos póstumos dedicados a Zapata. El presentado a continuación "A la tumba de los héroes," parecer ser también otro ejemplo. Si bien este corrido no cuenta con autor reconocido, se puede inferir por uno de sus versos que el compositor es habitante de Morelos ("Este hombre que ha nacido en nuestro Estado / …). Una de las características que define a esta canción a diferencia de la anterior es la referencia histórica que se hace a héroes del pasado. El corridista se lamenta de los esfuerzos de figuras como el Padre Miguel Hidalgo y Costilla o Benito Juárez al pensar en la realidad del momento. En el segundo verso, el trovador hace mención al año de creación, 1911, y establece un enlace con el siglo anterior y la Guerra de Independencia que culminó en 1821. De ahí que continúe haciendo referencia a lo cruento de la revolución para centrarse en Emiliano Zapata en la cuarta estrofa:

> Dios le ha dado un poder tan soberano
> a otro hidalgo que ha nacido en nuestra patria,
> estas honras recibió don Emiliano
> a quien nombramos General Zapata. (M.A. 248)

El bardo hace claro su juego de palabras al comparar a Zapata con un hidalgo; por un lado el término recuerda al cura libertador que inició la lucha por la independencia de la corona española y, por otro, parece referirse también a la figura de Don Quijote, el hidalgo más universal, como un héroe parecido al morelense. Esta referencia puede leerse tanto de una forma

positiva como negativa: Cervantes, con este personaje, parece ejercer una crítica a la tradición caballerisca y representa a Don Quijote como esa figura alterna, y fuera de lo establecido como el héroe tradicional, tal y como podría considerarse al propio Zapata. Por otro lado, el autor, pese a reconocer la valentía del morelense, podría estar haciendo referencia a la locura de Don Quijote en su empresa y su incapacidad de derrocar esos molinos de viento que suponían los nacientes estados feudales, siendo esto comparable a la imposibilidad de que Zapata pudiera vencer al Ejército Federal. Otro personaje histórico que aparece en este corrido es Benito Juárez; en la primera ocasión en la que aparece el corridista anhela la reaparición de su figura para darle la bienvenida y respetos adecuados. En la siguiente estrofa en la que se le nombra, Juárez bendice el honor de Zapata para que " y libre de este yugo a toda la Nación" (s.p.). Posteriormente, el trovador habla de la posibilidad de ser reconquistados por el gobierno español, y de cómo será Zapata quien los defienda de ese acto. Finalmente, el compositor aventura la muerte de Zapata y comenta cómo la honraría:

> Si en tumba más sombría llegase a verte
> una palma dolorida voy a darte
> y al llegar yo besaré tu losa inerte
> recordando la historia que dejaste. (M.A. 249)

El cantante aquí está estableciendo la importancia histórica de Zapata dentro de Morelos y el respeto que siente por él. Además, al titular el corrido como "A la tumba de los héroes" parece claramente ubicar tanto al Padre Hidalgo como a Juárez y Zapata en el mismo panteón heroico, adelantándose así a los eventos que iban a acontecer en la época posrevolucionaria en la que todas estas figuras se convirtieron oficialmente en los padres de la nación mexicana. Es así

que este corrido, pese a ser un corrido más conmemorativo de antiguas figuras heroicas y del General, resulta también antecesor de las canciones que surgieron una vez el morelense fue asesinado en Chinameca el 10 de abril de 1919.

Consolidando al héroe: Los corridos póstumos a Emiliano Zapata

La muerte de Emiliano Zapata a manos del Coronel carrancista Jesús Guajardo y sus tropas ha sido cuantiosamente documentado en términos históricos, Womack da noción de ello en su biografía mientras que Brunk no solamente narra el asesinato, sino que además ofrece una cantidad interesante de fuentes secundarias que dan cuenta de este evento (*¡Emiliano Zapata!* 329-330). De acuerdo con el relato de ambos académicos, el coronel Jesús Guajardo, en una treta orquestada por el general carrancista Pablo González, juró fidelidad a Emiliano Zapata. Probó su adhesión al movimiento zapatista al fusilar a un grupo de soldados disidentes del zapatismo y adheridos al carrancismo que habían atacado ciertas localidades en Morelos. Esto llevó a diversos encuentros entre ambas figuras militares que culminó con el último en Chinameca el 10 de abril de 1919. Zapata se dirigió con cien hombres y, al entrar en la hacienda, fue asesinado a quemarropa. Al poco de suceder esto, Guajardo puso el cuerpo inerte del morelense en su caballo y cabalgó hasta Cuautla, donde González le esperaba para anunciar oficialmente la muerte del "Atila del Sur" (Womack 325-330; *¡Emiliano Zapata!* 222—25).

Además de la narrativa histórica oficial, la memoria popular también ha guardado recuerdo de este suceso que, inevitablemente, encumbró a la canonización de Emiliano Zapata en el panteón heroico de la Revolución en 1922. En consecuencia, y como asevera Rueda-Smithers, "ese día, Emiliano Zapata, caudillo de la rebelión campesina del centro-sur del país, adquiría

inconfundibles tonos broncíneos. Ese día dejó de ser el bandido muerto y se volvió héroe que justificaba posiciones políticas de una revolución hecha gobierno" ("Emiliano Zapata: Entre la historia y el mito" 252). La utilización política del General tuvo lugar desde su propia muerte hasta la actualidad, comenzando con Álvaro Obregón y continuando por los gobiernos de Calles y Cárdenas desde 1920 hasta 1940, hasta una contemporaneidad en la que los intelectuales han continuado usando a este personaje histórico, como se verá con la obra de Aldo León Flores de 2010.

Las trovas sobre el deceso del revolucionario, como los corridos anteriormente mencionados, varían desde una glorificación del líder a una crítica a su codicia y falta de astucia. De cualquier forma, todos comparten tropos comunes que, a través de la repetición, contribuyen a esta mistificación de Zapata. Tal y como se mostraba en corridos anteriores, los bardos cantaban que el morelense no temía a la muerte, y que solo su fallecimiento le impediría continuar luchando por la causa agraria ("Historia del Pronunciamiento del General E. Zapata"). El uso por parte de los corridistas de la aceptación de la muerte de Zapata como sinónimo de su exacerbada valentía recuerda al estudio psicoanalítico de los héroes realizado por Joseph Campbell. Este aseveraba que múltiples culturas representaban la reconciliación del protagonista con la muerte como forma de finalmente alcanzar su estatus de héroe (197). Es así que mediante este motivo ya se estaba contribuyendo a la heroificación de Zapata.

Los corridos sobre el deceso del General suponen, sin ninguna duda, un ejemplo más de la clara romantización del personaje de la mano de aquellos que ensalzaban su persona. En el caso de los corridos que atacaban a la figura ya muerta, huelga decir que también contribuyeron a ese proceso de mistificación y a la creación de la leyenda Zapata. Ambos tipos de canciones

atienden a construcciones muy maniqueas del morelense, y como ellas hay que comprenderlas dentro de la construcción de la memoria histórica popular viciada, en algunos casos, por la necesidad de mantener un discurso de Estado homogéneo y linear.

Una de las características que definen a estos corridos que narran la muerte de Zapata es la repetición de ciertos patrones que tienden a facilitar el recuerdo por parte del público. Así, entre las canciones que lloran al caudillo se encuentra un motivo común que es la traición y asesinato de Jesús Guajardo. El "Duelo del General Emiliano Zapata," escrito por Marciano Silva en 1919, narra los eventos que llevaron a la defunción del morelense. En una de sus estrofas, Silva enfatiza la felonía de Guajardo al decir "…donde se ve la recompensa de un caudillo / que tuvo de un hombre el más traidor y alevoso" (Avitia Hernández 156). En otro corrido denominado "La traición de Guajardo," de autor desconocido e impreso por Eduardo Guerrero, se contempla el mismo motivo y se añade información sobre la campaña de Guajardo en Morelos:

> El caudillo suriano fue el genio
> fuerte y firme en su santo ideal,
> su memoria merece respeto
> si es que se halla en la eternidad,
> fue vendido en cincuenta mil pesos
> por Guajardo el infame chacal
> que asoló a nuestro bello Morelos
> aquel réprobo que hizo Satán. (s.p.)

Esta estrofa representa claramente la forma maniquea en la que se presentan a ambos personajes: por un lado, la causa de Zapata se presenta como la redención del campesinado (tal y como el propio caudillo lo proclamaba en sus manifiestos) a través de su liderazgo y de la puesta en marcha de un ejército autónomo, mientras que a Guajardo se le considera un ser maligno. Esta demonización de Guajardo continúa en la "Ovación al General Emiliano Zapata," obra de Federico Becerra, contemporáneo y local como Marciano Silva y que también apoyó la causa agraria. El trovador representa a Guajardo como "infame" y llega a decir que "…ante la historia su nombre / será de un vil y traidor" (s.p.).[62] La insistencia en la traición y asesinato de Zapata son forma así de contribuir a la visión del morelense como un mártir que murió por sus ideales.

El corrido de Becerra hace mención precisamente a esto al decir que el caudillo no solamente desafió a la muerte, corroborando así la construcción heroica de Campbell, sino que "…para poder libertarnos / su vida sacrificó" (s.p.). Esta idea del Zapata que muere por los ideales se observa en otra canción del mismo, "Un recuerdo al General Zapata," también escrita alrededor de 1919:

> Herido por la metralla
> envuelto en sangre espiró,
> por cobrar la libertad
> que el pobre pueblo perdió. (s.p.)

---

[62] Estas no son las únicas representaciones que insisten en la traición de Jesús Guajardo: "Un recuerdo al Gral. Zapata" de Francisco Becerra, "La historia de la muerte del gran general Emiliano Zapata" de Marciano Silva y las "Nuevas mañanitas al Estado de Morelos- Triste despedida de Emiliano Zapata" de Eduardo Guerrero también hacen mención a este evento.

La visión del General como un mártir a lo largo de la revolución y en su muerte es ejemplo, para estos corridos póstumos, de su heroicidad y valentía y, además de describírsele como tal en las canciones, también se exalta su patriotismo, no solamente ya como héroe de Morelos, sino también como figura nacional.[63] La lealtad de Zapata hacia su región varía de trovador en trovador; Federico Becerra, por ejemplo, hace mención a los "patriotas surianos" en su "Ovación al Gral. Emiliano Zapata" para después comentar cómo Zapata se inmortalizó "…combatiendo a los tiranos / que oprimían a la Nación" (s.p.). Anteriormente hace mención al Estado, refiriéndose a Morelos, con lo que su mención a la nación es muy posible que haga referencia a México y que, por lo tanto, esté categorizando a Zapata como epítome nacional. En el otro tema de Becerra también se hace hincapié en Zapata como "Caudillo Suriano," pero después dice que "Zapata fue un gran patriota / como pudo serlo Obregón." A priori, el uso de patriota podría considerarse como parte de ese sentimiento regional de la patria chica, como se exalta en los corridos de Marciano Silva; sin embargo, el situar a Obregón en el mismo grupo amplía la noción de patria a todo México. Esta idea se demuestra también en otro corrido, "La traición de Guajardo":

> Pero como Madero no quiso
> escuchar de ese pueblo el clamor
> que le puso a llevar los destinos

[63] Marciano Silva también lo representa como un mártir en "Duelo del General Emiliano Zapata" al cantar que "…alzó esa límpida bandera que rodaba, / tinta en la sangre del noble mártir aquel" (Avitia Hernández 157).

de una patria llena de opresión
y Zapata, patriota y altivo,
ante la ara de nuestra nación,
al apóstol aquel fementido
desconoce según su opinión.

Se puede considerar, entonces, que la valentía, el patriotismo y el martirio son tres características que, de acuerdo con estos trovadores, servían para representar la figura de Emiliano Zapata. Es de esta forma que comenzó el proceso de creación de un Zapata nacional y de un mito que se alimentó especialmente, por las leyendas y rumores que circularon después de la muerte del morelense. Uno de los corridos que continuó difamando la imagen del caudillo después de su muerte fue "El tesoro de Emiliano Zapata," publicado en 1919 por la Testamentaria de Antonio Vanegas Arroyo. Como se puede adivinar por el título, esta canción enfatiza la supuesta fortuna de Zapata, motivo sobre el que sus detractores ya habían cantado anteriormente. Lo interesante de este corrido son las metáforas que el trovador usa para tratar de revelar la forma en la que Zapata logró todos sus tesoros:

Las perlas lágrimas son
de los mil infortunados
que para ser despojados
murieron sin confesión (Giménez 386)

Esta forma de representar a Zapata atiende, una vez más a esas construcciones que lo configuraban como un bandido sediento de oro y sangre, y que lo denominaban Atila, como ocurre en esta canción. El corrido "Importantísimas revelaciones de la familia del extinto

Emiliano Zapata," fue igualmente publicada por la misma imprenta en 1919 y hace hincapié en los rumores posteriores al asesinato del caudillo. Un elemento único a este corrido es la representación de la familia de Zapata como voz discordante en la causa agraria del revolucionario. La notoriedad de la voz de la madre, que de acuerdo con la folclorista María Herrera-Sobek responde al arquetipo de la madre dolorosa, advierte al hijo del peligro y que finalmente llora la muerte de este (7):

> Su madre dice llorando:
> --¡Qué triste fin te tocó!
> yo se lo predije cuando
> contra el gobierno se alzó. (Giménez 384)

Además de esta figura materna apenada por la imprudencia de su hijo, el corridista hace uso de las hermanas de Zapata que ruegan por la rendición del morelense, pero este responde en cambio que "—Soy hombre y nunca / me rajo, / nunca jamás me desdigo …" (Giménez 384). Es así que este corrido representa a Zapata como un ejemplo de ese machismo exagerado propio de las clases populares que Ramos y Paz criticaron en sus ensayos; un hombre cuya bravata lo arrastraba a situaciones de extrema violencia. Al finalizar el corrido, sin embargo, se abre una puerta hacia la posibilidad de que el morelense no hubiese sido asesinado:

> Alguien reveló en secreto
> que le faltaba un lunar
> sobre del bigote al muerto…
> ¿Aún se atreven a dudar? (Giménez 384)

El impacto de la muerte de Zapata en el imaginario popular causó que pronto comenzaran a circular rumores en los que se cuestionaba si Zapata había muerto realmente. Samuel Brunk, en su estudio sobre la carrera "póstuma" del morelense, denomina a este fenómeno como "culto regional" y las teorías variaron desde el escape de Zapata a Arabia a su reencarnación en el caballo blanco en el que montaba cuando murió en Chinameca (*The Posthumous Career* 41-58). Como el mismo Brunk afirma, "an oral tradition was in the making in Morelos, and periodic references to stories of Zapata's survival in written sources demonstrate that it persisted over the following decades" (*The Posthumous Career* 51). Esta tradición oral sobre la leyenda de Zapata también impregnó los corridos sobre su persona y fue incluso más allá en la literatura, debido por un lado al cambio del discurso nacional que comenzó a tratarlo como héroe, pero especialmente por su integración en la hagiografía del país. Es así que como se verá en el siguiente capítulo, el General se convirtió en un personaje teatral, parte de una retórica indigenista que iba a la par del discurso oficial posrevolucionario. Al mismo tiempo la élite intelectual se apropió del corrido y comenzó a hacer uso de esas leyendas sobre el líder para construir un Zapata al servicio de los mexicanos y representado desde las instancias del poder.

Construyendo patria: Hacia la creación de un Zapata nacional en la producción cultural mexicana

Los manifiestos escritos por Emiliano Zapata y los corridos y bolas escritas por Marciano Silva atestiguan una cosmovisión claramente diferenciada del discurso promulgado desde los centros de poder. De acuerdo con el análisis de estos documentos, la colectividad es un valor intrínseco a las comunidades de Morelos y el bardo claramente lo demuestra en sus canciones al

dotar del mismo protagonismo al General como a sus combatientes. Esto contrasta notoriamente con la mayoría de los corridos diseminados durante la ciudad que, durante la revolución, ofrecían una imagen perniciosa del caudillo con el fin de desprestigiar su movimiento. Estos corridos son representativos de los desencuentros epistémicos creados a partir de una tradición oral popular que fue incorporándose a la escritura y en la que se diseminaba un mensaje que no destacaba precisamente por su novedad. Las descalificaciones en contra de Zapata a través de denominaciones como el "Atila del Sur" o la descripción del zapatismo como barbarie revelan un discurso cíclico que pone de manifiesto la vigencia de la diferencia colonial y de sus mecanismos de difusión. Por consiguiente, en estos corridos capitalinos se trataba la figura de Zapata desde concepciones decimonónicas en las que se le consideró un bandolero o salvaje, y en las que era juzgado desde el propio proyecto de la modernidad (Dussel 59). En esta negación del otro, Zapata y los suyos eran considerados como amenazas y es de ahí desde donde parten los corridos diseminados por Vanegas Arroyo y Guerrero. Como contrapartida, y teniendo en cuenta las características que definen el corrido y la bola suriana, se puede decir que estas no solamente han contribuido como memoria colectiva y regional del pueblo de Morelos y de las plurinaciones de México, sino que a su vez han sido catalizadores ideológicos a través de los cuales han opuesto resistencia a la difusión de los discursos colonizadores.

Dentro de esta batalla dialéctica, la figura de Zapata emerge una vez más como cuerpo transmutable que ha sido tanto honrado por los trovadores que representaron la memoria campesina, como vilipendiado por aquellos que cantaron desde la ciudad letrada. Es partiendo desde esa perspectiva donde se puede comprender las múltiples representaciones que se han hecho de la figura del morelense y que no solamente se han limitado al folclor, sino que también

se han localizado en productos considerados de la alta cultura como el teatro. A pesar de estas diferencias encontradas entre los corridos capitalinos y los campesinos, el asesinato del General supone un punto de inflexión para su posterior representación, ya que es mediante el martirio desde donde se comienza a elevar a la figura del revolucionario a la del héroe nacional.

Motivos tales como el patriotismo resultan cruciales para comprender esa transición de Zapata de héroe local-enemigo nacional a héroe de la revolución- padre de la nación mexicana. Su trágica muerte pronto levantó sorpresas, y los propios morelenses contribuyeron a la creación de leyendas y mitos que ensalzaron, aún más si cabe, la figura del General. Estas leyendas, que varían desde momentos épicos en su niñez a cuestionamientos de su propia muerte, como se vio en uno de los corridos, fueron fuente de creatividad del cuerpo literario que se creó años después del asesinato del morelense, durante el gobierno de Lázaro Cárdenas. La figura de Zapata, además, no se quedó meramente en el plano de la trova popular; precisamente, las canciones cantadas durante el sexenio cardenista no provenían de un bardo local como Marciano Silva, sino de José Muñoz Cota, un intelectual afín al que para ese entonces era el Partido de la Revolución Mexicana. Es ahí donde por un lado se ve no solamente la apropiación de Zapata como personaje histórico y transformado en héroe nacional, sino que asimismo se tomó una tradición oral popular como la del corrido y comenzó a ser compuesta por intelectuales que en búsqueda de una lírica perfecta, acabaron con la espontaneidad del corrido (*El corrido mexicano* xvi).

La fascinación de los intelectuales mexicanos por la figura del General no se articuló exclusivamente desde la trova popular; la literatura se convirtió en un bastión en la que el morelense tuvo su utilidad. Es especialmente interesante su protagonismo central en obras de teatro también creadas durante la tercera década del siglo pasado, como *Emiliano Zapata* de

Mauricio Magdaleno. Todas estas representaciones, y aquellas también más actuales como la obra de 2010 *Zapata, ¿adónde vas?* de Aldo León Flores, sirven para continuar la reflexión sobre las múltiples representaciones de Emiliano Zapata y, reformulando a León Flores, averiguar adónde han llevado al General en el periodo posterior a la revolución mexicana.

CAPÍTULO III

Forjando patria o la construcción del Zapata nacional en el teatro mexicano posrevolucionario: *Emiliano Zapata,* de Mauricio Magdaleno

"Los jacales y las milpas
sacudieron su clamor…
¡Viva Emiliano Zapata,
de los indios defensor!
("En que se habla de algunas acciones"
- José Muñoz Cota)

El asesinato de Emiliano Zapata el 10 de abril de 1919 en Chinameca supuso el inicio del fin de la rebelión armada. A pesar de que las fuerzas de Venustiano Carranza constituían el poder oficial, estas pronto comenzaron a dividirse en facciones que las llevarían a una lucha interna. De cualquier forma, ese 10 de abril, los zapatistas huyeron desconcertados ante la muerte de su líder y los carrancistas, liderados bajo el mando de Jesús Guajardo, llevaron el cuerpo a Cuautla donde les esperaba el general Pablo González, enviado por el jefe constitucionalista, Venustiano Carranza, para "pacificar" Morelos. González, a su vez, había ordenado la infiltración de Guajardo en filas zapatistas para acabar con la insurrección campesina. Con este mismo fin, el General ordenó que "…the body be 'injected' so photographs could be taken the following day. In that way, 'those who desired to or might doubt' could see 'that it was actual fact that the famous jefe of the southern region had died'" (*The Posthumous Career* 42). Entre muestras de desconcierto por parte del pueblo, los periódicos pronto comenzaron a hacerse eco de su muerte, y reclamaban que su cuerpo fuera expuesto en la capital (*The Posthumous Career* 42). Esto no ocurrió, empero, y dos días después del atentado que costó su vida, Zapata fue enterrado en Cuautla bajo la atenta vigilancia de mandos militares carrancistas que evitaron cualquier

revuelta por parte de los lugareños. Su entierro y recordatorio de muerte oficial supuso una marea de titulares entre los medios de comunicación nacionales: por un lado, el periódico afín a Venustiano Carranza *Excélsior,* encabezó su tirada del 11 de abril de 1919 afirmando que "Murió Emiliano Zapata: El zapatismo ha muerto;" por otro lado, *El Demócrata*, con una tendencia más cercana al cada vez menos carrancista general Obregón, esbozó una breve biografía del revolucionario morelense, para después acusarlo de "saqueador itinerante" y aseverar que su cobardía era parte de su idiosincrasia (*The Posthumous Career* 43). Las noticias con afán sensacionalista se fueron repitiendo durante los días posteriores a su asesinato. Estas variaban desde el miedo que exhibían los morelenses al visitar el cadáver del insurrecto a historias más románticas en las que se narraba su agitada vida amorosa, o incluso rumores que posteriormente fueron utilizadas en el folclor relacionado con Zapata, como se verá en la obra de Magdaleno (*The Posthumous Career* 43-45; O'Malley 43). Todos estos titulares son testimonio de ese discurso cíclico hegemónico que se ha ido atestiguando a lo largo de esta investigación; no obstante, y como se demostrará posteriormente, esta alocución se transformó a la par que la representación del morelense se incorporaba a la hagiografía nacional con el fin de educar a las masas a través de la historia de México y generar un sentimiento nacional.

El impacto de la muerte del morelense entre sus coterráneos, a diferencia de la opinión pública nacional, fue mucho más dramática. Poco después de su muerte, comenzaron a circular múltiples rumores y leyendas que se fueron consolidando en el imaginario popular como hechos reales y trataban temas tan dispares como la infancia de Zapata o el posible escape a su muerte. Cabe resaltar la forma en la que estas historias fueron también incorporadas después a la cultura nacional mexicana, como veremos posteriormente con el objeto de análisis, ya que Magdaleno

sintetiza los últimos años de la vida del revolucionario a la par que agrega elementos del folclor popular para sus propósitos de articular un Zapata más humano y participar, de esta forma, en la narrativa estatal sobre la Revolución que se estaba creando. Esta tradición oral, empero, fue apropiada por escritores de la ciudad que, con afán de romantizar Morelos y el campesinado, mistificaron aún más la vida y muerte de Zapata. El alcance temporal de estas historias ha llegado hasta nuestros días e, incluso, en los años setenta un grupo del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) condujo un estudio de la tradición oral que narró la insurrección en Morelos (*Voces de la revolución: Guiones radiofónicos*). Este trabajo contribuyó al reconocimiento del testimonio de los sujetos originales que diseminaron las historias y leyendas sobre el morelense.

Todas estas expresiones que construyeron una imagen tan romantizada como problemática de Emiliano Zapata eran producto de un proyecto nacional que trataba de construir la revolución mexicana y los gobiernos que emergieron de esta como una historia homogénea en la que todos sus actores habían luchado por un bien común. En relación a esto, Thomas Benjamin considera que "in Mexico memory, myth, and history were elaborated not by the state but by diverse individuals sympathetic to the promises of revolutionary transformation" (*La Revolución* 32). A pesar de que este historiador enfatiza que el Estado no contribuyó de manera activa a esta memoria posrevolucionaria, sí que es cierto que el gobierno financió tanto proyectos a lo largo del país como colaboró con intelectuales de la época con el fin de propagar una idea de nación que comenzó a consolidarse con el fin de la Revolución. A propósito de esta idea, Salvador Rueda-Smithers comenta que "Zapata, héroe trágico como el Dionisos griego, dejó de ser peligroso para la ciudad cuando se le incorporó a los misterios, al rito oficial" ("Emiliano

Zapata: Entre la historia y el mito" s.p.). Es así que la obra analizada en este capítulo es producto precisamente de esta construcción de la historia en la que Emiliano Zapata fue incorporado como mártir del agrarismo y se le desdibujó de la insurgencia anti-centralista que promulgó en sus manifiestos. Así, el general morelense se convirtió en una de las figuras centrales a la Revolución hecha gobierno, que comenzó de manera violenta con la Rebelión de Agua Prieta en 1920.

El asesinato de Zapata fue determinante para que el grupo revolucionario dirigido por Carranza se disolviese. La alianza del general Álvaro Obregón con los zapatistas supervivientes, dirigidos por Gildardo Magaña, la consolidación del grupo sonorense formado por Obregón, Adolfo de la Huerta y Plutarco Elías Calles y el pacto con Pancho Villa facilitaron el éxito de la Rebelión de Agua Prieta, que sacó a Carranza del poder y designó a Álvaro Obregón como su nuevo líder (*La Revolución* 68). La institución del Grupo Sonora como mando de la nación mexicana supuso la instauración de valores y metas propias del norte de México: estos favorecían el individualismo frente a la colectividad, las granjas familiares frente a los ejidos y tierras comunales, y una comunidad secular ante la ya existente sociedad mexicana que era mayoritariamente católica (Joseph y Buchenau 89). Asimismo, también consideraban necesaria una modernización que variaba de lo desarrollado por el Porfirismo; a diferencia de estos últimos, las reformas educativas, sociales y económicas que los sonorenses querían implementar tenían como fin la igualdad entre todos los mexicanos. Del mismo modo, pusieron en marcha lo que Thomas Benjamin denomina como "políticas de masa," un experimento gubernativo basado en alianzas populares creadas a partir de colectivos tanto agrarios como sindicales ("Rebuilding the Nation" 443). Teniendo como proyecto el logro de la igualdad, también se pretendía

incorporar a las comunidades indígenas a la nación en ciernes que era México. Sus aspiraciones, sin embargo, tomaban como punto de partida la asimilación completa de estos colectivos a la sociedad moderna, algo que compatibilizaba con la emergente corriente indigenista. Por último, querían promover la organización de campesinos y trabajadores especialmente en sindicatos que fueran extensiones del estado y su líder principal (Buchenau y Joseph 89).

El gobierno de Obregón se caracterizó por su afán de estabilizar y pacificar el estado, pese a no resultar del todo tranquilo por la insurrección de De la Huerta con el Plan de Veracruz en julio de 1923 y el asesinato de Francisco "Pancho" Villa en ese mismo año. Así, y con el fin de asegurar la unidad de México e ir generando una conciencia de nación, Obregón permitió los homenajes a diversas figuras revolucionarias entre las que destacaba la de Emiliano Zapata. En el segundo aniversario de su asesinato, no solo se le conmemoró en su tumba en Cuautla, sino que los propios medios de comunicación comenzaron a moderar e incluso positivizar su discurso sobre el caudillo. Tal y como comenta O'Malley, "*El Demócrata*'s editorial elegized Zapata as a 'modest Indian farmer,' a 'defender of Democracy,' a man of 'healthy patriotism' who had fought for the 'future greatness of the Nation' rather than for personal aggrandizement, and as a nationalist who had never solicited nor received foreign aid" (45). Esta transformación del Atila del Sur en el mártir agrarista representa uno de los momentos en el que se incorpora a Zapata a la hagiografía nacional, y se le "rehabilita" como asevera Brunk, convirtiéndose así en una imagen al servicio de las instancias del poder articulada por los intelectuales de la época (*The Posthumous Career* 69). Aún y con todo, la figura de Zapata dentro de este proyecto tenía una función específica, que consistía en acercar el Estado a los campesinos y viceversa. Para eso, había que pacificar y domesticar la imagen del morelense y silenciar sus proclamas por el

reconocimiento y validación de los usos y costumbres de las comunidades originales. De cualquier forma, los eventos conmemorativos en la tumba de Zapata fueron una constante durante los años de gobierno de Obregón; sin embargo, y a diferencia de su sucesor Plutarco Elías Calles, la cúpula obregonista no se involucró tan activamente en los homenajes al caudillo morelense. Estos estaban organizados por el recién creado Partido Nacional Agrario (PNA), dirigido por el alto mando e intelectual zapatista Antonio Díaz Soto y Gama, que fue especialmente crítico con posteriores gobiernos posrevolucionarios y con su excompañero Gildardo Magaña.

Posteriormente, el mando de Plutarco Elías Calles (1924-1928) estuvo mucho más interesada en promocionar la imagen de Emiliano Zapata y lideró muchas de las honras que se le hicieron en años posteriores. De hecho, la apertura de la campaña presidencial de Calles tuvo lugar el 10 de abril de 1924 en la tumba de Zapata, y en ella el candidato se presentó como heredero de Zapata en cuanto a cuestiones agrarias y sociales (Buchenau y Joseph 97-98).[64] Es necesario recordar que a diferencia de Obregón, Calles nunca luchó activamente en la revolución, y es debida a esa necesidad de consagrarse como uno de ellos que se involucró de forma tan agresiva en la conmemoración de los héroes insurrectos (*La Revolución* 73; *The Posthumous Career* 70-71). El impulso de Calles a estos homenajes, junto con las políticas educativas de Vasconcelos durante el mandato obregonista, contribuyeron a oficializar la

[64] Salvador Rueda-Smithers cita este momento: "Y ahora una vez más es necesario que sepa la reacción mexicana y la reacción extranjera que yo siempre estaré con los principios más avanzados de la humanidad. Que sepa una vez más que ese programa revolucionario de Zapata, ese programa agrarista, es mío." ("Emiliano Zapata: entre la historia y el mito" 257)

transformación del proceso armado en una Revolución con mayúscula que atiende a una memoria y conmemoración única promocionada por el Estado con el fin de crear una identidad nacional (O'Malley 7).

Con aras de generar una noción de unidad y de reconocimiento mutuo entre todos los mexicanos, el gobierno, con la colaboración de parte de la *intelligentsia* mexicana, se embarcó en un plan que partía de nociones que anteriormente ya se habían discutido en el México decimonónico. La necesidad de crear una identidad nacional homogénea había sido un tema de controversia durante el Porfiriato; los científicos,[65] guiados por la filosofía positivista y con el fin de embarcar a su país en un proceso modernizador, comenzaron a plantearse el retraso que parecían sufrir tanto los indígenas como las razas "híbridas," es decir las personas de origen mulato y mestizo (Stern 189). Para aplacar este supuesto retroceso, estos intelectuales consideraron que era necesario blanquear la población mexicana a través de la inmigración europea al norte de México y, al mismo tiempo, creyeron necesario incorporar al indígena a la sociedad moderna mediante la asimilación cívica y la educación (Stern 189). Esta problemática de considerar a las comunidades ancestrales como retrasadas parte de la premisa de la creación del indígena como una categoría racial propia en constante comparación a la normatividad impuesta por el modelo europeo. Esta constante negación del otro, entendiendo al otro como las comunidades originales de México, esconde "el sentido real del mundo y a, a la vez, niega el mundo del otro" (Dussell 43). El filósofo argentino está demostrando así que las categorías

---

[65] Los "científicos" fueron el grupo de intelectuales que asesoraron a Porfirio Díaz durante su mandato.

generadas a partir de la conquista eran producto de la visión de la realidad que los grupos hegemónicos en poder habían creado. Estas generaron ideologías tales como el indigenismo y fueron tan exitosas durante el periodo posrevolucionario que contribuyeron a la rehabilitación de Zapata como epítome dentro de esta doctrina.

Alan Knight resume de una forma muy clara los agentes creadores y el fin del indigenismo; en sus palabras esta ideología es "…another non-Indian formulation of the Indian problem" ("Race, Revolution, and Indigenismo" 79). Partiendo de este entendimiento, entonces, se comprende que "el problema indígena" era vertebral al Estado debido a que el progreso nacional dependía del éxito en la asimilación de estas comunidades a la nación mexicana en proceso de modernización. Asimismo, y con el fin de crear una identidad única en México que incitara a un sentimiento de patria, se ubicó al indígena y a su cosmovisión como central a esta ideología. Es así que ya en 1909 Andrés Molina Enríquez, en su obra *Los grandes problemas nacionales* establece al mestizo como el punto desde el que emerge la mexicanidad. Esta noción evolucionó con el desarrollo de la posrevolución, transformando el culto al mestizo en uno al indígena ("Race, Revolution, and Indigenismo" 84).

Durante el gobierno de Álvaro Obregón, pero especialmente de la mano del primer Secretario de Educación pública, José Vasconcelos, el indigenismo se desarrolló como tendencia ideológica imperante y desarrollada por el Estado. A pesar de que el propio Vasconcelos era partidario del mestizaje como forma de garantizar el éxito de la nación mexicana, tal y como lo demostró en su ensayo *La raza cósmica* (1925), también consideró que esta ideología era el punto de partida para crear una identidad homogénea con la que toda la nación pudiera sentirse identificada. El éxito de esta corriente de pensamiento no fluyó únicamente por medio de los

círculos elitistas oficiales; como bien dice Ricardo Pérez Monfort, también se diseminó gracias a "…la cultura popular, presente además en una serie de testimonios y fuentes de proyección: el discurso oficial, el cine la prensa y el teatro. En estos escenarios se debatían y se conformaban los nuevos estereotipos nacionales" (s.p.). El fin ulterior de estos proyectos de Estado no era únicamente generar una identidad única; también se quería incorporar al indígena a la nación mediante la asimilación, generando nuevos ciudadanos modélicos. Con el fin de lograr que las comunidades originarias se adaptaran a esa modernidad en ciernes, el gobierno de Calles lanzó programas de Educación Popular, y se construyeron multitud de escuelas rurales alrededor del país.[66] Se hacía especial énfasis en la enseñanza del español, debido a que a través de esta se lograría una homogeneidad entre todos los mexicanos. En consecuencia, se ve cómo ese proyecto de incorporación del indígena a la modernidad chocaba con la retórica indigenista tan presente en el discurso intelectual de la época, porque mientras se vanagloriaba al indio del pasado, se trataba de borrar cualquier huella de las comunidades contemporáneas.

A pesar de que la Educación Popular fue un proyecto importante del legado vasconcelista es necesario adentrarse en la retórica indigenista, la cual, a través de las artes y de las letras, trataba de construir un pasado uniforme y glorioso basado en el periodo pre-hispánico. Este nacionalismo folklórico se basó tanto en figuras históricas como Cuauhtémoc pero también en héroes más contemporáneos como Emiliano Zapata para alzar al indio como figura central de la

---

[66] Al respecto de estos centros de enseñanza Eduardo Mijangos y Alexandra López mencionan que su labor era "…*instruir* y *educar* cívicamente al indígena: enseñarle el español, la lectoescritura, pero también darle a conocer sus derechos y deberes como ciudadano" (49).

macronarrativa mexicana. La causa zapatista ya se había sido relacionada con el problema indígena por los propios hacendados durante el conflicto armado. Teniendo como proyecto la incorporación de Zapata no solo al panteón de paladines nacionales, sino también de héroes indígenas, intelectuales e "…*indigenista* reformers like Gamio (and even Vasconcelos), … chose to see Zapatismo, in retrospect, as the awakening of the Indian people of Morelos" ("Race, Revolution, and Indigenismo" 77). La consideración del movimiento zapatista como una insurrección indígena por parte de los eruditos, junto con la clara devoción que el pueblo sentía por él, contribuyó a la rehabilitación oficial del caudillo morelense a la par que el Estado estrechaba la brecha que tenía con las comunidades rurales. Zapata pronto se convirtió en protagonista de los murales pintados por Diego Rivera y financiados por la Secretaría de Educación Pública. Este proyecto partía de la necesidad de crear un arte nacional, "un arte que le mostrara al pueblo su identidad" (F. Sánchez 209).[67]

En espacios como la propia Secretaria de Educación Pública o la Escuela Nacional Preparatoria, ambos en la Ciudad de México, o el ahora conocido como Museo Regional Cuauhnáuac, ubicado en el Palacio de Hernán Cortes de Cuernavaca, los maestros de la pintura Diego Rivera, José Clemente Orozco y David Alfaro Siqueiros, entre otros, contribuyeron a pintar la historia de México desde la Conquista hasta el fin de la Revolución. Las imágenes que Rivera creó de Emiliano Zapata, tanto en el Palacio Nacional como en el Palacio de Cortés,

---

[67] De acuerdo con Fernando Fabio Sánchez, "…los núcleos temáticos del Muralismo abarcarían: las tradiciones rurales como objeto de representación, la lucha revolucionaria como ambiente o referente histórico inmediato y la revaloración del relato de las culturas indígenas." (209)

atienden a los intereses de identificar al revolucionario con su origen rural y, por defecto, indígena. Así, en el mural de Cuernavaca, Zapata aparece vestido como los miembros de su ejército, con camisa y pantalones de lino blanco y huaraches. Pensar a Zapata vestido como los soldados campesinos de su ejército resulta sorprendente debido a la escasez de documentos fotográficos y testimonios que así lo representaban. Es por eso que cabe considerar que Rivera, como brazo ejecutor de una ideología de Estado, se adhirió a ese imaginario creado desde la colonialidad que mistificó a Zapata y lo convirtió en emblema del movimiento indigenista.[68] Como se verá posteriormente, el indigenismo no permeó únicamente en las artes pictóricas, sino que también estuvo latente en la literatura y en los medios de comunicación y cine.

La promoción de la educación y la cultura nacional por parte del Estado no fue lo único que caracterizó los gobiernos de Obregón y Calles; su fuerte anticlericarismo, especialmente notorio en las áreas rurales y oficializado durante el callismo por la Ley Calles de 1926, generó un sentimiento anti-gubernamental tan elevado que culminó con el estallido de las Guerras Cristeras (1926-1929). Esta insurrección afectó al desarrollo de la primera Reforma Agraria, iniciada desde el mandato de Álvaro Obregón y basada en el Artículo 27 de la Constitución de 1917.[69] Además de la interrupción en la repartición de tierras, la Cristiada también implicó otro

---

[68] Samuel Brunk hace referencia a los murales de Zapata pintados por Diego Rivera y enfatiza, precisamente, ese idealismo con el que el pintor de Guanajuato pensaba al caudillo morelense (*The Posthumous Career 59-60*). Por otro lado, en *La Revolución,* Benjamin ofrece un resumen de las grandes obras realizadas por los tres grandes representantes de esta corriente pictórica en México (74-77).

[69] Además de la evidente influencia de las Guerras Cristeras, Arturo Warman comenta también que "la crisis mundial de 1929 terminó con la aspiración de México de convertirse en un país

cambio en la Carta Magna, ya que esta estipulaba que cada presidencia tendría una duración de cuatro años y que los presidentes no podrían renovar su cargo posteriormente. Esta rebelión generó una necesidad de la vuelta al mandato de Obregón, ya que se creía que era "Obregón o caos." Además, se expandió el mandato presidencial a seis años y se abolió la ley que no permitía la re-elección de antiguos mandatorios, instituida precisamente a raíz del caudillismo decimonónico ("Rebuilding the Nation" 446). Evidentemente, Obregón fue reelegido presidente en 1928 pero fue asesinado por José de León Toral, ferviente defensor de la libertad religiosa y declarado Cristero. A consecuencia de este incidente, se instituyeron tres gobiernos posteriores desde 1928 hasta 1934 que funcionaron bajo la sombra del Jefe Máximo, el expresidente Calles.

El gobierno de Emilio Portes Gil (1928-1930) negoció el fin de las Guerras Cristeras y fue durante su mandato que el Partido Nacional Revolucionario se instituyó como fuerza política en 1929, oficializando así de una vez por todas la Revolución hecha gobierno.[70] Por otro lado, el gobierno de Pascual Ortiz Rubio (1930-1932) no promulgó medidas especialmente notorias para el país pero sí que fueron años en los que la figura de Emiliano Zapata fue rehabilitándose e incorporándose oficialmente a la cultural nacional. Al respecto de esto, Rueda-Smithers afirma:

---

agroexportador. La quiebra de las haciendas tradicionales remanentes, así como de algunas empresas modernas recientes, replanteó el papel de la reforma agraria en la economía nacional." ("La reforma agrarian mexicana")

[70] Las Guerras Cristeras no hicieron especial uso de Zapata como ícono para su causa. Sin embargo, es interesante reflexionar acerca del laicismo del Estado mexicano y su denegación de la religión católica, a la par que canonizaba y describía a Emiliano Zapata con terminología de corte religiosa.

> Cambió su figura monstruosa, incontrolable, del rebelde real, por la armónica, identificable, del héroe plástico. Cambió también su esencia dolorosa de hombre de carne y hueso. Se transformó dentro del ritual en hombre de naturaleza apacible aunque con un dejo temible de fuerza contenida. Se olvidó al hombre intransigente a favor del mártir ubicable, 'pintable', obra de arte que cabalga en un caballo que vuela sin moverse de su lugar. Y Zapata fue el Atila mientras amenazó a la ciudad, y se hizo héroe cuando la ciudad sometió nuevamente al campo, cuando le ganó la guerra. ("Emiliano Zapata: Entre la historia y el mito" 258)

Teniendo como propósito establecer al morelense dentro de esta cultural nacional y articularlo precisamente como una figura dócil y cuasi-santificada, las ceremonias dirigidas por el gobierno continuaron siendo habituales. De acuerdo con O'Malley, en 1930 se organizó una conmemoración del caudillo en la capital del país, y diversos medios de comunicación, a excepción del conservador Excélsior, lo canonizaron renombrándolo "El apóstol del agrarismo" o "El mártir de Chinameca" (58). Con todo, 1931 fue el año en el que, en palabras de la misma historiadora, culminaron todos los intentos para conmemorar al revolucionario (59). El pueblo de Xochimilco pidió al Congreso que se añadiera el nombre de Zapata a la lista de héroes nacionales, y para el 25 de agosto de ese mismo año su nombre se inscribió en oro en las paredes de la cámaras del Congreso. Irónicamente, Venustiano Carranza fue también incluido en la misma ceremonia (O'Malley 60). Este proceso demuestra cómo la imagen de Zapata estaba siendo transmutada en un héroe a la medida de la Revolución institucionalizada, en la que únicamente tenían cabida sus ideales agrarios y no su reconocimiento de un México

plurinacional en el que se incorporaran al gobierno los usos y costumbres de las comunidades de la periferia. Por otro lado, la conmemoración simultánea de ambas figuras parece igualar la aportación del morelense a este proceso posrevolucionario con la de Carranza, el cual fue derrocado por estas mismas fuerzas que se encontraban gobernando. Asimismo, también dibujaba ese barrido de la propia historia de la revolución, en la que ambas figuras habían sido enemigas y, para propósitos del nuevo gobierno, se habían convertido en fuerzas afines a la causa insurgente.

Este no fue el único momento en el que el morelense fue honrado de manera oficial; para 1931, el proyecto de la estatua a Zapata en la Plaza del Señor en Cuautla estaba a punto de culminar. Esta empresa estaba financiada por el gobierno del estado de Morelos y por los revolucionarios veteranos y, además de crear el monumento también se invirtió en el proceso de embellecimiento de la plaza. El hecho de que la plaza tuviese una asociación religiosa resultaba adecuado; de acuerdo con Brunk, "a new layer of revolutionary meaning [was] being superimposed on a place with older associations in a way that again paired Zapata and Jesus Christ" (*The Posthumous Career* 93). Todas estas formas de recordar y honrar a Zapata eran, a su vez, prácticas generadas desde el propio Estado que contribuyeron a resignificar al revolucionario y a posicionarlo como una figura central a la nación que se sacrificó por el bien común, una idea que se revela en la obra de Mauricio Magdaleno. De esta manera, y tomando en cuenta la clara religiosidad del pueblo mexicano y su enraizamiento al campo, el gobierno posrevolucionario creó una figura clave que pudiera conectarle con el pueblo y su imaginario colectivo.

El Estado, en estrecha colaboración con la clase intelectual de la época, contribuyó significativamente a la creación de un Zapata nacional. Esta alianza, de acuerdo con Ángel Rama, era una prolongación de los lazos forjados entre los virreinatos y la Iglesia durante la colonia, y que curiosamente, comenzaron a desaparecer en América Latina a excepción de México (93). Este proyecto, aunque no siempre consciente por parte de la *intelligentsia*, fue una constante desde el Porfiriato con sus intelectuales oficiales, los Científicos, y continuó tanto durante el periodo pre y pos revolucionario. Un ejemplo de esto es el impacto del indigenismo y cómo este permeó tanto las artes plásticas como las musicales o literarias. Entre todas estas manifestaciones, la figura de Zapata también se fue configurando como un ejemplo del triunfo y pureza de las comunidades indígenas. Además de esto, hubo múltiples interpretaciones de este personaje histórico, que variaban desde las hechas por los hermanos List Arzubide a trabajos más históricos como la biografía de Octavio Paz Solórzano, padre del intelectual mexicano del mismo nombre y que fue enviado como "diplomático" a negociar a San Antonio, Texas. Entre estos textos destaca precisamente la obra de Mauricio Magdaleno *Emiliano Zapata*, estrenada en 1932 en la capital del país y objeto de análisis en la presente investigación. Es por esto que es necesario acercarse al contexto socio-cultural de la década de los veinte y comienzos de los treinta, con el fin de comprender el alcance de la rehabilitación y resignificación de Emiliano Zapata.

Las amistades peligrosas: La relación entre cultura y Estado en el México posrevolucionario

La importancia de la élite intelectual en el México posrevolucionario no se puede trazar a ese preciso momento histórico; desde los "científicos" que consolidaron el régimen de Porfirio Díaz, la alianza, tanto consciente como inconsciente, entre el Estado y los eruditos mexicanos ha sido una constante. Es precisamente por eso que una vez derrocado el porfirismo se adhirieron a la causa maderista y a su gobierno aquellas figuras que fueron notablemente críticas con el gobierno anterior. Entre estos grupos destaca El Ateneo de la Juventud, una sociedad civil fundada en 1909 y cuya meta era organizar debates y reuniones públicas con el fin de diseminar la cultura y el arte no solo mexicano, sino también universal. Entre sus miembros destacan figuras clave en el pensamiento nacional y también en el latinoamericano como fueron el dominicano Pedro Henríquez Ureña o los mexicanos Antonio Caso, Alfonso Reyes o el propio José Vasconcelos. Precisamente fue este último, como se indicó anteriormente, el que llegó a formar parte de uno de los primeros gobiernos posrevolucionarios, y es así que se ejemplifica la forma en la que tanto la élite intelectual como el Estado se aprovecharon de manera equitativa de los beneficios de dicha unión. Para los dos primeros gobiernos caudillistas formados tras la revolución, estos intelectuales eran clave para consolidar y reconstruir el naciente México. Es así que, como bien dice Ángel Rama, la ciudad letrada seguía vigente de forma más contemporánea, ya que "se conjugaron dos fuerzas que se buscaban: el ansia de los letrados para incorporarse a la ciudad letrada que rodeaba el poder central, … y el ansia de éste por atraerlos a su servicio, obtener su cooperación y hasta subsidiarlos…" forjando así una colaboración que duró durante gran parte del siglo XX (93). En consecuencia, se puede aseverar que México continuó

reafirmando la diferencia colonial, continuó creando al "otro," al indígena, con el fin de establecer una cultura nacional e incorporar a estas comunidades, mediante la asimilación, a una modernidad en auge.

Como bien se indicó anteriormente, la Secretaría de Educación Pública inició, de la mano de José Vasconcelos, múltiples proyectos que tenían como fin no solamente educar a las comunidades más desfavorecidas, sino también crear una identidad única con la que se pudieran sentir retratados los ciudadanos. El muralismo y la educación fueron dos de las grandes fuerzas motoras que contribuyeron a que estos fines fueran prosperando. La literatura, al mismo tiempo, también fue una de las formas a través de las cuales se diseminó el ideal de la nación mexicana. Si se tiene en cuenta el contexto literario universal de la época, los movimientos de vanguardia eran centrales a la literatura. El modernismo en América Latina con figuras como el nicaragüense Rubén Darío iniciaron un cambio que, pese a imitar modelos eurocéntricos, trataban a su vez de forjar una literatura propia. Esto fue especialmente propicio con los posteriores movimientos vanguardistas que tuvieron especial relevancia en México. Así, pronto confluyeron dos grupos que, pese a ser coetáneos, rivalizaban más que coincidían en sus concepciones de lo que debía de ser la literatura. Estos dos grupos se auto-denominaron como los Contemporáneos y los Estridentistas.

El fin de los movimientos vanguardistas era romper radicalmente con todas las convenciones estéticas y rítmicas que se habían usado anteriormente en la literatura. La Primera Guerra Mundial y el consecuente cambio de orden mundial, donde Estados Unidos comenzaba a constituirse como primera potencia, y el estallido de la Revolución rusa en 1917 generaron tal ansiedad y desconcierto y un consecuente afán de evasión que también se trasladaron al mundo

de las letras (Osorio 230). Un ejemplo perfecto de este intento de escapar de una realidad más bien traumática está representado por los textos de los Contemporáneos,[71] quienes se resistían a participar en el proceso de creación de la narrativa de la nación. Así, y como comenta Fernando Fabio Sánchez, "para este grupo, el objetivo de construir obras inorgánicas, herméticas, con un lenguaje de propias conexiones simbólicas, representaría —también— un rechazo a la retórica de la literatura nacionalista de la segunda mitad de los '20 y y principios de los '30 (207). Los Contemporáneos o el grupo sin grupo, como les gustaba ser llamados, adaptaban modos de representación extranjeros y mediante sus textos simbolizaban la prolongación de lo que para ellos era la Literatura. Elementos como la metaliterariedad, la búsqueda representativa de espacios urbanos, o la experiencia fragmentada del sujeto en la modernidad eran comunes en obras características tales como *La llama fría* y *Novela como nube*, publicadas en 1924 y 1926 por Gilberto Owen, *Dama de corazones* de Xavier Villaurrutia (1926) o *Margarita de niebla,* escrita en 1927 por Jaime Torres Bodet (García Gutiérrez 277-377). Ellos, en palabras de Carlos Monsiváis, "encarnan el impulso de la modernidad no ideologizada, de la élite que lo es a pesar suyo porque desearía audiencias vastas, de la complejidad de una sociedad sometida por demasiado tiempo a moldes muy estrechos" ("No con un sollozo…" 722). Su función aparente en este momento histórico no parece insertarse dentro de la situación que plantea Rama sobre la

[71] Algunos de los miembros más destacados de este grupo fueron: Jorge Cuesta, José Gorostiza, Roberto Montenegro, Salvador Novo, Bernardo Ortiz de Montellano, Gilberto Owen, Carlos Pellicer, Antonieta Rivas Mercado, Manuel Rodríguez Lozano, Jaime Torres Bodet y Xavier Villaurrutia.

intelligentsia mexicana en colaboración el Estado; su elitismo, empero, sí que los ubica dentro del espacio que el uruguayo denomina la Ciudad Letrada.

La declarada resistencia por parte de los Contemporáneos al folclorismo y nacionalismo mexicanos les ganó multitud de enemistades en los círculos intelectuales más afines al gobierno de Calles. No se les juzgaba únicamente por su cosmopolitismo, sino que también se ponía en tela de juicio su virilidad. Esto llegó al punto que en 1924 se publicó un texto titulado "El afeminamiento de la literatura mexicana" en el que se cuestionaba si en aquel entonces existía una literatura masculina, y se referenciaba precisamente a este grupo de escritores.[72] Esta diatriba contribuyó a que en 1925 saliera a la luz un texto escrito hacia 1916 por Mariano Azuela, *Los de abajo*, y que dio inicio a la llamada novela de la Revolución, un género claramente nacionalista y que servía precisamente para instituir la idea de una literatura telúrica, exclusiva a México (Dessau 268). De ahí en adelante surgieron otros muchos relatos sobre la rebelión publicados por *El Universal Ilustrado* y *El Nacional,* y que posteriormente se dieron a conocer en obras completas como *Vámonos con Pancho Villa* de Rafael L. Muñoz (1931) o *El Águila y la serpiente* de Martin Luis Guzmán (1928) (Dessau 267-268).

La novela de la Revolución se convirtió, junto con el muralismo de Rivera, Orozco y Siqueiros, en la gran narrativa nacional que trataba de homogenizar los diez años de guerra para así olvidar las heridas causadas y poder construir nación (F. Sánchez 211). Además de los diarios

---

[72] La discusión respecto a unas artes afeminadas no se limitaba a la literatura; dentro de la propia canción Mexicana, se emasculaba a Agustín Lara y a sus boleros al contrastarlos con la viril música ranchera ya que, para estos críticos, tanto las letras de los boleros como los arreglos musicales resultaban femeninos.

arriba mencionados, otros colectivos también favorecieron la diseminación de relatos revolucionarios. Entre estos, el grupo Estridentista dio a conocer en Jalapa en 1927 la obra cumbre de Azuela en forma de libro (F. Sánchez 210). A pesar de que este otro grupo compartía la misma demanda de renovación de arte que los Contemporáneos, su proyecto giraba en torno a la creación de la identidad nacional a través de la vanguardia. De esta forma, ellos armonizaban con la corriente formativa del arte nacional, en la que se trataba de instruir al pueblo sobre la historia del país. En diciembre de 1921 se publicó el manifiesto *Actual No. 1. Comprimido de Manuel Maples Arce*, en el que la cabeza más visible del movimiento anunció los propósitos del grupo. Para 1927 el Estridentismo se extinguió, dejando además de cuatro manifiestos y ciertas obras personales, cuatro revistas: *Ser* (1922), *Irradiador* (1923), *Semáforo* (1924) y *Horizonte* (1926-1927) (Gordon 1089). La clara influencia del futurismo italiano en esta vanguardia mexicana iba de la mano de una tendencia creacionista que les permitía dilucidar sobre la realidad extraliteraria. Así, estos intelectuales se centraban en la modernidad naciente en México y, es más, consideraban que el arte debía de tener una obligación social (Niemeyer 188-189). Es precisamente por eso que el Estridentismo se alió con el gobierno posrevolucionario de Calles para consolidar una cultura nacional.

Además de Manuel Maples Arce, los hermanos Germán y Armando List Arzubide fueron conocidos por su filiación a esta corriente vanguardista. Ambos fueron participantes en la revolución mexicana y debido a su fascinación por la figura de Emiliano Zapata, entrambos contribuyeron a la mistificación del héroe revolucionario con el fin de presentarlo como un mártir del agrarismo. El primero de ellos publicó *Emiliano Zapata: Exaltación* (1927), en el que "…presents Zapata as an agrarian prophet, who as a small boy pledged himself to right the

wrongs of the countryside, fought a good fight, died a martyr's death, and became symbol of the continuing struggle for agrarian reform" (Gilbert 136). Este texto era de líneas muy similares a *Cartones zapatistas,* publicado un año después por Carlos Reyes Avilés, y que también glorificaba al morelense. Arzubide fue además conocido por su colaboración con el gobernador de Jalapa, quien le nombró inspector de escuelas y, con su acceso a la imprenta gubernamental, publicó la revista *Horizonte,* dándole así proyección nacional e internacional al movimiento. Por otro lado, su hermano Armando, pese a no haber sido tan conocido, fue un apasionado del folclore patrio y es por eso que uno de sus homenajes particulares a Zapata lo configuró en forma de corrido mientras que posteriormente presentó la obra teatral *El asesinato del General Emiliano Zapata* en 1938 (*The Posthumous Career* 109). "El corrido de la muerte de Emiliano Zapata" es imprescindible en muchas de las antologías de los corridos de la revolución. Sin embargo, esta canción fue compuesta hacia finales de la década de los 20, y es precisamente su perfecta métrica, lírica y ritmo la que la caracterizan. Esta balada cabría dentro de la tercera fase del desarrollo del corrido que enumeró Vicente T. Mendoza, cuando afirmó que "el corrido se hace culterano, artificioso, frecuentemente falso, sin carácter auténticamente popular: tiende a constituir la literatura mexicana en manos de auténticos valores intelectuales; pero por otra parte ha perdido su frescura y fluidez…se imita su lenguaje, su forma, su entonación…" (*El corrido mexicano* XVI). Este mismo folclorista, empero, incluyó este corrido en su antología, demostrando así que con aras de generar la historia oficial de la Revolución, la cronología de los eventos y la conmemoración de los actores principales variaba de acuerdo con los intereses del

Estado.[73] En consecuencia, el aparato gubernamental, tal y como sugiere el historiador Eric Van Young, se convirtió en un vampiro que se apropió de las historias y rituales de las numerosas comunidades de México con el fin de generar una memoria colectiva. Dentro de este vampirismo, las adaptaciones que se hicieron precisamente de esa memoria en el arte, la literatura y el cine contribuyeron no solo a la cosificación de la propia Revolución como un proceso monolítico, sino que también afectaron a los sujetos que participaron en esta, como Emiliano Zapata (361-367).

De cualquier forma, no todas las expresiones culturales, como bien demuestran los Contemporáneos, se adhirieron a esta causa de forjar la patria mexicana. Este grupo de vanguardia fue también bastante prolífico en el mundo teatral a pesar de esa búsqueda de lo mexicano que también existía en este género, y fue precisamente su éxito lo que les permitió también deslucir a otros grupos que surgieron paralelamente en la década de los 30, como fueron los fundadores del Teatro de Ahora, Mauricio Magdaleno y Juan Bustillo. A pesar de que ambos fueron posteriormente reconocidos por otras facetas intelectuales, también contribuyeron al desarrollo del teatro mexicano. Precisamente, la obra *Emiliano Zapata* se enmarca dentro de este movimiento que trataba de denunciar las injusticias de la realidad del México del momento, a la

[73] Estos corridos "artificiales" venían, en muchos casos, del puño y letra de lo que Thomas denomina los voceros de la Revolución, como es el caso de José Muñoz Cota. Además de trabajar activamente en la campaña presidencial de Lázaro Cárdenas, Muñoz Cota publicó una antología de corridos dedicados a Emiliano Zapata, en los que se valía del folclore popular para exaltar al héroe.

par que se incorporaba parcialmente dentro del discurso nacional que instituyó al caudillo morelense como mártir de la Revolución.

Emiliano Zapata, de Mauricio Magdaleno: Creando nación con los héroes de la "Revolución"

El Teatro de Ahora o lo efímero de un movimiento teatral en México

El Teatro de Ahora fue un movimiento de breve duración (1932-1934) y, aunque apenas se ha estudiado, fue también uno de los experimentos más asertivos en la búsqueda de la mexicanidad (Schmidhuber de la Mora 35). Hubo intentos por parte del teatro costumbrista o de la Comedia mexicana de exaltar la identidad nacional, pero podría decirse que uno de los intentos más exitosos vino de la mano de la experiencia de Juan Bustillo Oro y Mauricio Magdaleno. Es precisamente por eso que *Emiliano Zapata* de Magdaleno constituye un texto especialmente rico por la apropiación que se hace de esta figura revolucionaria, ya que se adhiere al discurso del Estado que encasilló a Zapata como mártir del agrarismo a la par que reflejan los claroscursos del personaje histórico, pero con afán de mostrar la humanidad del héroe. El primer ciclo del Teatro de Ahora se estrenó en la Ciudad de México en 1932 con la representación de la obra *Emiliano Zapata*, y fue apoyado por la Secretaría de Educación Pública. El patrocinio de este organismo no fue demasiado duradero ya que el fracaso en taquilla los obligó a cancelar el segundo ciclo que tenían previsto. Este descontento por parte del público se debía a que la audiencia estaba acostumbrada a dramas épicos de corte medieval e incluso prehispánico, mientras que el Teatro de Ahora era, en palabras del propio Magdaleno, "teatro de inspiración nacional. Teatro realista, quizá bronco, escaso de pulimento literario, pero, sin duda, teatro vivo,

pleno de sugestión, dramático, fuerte, que llevó a la escena el lenguaje y la personalidad del pueblo, sus problemas, sus reclamos de justicia y libertad, su aliento de tierra sedienta, huérfana de comprensión" (citado en Arranz 70).

Además de la desaprobación del público, Bustillo Oro y Magdaleno también sufrieron la influencia de los Contemporáneos Xavier Villaurrutia y José Gorostiza, quienes al reestructurar todas las obras previstas para ser financiadas por la Secretaría de Educación, los excluyeron de cualquier posibilidad de estrenar sus obras. Como se mencionaba con anterioridad, la visión de los Contemporáneos respecto a la función del arte era diametralmente opuesta a la que la Secretaría de Educación Pública mantenía en los años 20. Su necesidad de mecenazgo, no obstante, los llevó a ser como asevera Monsiváis "…a la vez marginados y protegidos, desarraigados y burócratas." ("No con un sollozo…" 723). Durante la década de los veinte Vasconcelos era la cabeza visible de este organismo y Mauricio Magdaleno fue un declarado defensor del intelectual, algo que causó una enemistad aún mayor con el grupo de Villaurrutia. Sin embargo, para el año 1932 Vasconcelos ya se encontraba fuera del gobierno y había sido en cierta manera desterrado del terreno político. Si a todo este se le añade el éxito de la cinematografía en México, se entiende la causa por la que el Teatro de Ahora solo estuvo una temporada en cartel pero, aún y todo, ambos autores publicaron más obras antes de redirigir sus carreras en otras disciplinas artísticas.

En 1933 Bustillo Oro y Magdaleno viajaron a España, donde la Editorial Cénit publicó algunas de las obras que hasta entonces habían escrito: en el caso del primero, se seleccionaron *Los que vuelven, Masas y Justicia* y *S. A.,* y en el caso de Magdaleno, bajo el título *Teatro Revolucionario,* se incluyeron *Emiliano Zapata, Panuco 137* y *Trópico.* Posteriormente, y a la

vuelta de su viaje transatlántico, ambos autores presentaron otras obras pero fueron censuradas porque, como comentaba Conrado J. Arranz, " creación literaria, responsabilidad política, censura y silencio se entrecruzan a lo largo de todas las relaciones culturales del momento" (72). Es a través de la intersección de estos cuatro elementos que emerge la cultura nacional mexicana. Mediante el silencio y la censura, aquello que no se adhería a esa narrativa en proceso de creación, el Estado y sus organismos constituían una única línea de discurso. Por otro lado, la responsabilidad política y la creación literaria eran necesarias para justificar esa idea, y no había lugar para disidentes. Resulta curioso, sin embargo, que la obra de Magdaleno parece cumplir esa función ideologizante pero, aún y todo, no se insertó como canónica dentro de esa versión hegemónica de la historia. El Zapata de Magdaleno se presenta como uno muy humano y esa idea el dramaturgo parece presentarla de forma que no atestiguaba la particular manera en la que el Estado pensó y resignificó al morelense. El autor incluyó la visión de un Zapata mártir y dispuesto a sacrificarse por su pueblo, pero también mostró ese caudillo barbárico que no dudaba en ejecutar a individuos que no cumplían su ideal de justicia e igualdad. Esta ambivalencia y aparente contradicción entre ambas representaciones resultó problemática por la necesidad de domesticar al revolucionario y es por eso que la obra de Magdaleno no obtuvo mayor reconocimiento. Al ubicar este trabajo y examinarlo a través de las funciones de la vanguardia mexicana, empero, se puede comprender por qué esta obra trataba de reconstruir un pasado a través de elementos históricos y ficticios y señalando los claroscuros del caudillo.

La vanguardia en el teatro de México tenía una empresa que iba más allá del ideal del arte por el arte; a diferencia de las europeas, tenían como propósito valorar el pasado y no romper con él, encuadrando así con el proyecto nacional de crear una memoria colectiva que

cultivara, a su vez, el camino para el progreso de la nación (Ortiz Bulle 47). Es precisamente por este motivo que el Teatro de Ahora, y específicamente la obra de Magdaleno, se puede considerar vanguardia dentro del teatro mexicano y colabora en el proceso de mitificación de Emiliano Zapata como padre de la patria. Tanto Bustillo como Magdaleno tenían una clara agenda política, en la que "..querían ser parte edificante de una transformación social que valoraban como estancada en México debido a los intereses individuales de los gobernantes" (Arranz 76). El Zapata de Magdaleno no es, en ninguno de los casos, el héroe del corrido que desafió a los hacendados y sacrificó a su vida por redimir a los campesinos, con lo que no se adhiere a la estática representación mítica del héroe; la construcción del personaje y de su historia, sin embargo, sí que se basan en una concepción de la historia generada desde la memoria del pueblo a diferencia de una noción de relato desde los propios acontecimientos. Precisamente, el dramaturgo elabora una figura que, pese a elevarse a ese estatus de Mesías al final de la obra, demuestra su humanidad a través de sus relaciones sociales y diálogos en el texto y a través de sus decisiones que oscurecen la imagen domesticada de Zapata.

"Déjate llevar como ramita a mitad del remolino": los últimos años de Zapata según Mauricio Magdaleno

Emiliano Zapata fue una de las únicas piezas de Magdaleno que se representó en México, y su recepción no fue especialmente positiva. El público de la época no parecía estar acostumbrado al mensaje que Magdaleno y su compañero Bustillo Oro trataban de promulgar a través del Teatro de Ahora; estos autores, y a diferencia del teatro indigenista promocionado por el Estado en la época, se centraban en la importancia del momento histórico que estaban

viviendo y hacían uso de la historia para representar, precisamente, ese presente que no había sido transformado positivamente tras diez años de guerra civil (Vevia Romero 14).[74] De cualquier forma, esta obra ofrecía una panorámica de los últimos años de Emiliano Zapata; su utilización de hechos históricos documentados permite pensar que se ubica entre 1917 y 1919, es decir, desde el fusilamiento de Otilio Montaño al propio asesinato del caudillo en Chinameca. La pieza de Magdaleno intercala la vida de Zapata con elementos ficticios que trataban de otorgar una trama a la historia del morelense; a propósito de esto, Schmidhuber de la Mora afirma que "la estructura dramática de sus piezas consiste en una trama de índole social y un subtema de carácter amatorio, no lejano del melodrama, mezcla que perjudica el impacto del tema social" (40). El tema melodramático se incorpora con la idea de la memoria popular en mente y se utiliza precisamente para enfatizar la humanidad de Zapata, ya que con Remedios es con la que más exterioriza sus deseos e inquietudes.

Esta síntesis de los últimos años del revolucionario y su combinación con elementos ficticios sirve para ejemplificar cómo se resimboliza y se reescribe la historia: mediante la simplificación de la vida de Zapata, y la inserción de elementos que, en muchos casos, se corresponden con las leyendas y rumores que circularon después del asesinato del morelense, la historia social de la que formaba parte el sureño se convirtió en una biografía sobre él con visión subjetiva cuyo único interés era consolidar el interés y la figura de Zapata como un mártir

---

[74] Un ejemplo de estas obras de corte indigenista es *Liberación* (1929-1933), una escenificación musicada de la historia de México de ocho cuadros escrita por Efrén Orozco Rosales en la que, a través de una contraposición maniquea de personajes, se glorifica el pasado indígena de la nación (Ortiz Bulle 70-73).

nacional, continuando así el discurso de Estado. Ignacio Corona precisamente refuerza esta idea en su trabajo sobre la figura de Zapata en el archivo de la imagen y cómo precisamente la representación de este oscila entre lo que denomina lo *histórico ideal* (o lo que se desearía que Zapata fuera) y lo *histórico real* (lo que realmente fue) (600.) Así, la gran mayoría de representaciones sobre el caudillo, incluido el teatro de Magdaleno, son ejemplos de ese proceso de mitificación que lo constituyó como un héroe nacional y un mártir de la causa agraria y que hizo uso tanto de la memoria colectiva construida a través de leyendas como del olvido para dejar de lado las sombras del revolucionario. Sin embargo, y a diferencia de otras manifestaciones, la pieza de Magdaleno refleja también las sombras del revolucionario, con lo que se observa cómo la obra fluctúa entre la visión estatal de Zapata y la propia licencia artística de Magdaleno.

Los recuerdos y olvidos voluntarios respecto a la biografía de Zapata por parte del autor en la gesta de este texto forman parte de lo que Ángel Rama denominó *la función ideologizante* (cursiva del autor), algo de lo que hicieron uso los sacerdotes durante la colonia con el fin de adoctrinar a los nuevos vástagos del Virreinato de España (86). En el siglo XX, y con el proyecto de crear una cultura nacional y una narrativa histórica homogénea, se multiplicaron los discursos en los que estas figuras revolucionarias se representaban de acuerdo con la labor para la que se les había rescatado, y todas ellas contribuían a poner en marcha esas ideologías o doctrinas del Estado. Teniendo esto en cuenta, y viendo las múltiples representaciones de Zapata a partir del periodo posrevolucionario, se puede considerar que, sin duda, Zapata se convirtió en el "mártir agrarista de Chinameca." *Emiliano Zapata* no es una excepción a esta concepción de Zapata como mártir, especialmente al contemplar las últimas líneas de la obra. Asimismo, la obra de

Magdaleno parte, de acuerdo con Marcela del Río, de un teatro histórico, criollista, con necesidad de autonocimiento [*sic*], con lo que el autor incluso explora la implicación de Zapata en la muerte de Otilio Montaño o su necesidad de ajusticiar a los soldados de Bárcenas (146). En consecuencia, Magdaleno analiza el propio proceso revolucionario así como las consecuencias y resultados negativos de éste.

La intención del dramaturgo era la de desmitificar al Zapata barbárico, de alejarlo de esa imagen de bandido con la que había sido identificado especialmente durante el proceso armado, y de ubicarlo en ese panteón de héroes que se sacrificó por un bien común. Para Conrado José Arranz Mínguez, Magdaleno intenta dialogar con la historia, " …intenta aclarar el pasado inmediato. Le interesa el lado humano del Caudillo, las decisiones que toma según los acontecimientos y, aunque también lo plasma, intenta alejarse de la imagen que de él se tiene en la ciudad: la del líder de los bandidos del sur" (107). La visión de Arranz Mínguez sobre esta obra resulta, sin embargo, problemática ya que para 1932 no solamente habían pasado veintiún años del final del conflicto armado, sino que en el año anterior al estreno de la obra Zapata había sido inscrito con letras de oro como héroe nacional en la paredes del Congreso. Cabe entender por tanto que nuestro protagonista ya había sido rehabilitado y transfigurado del Atila/bandido del Sur al sacrificado héroe del movimiento agrarista.

Sin embargo, la representación de la humanidad del morelense sí parece ser una prioridad en *Emiliano Zapata*, en la que se construye a un Caudillo del Sur hastiado con la longevidad y la crueldad del proceso armado y que se entrega a ese final trágico para ofrendarse por su comunidad. Ese martirio consciente al final de la obra continúa la línea de muchas de las

representaciones de Zapata de la época, especialmente de las más populares,[75] y también va de la mano del propio discurso gubernamental, que lo coronó exclusivamente como mártir de la causa agraria. El universo de Emiliano Zapata que Magdaleno crea en esta obra está focalizado en torno a las relaciones interpersonales que el revolucionario mantiene con tres personajes protagonistas y que se intercalan en los diferentes actos del texto. En primer lugar, el autor mantiene como eje vertebral a la obra la relación del morelense con Remedios, su pareja y que, aunque creada por el dramaturgo, sirve para revelar los miedos y deseos, y a fin de cuentas, mostrar la cara más amable del revolucionario. Por otro lado, y en el primer tiempo, Magdaleno dramatiza la última conversación que mantiene con Otilio Montaño, uno de los intelectuales que se unió a la lucha zapatista desde el inicio. Por último, su relación con Jesús Guajardo se convierte en central al segundo y tercer acto, y es precisamente a través de la ciega admiración que el caudillo morelense siente hacía el coronel que la traición que este último comete se convierte en pieza esencial para canonizar a este Emiliano como más humano.

Ciertamente, el asesinato a manos de Jesús Guajardo y sus tropas se convirtió en pieza indispensable para la incorporación de Zapata en la hagiografía nacional. En esta misma línea, Magdaleno se centra especialmente en la traición de Guajardo a Zapata así como la de este segundo a Otilio Montaño para delinear su temática estructural (del Río 148). De esta forma, cada uno de los tiempos de la obra culmina con un asesinato que no llega a ser representado en

[75] El capítulo anterior demostraba precisamente todos estos corridos cantados después del asesinato de Zapata, y de cómo este acto influyó en la memoria colectiva de las comunidades del sur de México.

escena: en el primero, se fusila a Montaño, mientras que en el segundo se hace lo mismo con los cincuenta y nueve soldados "pintos" que asolaron una parte de Morelos. En último lugar, el tercer tiempo finaliza con la traición y asesinato de Emiliano Zapata. Fernando C. Vevia Romero asevera al respecto que cada acto tiene su protagonista y, según se va acercando el final del morelense, el tiempo teatral va mutando de la más profunda oscuridad a un atardecer soleado, "…de la negrura de la lucha armada a la glorificación del caudillo, glorificación que pasa por el sufrimiento y la muerte" (51). Es así que Magdaleno quiere demostrar el sacrificio al que se sometió el caudillo, y cómo este se convirtió en un mártir dispuesto a ofrendar su vida por el final del conflicto armado que tenía a su gente sumida en la miseria más absoluta.

Reclamando fidelidad al Ejército Libertador del Sur: La traición de Emiliano Zapata a Otilio Montaño

La obra comienza con la representación de la miseria y el hastío respecto a la revolución con la aparición de personajes corales. Estos son el reflejo del pueblo que luchó con Emiliano Zapata y se convirtieron en agentes de la rebelión a la par que víctimas de la misma. Teniendo esto en cuenta, y desde el inicio del primer tiempo, el Palúdico, el Pinto y la Vieja nos dan cuenta de los sentires del pueblo de acuerdo con Magdaleno. El Palúdico y el Pinto, cuyos apodos recuerdan a enfermedades comunes del conflicto armado, constantemente evocan que "Todos estamos igual," así como su deseo de regresar a sus hogares (Magdaleno 94). La vieja, en cambio, representa la memoria, el pasar del tiempo, y sus enunciados precisamente delinean el hastío de la revolución: "Muchos años desde que se levantaron los ranchos" (94). Los silencios y la oscuridad son constantes en esta primera escena, con el fin de revelar esa desesperanza que ya

se encontraba en los últimos años del conflicto, y que generó fracturas en el movimiento. Esta miseria, malestar y pobreza se acentúan, además, con el aspecto físico de los tres personajes que, de acuerdo con las acotaciones, se les representaba de esta forma:

> EL PALUDICO…, con el machete y el rifle al lado, está tirado y se tapa hasta la cabeza con un jorongo, atacado de paludismo. EL PINTO es un indígena octogenario, encorvado y astroso. La carne le asoma por todas partes de la camisa y el calzón. Tiene la cara, los brazos y las piernas llenos de lamparones del mal de pinto. A la entrada del cobertizo, echada sobre las piernas e inmóvil como un antiguo ídolo, LA VIEJA—fea, apergaminada, descalza, con rebozo. (93)

La forma de describir a la vieja resulta especialmente notoria ya que Magdaleno, al compararla con un ídolo, juega con la noción de este personaje como representativa de la naturaleza, del territorio usurpado a las comunidades de Morelos y que, como guardiana de la memoria, recuerda la pérdida de las tierras desde tiempos inmemoriales. Esto se confirma cuando anuncia: "y así, como nos quitaron las tierras, hace muchos años, así nos la devolverán: con las armas en la mano" (Magdaleno 95-96). Este personaje asevera que únicamente la lucha armada traerá la victoria. La vieja es, igualmente, la que confía ciegamente en la labor de Zapata, y la que precisamente insta a Remedios, el personaje femenino protagonista y pareja del revolucionario, a que crea en él: "(*Niega con la cabeza*) Emiliano acabará con ellos. Ya verás, y muy pronto. Lo verán mis ojos. Yo lo siento. Me lo da el corazón" (95). Esta es una de las primeras referencias de la obra hacia el protagonista, y que en las primeras escenas la única noticia y percepción del caudillo que se tiene es a través de otros personajes. De hecho, la primera que hace referencia a Emiliano es la propia Remedios, la cual, buscándolo en el primer

tiempo, se queja amargamente de su imposibilidad de verle y de la preocupación constante que este siente (94). Posteriormente, y como se vio antes, la vieja incide en la victoria inminente de Zapata y es después Remedios la que otra vez menciona cómo el conflicto armado cambió negativamente el carácter del revolucionario: "Quisiera verle sonreír, como antes que todo era llegar él y empezar la fiesta…" (96). Magdaleno se vale del personaje de Remedios para determinar la dimensión más humana de Zapata; como demuestran esos dos ejemplos, Zapata no parece representarse hasta el momento como un general calculador y determinado, sino al contrario, se acentúa esa sensibilidad y preocupación del morelense que permite iniciar su ascenso hacia el martirio que culmina con el final de la obra, su asesinato en Chinameca.

Vevia Romero considera en su estudio que cada uno de los tiempos tiene su propio protagonista: mientras que en el primer tiempo el protagonista es el profesor Otilio Montaño, coautor del Plan de Ayala, en el segundo y tercero los personajes principales son Jesús Guajardo y Emiliano Zapata (51). A pesar de que si bien es cierto que cada tiempo se basa en la traición efectuada hacia o por el revolucionario, los tres personajes interactúan entre ellos y contribuyen, además, en la construcción de ese Zapata "más humano" que trataba de dibujar Magdaleno. En el primer tiempo, sin embargo, el morelense no aparece hasta después de que otros personajes importantes, como su hermano, otros revolucionarios y el propio Montaño están en escena. Mediante los diálogos y las referencias que estos otros personajes hacen de Zapata el público se aproxima al personaje una vez más. Uno de estos acercamientos se ve con Eufemio Zapata, el cual presenta a su hermano como una persona leal a su gente, mientras que para él, "Siempre he andado con la idea de que esos que sienten lástima no sirven para nada, que son impedimenta, no más. Y Emiliano, disculpándole…Que Montaño es el más antiguo revolucionario…"

(Magdaleno 101). La investigación histórica que se ha hecho sobre Zapata no ha dado pruebas de que este defendiera a Montaño hasta el final de sus días; de acuerdo con el trabajo de Brunk, ya para 1913 existían alguna que otra diferencia entre el maestro rural y Zapata, ya que este no estuvo de acuerdo con el juicio y posterior asesinato de Pascual Orozco padre (*¡Emiliano Zapata!* 87).

De cualquier forma, y poco después de la aparición de Montaño en escena, Zapata hace su entrada, y ambos personajes se convierten en protagonistas indiscutibles de este tiempo con excepción de algunos momentos con Remedios, Eufemio y Feliciano Palacios.[76] Pese a que entre Zapata y Montaño existe un antagonismo claro por lo que el segundo está siendo detenido, su conversación a veces deriva en ese intento de reiterar la humanidad del morelense. La entrada del caudillo en escena provoca un silencio entre los presentes, y resulta especialmente notoria la acotación del autor cuando dice que la mirada de Emiliano "…es recelosa, mansa, tristona" (106). Los ojos de Zapata han sido protagonistas tanto de artículos divulgativos como "The Eyes of Emiliano Zapata," de Samuel Brunk, como también han sido mencionados en ficción como es el caso de la historia corta "Zapata's Eyes," de la chicana Sandra Cisneros.[77] Ambos casos reflejan que el interés en la mirada del revolucionario continúa siendo una constante en la

---

[76] John Womack Jr. menciona a Palacios en su estudio brevemente como uno de los asistentes de Zapata en sus últimos años. (324; 326)

[77] Este cuento, publicado en 1991, se centra en la figura de Inés Alfaro. Esta fue una de las primeras parejas del revolucionario y Cisneros dibuja una aproximación al morelense encuadrada dentro de una perspectiva feminista en la que lo desvirtúa de su imagen de macho.

actualidad, y precisamente parte de esta intencionalidad de humanizarlo, algo que sin duda Magdaleno trata de lograr con sus instrucciones.

La entrada del General en escena trae el alboroto y los gritos de Montaño solicitando justicia; para él es imposible continuar en la lucha armada, "…si tu gente se obstina en hacer de la revolución un instrumento de bandolerismo y de crimen" (Magdaleno 107). Sin duda alguna, y para la época en la que está ubicada esta obra, el bandolerismo y disolución de algunas unidades zapatistas habían causado cierto temor entre la población. Sin embargo, y como se mostraba en el primer capítulo, Zapata se preocupó de escribir y diseminar decretos que dieran derechos a los pueblos y a los propios insurgentes en defenderse en caso de abuso, como se ve en la "Ley general sobre libertades municipales" (Espejel, Olivera y Rueda Smithers 352-356). Esta acusación por parte del maestro sirve también para mostrar una actitud pasiva por parte de Zapata, que únicamente le contesta, "Nadie te ha mancornado, vale," mientras revisa documentos y firma permisos de licencia agraria para las comunidades (Magdaleno 107). Es curioso que el autor introduce otra didascalia en la que indica que Emiliano "... *mueve los labios al leer, produciendo un ligero rumor*" (107). Aquí el autor juega claramente con esa constante diatriba que existía en la época sobre el alfabetismo del morelense y, precisamente dentro de esa necesidad de presentar al revolucionario como modelo del hombre rural mexicano, resulta conveniente mostrarlo con ciertas dificultades cognitivas. De cualquier manera, la yuxtaposición entre la movilidad gestual y corporal de Zapata y sus alocuciones ponen de manifiesto esa tensión inherente entre la humanidad del protagonista y su misión como líder militar: tratar de mantenerse estoico y al margen de cualquier sentimiento hacia Montaño, algo que parece cambiar cuando ambos se quedan solos.

La conversación continúa entre los dos revolucionarios una vez que el resto de los personajes abandonan el escenario, y es Zapata el que comienza la conversación haciendo un comentario cercano y de compadreo hacia Montaño: "¡Ah, qué Montaño! Estás cansado," para después añadir, "No pudiste con la bola" (Magdaleno 108-109). Esta expresión refuerza la idea de hastío y cansancio causada por la revolución existente en todo el texto y contribuye además a humanizar ese Zapata que instantes anteriores había acallado los lamentos de Montaño. Aún así, la fugacidad de este momento se sustituye por la acusación de traición que el morelense hace tras escuchar las excusas del profesor, y le achaca haberle pedido ayuda y no haberla recibido (Magdaleno 109). En este instante es interesante detenerse y revisar lo que algunos de los historiadores sobre Zapata, como Samuel Brunk y John Womack Jr., comentan al respecto. El primero no es especialmente explícito en la relación entre ambos hombres, pero reconoce la importancia de Montaño en la creación del Plan de Ayala. Womack, al contrario, insinúa que Zapata nunca tuvo especial aprecio por el maestro, ya que no era un hombre de acción sino un intelectual y que en multitud de ocasiones había traicionado la causa (284-285). Además de esto, el motivo por el que se arresta al profesor es por la liberación de seis presos políticos cuando en realidad fue a raíz de la rebelión del General Vázquez en la que resultó implicado por unos documentos en los que aparecía su nombre (*¡Emiliano Zapata!* 205). Sin embargo, en la obra, Zapata sí que le acusa de haberlo traicionado tres veces (Magdaleno 110). La idea de una triple traición por parte de Montaño resuena por sus claras reminiscencias bíblica, y conduce otra vez a esa imagen cuasi-santificada del morelense. Por lo tanto, esta mezcla entre elementos históricos y ficticios sirven para reforzar lo que mencionaba Corona anteriormente al hablar de esa condensación de diversas capas de significado generadas a partir de la historia, la memoria del

pueblo (no siempre verídica) recuperada a través del folclore y las necesidades del Estado (600). La delgada línea entre la historia y la ficción en esta obra de teatro es una constante que precisamente se reitera con la forma en la que se representa el fusilamiento de Montaño.

Al mismo tiempo que Zapata acusa al maestro rural de sus múltiples traiciones, Magdaleno aprovecha para dejar claro cuál es, desde su perspectiva, el ideal que Zapata y sus tropas perseguían: "Andamos en la bola, y no peleamos más que lo justo: nuestras tierras. Cuando se realicen nuestros ideales y el indio tenga un pedazo de tierra donde reclinarse a morir, se justificará todo esto que ahora te da tanto miedo. Sólo me importaba echar a andar la bola…enseñar a los pueblos cómo debe pelearse lo que es de uno" (Magdaleno110). Esta declaración de intenciones del General repite la forma en la que se le rehabilitó durante la posrevolución, en la que se dejó de lado sus manifiestos en los que abogaba por el reconocimiento de la heterogeneidad de las comunidades en México y sus usos y costumbres. Esta articulación de este Zapata nacional se refuerza, más adelante también, con énfasis en la humanidad del revolucionario, al demostrar que él era un líder conectado con su comunidad y con su ejército: "Te digo que yo conozco a mi gente, Otilio. Muy claro vi a dónde ibas, desde que te noté que perdías la cabeza" (Magdaleno 113). La conexión que Zapata tuvo con su gente la usa Montaño en el texto para pedir misericordia y moralidad del líder para que le perdone la vida: "¡Tú no puedes mancharte con la sangre de un inocente! ¡Tu conciencia no te dejaría dormir ya nunca!" (Magdaleno 113). Esa latente humanidad del Zapata de Magdaleno, sin embargo, no tiene espacio en lo que el revolucionario considera que es justicia y es por eso que ordena su fusilamiento.

Esta escena, y en general la noción de que Zapata sí estuvo completamente relacionado con la muerte de Montaño contrasta y debilita la forma tan santificada en la que se había estado presentando a Zapata hasta ese entonces; como bien dice Brunk, Zapata fue tanto una víctima como verdugo (*The Posthumous Career* 107). En este caso, consecuentemente, la función ideologizante del Estado no parece casar con el propósito del dramaturgo, cuyo interés era humanizar al protagonista mostrando tanto sus luces como sus sombras. Magdaleno, sin lugar a dudas, presenta una visión ciertamente clara de Zapata, como un símbolo del ideal de justicia. Sin embargo, esta noción de Zapata no resultaba especialmente útil para el aparato cultural que redibujó al General como un héroe domesticado y parte de la familia revolucionaria.

El final del primer tiempo culmina con el asesinato de Montaño a manos de un pelotón mientras que Zapata escapa la emboscada causada por el primero; pese a todo, y en aras de incitar una reconstrucción de los hechos por la imaginación del público, únicamente se escuchan los disparos que terminan con la vida del maestro. Al comparar este final de Montaño con lo investigado por los historiadores, se observa que esto no fue lo que realmente aconteció sino que antes de que esto ocurriera Zapata se marchó a Tlaltizapán para no tener que enfrentarse a la muerte del que fue su compañero (*¡Emiliano Zapata!* 205; Womack 285-286). A pesar de que en la obra no es el morelense quien ejecuta la muerte de Montaño, Zapata se enfrenta al maestro cuando este le dice que su asesinato caerá en su conciencia, y le responde, dando un paso hacia él: "¿Quieres que decidan los campesinos?" (117), dejando entrever que, a su juicio, la justicia debiera de ser impartida por las comunidades. Por consiguiente, resulta revelador que Magdaleno no se atuviese al rigor histórico y hubiese alejado a Zapata antes del asesinato de Montaño, reforzando así ese intento de humanizarlo que es tan latente en la obra. El autor parece también

mostrar su propio ideal de justicia y de liderazgo, y de mostrar no únicamente al Zapata humano, sacrificado, sino también al revolucionario con sentido de la justicia social. Esta idea de equidad no es tan explícita, empero, en el resto del texto; es precisamente a partir del segundo tiempo y a través de sus diálogos con Remedios, pero esencialmente por la traición que recibe a manos de Guajardo y su consecuente muerte, que se insiste en la condición humana del revolucionario. Durante este primer acto, Magdaleno se encuentra ante contradicciones que fluctúan entre su propia concepción del texto y la recepción de este. Esto se mantiene durante el resto de la obra, pero sirve para poner de manifiesto precisamente la forma en la que, pese a tratar de abstraerse de la retórica de Estado, el dramaturgo continúa alimentando la visión institucionalizada de Zapata.

Cabalgando hacia su ocaso: El encuentro entre Zapata y Guajardo

El segundo acto comienza en un escenario rural que, de acuerdo con el autor, "…se dilata el horizonte de la tierra caliente" y lo describe como una"…tarde, soleada, clara" (121). Emiliano está en escena vestido de acuerdo con su imagen más típica, "…de charro, color negro" y está dando órdenes sobre cómo proceder con el ex-zapatista Bárcenas, quien había solicitado amnistía al gobierno carrancista y se había incorporado a las filas nacionales junto con sus tropas (Womack 324-325). En el texto, Zapata buscaba cumplir con su ideal de justicia y deshacerse de estos, por lo que ordenaba que "…al que presente en el cuartel general a Bárcenas, vivo o muerto, se le ascenderá a divisionario" (Magdaleno 121). Al mismo tiempo se presenta la segunda traición y central a la pieza teatral, protagonizada por Jesús Guajardo y que comenzaba

por su carta de rendición.[78] Esto provoca en el General un sentimiento de optimismo, que lo revela al pedir a uno de sus ayudantes: "Dígales que las promesas que les hice se están cumpliendo. Que es cuestión de meses el triunfo del Plan de Ayala. Que no habrá ya miserables viviendo de los mendrugos de las grandes haciendas. Que todo el mundo tendrá su pedazo de tierra, y podrá guardar el rifle para empuñar el arado," y añade también que "…ha empezado a derrumbarse el régimen de nuestros verdugos" (Magdaleno 122).

La positividad del mensaje de Zapata contrasta con el momento que el zapatismo estaba viviendo para mediados de 1918;[79] para este periodo, el carrancismo estaba imponiéndose como fuerza ganadora, ya que la alianza entre la División del Norte de Pancho Villa y el zapatismo se había debilitado debido a la derrota de las fuerzas de Villa en la batalla de Celaya de 1915 y su

---

[78] Los trabajos de Brunk y Womack coinciden en su recuento de la traición y subsecuente asesinato de Emiliano Zapata. Ambos comentan cómo Guajardo era subordinado del General Pablo González, estacionado en Morelos y cuya crueldad era característica de su política antizapatista (Brunk 190). Guajardo también era conocido por su brutalidad; en 1918, asesinó a 180 vecinos de Tlatzitapán, y posteriormente fue detenido por una pelea dentro del ejército (Womack 268). Esta actitud desafiante de Guajardo hacia al carrancismo llegó a los oídos de Zapata quien le envió una misiva invitándole a unirse al zapatismo. Esta carta fue interceptada por González y le sirvió de excusa para iniciar un plan de ataque que hirió de muerte al zapatismo. Tras acusar de traición al coronel Guajardo, González consiguió que este se comprometiera a infiltrarse en el zapatismo y esperar al momento ideal para eliminar el morelense. Así, pronto comenzó el intercambio de cartas con Zapata y posteriormente Guajardo se encargó personalmente de la detención y ejecución de los hombres de Bárcenas (Womack 323-324). Todos estos datos, obviamente, se omiten en la obra de Magdaleno, pero resulta interesante ver cómo Guajardo fue simplemente una pieza en el juego de Pablo González y que realmente el General fue el cerebro detrás de esta traición.

[79] El momento en el que transcurre este acto de la obra se vislumbra no solamente por los eventos acontecidos, sino porque el propio Palacios comenta en un momento que "¡Ocho años y medio pesan demasiado sobre los hombres!" (Magdaleno 123).

posterior intromisión en los Estados Unidos. En el sur de México, González arrasaba Morelos, lo que aceleró la rendición y unión al carrancismo de algunos de los jefes menores; los jefes fundacionales del zapatismo, no obstante, se mantuvieron en lucha (Womack 314). Es quizás desde esta visión del zapatismo como un organismo de base cuyas raíces son inamovibles (y representadas por los jefes más antiguos como Genovevo de la O, Gildardo Magaña, o el propio Zapata) que Magdaleno ofrece un halo de esperanza en su obra. El autor contribuye así a la mitificación del líder revolucionario y de su movimiento, algo común durante la posrevolución, ya que se consideraba al zapatismo como la máxima expresión de la mexicanidad y de la indivisible relación del pueblo mexicano con su territorio. A esto hay que añadirle además que, de acuerdo con la retórica posrevolucionaria, la Reforma Agraria supuso la puesta en marcha y cristalización de las premisas zapatistas con lo que Magdaleno, en este caso, colabora con ese discurso y se convierte en un vocero de la Revolución.

Poco después de esta conversación entre Zapata y el Licenciado, aparece Remedios en escena, vestida con un traje de colores brillantes y rebozo, y comienza a exponer a Zapata su alegría por el fin de la bola y del triunfo del Ejército Libertador del Sur, especialmente por lo que esto suponía para las mujeres (Magdaleno 123-125). De esta forma Remedios se convierte, de la misma forma que la vieja, el Palúdico y el Pinto del comienzo de la obra, en una voz coral que expresa las inquietudes y deseos de las mujeres morelenses respecto a la finalización del conflicto armado. Esta conversación deriva en un recuerdo a la memoria de Eufemio, el hermano de Zapata que fue asesinado en 1917 por haber maltratado al padre de uno de sus compañeros revolucionarios. Para Emiliano, Eufemio "…era mi brazo derecho. Me mutilaron el día que le dejaron tendido" (Magdaleno 125). Aquí, una vez más, el autor dibuja al morelense de una forma

mucho más humana y alejada de la imagen de líder militar, y está precisamente ligada a la intervención de Remedios en escena. El trasfondo amoroso de la relación de Remedios y Zapata permite la representación de Zapata como un ser humano y no solo como el héroe revolucionario de dimensiones míticas (Arranz Minguez 74). Es así que Zapata asevera a Remedios que una vez que la rebelión termine se irán a vivir cerca de Villa de Ayala, con sus hijos, y que el cansancio le hace sentir rendido "…como si tuviera un balazo en mitad del vientre" (Magdaleno 125). La lucha armada, como él mismo afirma, le hizo dejar lo mejor de sí mismo, y es únicamente la posibilidad de volver al campo y vivir con Remedios y sus hijos lo que le motiva a continuar con la revolución. Esta conversación con Remedios demuestra, por lo tanto, que ella es el catalizador que permite a Zapata ser más humano, a diferencia de sus conversaciones con sus subordinados y, al mismo tiempo, el dramaturgo vuelve a representar al Zapata nacional y domesticado.

Además de ser la causante de la humanidad de Zapata, Remedios también parece ser quien contempla a Guajardo como el traidor que es y advierte, durante el resto de la obra, de las posibles consecuencias. Tal es esto que desde el comienzo quiere conocerlo para poder sacar conclusiones de su persona (Magdaleno 128). De cualquier forma, la relación entre Zapata y Guajardo también le interesa a Magdaleno para mostrar otra faceta que también sirve para hacer más visible la humanidad del revolucionario, a través de su fe ciega y admiración en el coronel.

Antes incluso de que el "ex coronel" carrancista aparezca en escena, Zapata y los suyos revelan la admiración que le tienen; Emiliano, en concreto comenta que "Guajardo es un valiente" y que "es de los hombres que yo estimo" (129). Estas dos alocuciones ponen en marcha la tercera forma en la que Magdaleno trata de mostrar la humanidad del revolucionario, y por medio de su confianza, admiración y esperanza absoluta en Jesús Guajardo. Para el morelense,

Guajardo "Es un excelente jefe. Cuando da un golpe, es que se ha desvelado midiéndolo y pesándolo. Por eso no falla" con lo que elogia la capacidad bélica y estratégica del coronel (Magdaleno 130). Asimismo, Zapata parece confiar ciegamente en Guajardo debido a que él, entre toda la amalgama de militares carrancistas, "es un postergado" y el morelense insiste además, en que "tengo la convicción de que es un hombre bien intencionado" (Magdaleno130). El autor toma en cuenta el origen humilde de Guajardo para así construir un estrecho lazo entre ellos. Se vale precisamente de la forma en la que el gobierno había construido al Zapata nacional, como héroe de los desfavorecidos y epítome de una comunidad históricamente silenciada, para generar ese vínculo entre ambos combatientes, y enfatiza exactamente la humanidad del morelense a través de su convencimiento en la bondad de Guajardo. Es así como se ve, una vez más la puesta en marcha de la función ideologizante que mencionaba Rama, en la que con aras de crear una visión positiva del conflicto armado, se interrelacionaban a los diferentes agentes activos que participaron y se les unía indiscriminadamente.

De cualquier modo, y poco después de esta conversación entre Zapata y sus subalternos donde elogian a Guajardo, el coronel aparece en el escenario. Después de que las acotaciones indican la apariencia física del segundo y se efectúan las presentaciones oficiales, el autor dice que "(*Emiliano y Guajardo se abrazan, largamente…*)" (132). De acuerdo con Magdaleno, Guajardo está visiblemente emocionado y procede a justificar su adherencia al zapatismo con ayuda de su capitán (Magdaleno 132). Emiliano, a eso responde que "Esta vida lo hace desconfiado a uno, y en cuanto las cosas no pasan como se quisiera, ya está uno con las dudas encima, aún en el caso del más leal, como usted" (Magdaleno133). Este Zapata teatral revela así su humanidad una vez más, dejando de lado la compostura del líder militar y exponiendo sus

sentimientos ante alguien sobre el que, a priori, debería sospechar. La situación, además se enfatiza posteriormente con los elogios que tanto Zapata como sus subordinados le profesan a Guajardo, generando así el espacio y momento perfecto para que la obra culmine con la traición del segundo. Guajardo continúa justificando su pertenencia al movimiento, y dice que "Yo siento aquí (*Tocándose el pecho*) la nobleza de la causa de los agraristas. Es una convicción, jefe" (Magdaleno 134).[80] Todo este encuentro entre Guajardo y sus tropas y Emiliano y sus subalternos sirve para precisamente enfatizar el alcance de la traición del Coronel. A pesar de que probablemente el público asistente a la obra estaba familiarizado con el final de Zapata, la representación de esta que hace Magdaleno contribuye a poner en marcha la ideología de Estado en la que los agentes activos de la revolución se construían de forma maniquea. En consecuencia, a Zapata se le crea de forma humana, con miedos, inquietudes y hastío por el proceso armado pero con unos ideales intachables, mientras que Guajardo pasa de parecer el más fiel compañero del morelense a un traidor infame.[81]

De acuerdo con Schmidhuber de la Mora, Magdaleno hacía muy a menudo uso del enfrentamiento maniqueo entre su protagonista y antagonista, evocando así las grandes tragedias

---

[80] Guajardo mostró su lealtad al zapatismo a través de acciones militares, entre ellas el ataque a Jonatepetec el 9 de abril y el asesinato, como se mostrará después, de los cincuenta y nueve soldados pertenecientes a las filas de Bárcenas.

[81] Zapata no fue el único al que Guajardo traicionó. Durante la rebelión de Agua Prieta en 1920, liderada por el General Obregón y que sacó a Carranza de su mando, Guajardo fue la persona que lanzó un tren vacío y cargado de bombas que se estrelló en las mismas líneas en las que iba el tren de Carranza, obligándole a este a huir a pie y facilitando su asesinato. Asimismo, también se sublevó contra el Presidente interino Adolfo de la Huerta en 1920, lo que provocó su detención y posterior fusilamiento.

shakespearianas (40). En este caso particular, nos encontramos con una reiteración del mismo caso, ya que Zapata, aunque no responde a esa imagen santificada y mesiánica divulgada por el Estado sí se opone diametralmente a Guajardo, el cual engaña a todos hasta que al final muestra su única lealtad hacia Pablo González. Los valores que ambos representan son fáciles de observar desde la cuarta pared; dentro de escena, sin embargo, el protagonista parece estar totalmente embriagado por las victorias y fortaleza del Coronel.

La armonía entre Zapata y Guajardo resulta evidente, pero existe un momento en la obra en la que se desvela parte de lo que la revolución significa para ambos líderes militares: Guajardo insinúa que con el ataque a Matamoros Izucar podrían no solo conseguir mujeres, sino "salir de pobre;" Zapata, en cambio, le responde que "Nosotros somos campesinos armados, y nada más", revindicando así la naturaleza rural del movimiento y estableciendo que no hay cabida para el enriquecimiento individual en su batalla (Magdaleno 136). A pesar de esta clara declaración de intenciones, el morelense, cegado por las promesas de éxito y las exitosas hazañas de Guajardo, continúa confiando en él, algo que además se consolida cuando dos jefes indios de la sierra bajan a comunicarse con Zapata.

Estos son habitantes de las zonas donde los "pintos" o soldados de Bárcenas hicieron sus fechorías y por ello reclaman justicia. Esta milicia, de acuerdo con el texto, se encontraba en ese momento junto a las tropas de Guajardo, y es por eso que Zapata le deja saber que "Los pueblos exigen que se haga inmediata justicia con ellos" (Magdaleno 141). Esta frase pone de manifiesto la soberanía de los pueblos frente al propio revolucionario y enfrenta al morelense y a Guajardo, que en principio se niega a ejecutar sus órdenes, pero finalmente accede, diciendo: "¿No le he prometido lealtad y obediencia? Si usted me ordena que fusile a toda mi gente, la fusilo. Primero

es la disciplina. ¡Yo soy hombre de convicciones, Emiliano, y sé cumplir mi palabra, ¡aunque me muera!" (142). Resulta reveladora esta frase del coronel y, ciertamente, cumple su palabra. Ejecuta a esos cincuenta y nueve soldados, como forma de mantener la confianza del morelense, a la par que continúa su plan para eliminar a Zapata. Magdaleno juega así con el doble significado de la oración de Guajardo respecto al cumplimiento de sus palabras, que permite vislumbrar sus oscuras intenciones.

Este tiempo culmina una vez más con otro fusilamiento, esta vez de los pintos. Antes de que finalice también reaparece Remedios en escena, mostrando una vez más su intranquilidad ante la seguridad de su enamorado. Además, al oír las órdenes de comenzar el fusilamiento, su gesto de horror y su postura corporal, "se vuelve de espaldas al cuadro", permiten también dar muestra del horror de la guerra para aquellos que no luchaban activamente en la revolución (Magdaleno 145). Es así que ella, en consecuencia, y una vez más, permite a Zapata demostrar su humanidad y sus propios miedos frente al conflicto armado, lo que también representa al revolucionario con una actitud positiva e idealista frente a la idea del fin de la revolución.

En camino a Chinameca: La consagración de Zapata como mártir

El tercer tiempo comienza también con ese ambiente positivo y esperanzador en un 9 de abril de 1919; de hecho, el dramaturgo indica que se encuentran en "*El mismo lugar. Todo en el mismo orden de las escenas precedentes. Luz adecuada a un mediodía espléndido*" (147). Como se mencionaba anteriormente, algunos autores consideran que esta transición de la oscuridad del primer acto al mediodía soleado representa, precisamente, la transformación que sufrió la imagen de Emiliano Zapata de los años finales de la revolución a los años posteriores de reconstrucción

y estabilización del país. De su condición de bandido y "Atila del Sur," se convirtió en el mártir del agrarismo y esta asociación religiosa permite comprender la analogía que Magdaleno efectúa con las luces: de las tinieblas que condenaban el zapatismo a la oscuridad, se avanza hacia la luz que guió a Zapata a convertirse en un héroe nacional. Esta honra hacia el revolucionario existe desde la apertura de este acto, demostrando así el sentimiento popular existente; a modo de ejemplo, Salomé Salgado, uno de los personajes que fue capitán en el Ejército Libertador del Sur, fantasea sobre el fin de la rebelión: "Uno de estos días comemos en México, vale. Entraremos por el lado de Milpa Alta y Xochimilco, cantando las mañanitas de Emiliano Zapata" (Magdaleno 147). Posteriormente, y recuperando uno de los personajes corales del comienzo, El Pinto, Magdaleno les hace dialogar contemplando la cercanía de la paz y de la consecución de los fines propuestos por el zapatismo, gracias a la colaboración de Guajardo:

> El Pinto: …y prometiéndole que para el Corpus tendremos paz.
>
> Salgado: Y nuestra tierra.
>
> El Pinto: Y el Plan de Ayala rifando en todo México.
>
> Salgado: Todo por mi general Guajardo, que vino a darnos el triunfo. (Magdaleno 147)

Como ya se veía durante el segundo tiempo, el coronel carrancista parecía haberse convertido en la última esperanza del movimiento armado, y es por eso que el autor precisamente exalta esta figura y la eleva a la misma importancia del General al honrarlos a ambos: a Zapata como líder popular venerado por su comunidad (al que se le canta) y a Guajardo como figura militar constantemente adulado por el morelense y los suyos. Posteriormente a este último comentario de Salgado, el Pinto le contraria y devuelve el mérito de lo conseguido hasta el

momento a Emiliano al propio ejército zapatista: "Sí, vale. Pero, sobre todo, por Emiliano y por nosotros mismos" (147). Claramente, Magdaleno está dejando entrever que el zapatismo y sus victorias y la instauración de la Reforma Agraria en el México posrevolucionario fue obra exclusiva de los campesinos que se sublevaron y que la historia los recordaba como tal mientras que de Guajardo solo se guardaba su traición. El énfasis que se hace en el Plan de Ayala, de cualquier forma, resulta demostrativo de la única manera en la que se ha consagrado a Zapata: por la lucha por la recuperación de sus tierras. Así, se pone en marcha de nuevo esa función ideologizante de Rama que sirve para atribuir como única premisa el agrarismo al movimiento zapatista, y crear así una única memoria selectiva.

La conversación entre Salgado y el Pinto continúa alabando las cualidades bélicas de Guajardo, y es en medio de esta que Zapata aparece en escena, dando órdenes para su salida hacia Chinameca. Entretanto, sus subalternos parecen estar organizándose para una fiesta en lo que no iban a faltar ni gallos, ni música. Para el caudillo, la emoción con la que sus hombres preparaban todo esto era debido al fin del conflicto, algo que comenta con su secretario Feliciano Palacios: "Nadie me lo dice, pero yo sé lo que les pasa, vales. Andan ilusionados con la idea de regresar pronto a sus ranchos" (Magdaleno 150). Aquí, una vez más, Magdaleno destaca otra calidad humana del revolucionario, su empatía con sus propios subalternos, dejando así clara la igualdad en el trato existente dentro del Ejército Libertador del Sur, como se manifestaba en el análisis de sus documentos. En esta conversación vuelven a salir a la luz la raíz de la lucha colectiva zapatista, el cumplimiento del Plan de Ayala y como el mismo Zapata observa, su fin ulterior era "…tierra y libertad para los pueblos indios" (Magdaleno 150). Esta frase está cargada de significado: por un lado "tierra y libertad" fue la frase tradicionalmente atribuida a Emiliano

Zapata. Sin embargo, esta fue constantemente usada por el anarquista Ricardo Flores Magón como forma apócrifa del lema zapatista "Reforma, libertad, justicia y ley," tal y como se ve en los manifiestos firmados tanto por el propio morelense como por altos cargos de su ejército Por otro lado, y a pesar de que el caudillo hacía especial hincapié en el mantenimiento de los usos y costumbres de las comunidades originales de México, el término indio resultaba demasiado homogéneo. Esto hace pensar en que Magdaleno, en su intento por mantenerse dentro de la idea de Zapata como héroe dentro del imaginario indígena, pasó por alto la diversidad étnica de Morelos del que sí que era conocedor el revolucionario. Por consiguiente, una vez más, se observa una muestra más de esta función ideologizante, esta vez usando el indigenismo como bandera representativa del zapatismo. Adicionalmente, esta idea se refuerza cuando Emiliano confiesa su visión de Morelos tras la revolución, anhelando "los ranchitos trabajando en paz las tierras comunales, los ejidos…todos sembrando nuestro maíz, las cooperativas explotando la caña de los ingenios…el humo de los jacales…el tortear de las mujeres…los hombres contentos" (Magdaleno 151). Este bucólico paisaje parecía ser sacado de los murales que Rivera pintó en las paredes de los edificios institucionales, y se adhería así a esa retórica de Estado y su concepción de la mexicanidad rural.

A pesar de este aparente futuro prometedor, Magdaleno presenta a Zapata cauto, sin especiales ganas de convertirse en protagonista, y con el único afán de desaparecer (Magdaleno 151). Su recuerdo de las derrotas sufridas en Chinameca parece avisarle de su trágico final, y para enfatizar aún más esta posibilidad Remedios aparece en escena, reportando al morelense su deseo: "¡Yo quisiera que estuviéramos ya muy lejos de aquí!", y dejando claro su inapetencia

para cualquier tipo de celebración (Magdaleno 154). Pronto, ambos personajes se quedan en escena y es ahí donde Remedios desvela a Zapata su malestar:

> Emiliano: (*Severo, cogiéndola por un brazo.*) ¿Qué diablos tienes? ¿Te sientes mala?
>
> Remedios: Mala, no. (*Con expresión de angustia*) ¡Tengo miedo, Emiliano!
>
> …
>
> Emiliano: (*Acariciándole la barbilla*). Estás nerviosa, chata… ¡A ver! ¿Qué sabes, o qué has oído, o qué demonios vienes a decirme?
>
> Remedios: ¡Que te vayas de aquí! (Magdaleno 155-156)

La creación de Remedios por parte del dramaturgo atiende, como se mencionó con anterioridad a varias razones, tanto estilísticas como temáticas; ella es el elemento amoroso que Magdaleno usó en su escritura para darle fluidez al texto. Además, y en este caso más concreto, los temores que Remedios revela concuerdan con algunos de los rumores que concurrieron posteriormente a la muerte de Zapata, en los que se contaba que una mujer trató de advertir al revolucionario del destino que le guardaba si marchaba hacia Chinameca.[82] Zapata, de acuerdo con las acotaciones del texto, la empuja hacia la derecha, y ella sale de escena precipitadamente, a la par que entran Guajardo y otros personajes desde el otro lado del escenario (Magdaleno

---

[82] De acuerdo con Samuel Brunk, "On the next day various papers broke the news that a woman had informed Zapata of the Carrancista plot and that Zapata, in turn, had invited Guajardo to a dinner where he planned to kill him. Now the presentiment was Guajardo's: realizing what was up, he avoided the ominous meal by feigning illness." (*The Posthumous Career* 43)

157). Es en esta conversación donde se descifra el plan y se aventura el final de Zapata: Guajardo tiene organizado un encuentro en Chinameca en el que beberán, bailarán y celebrarán la unión de Guajardo al zapatismo. Sin embargo, y con la excusa de velar por la seguridad del morelense, Guajardo y los suyos se adelantan a la hacienda (Magdaleno 158-159).[83] Después de la marcha del coronel, Zapata se queda en escena, pensativo de acuerdo con las instrucciones del dramaturgo, y se encuentra reflexionando cuando aparecen los dos jefes indios que habían solicitado justicia con los pintos de Bárcenas. Estos lo invitan a salir hacia Chinameca, pero según muestran las acotaciones, Zapata demuestra corporalmente su desidia hacia este evento: "(*Da unos pasos, con los brazos a la espalda, sin demostrar trazas de salir*)" (Magdaleno 159). Posteriormente, se lo expresa a sus compañeros, al decirles: "¡Ay, vales! Yo no tengo humor para fiestas. Palabra que no tengo nada de ganas de ir a la comida" (Magdaleno 160). Su desgana parece ser fruto de su conversación con Remedios o con el propio hastío que el caudillo siente del sufrimiento que padeció durante la revolución, algo que él mismo confiesa: "No sé. Yo sufro mucho vales. Pocos hombres han sufrido tanto como yo" (Magdaleno 160). Al mismo tiempo desvela sus ganas de desaparecer y convertirse en un campesino más: "Yo quisiera irme en mi caballo y andar, andar, y quedarme a trabajar en cualquier parte" (Magdaleno 160). Este anhelo de anonimato refuerza precisamente ese espíritu humano y humilde que el autor trata de mostrar

[83] Históricamente, y de acuerdo con lo que narran Brunk y Womack en sus estudios, esto no fue lo que realmente ocurrió. Guajardo acusó un dolor de estómago en su encuentro en Tepalcingo y pidió permiso para regresar a su cuartel en Chinameca, y puso también de excusa guardar las municiones que "había confiscado" al general González. (Womack 324-325; *¡The Posthumous Career!* 223-224)

en esta obra y que se va consagrando a medida que se acerca el final. Finalmente, Zapata y sus hombres montan sus caballos y es en ese momento que Remedios lanza el presagio sobre su final: "¡Vete, que aquí peligras! (*Llora y tiende los brazos hacia Emiliano*) ¡Emiliano! ¡Hay un mar de sangre delante de ti!" (161). Este vestigio del final de Zapata es precisamente el mismo que mucha gente transmitió como parte de los rumores que siguieron tras su muerte. Aún y todo, el caudillo parece hacer caso omiso al vaticinio de Remedios y solicita la compañía de únicamente diez hombres y da sus últimas órdenes. Momentos antes de partir, empero, da este mensaje para los guerrilleros que se hicieron a las barrancas: "Que mientras yo viva, serán suyas las tierras, y que cuando muera, no confíen sino en su propia fuerza, y que defiendan con las armas en las manos sus ejidos" (Magdaleno 162). Como se verá en el próximo capítulo, Magdaleno parece aventurar la rebelión del Ejército Zapatista de Liberación Nacional en 1994.

Esta últimas palabras de Emiliano iluminan todo el camino que el dramaturgo crea a lo largo de la obra: Zapata parece ser consciente de su final, del sacrificio que debe hacer para que su causa finalmente triunfe, que él como figura en vida ya no es necesario y que, como el héroe mítico de Joseph Campbell que mencionábamos en el segundo capítulo, su muerte y martirio lo insertarán en el imaginario colectivo y servirán como emblema de un movimiento que transgredió las fronteras de Morelos y lo ubicó en el panteón nacional. Así, y como Vevia Romero menciona, "[Zapata] es un hombre universal que camina hacia su destino. Ha desatado fuerzas superiores a él y es consciente de que ya no las puede controlar" (53). La bola, a pesar de la pérdida de miles de hombres, continuó rodando a lo largo de la revolución, y en aras de convertirse en un símbolo que sus compañeros insurgentes pudieran seguir, Zapata sacrificó su vida.

La obra de teatro culmina con el final que todo el mundo conocía, y desvela la verdadera naturaleza de Guajardo: "*riendo con satisfacción*" y ordenando la exterminación de los indios mientras que el cuerpo de Zapata se lleva dentro de una parihuela (Magdaleno 162-163). Es especialmente revelador que el coronel repite una vez más que "¡Jesús Guajardo cumple su palabra, aunque se muera!," dejando así entrever el tropo de la traición que ha vertebrado la obra (Magdaleno 164). Su única promesa cumplida es precisamente aquella de la que no se da cuenta, y de la que quizás una parte del público no era totalmente conocedora, y era hacia Pablo González e, indirectamente, hacia Venustiano Carranza. Es curioso observar la omisión de estos detalles en la obra, en la que ninguno de los dos anteriormente mencionados caudillos militares tuvo representación alguna.

Al comienzo del capítulo se hacía hincapié en cómo Zapata y Carranza fueron inscritos en las paredes del Congreso en 1931 como héroes nacionales, silenciando y borrando así cualquier enemistad existente entre ambos y considerándolos parejos en su lucha por la libertad del pueblo mexicano. Magdaleno, en cierta forma, parece continuar con esta narrativa en la que no se expone de manera objetiva aquellos personajes que resultaron destructores de un movimiento telúrico como fue el zapatismo. En consecuencia, este es un ejemplo más de la efectividad de la función ideologizante propuesta por Ángel Rama y que impregnó gran parte de la producción cultural del periodo posrevolucionario, y más concretamente aquella relacionada con el propio conflicto armado.

Zapata avanza hacia el neoliberalismo mexicano: De la domesticación del héroe a la recuperación de la insurgencia zapatista

Las políticas culturales y sociales en el México posrevolucionario marcaron, indudablemente, las múltiples representaciones de Emiliano Zapata. La muerte del revolucionario trajo consigo innumerables muestras de la estimación popular por su figura, y estas pronto fueron apropiadas por la *intelligentsia* mexicana que, en aras de participar en la creación de una cultura nacional, se convirtieron en voceros de la historia de la revolución. Tal y como se demostraba durante el capítulo, esta narrativa del conflicto que asoló México no era totalmente verídico ni mostraba las múltiples facciones y fracturas que existieron dentro de los diversos movimientos.[84] Al contrario, la Revolución mexicana pasó a ser un proceso homogéneo y armónico en el que se deshicieron de cualquier rastro de anteriores regímenes autoritarios. Como se mostrará posteriormente, la hegemonía del Partido Revolucionario Institucional, que comenzó su andadura como PRN en 1929, tuvo tanta envergadura e impacto como la del anterior régimen porfirista. Precisamente, y con intención de velar este dominio, la cultura nacional fue proveyendo de conceptos y atuendos a la idea de nación, tal y como comenta Monsiváis ("La nación de unos cuantos…" 195). Entre estos conceptos Zapata fue esencial ya que mediante su domesticación se pudo asimismo encontrar un nexo con el pueblo mexicano. Esto, como comenta Brunk, "entailed the routinization and institutionalization of Zapata's charisma—memories selected, crystallized, linked to the state—making Zapata sturdier bridge between

[84] Esto es algo que historiadores más revisionistas como Alan Knight (1986) han desarrollado en su estudio de la revolución mexicana.

politicians and peasants" (*The Posthumous Career* 117). Para crear este puente, había que pulir la imagen de Zapata, y silenciar aquellas partes que no resultaran útiles en esto proceso creador de nación. Es precisamente de esta forma que Zapata se convierte en un santo secular, una figura que sacrificó su vida por el triunfo de su lucha agrarista.

Es con esta misma imagen de mártir que Mauricio Magdaleno crea su propia interpretación de Zapata, y precisamente culmina su obra de teatro con el asesinato del revolucionario en Chinameca. De acuerdo con Schmidhuber de la Mora, "su pieza, *Emiliano Zapata*, es pionera de un nuevo teatro histórico más cercano al realismo, en el que los personajes son simplemente héroes y no hombres" (40). Para lograr esa representación del revolucionario como un ser humano, el dramaturgo se apoya en el personaje de Remedios, y mediante sus diálogos con Emiliano el público se acerca a un hombre cuyo único fin es escapar y vivir tranquilo una vez que el conflicto terminara. Además de eso, y a través del motivo de la traición, Magdaleno refleja también los claroscuros del revolucionario, algo que no parece encajar dentro de esa narrativa de la Revolución donde Zapata era el paladín de la Reforma Agraria. Esto, en consecuencia, provoca una inconsistencia dentro de la función ideologizante del Estado, pero pronto se resuelve a través de las últimas escenas, en las que el morelense, consciente de su trágico fin, decide sacrificarse. Esta idea del martirio, muerte y redención se implementa además para articular una nueva función a Zapata, visto que en vida no podría lograr más; tal y como afirma Rueda-Smithers, "es un héroe que, como el Heracles griego, terminó sus 'trabajos' y, aunque vivo, ya no tiene función en la tierra" ("Emiliano Zapata: Entre la historia y el mito" 255). Es por esto que Magdaleno crea a Zapata desde la aceptación de su propia muerte, a

sabiendas de que su carga simbólica y su estatus de héroe sería más útil para los propósitos de la lucha zapatista, adheriéndose así a la visión del revolucionario propuesta por el gobierno.

Este texto dramático de Magdaleno, por lo tanto, en su afán de presentar un Emiliano Zapata más humano que decide sacrificar su vida en pos del triunfo de su causa, cae dentro de la narrativa homogénea del Estado que se promovió con los gobiernos posrevolucionarios en la que "…la muerte del rebelde se convirtió en martirio del héroe. Borró el estigma del delincuente, bandolero y azote de la civilización, volviéndolo luchador justo e incorruptible, no subversivo" ("Emiliano Zapata: entre la historia y el mito 257). Es precisamente por esa necesidad de amansar, o como el propio Rueda-Smithers dice, de domesticar a Zapata, que se trata de representarlo de forma más humana. Podría decirse que en general las escasas lecturas que se han hecho de este texto no parecen ser conscientes de la permeabilidad de esa ideología de Estado tan constante en el texto, y resulta lógica teniendo en cuenta precisamente que al dar un salto en el tiempo al México neoliberal de 2010, el drama histórico de Aldo León Flores, *Zapata, ¿a dónde vas?*, también capta esos días finales de Zapata y juega con varios factores: un personaje femenino que advierte al revolucionario, la muerte voluntaria de este por un bien común y, una vez más, otra representación humanizada de Zapata.

El análisis de esa pieza, sin embargo, no es posible sin ponerlo en diálogo con algunos de los textos más representativos del Ejército Zapatista de Liberación Nacional, entre los que se incluyen además de manifiestos, relatos escritos por una de sus cabezas visibles, el Subcomandante Marcos. Este colectivo, cuyo alzamiento del año nuevo de 1994 vino a oponerse a las políticas de Estado de un Partido Revolucionario Institucional que se había mantenido en la hegemonía desde el fin de la revolución. El Ejército Zapatista de Liberación Nacional, tomando

como bandera el apellido del líder morelense, recuperó no solamente la insurgencia del movimiento revolucionario de comienzos de siglo, sino que además articuló demandas que se correspondían con mucho de lo promulgado por Zapata en sus manifiestos.

CAPÍTULO IV

Cabalgando entre la Ciudad Letrada y Chiapas: Imaginando a Zapata en el México neoliberal

"Somos producto de 500 años de luchas: primero contra la esclavitud, en la guerra de Independencia contra España encabezada por los insurgentes, después por evitar ser absorbidos por el expansionismo norteamericano, luego por promulgar nuestra Constitución y expulsar al Imperio Francés de nuestro suelo, después la dictadura porfirista nos negó la aplicación justa de leyes de Reforma y el pueblo se rebeló formando sus propios líderes, surgieron Villa y Zapata, hombres pobres como nosotros…"
(EZLN, "Declaración de la Selva Lacandona")

La construcción del estado posrevolucionario y la consecución, por ende, de la hegemonía del que en 1946 se convirtió en el Partido Revolucionario Institucional (PRI) fue de la mano de las múltiples manifestaciones del revolucionario Emiliano Zapata apropiadas por el Estado.[85] Este, como se observaba en los anteriores capítulos, fue rehabilitado y domesticado para transformarse en el mártir de la causa agraria. De esta forma, se convirtió también en una de las figuras patriarcales de la narrativa de la Revolución con la que algunos líderes políticos querían converger. Es así que Calles proclamó ser el heredero de Zapata en su defensa de la cuestión agraria al asumir su cargo, al igual que posteriormente se consideró lo mismo de Lázaro Cárdenas durante su gobierno. La apropiación de la figura del morelense con fines puramente oficiales, empero, no fue tan común a partir del periodo que se denominó como "milagro económico" (1940-1962), ya que precisamente las medidas que estos gobiernos fueron tomando eran más conservadoras que las de sus predecesores.

[85] A partir de ahora las referencias al Partido Revolucionario Institucional se harán con sus siglas, PRI.

A pesar de que las conmemoraciones populares continuaban, Zapata también se convirtió en una figura que recuperó parte de su rebeldía, siendo utilizada por los movimientos civiles y agraristas tanto en México como en Estados Unidos. De cualquier forma, esta representación del revolucionario todavía partía de esa asociación directa de Zapata con la tierra y se dejaba de lado su propuesta de autonomía de los pueblos originarios. Fue en 1994 cuando el Ejército Zapatista de Liberación Nacional se reapropió, una vez más, del morelense y puso en evidencia los rasgos más deshumanizadores del neoliberalismo a través de una propuesta descolonizadora que partía precisamente del ideal de independencia de las comunidades originales que ya había iniciado el morelense y su colectivo. Aunque había emergido un Zapata creado desde la cosmovisión maya, se siguieron reproduciendo desde la Ciudad Letrada interpretaciones de los últimos días del caudillo, como se observa con la pieza teatral *Zapata, ¿a dónde vas?*, escrita en 2010 por Aldo León Flores.

Es por esto que el objeto de este capítulo es centrarse en cómo ha continuado circulando en un México en crisis y marcado por el centenario de la Revolución una visión de un Zapata mártir y con una visión cínica del conflicto que buscaba especialmente la redención de su familia, como se ve en la obra de León Flores. En contraste, y mediante el análisis de textos tanto del neo zapatismo como de una de sus figuras clave, el Subcomandante Marcos, se comprende no solamente un proyecto articulado en torno a los saberes otros y a su diálogo con la modernidad, sino que también efectúa un acercamiento al Zapata original que permite cuestionar las múltiples maneras en las que la colonialidad ha permeado la construcción de identidades nacionales usando figuras históricas. Para comprender este proceso, es necesario una vez más

acercarse al contexto histórico que transcurrió desde la publicación de la obra de *Emiliano Zapata* de Mauricio Magdaleno hasta la publicación de León Flores en el año del centenario.

Del "Milagro mexicano" a la tecnocracia: Zapata como paladín del capitalismo

La elección de Cárdenas en 1934, como todas las del que en aquel entonces eran Partido Nacional Revolucionario, partía de la nominación del anterior Presidente, Plutarco Elías Calles. El michoacano pronto mostró su independencia política ante su antecesor, hecho que se cristalizó con la expatriación del Jefe Máximo Calles en 1936. Cárdenas ha sido tradicionalmente considerado como el presidente más reformista ya que, por ejemplo, volvió a poner en marcha la Reforma Agraria a nivel nacional en 1934 y contribuyó a la mayor repartición de ejidos jamás conseguida. Asimismo, estableció el Banco ejidatario para impulsar esta economía rural, algo que no fue especialmente exitoso y provocó un proceso migratorio del campo a la ciudad (Joseph y Buchenau 127). Por otro lado, permitió la libre manifestación de la población y también luchó contra la corrupción sindical existente en la Confederación Regional Obrera Mexicana (CROM) al aprobar la creación de la Central de Trabajadores Mexicanos (Joseph y Buchenau 128-129). Sus políticas pro-México lo llevaron a nacionalizar el petróleo en 1938 con la creación de Petróleos Mexicanos (PEMEX) (Joseph y Buchenau 133). Esta medida le ganó un apoyo popular que le sirvió para reorganizar el partido y denominarlo el Partido de la Revolución Mexicana (PRM). A partir de esta reforma, Cárdenas descentralizó el poder de la cúpula militar y lo dividió en cuatro sectores, lo que contribuyó a centralizar el partido a través de la figura presidencial, asemejándose así más al corporativismo capitalista.

A pesar de que muchos historiadores han insistido en la radicalidad del gobierno cardenista, esta centralización del PRM, junto con la nominación del moderado Ávila Camacho a la presidencia en 1940, permite cuestionar esta premisa.[86] De cualquier forma, Lázaro Cárdenas fue considerado, desde el comienzo de su mandato, como el verdadero heredero de la insurgencia de Zapata, tal y como afirma Salvador Rueda-Smithers("Emiliano Zapata: Entre la historia y el mito" 261).[87] Precisamente, las conmemoraciones de Zapata continuaron siendo un ejercicio constante durante este periodo, y se seguía poniendo en marcha precisamente esa creación del Zapata nacional, ya que como dice Brunk, "he was a symbol of agrarianism and of social struggle in general, a representation of the nation, a founding father with a touch of macho" (*The Posthumous Career* 116). Es precisamente desde ese uso del caudillo como símbolo patrio que se extiende su figura al ámbito educacional, algo que ya se vio con el muralismo patrocinado por la Secretaría de Educación Pública de la década de los veinte y que ahora se extendía a los libros de educación.

En este ámbito, concurrían dos visiones respecto a Zapata: por un lado, existía la visión negativa sobre Zapata derivada de los educadores que todavía tenían un enfoque ciertamente conservador de la historia (*The Posthumous Career* 110). Por otro lado, la percepción más alineada con la perspectiva gubernamental provenía de la revista *El maestro rural*, que en más de

---

[86] Ver el artículo de Alan Knight, "Cardenismo: Juggernaut or Jalopy?" para tener una visión más crítica del gobierno cardenista.

[87] También se encuentran referencias a esto en los trabajos de Samuel Brunk (*The Posthoumous Career* 89) y de Joseph y Buchenau (126).

una ocasión lo usó como portada o incluyó artículos sobre su persona (*The Posthumous Career* 99-100). A estos ejemplos es necesario añadir también los primeros trabajos biográficos e historiográficos sobre el líder y su movimiento como la biografía de Baltasar Dromundo, *Emiliano Zapata: Biografía* (1934) o los dos primeros volúmenes de *Emiliano Zapata y el agrarismo en México,* escrito por el general zapatista Gildardo Magaña y que completó hasta 1937.[88] Con estas expresiones de la figura del revolucionario, "Zapata se volvió un símbolo que educaba dentro de un proyecto que hacía resaltar los elementos de la identidad de 'lo mexicano'" ("Emiliano Zapata: Entre la historia y el mito" 259).

Además de esa función didáctica de Zapata, las conmemoraciones y los eventos en memoria del revolucionario contribuían a ese proceso de creación de la cultura de masas que estaba teniendo lugar en México y que floreció durante el gobierno de Miguel Alemán (1946-1952). La memoria de Zapata fue constantemente honrada durante el cardenismo y, de hecho, durante estos eventos se permeaba el discurso indigenista contemporáneo con referencias a los rasgos indígenas de la madre del morelense (*The Posthumous Career* 95). Este ejemplo pone de manifiesto no solo la puesta en marcha sino también la omnipresencia de la ideología del Estado en cualquier evento que se tratara de sublimar la imagen del que ya era el Zapata nacional.

El regreso del general Pablo González en 1937 y sus posteriores entrevistas en las que manchaba la imagen de Zapata provocaron que la Unión de Revolucionarios Agraristas del Sur crearan un comité defensor de la memoria del revolucionario; su mayor argumento residía en

---

[88] Los volúmenes restantes fueron completados por el profesor Carlos Pérez Guerrero y la obra completa se publicó en 1985 por primera vez.

acusar a González de ser precisamente el que lo coronó mártir al ordenar el asesinato del caudillo. Este es otro ejemplo de cómo la narrativa de la Revolución excluía e incluía a su antojo, dejando de lado a Carranza como líder de los constitucionalistas (pese a que ordenó la eliminación de Zapata) y postergando a González como único brazo ejecutor del crimen. Posteriormente, el morelense continuó siendo parte de la polémica durante la campaña presidencial de 1940 en la que diversos candidatos políticos hicieron uso de su persona para cumplir intereses partidistas.[89] Es así que se confirma que la figura de Zapata continuaba siendo un campo de batalla en la lucha de significados entre lo local y lo nacional pero que, pese a todo, la imagen del revolucionario seguía siendo parte de una ideología del Estado que lo promovía como mártir patrio.

Los años que comprenden desde el fin del cardenismo hasta la masacre de Tlatelolco han sido denominadas como la Edad de Oro y el Milagro mexicano. Desde 1940 hasta 1968, e incluso 1970, el desarrollo económico permitió a México expandirse y generar una industria relativamente competente.[90] Las políticas económicas durante este periodo favorecieron el desarrollo del sector primario pero, con todo, no consiguieron mejorar la miseria existente en los

---

[89] Ver Brunk 1998 para comprender los usos de Zapata durante la campaña presidencial de 1940. (112-118)

[90] Esta época fue gobernada por Manuel Ávila Camacho (1940-1946), Miguel Alemán (1946-1952), Adolfo Ruiz Cortines (1952-1958), Adolfo López Mateos (1958-1964) y culminó con la presidencia de Gustavo Díaz Ordaz (1964-1970).

campos, generando olas de migración a las zonas metropolitanas.[91] Además de esto, la insistente focalización en la sustitución de importaciones con el fin de fortalecer el mercado nacional causó que este milagro económico se fuera tornando en una inflación desorbitada con la consecuente devaluación del peso, cosa que ocurrió para finales de la década de los sesenta.

De cualquier forma, y a pesar de ciertas medidas nacionalizadoras por parte de López Mateos en 1961, estas tres décadas de historia mexicanas se caracterizan por el fenómeno que Mario Vargas Llosa denominó como "la dictadura perfecta" ya que, hasta la masacre de Tlatelolco, el país parecía encontrarse dentro de un sistema democrático que perpetuaba la represión de las clases sociales trabajadoras y campesinas (Joseph y Buchenau 142). Claramente, con las declaraciones de Ávila Camacho en las que se autodenominaba como católico, y con el advenimiento de nuevos líderes políticos con educación universitaria (los llamados *licenciados*, cuyo primer ejemplo fue Alemán), la idea de la Revolución institucionalizada y de su retórica de unidad y de posibilidad de cambio se fue diluyendo a la par que el partido gobernante se consolidaba y, para 1946, cambió incluso su nombre para convertirse en el Partido Revolucionario Institucional, dejando fuera de juego al sector militar e inaugurando el rumbo que la organización iba a seguir (Joseph y Buchenau 147).

---

[91] Desde 1943 hasta 1953, la Fundación Rockefeller instauró un programa que se conoció como la Revolución Verde y cuyo fin era implementar las técnicas de cultivo para así poder generar más exportación. La aplicación de técnicas usadas en Estados Unidos no fue demasiado favorable para los campesinos mexicanos. Ver artículo de Deborah Fitzgerald para más información.

Una de las características que definió este periodo también fue su política exterior, especialmente en cuanto a sus relaciones con Estados Unidos. La Segunda Guerra Mundial supuso que México se uniera con el bloque aliado formado por Gran Bretaña, la URSS, China y Estados Unidos y mostró su disposición a entrar en guerra. Dentro de este momento histórico es relevante mostrar cómo se pensó a Zapata ya que, por ejemplo, algunos de sus detractores reclamaron que el morelense estaba asistiendo a Adolf Hitler, retomando así los rumores de su no-defunción (*The Posthumous Career* 121-122). Por otro lado, algunos veteranos zapatistas se aliaron para formar el Frente Zapatista en 1940 y se mostraron dispuestos a entrar en guerra si era inevitable. Esto no tuvo que ser necesario para los aliados, pero Estados Unidos sí que requirió ayuda de su vecino del sur en lo que se refería a mano de obra. Por estos motivos en 1942 se instituyó el Programa Bracero, diseñado para enviar mexicanos a trabajar en la cosecha mientras que los campesinos norteamericanos se encontraban luchando en la guerra. Estos flujos migratorios oficiales continuaron hasta la década de los sesenta, cuando Estados Unidos decidió cancelarlo. La importancia de este programa radica en que precisamente esta emigración permitió que, junto con estas comunidades, la imagen y la memoria de Emiliano Zapata también viajara al norte convirtiéndose, años después, en figura icónica tanto del Movimiento Agrarista de César Chávez como en héroe insurgente para el Movimiento Chicano, e incluso llegó a ser interpretado por Marlon Brando en la película icónica *Viva Zapata!*, de Elia Kazan y guión de John Steinbeck.[92]

---

[92] Dentro del Movimiento Chicano, el poema de Rodolfo "Corky" Gonzáles "Yo soy Joaquín/ I am Joaquín" menciona a Zapata para después explicitar la relación de este con la tierra,

Las conmemoraciones del morelense en su nación continuaban durante el periodo denominado milagro mexicano; de hecho, la asistencia de Ávila Camacho al homenaje en Cuautla en 1941 constituyó la puesta en marcha de una peregrinación por cada presidencia a la tumba de Zapata que hasta la actualidad todos los presidentes respetaron (*The Posthumous Career* 124). Por otro lado, para 1943, Jesús Sotelo Inclán publicó un trabajo sobre Zapata y su movimiento que trataba de enlazar al revolucionario con la historia de su región. *Raíz y Razón de Zapata* es una obra que trata de ofrecer una explicación a esta insurrección agrarista. Como los otros textos de su época, sin embargo, se centra particularmente en la cuestión agrarista y deja de lado el proyecto de autonomía presente en los manifiestos zapatistas.

Este trabajo, junto con la culminación de la obra de Magaña iniciada durante el cardenismo, representaban esa necesidad de crear a Zapata desde el imaginario del autor, algo que también se pudo observar con el análisis de los corridos y de la obra de teatro de Magdaleno. Esta tendencia iba de la mano del discurso gubernamental, como afirma Brunk, que se permeaba a trabajos como el clásico *El laberinto de la soledad* (1950) de Octavio Paz. Este intelectual, influenciado por la retórica de la época y, en concreto, por la experiencia de su padre como emisario de Zapata, consideró a este último como la personificación de la mexicanidad (*The Posthumous Career* 135). Durante esta época de bienestar económico también fue fortaleciéndose la industria cinemática en México, cuyo fin era proyectar una imagen de México

---

articulando, una vez más, la imagen tradicional del héroe (*The Posthumous Career* 182). Brunk hace también un análisis interesante de los motivos por los que Kazan y Steinbeck decidieron hacer uso de Zapata en un momento histórico tan relevante como la Guerra Fría (*The Posthumous Career* 174-178).

más amable y bucólica que permitiera la llegada del turismo al país. Precisamente, como apunta Eric Zolov, todas las manifestaciones del cine mexicano como las otras expresiones de la cultura de masas de la época (cómic, música, baile, entre otras) partían de la necesidad de presentar México ante el mundo como una nación cosmopolita con una tradición folclórica importante (236-241). Samuel Brunk menciona que desde el comienzo del discurso posrevolucionario se trató de forjar una nación cultivada, algo que se logró a partir de la creación de colectivos como el Ballet Folclórico que viajó frecuentemente a Estados Unidos y que dedicó uno de sus espectáculos a la figura de Emiliano Zapata (*The Posthumous Career* 135).

Dentro de todas estas representaciones de este Zapata nacional es necesario destacar un movimiento que precisamente recuperó parte de la insurgencia zapatista original y comprendía las premisas que el movimiento revolucionario declamaba. Rubén Jaramillo fue otro líder campesino, también de Morelos que, consciente de que la Reforma Agraria no respondía ni se había cumplido de acuerdo con lo prometido tras la revolución, inició una insurrección en los años cuarenta que duró más de veinte años. Como Tanalís Padilla afirma, este colectivo no tenía los mismos objetivos que los zapatistas: "this generation sought support necessary to make the campesino economy viable in a rapidly modernizing nation. The Jaramillistas demanded credit, technical assistance, better prices on their products, and basic state services such as schools and hospitals" (2). Está claro pues que esta insurrección, pese a sus demandas más actuales, constituía una recuperación de ese espíritu zapatista y, por ende, una representación más fiel que todas las que se habían creado hasta entonces y aún sin haberse apropiado del nombre del revolucionario, como ocurrió posteriormente con el Ejército Zapatista de Liberación Nacional. Los constantes desencuentros entre el gobierno y Jaramillo parecieron llegar a un punto final

cuando López Mateos les dio la amnistía a él y a su movimiento en 1962 (Joseph y Buchenau 159). Sin embargo, el apoyo de este gobierno al recién formado gobierno revolucionario en Cuba en 1959 y su boicot a las fuerzas opositoras de este proceso llevó a que en 1962 el ejército reprimiese el jaramillismo y asesinara al líder y su familia (Joseph y Buchenau 159).

A pesar de la admiración que López Mateos parecía sentir por Zapata y las similitudes que este primero parecía tener con Jaramillo, Brunk afirma que el Presidente no tuvo ningún problema en eliminar al rebelde (*The Posthumous Career* 148). Este evento refuerza no solamente la noción anteriormente mencionada de la dictadura perfecta o dictablanda, sino también la naturaleza del propio régimen en torno al entendimiento de Zapata; una vez más, Jaramillo es comparable con el morelense por su naturaleza incorruptible pero sobre todo insurgente. El régimen, sin embargo, se había deshecho de esta segunda característica para usar únicamente al Zapata domesticado, símbolo de la identidad mexicana, del mestizaje y de una lucha agraria aparentemente "pacífica." De cualquier forma, el asesinato de Jaramillo no fue la única muestra de la represión de este régimen. Las protestas en 1968, que partían del derroche de las arcas del gobierno en su afán por demostrar que México como nación moderna podía albergar los Juegos Olímpicos en medio de una crisis económica bastante seria, culminaron con la desaparición de miles de estudiantes en la Plaza de las Tres Culturas, en Tlatelolco, una colonia de la Ciudad de México, el 3 de octubre de ese año. Este suceso marcó el fin de la retórica del régimen posrevolucionario: la máquina del Estado se desvelaba oficialmente como un régimen represivo que había estado impregnando un pensamiento homogéneo con el fin de cohesionar una identidad nacional.

La relevancia del Tratado de Libre Comercio de América del Norte y del posterior alzamiento del movimiento neozapatista en 1994 hace de este el acuerdo norteamericano más conocido. Sin embargo, también hay que mencionar que estas primeras expresiones del neoliberalismo ya fueron puestas en práctica anteriormente. Una de sus primeras demostraciones fue la institución del Programa de Industrialización Fronteriza en 1964, que llevó al establecimiento de un gran número de corporaciones norteamericanas en la frontera entre México y Estados Unidos. Este tipo de políticas que abogaban por una apertura de la economía y, en consecuencia, la entrada de capital extranjero, contribuyeron también a las múltiples protestas que culminaron con la masacre del 3 de octubre en Tlatelolco. Los discursos críticos en este evento marcaron, asimismo, una nueva forma de imaginar al morelense y que, en cierta forma, lo recuperaba dentro de su insurgencia. El "Zapata rebelde," tal y como lo denomina Samuel Brunk, se convirtió en icono de estas protestas junto con Mao Tse-Tung y el Ché Guevara (*The Posthumous Career* 192). Es interesante comentar que esta percepción de Zapata como insurgente provenía de una reinterpretación transnacional del Caudillo desde la frontera norte de México, especialmente dentro de los círculos del Movimiento Chicano y el Movimiento Agrario de César Chávez. Para 1968, además, John Womack Jr. publicó su trabajo historiográfico *Zapata and the Mexican Revolution*, en el que, una vez más, se configuraba a Zapata como redentor del campesinado. Esta forma de representarlo continuaba también dentro de la propia geografía mexicana; Felipe Cazal filmó en 1970 *Emiliano Zapata,* protagonizada por el cantante y actor Antonio Aguilar. A propósito de esta película, Ignacio Corona apunta que a pesar de la aparente aspiración de crítica social del cineasta, el filme se convirtió en una mera reproducción del mito oficial, algo totalmente comprensible teniendo en cuenta que el propio

Presidente Díaz Ordaz pidió la creación de un texto fílmico sobre el revolucionario y fue financiada por el Estado (614). Con esto se comprueba, una vez más, la estrecha relación entre el Estado y las Artes a la par que se reafirma la vigencia del discurso posrevolucionario en la conmemoración de Zapata.

Poco después del estreno de *Emiliano Zapata* Luis Echeverría se convirtió en el presidente de la nación durante el siguiente sexenio. Su gobierno, junto con el de José López Portillo (1976-1982) ha sido considerado como la década perdida debido a la debacle económica y social que los definieron (Joseph y Buchenau 175). Además del agravamiento de la deuda externa, que no mejoró pese al descubrimiento de yacimientos petrolíferos en el sureste del país, la falta de crecimiento culminó con la devaluación del peso en 1982 y la intervención del Fondo Monetario Internacional con la imposición de su paquete de medidas de austeridad (Joseph y Buchenau 173-175). Ambos gobiernos, pese a implementar diversas medidas sociales, fueron especialmente notorios por la clara violencia de Estado contra grupos rebeldes como el de Lucio Cabañas (Joseph y Bucheanu 169). La guerra sucia contra este grupo insurgente de clara afiliación izquierdista que recordaba a Zapata contrastaba notoriamente con la imagen exterior que presentaba México. En materia internacional, el país era bastión de los exiliados por el golpe de estado del 1973 del general Pinochet en Chile. Las constantes contradicciones entre su imagen en el extranjero y su retórica y sus acciones definen la historia del PRI. Así, y teniendo en cuenta la corrupción durante sucesivos mandatos, el recorte en los derechos de ciertos colectivos, y sobre todo la mal llamada y pésimamente ejecutada Reforma Agraria, se desvelan las similitudes entre el régimen porfirista y la familia revolucionaria que lo derrocó.

Dentro de esta construcción de Estado, la figura de Zapata continuaba siendo vertebral al discurso de la nación e, incluso dentro de las manifestaciones que trataban de recordarle como un rebelde, existía aún esa concepción del revolucionario como una figura estática y configurada exclusivamente en torno a la Reforma Agraria. Tanto es así que durante los gobiernos de Echeverría y López Portillo diversos colectivos campesinos hicieron no únicamente de la imagen del morelense su bandera, sino que también incorporaron sus tácticas de invasión de tierras, tal y como los primeros zapatistas hicieron en 1910. El apoyo gubernamental que recibieron estas organizaciones agrarias incluso en el allanamiento de territorios , no obstante, convertían cualquier paralelismo con Zapata y su movimiento en meras demostraciones de la dominación del Estado en cuanto a la forma de imaginar al revolucionario, ya que había desaparecido cualquier rasgo de insurgencia antisistema. Esta forma de percibirlo continuó con las posteriores administraciones cuyas políticas instauraron oficialmente el régimen neoliberal en México.

El siguiente gobierno vino de la mano del mismo partido; Miguel de la Madrid (1982-1988) ha sido considerado como el primer presidente tecnócrata, debido a su máster concedido por la Universidad de Harvard y especialmente por su convicción respecto a la no-intervención del gobierno en la recuperación del país (Camp 572). La privatización de ciertos sectores (excepto PEMEX) con la intención de estabilizar la economía contribuyeron a que se afianzara el neoliberalismo en México. La instauración de estas medidas austeras y su pobre manejo del proceso de reconstrucción tras el terremoto que asoló la capital en 1985 fracturaron la base del PRI y provocaron que Cuauhtémoc Cárdenas (hijo del Presidente) y otros disconformes abandonaran el partido y formaran el Frente Nacional Democrático en 1988, movimiento que posteriormente se consolidó como el Partido de la Revolución Democrática (PRD). La

hegemonía del PRI seguía constituyéndose con medidas que recortaban los derechos de la ciudadanía tanto a niveles económicos como sociales. Sin embargo, y a pesar de lo contradictorio que resultaba, Zapata continuaba siendo una imagen central al imaginario gubernamental. A diferencia de anteriores representaciones, Brunk anota que Zapata era esculpido como "…a society's prophet: still patriarcal, but more intimidating, dominating, God like" (*The Posthumous Career* 217). Así, y representando a Zapata como el Dios amenazador del Antiguo Testamento, trataban de justificar el uso de este personaje. Con la misma intención, en los ritos de conmemoración se hacía uso del título del estudio de Sotelo Inclán, *Raíz y razón de Zapata*, para ubicar al revolucionario dentro de esa retórica en el que él figuraba como redentor del campesinado. Con las políticas del gobierno de La Madrid y principalmente con las de su sucesor, Carlos Salinas de Gortari, se demuestra que ni siquiera la defensa del campesinado era oficialmente ya una preocupación de los gabinetes de gobierno.

Tras unas elecciones especialmente sospechosas de fraude en las que Carlos Salinas de Gortari (1988-1994) venció al candidato del PRD, Cuauhtémoc Cárdenas, el gobierno decidió "…reform the revolution to make Mexico a first world nation" (Joseph y Buchenau 181). Gortari, como su antecesor, gozaba de haber cursado su educación en Harvard (es Doctor en Economía Política y Gobernación), y a pesar de medidas sociales como la implementación del Programa Nacional de Solidaridad (PRONASOL), su modificación en 1992 del Artículo 27 de la Constitución oficializaba, de una vez por todas, la ruptura del Estado con cualquier residuo de la Revolución. Esto hace replantearse cualquier uso que se pudiera de la memoria y figura de Zapata dentro de este contexto; curiosamente, Salinas de Gortari demostró ser conocedor del revolucionario y, con el apoyo de algunos de los muchos hijos de este último, contribuyó a

consolidar su nueva visión del agrarismo usando todavía a Zapata, en los que el sector privado se instituyó como poder absoluto. La máxima de "Tierra y Libertad" que erróneamente había propagado el gobierno durante la posrevolución parecía desaparecer a la par que la imagen de Zapata continuaba transformándose en un contexto neoliberal y en el que, con su rifle, defendía ahora la propiedad individual.

Samuel Brunk da cuenta de cómo los nuevos libros de historia que se estaban editando no ofrecían una visión tan expandida e idílica del revolucionario como lo habían hecho otros textos del pasado (*The Posthumous Career* 227). Estas obras editadas por Héctor Aguilar Camín y Enrique Florescano apenas recordaban el inestimable valor de Zapata dentro del agrarismo, proyectando claramente la intención de desdibujarlo, una vez más, de la única característica relativamente fidedigna que quedaba del líder morelense. A pesar de esto, estos esfuerzos fueron fútiles ya que la protesta de la oposición en 1992 obligó a ofrecer una imagen más positiva del caudillo. A estas quejas se sumaban además los movimientos que tenían lugar durante las conmemoraciones del 10 de abril y en las que cada vez participaban más organizaciones agrarias y sindicatos que, además de posicionarse en contra de las medidas que restringían los derechos sociales de los mexicanos, también incluían el nombre del revolucionario. Estos grupos también protestaban por el aumento de la contaminación, la violación de los derechos humanos y, particularmente, por la aprobación y puesta en marcha del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLC) en enero de 1994 que creaba una zona de libre comercio entre México, Canadá y Estados Unidos y facilitaba el intercambio de bienes entre los tres países. Ante la quimera de una mejora económica que el gobierno planteaba y que para sus adversarios resultaba imposible, se levantaron también otros colectivos. La institución del régimen neoliberal pero,

sobre todo, los quinientos años de dominación colonial y consecuente silenciamiento de las comunidades originales de México llevaron al alzamiento del Ejército Zapatista de Liberación Nacional en Chiapas en 1994.[93] El EZLN constituyó el primer ejercicio de representación de Emiliano Zapata que parecía aproximarse al líder desde su complejidad epistémica y, obviamente, desde su insurgencia.

Votán-Zapata, o la recuperación de una epistemología decolonial[94]

El contexto histórico y social en el que emerge el EZLN, como se ha demostrado anteriormente, sitúa a este colectivo dentro de un orden económico globalizante que continuaba perpetuando todas las instancias de dominación posibles. En el caso particular del estado de Chiapas, donde tuvo su génesis este movimiento, los cambios que se efectuaron al Artículo 27 de la Constitución que hasta entonces habían garantizado ciertos derechos a la tierra a los campesinos resultaron en la privatización de terrenos así como la inversión de capital extranjero (Stephen 63). La legalización de la conversión de antiguas tierras comunales en ejidos y su posterior liberalización llevaron al empeoramiento de las condiciones de vida de estas comunidades. Si a esta situación se le suma la eternamente polémica cuestión indígena en la que el Estado únicamente había fomentado políticas para la asimilación y silenciamiento de estas comunidades, es fácil comprender los motivos de la insurgencia de este colectivo. De cualquier

[93] A partir de ahora se hará referencia a este colectivo como el EZLN.

[94] Votán-Zapata es el nombre que el EZLN otorga a su particular construcción de Zapata.

forma, esta investigación no tiene como fin centrarse en la historia del neo zapatismo ni en ofrecer una panorámica completa respecto a sus orígenes y actual estado, ya que tanto el EZLN con su constante diseminación en las redes sociales, como la investigación desde diversas disciplinas están cumpliendo con esta labor.[95]

El alzamiento del EZLN del 1 de enero de 1994 consistió en la toma de la capital de Chiapas, San Cristóbal de las Casas, así como de otras localidades importantes. Esta ofensiva no fue demasiado duradera, ya que el ejército nacional lanzó una contraofensiva que los obligó a regresar a la selva (*The Posthumous Career* 228). Para el día siguiente, sin embargo, este colectivo transmitió su primer comunicado, conocido como la *Declaración de la Selva Lacandona*.[96] De cualquier forma, y como Joseph y Buchenau apuntan, la novedad del EZLN fue que "…[they] waged a new kind of rebellion, more intent in winning the hearts and minds of its audience than winning a war" (187). Estas palabras apuntan precisamente al argumento principal de este análisis, que es precisamente demostrar cómo esta nueva apropiación de la figura de Zapata lo reubica, por primera vez desde el conflicto armado, dentro de una propuesta descolonizadora que a grandes rasgos casa con lo que el revolucionario promulgaba en sus manifiestos. Evidentemente, y tal como estos mismos historiadores comentan, existen

---

[95] Como fuentes primarias, las páginas *Enlace zapatista* y *EZLN* salvaguardan todos los documentos y comunicados del colectivo. Asimismo, ver los trabajos de Harvey (1998), Stephen (2002), y especialmente la tesis doctoral de Mariana Mora (2008) y su posterior antología con Baronnet y Stahler-Sholk (2011).

[96]Hasta el momento, han sido seis las Declaraciones de la Selva Lacandona que este colectivo ha sacado a la luz, siendo la última en 2006.

desigualdades entre el zapatismo morelense y el chiapaneco debido a su diferencia temporal; sin embargo, sus programas demuestran que ambos colectivos reclama(ba)n la devolución del territorio al campesinado, se oponían y oponen a un Estado que continuaba ignorando las necesidades del campesinado y revalida(ba)n la cultura, costumbres y cosmovisiones locales (Joseph y Buchenau188). Estas, junto con otras, son las premisas que indudablemente definen el corazón del movimiento del EZLN y resulta notorio destacar que mucha de la divulgación de las propuestas de este grupo fue a través de cuentos y relatos escritos por el Subcomandante Marcos, figura que ha llegado a ser casi tan representada como el propio Zapata y en los que este último, precisamente, tiene un protagonismo central.

Las primeras líneas del documento fundacional del zapatismo contemporáneo, reproducidas al comienzo de este capítulo, ubican al movimiento dentro de un tiempo histórico que se retrotrae a los quinientos años de lucha entre los que se encuentra la propia revolución con Pancho Villa y Emiliano Zapata "…hombres pobres como nosotros." En este primer párrafo, además, se hace especial énfasis en una conciencia de clase que precisamente refuerza la noción del dialogismo constante y tan presente en la propuesta zapatista. Por dialogismo se entiende el diálogo de saberes entre una cosmovisión maya propuesta por los colectivos y bases de apoyo zapatistas (tzeltales, tsotsiles, tojolab'ales y ch'oles) y una visión marxista marcada precisamente por activistas de origen urbano y mestizo como el propio Marcos.[97] Esta fluidez entre ambos conocimientos sirve de base para un proyecto epistémico emancipador, y la *Declaración de la*

[97] Ver Baronett, Mora y Stahler-Sholk para una explicación de la estructura político-civil del zapatismo así como de sus bases (22-27).

Selva Lacandona es justamente uno de los textos clave dentro del movimiento zapatista. De igual modo el énfasis que se hace en su pertenencia a la clase de los desposeídos, tal y como afirma María Josefina Saldaña, "signifies doubly in this sentence; the dispossession of the poorer who are 'dying of hunger,' but also the dispossession of the original inhabitants of the Americas" (225). Así, y sin necesidad de explicitar su etnicidad, el EZLN marca a través de la intersección de clase y raza su condición de ciudadanx modernx a la par que presenta su propuesta para la ciudadanía mexicana.

Dentro de esta idea de pertenencia al Estado mexicano, uno de los ejes centrales del pensamiento zapatista parte esencialmente del reconocimiento de la autonomía de estos colectivos indígenas, "como eje de nuevas prácticas de poder y de la democracia y de la producción de las nuevas identidades políticas" (Baronnet et al. 21). Al reconocer sus experiencias diarias y sus usos y costumbres, y por ende, su alteridad, se transforma precisamente esa otredad silenciada de la que hablaba Dussel y se activa su agencia como colectivos autónomos. Este concepto de emancipación, como afirma Mariana Mora,

> no es por naturaleza transformadora ni genera de facto rupturas a los procesos de recolonización neoliberal. Genera las posibilidades de reventar y revertir procesos hegemónicos en la medida en que los individuos y colectivos que la implementan en lo cotidiano ejercen prácticas que conllevan a la producción de conocimientos, sentidos del quehacer político, alianzas con otros actores y formas de entenderse y de actuar en el mundo distintos a las expresiones más recientes y residuales de dominación. (308)

Este planteamiento de una autonomía de los colectivos indígenas basado en la comunidad y en el diálogo de saberes recuerda, esencialmente, las propuestas que Emiliano Zapata y su Ejército Libertador del Sur propusieron durante la revolución mexicana. Partiendo de la alteridad, y del reconocimiento de su diferencia, ambos grupos promulgan por lo tanto, una propuesta epistémica descolonizadora. Mientras que en Morelos todas estas ideas se propagaban mediante decretos y leyes, el EZLN presenta no solamente su cosmovisión y proyecto emancipador sino también su propio entendimiento de quién fue Emiliano Zapata.

Los comunicados y relatos han sido una constante dentro de la difusión del mensaje zapatista. Desde los primeros días de actividad pública, el Subcomandante Marcos se convirtió en uno de los portavoces junto con figuras que pertenecían a las comunidades chiapanecas como el subcomandante Moisés, la comandante Ramona u otras figuras femeninas.[98] Entre todos estos textos, existen algunos que se centran precisamente en la figura de Emiliano Zapata y su origen. Para comprender estos textos, es necesario partir de la concepción de que estos son una nueva representación y entendimiento del líder revolucionario y que en ninguno de los casos están amagando una representación real del revolucionario, al contrario de la obra de Flores, quien busca, de nuevo, un Zapata más humano. Lo que acerca al EZLN y al propio Zapata son precisamente sus proyectos pensados desde los saberes otros. En ambos casos, se reconoce la dificultad de escapar del sistema impuesto por las diferentes vertientes de la colonialidad; a pesar

---

[98] El feminismo es, dentro del EZLN, una de las áreas de discusión más frecuentes, y la labor de las mujeres dentro de este colectivo es extraordinaria. La tesis de Mariana Mora es exponente de este tema, pero especialmente la investigación de la investigadora R. Aída Hernández Castillo es específica a esto.

de ello, la puesta en marcha del EZLN y el apoyo recibido a nivel nacional e internacional, especialmente, y teniendo en cuenta la vigencia de los movimientos indígenas de resistencia en América Latina y en otros puntos del denominado Sur Global permiten pensar que, como afirma Anibal Quijano, "la colonialidad del poder está en su más grave crisis desde su constitución hace 500 años" ("El 'movimiento indígena'" 648).

La debacle del orden mundial tal y como lo conocemos es un punto de crítica constante en los textos del EZLN. Este colectivo descoloniza la temporalidad occidental para moverse a través del tiempo y examinar críticamente el alcance de esta crisis. Dentro de este análisis, Zapata se convierte en una herramienta que ayuda al colectivo a retrotraerse hasta el génesis de su cosmovisión para después ubicar a Zapata como centro de todos los movimientos de resistencia. Para los propósitos de esta investigación, se va a analizar brevemente un relato incluido en *Relatos de El Viejo Antonio,* escritos por el Subcomandante Marcos en 1998-y también se hará uso de los comunicados "Votán Zapata" y "Votán-Zapata, Guardián y Corazón del Pueblo," emitidos el 10 de abril de los años 1994 y 1995. A pesar de la posterioridad del texto de Marcos, es necesario comenzar con este texto ya que es referencial para comprender el acercamiento de este colectivo al protagonista de esta investigación.

Toda esta colección de relatos gira en torno a la figura del viejo Antonio, uno de los sabios de la comunidad tlojolab'al.[99] El Subcomandante Marcos, o el Sup, como su *alter-ego* en esta colección de relatos, se convierte en el nexo narrador y de acuerdo con Mignolo, "he

[99] Los tlojolab'al es una de las comunidades de origen maya que viven en la zona sureste de Chiapas. Este grupo, junto con los tzeltales conforman las bases del EZLN.

becomes the translator, on the one hand, of Amerindian discourses to the Mexican nation and the world beyond Mexico, and on the other hand, of Marxism to Amerindian intellectuals" ("The Zapatistas's Theoretical Revolution" 247). Mignolo menciona esto porque la conversación es una constante en todos estos relatos; precisamente en "La historia de las preguntas," ambos protagonistas se encuentran de cara a dos cosmovisiones que a pesar de haber sido tradicionalmente enfrentadas, dialogan para así abrir un intersticio alternativo a las esferas de dominación.

El diálogo entre ambos durante un encuentro en la sierra chiapaneca comienza cuando el Sup. pregunta a su contertulio si considera que los miembros del EZLN son bandidos, a lo que el viejo Antonio contesta que "Prefiero que tú me lo digas" (56). Esto lleva a que el zapatista le cuente su particular visión de la revolución y evolución de México, con un claro énfasis en la percepción lineal y occidental de la historia y con un claro corte marxista (56). Evidentemente, el Sup. menciona a Emiliano Zapata, lo que causa que Antonio le pregunte por este personaje. Una vez más, el primero cuenta la historia del revolucionario morelense desde la perspectiva de clase y el valor de Zapata dentro de esta lucha. Sorprendentemente, el viejo Antonio le contesta una vez que termina, "No así fue… Yo te voy a contar la verdadera historia del tal Zapata" (57). Es en este preciso instante cuando se pone en marcha la figura del Sup. como traductor hacia Occidente, y asimismo se activa la agencia del colectivo indígena representado en este caso por el viejo Antonio. Esta voz activa contrasta con los quinientos años de silencio a los que fueron sometidos los indígenas y que fueron traducidos en numerosos textos en los que su representación era puramente estética, folclórica o incluso residual (Saldaña 233). Esa unidireccionalidad de la representación forzada mediante la colonialidad del poder y que tan

claramente se veía en los anteriores capítulos parece desintegrarse aquí al enfrentar dos cosmovisiones aparentemente irreconciliables pero que son capaces de dialogar para construir una versión (alter)nativa.

Esta visión maya sobre Emiliano Zapata comienza con uno de sus mitos de la creación, con los dioses Ik'al y Votán, quienes "dos eran de uno sólo [sic]" (57). De acuerdo con Antonio, estos dioses "quedando se estaban siempre" hasta que decidieron moverse, "…primero para preguntar cómo, y luego para preguntar dónde" (57). Durante el relato, Antonio insiste en que negociando entre ellos y, sobre todo preguntando, conseguían avanzar, algo que demuestra a través de la interacción entre ambos dioses y el diálogo que los conduce a caminar (58-59). En el relato se observa que ambos dioses, pese a su unidad corpórea, son fuerzas complementarias, ya que mientras que el Ik'al caminaba de noche, el Votán lo hacía de día (59). Como relata el viejo, "Desde entonces los dioses caminan con preguntas y no paran nunca, nunca se llegan y se van nunca. Y entonces así aprendieron los hombres y mujeres verdaderos que las preguntas sirven para caminar, no para quedarse parados así no más" (59). Esta reflexión permite vislumbrar una de las máximas del zapatismo, el "andar preguntando" que conduce precisamente a esa reiteración del diálogo, no solamente entre humanos sino también entre epistemologías como herramienta para la descolonización.

Concretamente, es a través de las preguntas que Antonio le hace a una fotografía de Emiliano Zapata, sacada por Agustín Casasola en 1910, que el viejo llegó hasta el lugar donde se encontró con el Sup. Es necesario señalar cómo el viejo Antonio hace uso de una estampa de la modernidad como es la fotografía y pone en marcha el proceso de resignificación del revolucionario al hacerle preguntas y cuestionarle desde su cosmovisión y entendimiento previo

de Zapata. Él, como representante de una tradición ancestral, dialoga con la foto en busca de respuestas y sobre todo, un camino hacia el entendimiento. Las referencias anteriores a este personaje histórico invitan además a entender el punto de partida de Antonio y su comunidad tlojolab'al, en la que Emiliano Zapata transciende su condición humana para convertirse en Votán-Zapata:

> El tal Zapata se apareció acá en las montañas. No se nació, dicen. Se apareció así nomás. Dicen que es el Ik'al y el Votán que hasta acá vinieron a parar en su largo camino y que, para no espantar a las gentes buenas, se hicieron uno sólo [*sic*]. Porque ya de mucho andar juntos, el Ik'al y el Votán aprendieron que era lo mismo y que podían hacerse uno sólo en el día y en la noche y cuando se llegaron hasta acá se hicieron uno y se pusieron de nombre Zapata y dijo el Zapata que hasta aquí había llegado y acá iba a encontrar la respuesta de a dónde lleva el largo camino y dijo que en veces sería luz y en veces oscuridad, pero que era el mismo, el Votán Zapata y el Ik'al Zapata, el Zapata blanco y el Zapata negro, y que eran los dos el mismo camino para los hombres y mujeres verdaderos (60).

Como se puede observar, "la historia de las preguntas" tiene múltiples propósitos. La enunciación de una de las premisas del movimiento "caminar preguntando," nos lleva a escuchar, desde la subjetividad del propio Antonio, no solamente uno de los mitos de creación de la cosmovisión maya, sino también el origen ancestral del revolucionario morelense. Esto pone en marcha el concepto de doble-traducción acuñado por Mignolo que "… makes it possible to imagine epistemic diversality (or pluriversality) and to understand the limits of the abstract-universals that have dominated the imaginary of the modern/colonial world from Christianity to

liberalism and Marxism" ("The Zapatistas's Theoretical Revolution" 250). La inserción de un personaje histórico que claramente ha sido convertido en un terreno de pugna por la apropiación de su significado, pero especialmente la reinvención de Emiliano Zapata desde los saberes otros de las comunidades de origen maya que lo perciben como la reencarnación de dos dioses que son uno, supone un ejemplo más de las prácticas decolonizadoras que el EZLN ha puesto en marcha.[100]

Las referencias al Zapata-Votán no se limitan a los *Relatos de El Viejo Antonio*. En dos de los comunicados emitidos en el aniversario del asesinato de Zapata durante los años 1994 y 1995, el EZLN también se centra en cuestionar y ofrecer una alternativa a la representación del caudillo instituida por el Estado. El hecho de que este movimiento decidiese prorrumpir estos manifiestos en esta fecha tan específica implica que precisamente trataban de fracturar el conocimiento absoluto que se había encargado de construir un Zapata que únicamente era mártir del agrarismo y que se conmemoraba en el aniversario de su asesinato. La forma en la que el EZLN plantea resistencia y resquebraja este conocimiento único es mediante su propia cosmogonía, a la par que inserta también su agenda política. Pablo Dávalos comenta sobre los movimientos indígenas en América Latina que en general, estos colectivos incorporan las nociones de creación, recreación, recuperación y reconstitución del saber dentro de espacios

---

[100] A propósito de esto, Anita Horat comenta lo siguiente: "Con la incorporación de los cuentos cosmogónicos en el discurso zapatista, Marcos combina dos propósitos. Por un lado, el género del relato y el estilo oral le permiten la transmisión efectiva del mensaje político y los pensamientos filosóficos zapatistas a un público amplio. Por otro lado, la misma práctica de la reproducción de los relatos encierra una de las reivindicaciones políticas del zapatismo chiapaneco: la valoración de la palabra y la cultura indígena." (112)

definidos por su misma práctica política (32). Es así que se observa claramente que el proyecto descolonizador zapatista se genera desde su propio saber ancestral.

Partiendo así de esta agenda política que se nutre de los conocimientos y usos y costumbres locales, en el comunicado "Votán Zapata," el EZLN se vale no solo de la genealogía propia de la cosmogonía maya, sino que incluye también a los padres fundacionales de México como el padre Hidalgo, Morelos o Benito Juárez para reiterar una propuesta que ha sido una constante en la historia de México y que, en este momento, se enfrenta al neoliberalismo y la colonialidad representada por el Estado y su eterno ocupante, el PRI. Esto lo expresan también con enunciaciones tales como "A toda esta gente nos reúne, frente a una bandera de tres colores en cuyo centro hay la imagen de un águila devorando una serpiente, nuestra miseria común, el colectivo olvido en el que fuimos reubicados desde hace 501 años…". La complejidad de una oración como esta permite comprender que los zapatistas contemporáneos están llamando a todo México, que su proyecto es nacional e incorpora a toda la población, pero que además parte desde la alteridad y el silencio impuesto durante la conquista de las Américas. Es así que desplazan del imaginario mexicano a la figura del mestizo y ubican al indígena como nuevo centro de la narrativa nacional y de la lucha (Saldaña 224). Poco después, el texto indica este cambio de subjetividad al incluir al indígena Votán Zapata como ente que nutre al EZLN de fuerza para continuar luchando, y lo denomina "Votán Zapata, guardián y corazón del pueblo".

Las formas en las que presentan a esta nueva transfiguración de Zapata sirven para constituir una alternativa bajo el paraguas semántico desde el que se ha tratado al revolucionario. Primeramente, se le deslocaliza al decir "era y no era de estas tierras su paso…" para después afirmar "Votán Zapata, luz que de lejos vino y aquí nació de nuestra tierra." El EZLN parece

estar desmantelando la constitución del territorio mexicano articulando México desde su propia noción de espacio, al contemplar que el morelense no pertenecía pero al mismo tiempo era oriundo de esas tierras y que, además nació en las tierras chiapanecas. De esta forma se ve que traspasa las fronteras estatales para contemplar una tierra única guiada por la constitución étnica de los pueblos. Esta función se acentúa además si se recuerda esa construcción de Zapata como mártir secular por parte del gobierno, y se contrasta con el misticismo indígena con el que se le representa. De esta forma, se conecta a Zapata con todo un imaginario ancestral de las comunidades mayas y se le desvincula con su representación estatal, poniendo en marcha "…border thinking conceived as the epistemic potential of subaltern knowledges" ("The Zapatistas' Theoretical Revolution" 253).

Esta misma noción continúa en el texto emitido al año siguiente (1995), "Votán-Zapata, Guardián y Corazón del Pueblo." El entendimiento del morelense como un espíritu que permea las almas de los mexicanos y los invita a resistir continúa presente; la novedad, empero, es que el nombre se desvincula del personaje histórico para convertirse en un emblema: "Su nombre llama a una lucha por la justicia, una causa por la democracia, un pensamiento por la libertad." Esto causa que se le despoje de sus características humanas y que, a nivel representativo, haya sido apropiado de una forma similar a la del Estado. La diferencia radica, sin embargo, en que mientras el proyecto estatal partía desde una reiteración de todo tipo de dominación, la propuesta del EZLN tiene como base las mismas premisas que el zapatismo revolucionario: Libertad, justicia, autonomía y tierra. Además de estos conceptos, este manifiesto en concreto insiste también en una de las máximas de ambos movimientos, como es la comunidad y el diálogo al decir que "Votán Zapata es el uno que camina en el corazón de todos y cada uno de los hombres

y mujeres verdaderos." En este camino de avance a través del cuestionamiento, el "mandar obedeciendo" se convierte en central al pensamiento del EZLN. Para ellos, la idea de democracia es "que los pensamientos lleguen a un buen acuerdo," es decir, parten del diálogo y de la comunidad para poder conformar un sistema justo, algo solo posible si se camina con ese corazón verdadero, en el que vive Votán-Zapata (Marcos 65). A todo esto se le suma la idea de la dignidad representada a través de Votán-Zapata, quien de acuerdo con el texto, no puede entender el poder del dinero y la soberbia. Como dice Mignolo, la dignidad es central al pensamiento ético del EZLN y se dibuja un Votán-Zapata que, pese a ser una creación etérea, está presente no solo en los corazones de los mexicanos sino también en su historia ("The Zapatistas's Theoretical Revolution" 246).

Con todo, estos textos representan una fractura dentro de la ideología de Estado hegemónica que había articulado a Zapata desde ciertas premisas que servían para justificar las acciones de esta institución. La irrupción y vigencia del EZLN, que en 2017 está planteando la posibilidad de presentar una candidata para presidenta de la nación, demuestran que su propuesta trasciende las fronteras naturales de la selva de Lacandona. A través de su proyecto descolonizador que busca la autonomía de las comunidades indígenas, la restitución de tierras y, sobre todo, el diálogo de saberes en el que las cosmovisiones indígenas tendrían la misma cabida que el pensamiento occidental, el EZLN hace operativa la pluriversalidad enunciada por Enrique Dussel. Para Ramón Grosfoguel, "…Dussel argumenta por una multiplicidad de propuestas críticas descolonizadoras contra la modernidad eurocentrada, y más allá de ella, desde las localizaciones culturales y epistémicas diversas de los pueblos colonizados del mundo" (73). Es así que los zapatistas contemporáneos incorporan su propuesta y dialogan con la modernidad.

Con su cosmogonía basada en los saberes mayas y ubicando a Zapata y su nueva configuración ancestral Votán-Zapata dentro de este pensamiento, este colectivo de comunidades indígenas se ha reapropiado de la figura del revolucionario y lo ha reubicado de vuelta en la insurgencia que él mismo promulgó.

A pesar del impacto global del EZLN y del hecho que, de cierta forma, retornan a Zapata a su raíz rebelde, los ritos de conmemoración de la figura del revolucionario siguieron teniendo lugar. Los cambios gubernamentales, en los que el PRI perdió su hegemonía y dio paso en 2000 al más conservador Partido de Acción Nacional (PAN) y al gobierno de Vicente Fox, continuaron representando a Zapata desde la misma necesidad que tenía Magdaleno de mostrar un Zapata más humano, pero ignorando las revolucionarias interpretaciones del EZLN. Si a esto se le suman las celebraciones del bicentenario de la independencia de México y el centenario de la Revolución, se obtiene en 2010 un producto como *Zapata, ¿a dónde vas?* en el que se continúa configurando a Zapata desde la Ciudad Letrada que promulga una visión del revolucionario más cínica, pero que igualmente representa la figura de mártir constantemente reafirmada por el Estado.

Del PRI al PAN: Enunciando la democracia y a Zapata desde el conservadurismo

La irrupción del EZLN en el panorama político y social de México supuso la reafirmación de que el Estado estaba siendo tambaleado no solamente por fuerzas externas, sino también por su propia corrupción. Durante la campaña electoral de 1994 el candidato elegido por Salinas de Gortari, Luis Donaldo Colosio, fue asesinado y aunque pronto se encontró culpable, existieron múltiples conspiraciones que vinculaban la muerte del candidato con el propio Estado

(Camp 575). Aún y todo, se eligió a Ernesto Zedillo como nuevo representante presidencial del PRI y, evidentemente, volvió a ganar unas elecciones en las que tuvo como rivales a Cuauhtémoc Cárdenas (PRD) y Diego Fernández de Cevallos (PAN). [101] Al igual que su predecesor, Zedillo se encontró con un país en crisis que se incrementó por la devaluación del peso y, evidentemente, por las consecuencias del levantamiento zapatista y la inestabilidad social en el país. Por medio de préstamos dados por el gobierno de los Estados Unidos (de alrededor de veinte millones de dólares), Zedillo y su equipo consiguieron afianzar la economía a la par que debilitaron el rol del Estado mediante reformas que reforzaron tanto la rama legislativa como la judicial (Camp 575).

Mientras que todas estas medidas estaban teniendo lugar, la conmemoración de Zapata seguía siendo la misma y se aparentaba un diálogo con el campesinado que si no aportaba realmente ningún cambio, por lo menos generaba una aparente democracia. Como menciona Brunk, existía cierta ironía al ver cómo el gobierno del PRI conmemoraba el aniversario de Zapata en Chinameca mediante conversaciones con las organizaciones agraristas del Estado al mismo tiempo que reprimía las protestas de los campesinos en Oaxaca (*The Posthumous Career* 240). Esta represión, además, no era exclusiva a la zona suroeste de México. En Chiapas, continuaban las intervenciones del gobierno en contra del EZLN que llevaron no solamente al descubrimiento de la identidad del Subcomandante Marcos y de varias figuras importantes, sino

[101] A partir de ahora se hará referencia al Partido de Acción Nacional como PAN.

a que en 1995 el gobierno negociara con los insurrectos para que saliesen de algunas poblaciones (Joseph y Buchenau 193).

Chiapas seguía siendo territorio rebelde, y el gobierno continuaba deteniendo y estableciendo un estado de sitio en las localidades más importantes. Para 1996, el gobierno y el EZLN se sentaron a tratar de llegar a un pacto que se conoce como los "Acuerdos de San Andrés." De acuerdo con el Centro de Documentación Zapatista (CEDOZ), "el propósito de estos acuerdos es terminar con la relación de subordinación, desigualdad, discriminación, pobreza, explotación y exclusión política de los pueblos indios." Indudablemente, esta era una propuesta muy ambiciosa y, claramente, la proposición creada por la Comisión para la Concordia y la Pacificación (COCOPA) no recogió todas estas premisas. Aún y todo, los zapatistas aceptaron estas condiciones pero, en diciembre de 1996, Zedillo presentó un documento muy divergente al de COCOPA que llevó a que los zapatistas lo rechazaran y volvieran a declararse en rebeldía.

Entre estos desacuerdos y el claro desencanto de la población hacia su gobierno, el PRI decidió hacer un lavado de cara en 1996 que trató de dejar atrás la tecnocracia imperante en el partido. Tal y como comenta Roderic Ai Camp, la asamblea del PRI recomendó que los candidatos fueran miembros activos y con una participación constante en el partido, tratando así de restringir la entrada a los tecnócratas. Esta decisión llevó precisamente a que el candidato en las elecciones del año 2000 fuese el entonces secretario de gobierno (579). A pesar de que el partido trató de volver a la noción de la política de gentes, su excesiva apertura y dependencia hacia Estados Unidos, que se ejemplificaba con la relocalización masiva de empresas estadounidenses en México, y la fragrante corrupción tanto a nivel local como estatal

significaron una pérdida clara del apoyo de sus votantes (Joseph y Buchenau 194). Poco a poco, la imagen de Zapata como justo, honorable y mártir se desvinculaba de un partido y líderes políticos oportunistas; las constantes protestas por la reforma del Artículo 27 de la Constitución, la privatización de la economía y la consolidación del TLC confirmaban que el PRI, de ninguna forma, había sido el partido de la revolución social y que no podía forzarse la relación con el redentor agrarista que ellos mismos habían constituido (*The Posthumous Career* 241).

Evidentemente, las políticas neoliberales y represivas del PRI tuvieron sus consecuencias con la victoria de Vicente Fox, del PAN en el 2000 quien se enfrentó al perenne candidato Cuauhtémoc Cárdenas y al Priista Francisco Labastida (Camp 587). De acuerdo con el historiador Héctor Aguilar Camín, el votante educado, joven y urbano se decantó por el PAN, mientras que el ciudadano rural, anciano, y con menos educación votó por el PRI (43). Esta circunstancia sirve para ratificar, por un lado, la imperante hegemonía durante décadas del PRI y la eficacia de su discurso; por otro lado, empero, refleja también un cambio en el propio sistema, y que esa hegemonía se estaba resquebrajando. Lo irónico, sin duda, es ver que ese cambio venía por medio del espectro más conservador de la sociedad. Esta ruptura con la hegemonía del PRI la refleja el antropólogo y sociólogo Roger Bartra al comentar que "cuando México tuvo carácter, vivíamos inmersos en la comedia revolucionaria: no había destino, todo estaba institucionalizado en el eterno retorno del autoritarismo. Ahora, [*refiriéndose al 2009*], con la democracia, tenemos un destino, pero vivimos sin conocer el final de la obra" (37) [cursivas mías]. Esta aparente orfandad del mexicano se contempla más adelante, y especialmente durante el gobierno de Felipe Calderón (2006-2012), en el que la sangrienta guerra contra el narcotráfico, junto con la crisis económica y social, desinfló el país.

El gobierno de Vicente Fox no se caracteriza por decisiones especialmente notorias, ya que no pudo negociar con el PRI en el Congreso para llevar a cabo sus propuestas. Sin embargo, introdujo la Ley de Transparencia en 2003 que permitió el cuestionamiento de las agencias federales por parte de los medios de comunicación y de los individuos. Esta medida de entendimiento del sistema democrático como limpio cuadraba asimismo con la visión que el gobierno tenía de Emiliano Zapata: en la conmemoración del año 2001, celebrada en Chinameca, una delegada del gobierno insistió en que la revolución iniciada por el morelense tenía su representación máxima en las elecciones democráticas que acontecían en el país, ya que mediante estas se producía el cambio (*The Posthumous Career* 244). Resulta curioso pensar en Zapata como un demócrata cuando él mismo se rebeló contra Francisco Madero, el cual fue elegido Presidente en 1911; esto pone de manifiesto una vez más las interpretaciones de Zapata dentro de un contexto moderno en el que precisamente a él se le desvirtúa de su insurrección original. De cualquier forma, Zapata no fue usado especialmente por el gobierno de Fox, quizás por el intento de desvincularse de esa perenne Revolución institucionalizada y consagrada por el PRI.

Las representaciones artísticas del revolucionario, sin embargo, sí continuaban teniendo lugar. Un claro ejemplo de esto es la cinta de Alfonso Arau titulada *Zapata: El sueño del héroe* (2004), protagonizada por el cantante Alejandro Fernández. Sin entrar en demasiados detalles de la película, ya que tanto Ignacio Corona como Samuel Brunk (*The Posthumous Career*) dan cuenta de ello, es necesario reflejar que no se trata de una aproximación histórica al personaje sino que, de alguna manera, adapta a su gusto parte del imaginario sobre Zapata creado desde el EZLN. Así, el Zapata de Arau es una reencarnación del guerrero Cuauhtémoc, hablante de

náhuatl y que practica el chamanismo. Esta es otra muestra de una imagen alternativa sobre el revolucionario, evidentemente creada desde una ideología indigenista pero que, como dice Corona, reivindica el uso no-pedagógico del discurso historiográfico (647). Corona además hace referencia a la aparente influencia de la novela *Pedro Páramo* de Juan Rulfo en la película, ya que además del onirismo constante, el sueño de Zapata culmina con su muerte, al igual que en la obra del escritor jalisciense. Estas comparaciones intertextuales, junto con la clara representación del Zapata indígena, ponen de manifiesto otra representación más del protagonista de esta investigación que aunque no es especialmente aproximada a la figura histórica, sí que rompe con el mito nacionalista promulgado por el PRI (Corona 637).

Dos años después del estreno de este filme tuvieron lugar las especialmente polémicas elecciones de 2006. El PAN eligió a Felipe Calderón, Ministro de Energía y presidente del partido como candidato. Por su parte el PRD nombró a Antonio Manuel López Obrador, gobernador del Distrito Federal y que partía como líder en estas elecciones. Mientras tanto, el PRI se encontraba en divisiones internas que pronto lo alejaron de cualquier posibilidad de victoria. A pesar de la ventaja del líder del PRD, conocido como AMLO, el candidato del PAN pronto fue ganándole terreno y, de acuerdo con el recuento de votos, ganó las elecciones de 2006 por un estrecho 35.9% frente a un 35.3%. AMLO y el PRD alegaron fraude, no aceptaron los resultados y fueron a la corte que declaró como válidas las elecciones, causando así disturbios en buena parte del país y especialmente en áreas como Oaxaca. El discurso de AMLO dirigido a la clase obrera y a los pobres fue algo que repercutió en el gobierno de Calderón y lo obligó a concentrarse en programas antipobreza. A pesar de sus alianzas con el PRI, su agenda fue

obstaculizada constantemente y es por eso que su eje político se convirtió en la lucha contra el narcotráfico (Camp 589-590).

En un país en la que la tasa de desempleo juvenil superaba los siete millones de personas, el narcotráfico se convirtió en la salida para muchos jóvenes. Este fenómeno se inició mayormente en estados del norte; resulta interesante reflexionar cómo dos fenómenos aparentemente periféricos y tan diametralmente opuestos como son el narcotráfico y el EZLN supusieron una fractura en la estabilidad estatal. Para paliar estas luchas que estaban rompiendo la matriz nacional, las celebraciones del Centenario de la Revolución y del Bicentenario de la Independencia en 2010 resultaron muy convenientes, ya que mediante estas se trataba de acercarse a esa identidad nacional relativamente perdida para este momento, como afirmaba Roger Bartra anteriormente. De acuerdo con el politólogo Alejandro Encinas, "los festejos han sido utilizados de manera oportunista para pretender que los mexicanos aclamemos la fallida estrategia del Ejecutivo en la guerra en contra del crimen organizado" (117). Parecía que el año 2010 condicionaba la vuelta a la mexicanidad de la mano de la memoria de la Revolución a la par que quitaba la atención de una nación dividida y manchada en sangre por la lucha de poderes del narcotráfico.

Las comisiones de festejo del Centenario y Bicentenario fueron puestas en marcha desde el gobierno de Fox en 2006, demostrando así esa necesidad de volver a la raíz de lo mexicano, a la búsqueda de una identidad que sirviese para unir al pueblo en un nacionalismo cultivado a través del proceso de independencia y revolución. De acuerdo con Héctor Aguilar, el cambio del PRI al PAN supuso la pérdida de todos los valores e imaginarios constituidos por el primero puesto que "ha dejado atrás la sombra de la Revolución mexicana pero no tiene una identidad de

repuesto, capaz de incluir su diversidad, o disfrazarla, en un nuevo proyecto de nación, una nueva sensibilidad compartida, una nueva narrativa nacional" (43). Esta afirmación permite contemplar la importancia para el partido en el poder de reinstaurar ese imaginario común a través de estas festividades pero desvinculándose de las previas interpretaciones del conflicto. Desde el uso de relojes con cuenta regresiva que culminaron el 16 de septiembre y el 20 de noviembre respectivamente (fecha del inicio de cada movimiento) a desfiles e incluso la emisión de billetes entre 2009 y 2010, el PAN trataba de rescatar el imaginario nacional, para poder generar ese sentimiento patrio de sentirse "200 años orgullosamente mexicanos," tal y como señalaba su slogan.

Las instituciones académicas también colaboraron en esta recuperación del nacionalismo mexicano: la UNAM publicó diferentes volúmenes en los que se revisaba la historiografía de la Revolución así como se reconocía la figura del indígena dentro de estos procesos revolucionarios (Mayer González 211).[102] Por su parte, el Instituto Nacional de Antropología e Historia gestionó y procuró información turística así como las señalización de diversas rutas especialmente significativas para la Independencia y la Revolución. Entre estos itinerarios figuraba precisamente la ruta zapatista, al igual que entre las monedas y billetes emitidos había espacio no solamente para Emiliano Zapata, sino también para Otilio Montaño. Esta reiteración de la historia de la Revolución, tal y como la narraron desde el PRI, representa que este suceso, con el

[102] A propósito de esto, la propia Alicia González Mayer, junto con Miguel León-Portilla editaron y publicaron *Los indígenas en la Independencia y la Revolución Mexicana*, en un volumen en el que colaboraron también intelectuales de colectivos indígenas. (González Mayer 211).

paso del tiempo, seguía siendo igual de monolítico que en sus revisiones anteriores, y que además no existía intención de cambiarlo por parte del gobierno del PAN.

Desde la propia academia se seguía insistiendo en esta imagen, tal y como lo demuestra el Dr. Benito Mirón al afirmar que "el zapatismo siguió luchando por la redistribución de la tierra hasta ver sus logros consagrados en la Constitución de 1916 e implementados por los gobiernos de Obregón y Cárdenas" (87). Esta reducción del zapatismo y del propio revolucionario a ser "…un individuo sensato y de convicciones y un guerrero tenaz y decidido" reafirma, de nuevo, la vigencia de esa ideología de Estado (86). Asimismo, revela la minimización del propio Zapata y su desvinculación total de los manifiestos que diseminó durante la revolución y que presentaba un proyecto enraizado en la autonomía y la noción de territorio de las comunidades campesinas e indígenas. Al dar cuenta de estas reflexiones sobre el revolucionario, y ponerlas en diálogo con el Votán-Zapata del EZLN, parece evidente que la ideología de Estado permea a niveles macros mientras que la visión neo zapatista ha sido transmitida a niveles más locales. Al sumar a este diálogo la obra de Aldo León Flores, *Zapata, ¿a dónde vas?* se vislumbra cómo todavía se incide en esa necesidad de humanizar a Zapata desde el martirio y desde una personalidad más cínica pero igual de hastiada que la creada por Mauricio Magdaleno.

Zapata, ¿a dónde te han llevado? Recordando a Emiliano en el Centenario de la Revolución

La contraportada de la pieza teatral *Zapata, ¿a dónde vas?,* Premio del Concurso del Libro Sonorense de 2010, comienza aseverando la delgada línea entre la historia y la ficción al

decir: “Esta obra parte de un ‘hubiera’ pues no existen testigos que pudieran corroborar la trama con los hechos históricos. No existe foto, audio o testimonio fidedigno: solo hipótesis y posibilidades.” Esta advertencia parece avisar al lector de su encuentro con un texto que realmente no trata de ser fiel a los últimos días del General Zapata ya que no existe noción de esto. Inevitablemente, la documentación ofrecida tanto por John Womack Jr. en 1970 o Samuel Brunk en 1995 o la visión marxista de Adolfo Gilly de 1972 permiten aproximarse a lo ocurrido en los últimos días. Sin embargo Aldo León Flores se centra, como indica en el inicio del primer y único acto de la obra, “…en el escondite de Zapata entre la noche del 9 de abril y el amanecer del 10 de abril de 1919” (11). En este corto espacio de tiempo, la intención del autor es, de acuerdo con una crónica de la presentación del texto, “…desmitificar al héroe, lo vuelve un ser mortal, sencillo, ¿sin ambición acaso? Sin las ideas que pueden construir una nación,” y cita al propio autor cuando este afirma que “‘Zapata se vuelve de carne y hueso, un padre huérfano de hijos que murieron por la picadura de un insecto y también por la pobreza, afirma Josefa, la esposa de Zapata, quien adquiere voz y cuerpo para quejarse de la historia que le tocó vivir ’” (González s.p.).

Partiendo de esta afirmación, se puede aseverar entonces que esta obra de teatro parte de una idea de representatividad de Zapata bastante aproximada a la que Magdaleno creó en 1932. No cabe duda de los momentos históricos tan dispares en los que se escribieron ambas obras. Mientras Magdaleno asistía en 1932 a la consolidación del régimen posrevolucionario, León Flores es testigo en 2010 de un Estado mexicano en profunda crisis económica y de identidad. En el caso de esta última obra, además, la publicación del texto se enmarca dentro de las Celebraciones por el Centenario y Bicentenario de la Revolución e Independencia de México y,

debido a eso, cupiera pensar que el autor quiere celebrar la figura heroica del revolucionario. Sin embargo, su acercamiento a Zapata, y precisamente con ese afán de recuperar la humanidad del caudillo, parte de enfatizar el hastío por el conflicto y el desengaño que, para 1919, sentía el protagonista. Es así que esta obra es un ejemplo más precisamente de la función ideologizante que también sirvió como eje conductor en la obra de Magdaleno. A pesar de la flagrante crítica al régimen neoliberal y también a todas las promesas incumplidas de los gobiernos revolucionarios, este texto ejemplifica la vigencia de las instancias de la colonialidad del saber que se apropiaron de Zapata y lo redujeron a mártir del agrarismo, dejando de lado las propuestas que, para ese entonces, ya había presentado el EZLN.

Ofrecer una aproximación cultural a este periodo no es relevante al objeto de este análisis. Ciertamente, y como obra menos conocida y de la que además no existe ningún análisis crítico hasta este trabajo, es interesante comprender este texto precisamente desde el contexto histórico desde el que se está escribiendo. Partiendo de la misma noción que se trabajó en el anterior capítulo, la idea de la Ciudad Letrada y de su estrecha colaboración con el gobierno, este análisis tiene como punto central mostrar otra forma de uso de la función ideologizante que está muy presente en este texto. La innovación en esta obra reside en que, a diferencia de la obra de Magdaleno, León Flores ejerce una crítica a las políticas de Estado constituidas desde la pos-revolución a través de la voz de Zapata. A pesar de la efectividad del discurso del revolucionario, su crítica se diluye al observar cómo el autor se está apoyando en la visión de Zapata generada desde la propia institución que el reprende. Teniendo esto en cuenta, se puede comprender la efectivdad de esta función ideologizante en la creación de imaginarios y héroes nacionales.

La obra se sitúa en la noche y madrugada del 9 al 10 de abril de 1919, e incluye únicamente cuatro personajes: Emiliano Zapata, su esposa Josefa Espejo, Jesús Guajardo y un Sargento del Ejército Libertador del Sur. La obra transcurre en un escenario diseñado para representar el último refugio de Zapata y su esposa antes del asesinato: "Es una casa decorada pobremente" (León Flores 11). Asimismo, la obra comienza al ritmo de "…música de la Revolución de fondo…," algo que resulta curioso ya que el autor no parece detenerse en la posibilidad de ofrecer una descripción más detallada de la sintonía y la deja al gusto del director de la obra. Obviamente, y pensando en el segundo capítulo de esta investigación, la música de la revolución que se convirtió en una constante en territorio zapatista fue la de Marciano Silva y sus bolas surianas. Sin embargo, y teniendo en cuenta que en la memoria oficial solamente se dejó rastro de los corridos promulgadas desde los centros de poder, se puede comprender lo poco específica que es la elección musical. De cualquier manera, la obra comienza con Zapata y Josefa en escena, a diferencia de la obra de Magdaleno, en la que el protagonista no aparece hasta más adelante en el primer tiempo. Zapata "camina de lado a lado" y Josefa y él se encuentran discutiendo sobre su encuentro con las tropas constitucionalistas de Guajardo (11).

Esta discusión se asemeja a *Emiliano Zapata*, ya que en esta obra Remedios tampoco quiere que Emiliano acuda a su encuentro con Guajardo. Estas similitudes, asimismo, son producto precisamente de ese imaginario popular que se generó tras la muerte de Zapata y que se mencionaba en el segundo y tercer capítulos, en el que los rumores afirmaban que una mujer había avisado a Zapata del peligro que corría. En el caso de esta obra más contemporánea se personaliza, al igual que en la de Magdaleno, al hacer uso de una figura femenina relacionada sentimentalmente con el caudillo. Particularmente, esta pieza de León Flores es en este punto

más precisa históricamente ya que Josefa Espejo fue la esposa del revolucionario que le acompañó durante los años de la revolución. Al argumento de su mujer de que no acudiese a la reunión que le iba a garantizar munición para seguir luchando, Zapata contesta en diversas ocasiones que "tú no sabes de eso," a lo que ella le responde: "En serio (*Sonriendo*) ¿y qué crees que he hecho estos años a tu lado?" (León Flores 11-12). Ese desdén de Zapata es representativo de la masculinidad desacerbada con la que se le ha vinculado tradicionalmente, y que precisamente sirvió para alimentar su imagen de macho dentro de su configuración nacional como uno de los patriarcas de la nación. Esto, de igual manera, también contribuye al objetivo del dramaturgo de presentar a Zapata de forma más humana a través de su relación marital, pero siempre de acuerdo con esa visión institucionalizada de Zapata, y por ende, contribuyendo a la vigencia de la función ideologizante de la Ciudad Letrada. Al mismo tiempo, la respuesta de Josefa representa también la contemporaneidad desde la que se está escribiendo la pieza teatral ya que, a diferencia de la posición pasiva y quejumbrosa que refleja constantemente Remedios en la obra de Magdaleno, Josefa es una mujer obstinada que no duda en mostrar su opinión y cuestionar las decisiones de su marido.

Esta posición de Josefa como sujeto activo en la obra se refuerza precisamente cuando Zapata comienza a manifestar su confianza en Jesús Guajardo, al aseverar que "Claro, él ha cumplido…Con todo lo que le he pedido" (León Flores12). Esta es una muestra más, en líneas similares a las de Magdaleno, de las estrategias del autor en su fin de mostrar un Zapata más humano que confía ciegamente en el bien hacer de Guajardo. Josefa, por otro lado, cuestiona precisamente esta fe ciega al decirle: "¿Entonces por qué no viene a unirse a tu división? ¿Por qué tienes que ir tú allá?," a lo que Zapata le replica "Es por cuestiones tácticas" (12). A pesar

del intento de sacarla de la conversación al hacer referencia a la estrategia militar, ella le recuerda que hacía ocho años lo atraparon en una emboscada y que corría el riesgo de caer en otra. Él, aún y todo, y demostrando su masculinidad tan representativa de los caudillos, le contesta que nadie la tenía obligada a quedarse en el refugio, y que podía marcharse con su hermana cuando quisiera (León Flores 13). Esta respuesta reivindica de nuevo esa visión de Zapata como un hombre que desestima la labor de la mujer en zona de guerra y justifica, de nuevo, su machismo. Dentro de esta nueva muestra de la discusión que, al mismo tiempo, es otra forma de humanizar al morelense, conviene reflexionar en la emboscada de 1911 de la que habla Josefa. Posteriormente en la obra se hace referencia a la época maderista en la que la única emboscada y/o traición posible fue cuando Madero exigió la entrega de armas de los zapatistas a la par que Juvencio Robles asolaba Morelos (28). Resulta curioso pensar que pese a las advertencias que hace León Flores en su contraportada, hasta el momento se ha hecho eco de hechos históricos que han sido documentados y parece jugar con la historia del mismo modo que lo hicieron durante la posrevolución.

Aún y todo, la discusión se corta en el momento en el que el Sargento toca la puerta para anunciar la llegada de Jesús Guajardo. Del mismo modo que Magdaleno, León Flores describe al Coronel como un personaje cuya función es conquistar a Zapata: "*Se comporta con mucha propiedad halagando sobremanera a Zapata durante sus diálogos*" (León Flores 13). Estas lisonjas, sin embargo, no parecen convencer a Josefa quien, de acuerdo con el texto "*...mira fijamente a GUAJARDO con desconfianza*" a la par que las dos figuras militares se miran detenidamente (13). Pronto comienza la conversación con la que acordarán la entrega de municiones y poco después de que Josefa les sirve un café, Zapata la invita a retirarse ya que esta

"*Se queda parada enseguida"* (León Flores 14). Ante esta orden, Guajardo interviene comentando su conformidad con que ella se quede, a lo que Zapata responde: "Vete a sentar por allá. (*Apunta a la mecedora*) Y sigue en lo que estabas" (15). Josefa, no obstante, decide cuestionar la razón de la visita de Guajardo, activando una vez más su subjetividad como disconforme a lo que está ocurriendo y emasculando a su marido, siempre de acuerdo con los códigos de conducta de la época. Zapata, pese a increparla, permite que esta se quede ya que Guajardo, consciente de que Josefa es un ojo más crítico que su marido, trata de ganar su confianza al adularla e invitarla a tomar asiento. Para tratar de mostrar su transparencia y su buena voluntad en esta misión, Guajardo responde a la pregunta de Josefa: "No sé hasta qué punto la tenga al tanto el general," a lo que ella le responde: "Preferiría que usted, si Emiliano no tiene ninguna objeción, me ponga al tanto" (León Flores 15). Aquí se ve una estrategia por parte de ambos personajes: Por un lado, Josefa está claramente tratando de descubrir las intenciones de Guajardo y deliberar si su marido se encuentra en lo correcto. Por otro lado, el carrancista se aprovecha de las claras tensiones del matrimonio, y pretende proyectar una imagen de honesto militar convencido de que el zapatismo es la causa correcta. Por esta intervención de Josefa, Zapata únicamente puede volver a darle otra reprimenda, llamándola metiche, mientras que Guajardo, tratando de ganar la confianza de la esposa, desdice al morelense al afirmar que es únicamente "curiosidad femenina" (León Flores 16). Para el autor, esta parece ser una manera de reivindicar a Josefa como sujeto activo y representarla en contraste con la pasividad de Zapata.

La conversación entre Guajardo y Josefa continúa y el primero le explica la razón de su visita, que no es otra que "negociar la unión de mis tropas con las del general. Así de sencillo." A esta afirmación Zapata le añade el hecho de que ya le había explicado esto a Josefa pero, sin

embargo, a ella no la convence y, tomando el papel de ilusa señala: "Es que me confundí, como aún lo veo con el uniforme federal" (16). El simbolismo de llevar aún puesto el uniforme federal, pese a que, para el conocedor de la historia Guajardo estaba jugando sus cartas de agente doble, refleja la traición final que culminó con la muerte de Zapata. A esto, empero, Guajardo le asevera que "…el uniforme no significa nada…Terminaremos siendo un solo ejército para poder ganar esta revolución" (16). Josefa, "*incrédula*" responde únicamente, "Sí, claro" y pronto es despachada por Zapata (16). Esta conversación y la activación, una vez más, del sujeto femenino en esta obra pone de manifiesto la forma en la que la imagen de Zapata había perdido un ápice de esa masculinidad exacerbada y temerosa. A pesar de que él intenta silenciarla y convertirla en un objeto pasivo, Josefa reivindica su posición como esposa del general Zapata y cuestiona al traidor Guajardo. Estas imágenes reflejan, aún y todo, la puesta en marcha de la función ideologizante del Estado en cuanto a la representación hipermasculina de Zapata; su validez, sin embargo, choca con un momento de escritura de la historia (2010) en el que la revisión historiográfica de la Revolución había servido para visibilizar la función de las mujeres en el conflicto armado. De cualquier manera, contribuye a la representación de ese Zapata más humano y derrotado que ya ni siquiera pelea por el poder, ni en el campo de batalla ni en el hogar.

A pesar de que la conversación entre Guajardo y Josefa termina, esta le pide a Zapata un momento para compartir sus inquietudes con su esposo acerca de la falta de confianza que siente hacia el Coronel carrancista. El morelense continúa justificándolo, y hace especial mención de los cincuenta y nueve hombres de Bárcenas que Guajardo mandó ejecutar como acto de fe hacia su nuevo "jefe." A esto, Josefa le arguye que "Las tropas federales se matan entre sí. ¿Crees que

no lo haría por algo más?" (17). Zapata únicamente es capaz de desechar las ideas de su esposa, y los motivos por los que lo hace no se desvelan hasta que Guajardo y Zapata tienen otra conversación horas después. De cualquier forma, el diálogo entre estos dos últimos continúa y es aquí que se desvela la implicación del general González en toda esta trama. Sin embargo, y a diferencia tanto de la obra de Magdaleno como de la propia historia, Pablo González no fue el cerebro detrás de esta traición sino que, en este caso, él también estaba interesado en abandonar el carrancismo y unirse a las filas rebeldes. Guajardo, ante la pregunta de Zapata respecto a la decisión de no usar como punto de reunión lo que él sugirió, responde que "…el general González requiere un acto de buena fe," para después dar cuenta de todas las acciones de las que, históricamente, se ha responsabilizado a Guajardo (18). Sin embargo, Guajardo habla de un nosotros en el que incluye a González, poniendo en marcha una vez más esa aparente duda sobre la narrativa de la Revolución que León Flores anunciaba en la contraportada de la obra. El autor parece jugar con la historia a su antojo, como se ve a lo largo de la obra; usa aquellos momentos que le resultan beneficiosos para el desarrollo de su historia y desconoce otros. Esto, en consecuencia, supone una reiteración más de la puesta en marcha de la función ideologizante que permea en la macronarrativa de la Revolución expuesta en su literatura tanto historiográfica como ficticia.

Guajardo sigue recordando eventos que sucedieron como el fusilamiento de los cincuenta soldados de Bárcenas para demostrar su adherencia y la de González al movimiento zapatista, pero pese a esas demostraciones, Zapata sigue exigiendo su munición. El Coronel le responde que evidentemente no puede desarmar a su ejército, algo que Zapata "(*exaltándose*)" lo interpreta como desconfianza, lo que obliga al carrancista a afirmar que "…hay gente dentro del ejército a

quienes no les agradará nuestra unión. No solamente nuestras fuerzas se unirán. Ahora tendremos algo más en común" (19). Este nexo común, que contempla Zapata con escepticismo, es la conversión de ambas armadas en proscritas, lo que causa la carcajada en Zapata ya que, precisamente, el Ejército Libertador del Sur había sufrido múltiples acusaciones de bandolerismo y de estar fuera de la ley (19). Esto deriva en la aseveración por parte de Guajardo que este estado será temporal ya que la victoria, una vez se uniesen ambas fuerzas, iba a ser inminente.

Es en este momento cuando el escepticismo se apodera de Zapata y comienza a recordar su esperanza de triunfo en 1914, cuando él y Villa entraron a la capital (León Flores 20). Esta conversación a su vez, se transforma en un diálogo más íntimo entre ambos personajes, en la que las ambiciones personales salen a la luz pero, más importantemente, se desvelan los deseos del Zapata creado por León Flores. Para Zapata, la esperanza de Guajardo de ser general y servir a la reconstrucción de su país no casa con su unión con el ELS, ya que el morelense era consciente de las pocas posibilidades de éxito (21). La conversación se invierte entonces para hablar de Emiliano y de sus esperanzas una vez que acabase la guerra.

Zapata invita a Josefa a unirse a la conversación y pregunta a Guajardo si él podría imaginarse lo que el caudillo quería ser una vez que acabase el conflicto (León Flores 21). Este, en su afán por halagar al revolucionario pero dando por hecho que al igual que él, el morelense soñaba con el ascenso social, responde: "Siempre he pensado que sería un buen presidente" (21). Este planteamiento causa la risa al revolucionario y su esposa y Guajardo, "*un tanto ofendido*," se defiende diciendo que "Por qué no habría de serlo, es un héroe de la revolución, un hombre preparado…" (21). El carrancista parece referirse a la preparación militar del morelense que directamente lo pondría en la posición de poder, al igual que ocurrió con Porfirio Díaz o

Victoriano Huerta, por ejemplo. Sin embargo, Zapata, en muestra de humildad y poniendo de manifiesto otra vez su humanidad frente a ese mito que lo posicionaba como un héroe, cuestiona este planteamiento de Guajardo al insistir en su falta de escolarización y experiencia profesional: "Si ni siquiera terminé la primaria y lo único que hice antes de tomar las armas fue ser peón. ¿Crees que un campesino como yo podría gobernar este país?" (21).

Esta afirmación resulta especialmente problemática; como ya se referenciaba en el primer capítulo con la biografía de Emiliano Zapata, su familia no era especialmente acaudalada, pero sí que disponía de tierras y de animales, algo que permitió tanto a Eufemio como a Emiliano no tener que ejercer de peones. A pesar de que León Flores insiste en ese vacío historiográfico, sus referencias se enfocan más en lo acontecido en los últimos días de la vida del revolucionario y no en sus orígenes. Esta necesidad de ubicar una vez más a Zapata como el héroe del campesinado pone de manifiesto la efectividad de la apropiación que se hizo de esta figura revolucionaria por parte del Estado y la alteración que se hizo de su biografía.

Esta idea se acentúa, además, cuando la conversación continúa y el Zapata de León Flores habla de su falta de conocimiento de la geografía mexicana ("Yo nunca había salido de Morelos hasta antes de la revolución, lo único que conocía era el campo") y de que la única premisa dentro del movimiento zapatista era la devolución de las tierras (22). En referencia al Plan de Ayala, el morelense comenta que "queríamos que la tierra fuera de quien la trabaja pero hasta ahí; yo con eso me daba por satisfecho. Pero no; le seguí y mírame aquí" (22). Con esta afirmación, León Flores abstrae a Zapata de todo lo promulgado por sus manifiestos y lo ubica dentro de ese discurso de la colonialidad que relacionó a Zapata exclusivamente con la cuestión agraria con el fin de consolidar la epistemología posrevolucionaria centralizada en torno a este

discurso de la tierra. Todo lo establecido en sus manifiestos y firmados por él, en los que reclama la autonomía de los pueblos morelenses y, posteriormente, de todo México, parecen ser ideas en las que él tuvo la obligación de participar pero que no compartía. En consecuencia, el Zapata de 2010 creado por León Flores parece ser el retorno, una vez más, al Zapata nacional promovido en el pasado por los sucesivos gobiernos de la Revolución institucionalizada.

El diálogo continúa, haciendo énfasis en la incapacidad de Villa y Zapata para dirigir una nación, porque "…ni uno ni otro sabía cómo hacerlo" (21). La forma en la que el dramaturgo presenta esta realidad lleva al lector a ver tanto a la División del Norte y al Ejército Libertador del Sur como meras fuerzas militares sin ningún componente intelectual. En el caso del movimiento zapatista, y teniendo como referente los diez años de manifiestos recogidos por Laura Espejel, Alicia Olivera y Salvador Rueda-Smithers, se comprueba que bajo ningún caso era esto así, y que desde el propio Plan de Ayala quizás más rústico en el vocabulario pero invocando las formas de tenencia de tierra y de comunidad ancestrales, hasta los últimos documentos promulgados antes de la muerte de Zapata, la propuesta descolonizadora era claramente tan compleja como cualquier ley posrevolucionaria creada posteriormente.

Resulta propio pensar que el motivo por el que el autor desarrolla toda esta alocución es con el fin de mostrar ese Zapata más humano pero, como se mencionaba anteriormente, el único resultado es la reapropiación de esta figura desde las instancias de la colonialidad que gestionaron la retórica posrevolucionaria. Ciertamente, esta idea se vuelve a reiterar cuando Zapata expresa su verdadero deseo, que desde luego no era "Ganar la revolución… como si eso fuera todo" sino que él quería "…volver al campo con mi mujer y ya" (23). Guajardo, con afán de ganarse al revolucionario le dice que eso ocurriría cuando el conflicto terminase y es

precisamente ahí cuando Josefa interviene: "Ustedes no terminan de entender que a Emiliano no le interesa ya quién gane esta revolución. Si son ustedes, ellos… ¿sabe usted que nosotros tuvimos dos hijos?" (León Flores 24). Posteriormente, Josefa explica cómo, al comienzo de la revolución, tuvieron dos hijos, un niño y una niña, que murieron por no poder recibir el tratamiento adecuado y que ni siquiera pudieron recibir sepultura, y que lo único claro era que "Miseria apilada sobre miseria que ha dejado esta guerra" (24). Aquí, y de la misma forma que Remedios en la obra de Magdaleno contribuía a humanizar a Zapata, Josefa expone las pérdidas tan importantes que la guerra habían supuesto para el revolucionario.

A esta visión tan pesimista y personal del conflicto se añade, además, la voz de Zapata diciendo "Todo se ha ido olvidando, hasta por lo que luchamos. Todos los ideales se han ido diluyendo. Al final creo que Madero tenía razón" (25). Esta reflexión en voz alta del caudillo hace eco hasta la actualidad. Claramente, se expone la visión del autor respecto al transcurso de la historia en México desde el fin del conflicto armado hasta el 2010: un conflicto bélico de una década que instaura un régimen hegemónico hasta el año 2000 y que fue a su vez relevado democráticamente por una alternativa conservadora. Pensando desde 2010, la dependencia económica de México hacia Estados Unidos como constante, la puesta en práctica de un régimen neoliberal y la globalización que había desatado protestas y especialmente el alzamiento del EZLN eran síntomas del desencanto con un proyecto de Revolución que, aún y todo, no había cambiado la realidad de un México desigual en el que las comunidades por las que ese Zapata agrarista e indígena había luchado no habían mejorado sus condiciones de vida. Lo significativo, de cualquier forma, es que pese a esa visión tan crítica de la historia del México contemporáneo, León Flores aún construye a Zapata desde esa visión institucionalizada. Esto permite ver el

amplio espectro de la colonialidad y de cómo pese a que existe una posición muy crítica respecto a esa hegemonía del PRI; sus prácticas y los ritos de conmemoración parecen estar impregnados en una gran parte de la sociedad mexicana contemporánea.

La visión tan pesimista de Zapata no parece salpicar a Guajardo en ningún momento ya que, efectivamente, su único interés es tenderle la emboscada al morelense. Es por eso mismo que continúa insistiendo en que el cambio y la recuperación de tierras es posible, a lo que el caudillo, con ironía, le contesta: "Claro, y después de ahí nadie mejor que yo para devolver la tierra al pueblo" (25). Guajardo, obviamente, confirma esto, a lo que Zapata únicamente le responde que le "…importa un carajo," y que "…si no tengo la munición que me prometieron, no iré" (25-26). Esta parece ser la última palabra del revolucionario y con esta respuesta Guajardo deja el refugio.

La visión de Zapata, hastiado y cansado por el sinfín del conflicto, se asemeja a lo que representaba Magdaleno en su obra de 1932; la diferencia, sin embargo, radica en que el martirio del Zapata del autor vanguardista se generaba por su entrega absoluta a la causa agrarista mientras que en este Zapata más contemporáneo su muerte significaba la libertad para su familia y, especialmente, para su esposa, y una forma de revelar la corrupción del sistema, como se verá posteriormente. Así, mientras en 1932 se presentaba a un Zapata pensando en el colectivo y en el bienestar común, el Zapata de 2010 era producto de un sistema neoliberal que ponía la libertad individual y, como mucho, familiar por encima de todo.

Josefa, consciente de ese hastío, le vuelve a insistir en que no vaya a ese encuentro y le reprende al decirle que "Veinte años contigo no han sido de gratis; te conozco bien. No quieres ir, acéptalo" y "No hay nada que ganar ahí" (León Flores 26). Zapata le responde que tampoco

hay nada que ganar en ese momento y marcha a dormir unas horas, cerrando así la escena. De acuerdo con el tiempo en la obra pasan unas horas y amanece, y Zapata se encuentra descansando todavía cuando llaman a la puerta. El sargento le indica de nuevo Guajardo está de visita una vez más. Josefa decide no quedarse en la conversación y sale por leña con la ayuda de dos zapatistas ya que "Andan algunos lobos sueltos por ahí y uno no puede saber" (León Flores 27). Josefa parece añadirle un doble significado al lobo para mostrar su desconfianza en Guajardo, ya que lo observa cuando hace mención a los animales. Después de la salida de la esposa, Zapata y el carrancista comienzan a dialogar y pronto Zapata expone su negativa a unirse al grupo, y explica su porqué, relacionado con esa emboscada que Josefa mencionaba precisamente al comienzo de la obra (28). El revolucionario culmina su argumento diciendo: "Si no me va a decir que mis hombres tienen suficiente bala pa' defenderse y nos reunimos a campo abierto como yo propuse, mejor cada quien por su lado" (28).

Al ver la terquedad de Zapata, Guajardo juega con la información que él parece tener para convencer al revolucionario de que realmente las fuerzas carrancistas los rodeaban y no había capacidad de escapatoria o de siquiera elegir otro espacio de reunión que no fuese Chinameca. Pese a todo, Zapata afirma que "Esos son mis términos" a la par que Guajardo, el cual "*Por primera vez le sostiene la mirada a Zapata"* tampoco da su brazo a torcer (29).Con esta didascalia León Flores da a entender que la verdadera naturaleza del carrancista se desvela, al desafiar al que, en principio, es su superior. Al mismo tiempo, y consciente de la bravuconería de Zapata, sabe que un gesto tan masculino le iba a ganar respeto por parte del morelense, algo que Zapata le confiesa al decir que "salió más huevudo de lo que pensaba, usted es de los que no se raja" (30). Guajardo, consciente de la ventaja que tiene encima, mueve su ficha y pone en

marcha su salida, yéndose "*(…hacia la puerta con una sonrisa)*" y mostrando así sus oscuras intenciones. A partir de este momento, el empequeñecimiento de Zapata y su conciencia frente a la futilidad de la revolución y de su propia lucha se representa a la par que Guajardo impone sus propios términos de negociación, y la conversación culmina con Zapata preguntándole: "¿En verdad cree que iré?" (30-32). Esta forma de reflejar a Zapata ninguneado y totalmente desorientado respecto al final del conflicto es otra de las maneras en las que se trata de humanizar al héroe nacional, basándose en sus propios miedos.

Con la salida de Guajardo llega la entrada de Josefa quien rápido le pregunta si ya le había dicho que no iba a acudir a la cita. Ante la duda de Zapata que no sabía qué hacer Josefa, molesta, le reprende sobre la futilidad de la revolución, pero después le ruega que deje la lucha armada para esconderse y continuar con su vida en pareja, "Volver a sembrar, tener un poco de ganado, poder dormir sin el temor de una bala por la espalda" (33). Ante este aparente futuro ideal que plantea Josefa su esposo, cínicamente, se carcajea porque "De esta sierra no saldré vivo, por un lado tengo a Carranza pisándome los talones…" y por el norte "¿Con Obregón por allá? No, Josefa, estoy cercado y no tengo para dónde hacerme. La única opción es ir a Chinameca" (34). Con esta decisión, se da clara cuenta de la efectividad de la manipulación de Guajardo, y se desvela así de otra forma la humanidad de Zapata, al retratarlo incapaz de escapar en inmóvil frente a su propio destino.

Es precisamente por eso que acudir a la reunión es su única forma de liberación, ya que así su muerte supondría su libertad respecto a un conflicto sin desenlace, además de confiar en el fin de la persecución a su esposa y familiares, como expresa en el texto (León Flores 35). A Josefa no le convence esta solución tan ilógica y que conduce al martirio, y le echa en cara que

“Prefieres acabar como Madero antes que vivir oculto. Sabes que así vas a ser recordado más tiempo” (35). Con estas palabras se cuestionan de todos los ritos de conmemoración y de la propia memoria de Zapata. Para el autor, ¿se sacrificó el morelense por sus ideales, por el reparto agrario y por la autonomía de los pueblos, o fue meramente un acto egocéntrico? Evidentemente, ni el texto ni cualquier investigación historiográfica han dado cuenta de esto, ni tampoco es papel de esta tesis doctoral resolverlo, pero se plantea una interesante duda que sirve para reflexionar acerca de las formas en las que se ha recordado a Zapata, siempre teniendo en cuenta que la gran mayoría de ellas han pasado por el filtro del conocimiento institucionalizado.

Después de este cuestionamiento a su propia memoria y a la forma en la que quiere ser recordado, el morelense eleva una crítica, una vez más, a las clases políticas y militares del país. De esta forma se introduce abiertamente una voz más contemporánea que parece vaticinar el futuro de México: “…lo que quede se lo repartirán entre los políticos y los militares” (36). Precisamente con ese fin, Zapata cree necesario su sacrificio, porque es la única forma en la que podría mostrar su propia naturaleza (36). Para Josefa esto no es suficiente razón y continúa con su creencia de que lo único que el revolucionario quiere es “…morir como un caudillo, como un héroe… Es eso, puro egoísmo, sabes bien que van a matarte y ahí vas…” (36). Zapata, derrotado, acepta que él será testigo del derrumbe de todo su proyecto, generando así un sentimiento de abatimiento que refuerza esa idea de humanidad que el dramaturgo tiene en mente. Este Emiliano, al igual que el de Magdaleno, es consciente de que la muerte es el único camino seguro. Mientras que el de 1932 sabía que muriendo su símbolo iba a servir para continuar la lucha armada, el de León Flores solamente quería exponer la corrupción de las fuerzas militares que posteriormente se consolidaron como Régimen.

Es en este momento cuando emerge la pregunta de Josefa: "¿Sabes a dónde vas, Zapata, lo sabes?" (37). Esta interpelación, enmarcada dentro de la obra, permite dilucidar que para su esposa su huida hacia el martirio es producto de una necesidad de ser recordado como héroe. En la cabeza del morelense, sin embargo, esa es la única posibilidad de desenmascarar todos los intereses ocultos de las facciones revolucionarias y factilitar así la liberación de su familia. Desde este análisis, sin embargo, se puede reformular la pregunta y decir: ¿Sabes a dónde te han llevado, Zapata, lo sabes? Esta pregunta va a ser vital para concluir tanto el presente capítulo como la investigación doctoral, ya que permite considerar no solamente las múltiples formas en las que se ha recuperado a Zapata y los propósitos con los que ha sido transformado, sino que además, a niveles macros, permite comprender los procesos de apropiación y resignificación a los que han sido sometidas las comunidades originales y que, teniendo al EZLN y los movimientos indígenas en América Latina como ejemplo, continúan resistiendo a la máquina colonial mediante prácticas, ritos y costumbres otros.

Esta obra concluye continuando con esa visión omnipresente del Zapata mártir creada durante la hegemonía del PRI y culmina la obra con un Zapata que parece estar convencido de actuar correctamente (León Flores 38). Así, el autor nos reitera que la visión impuesta durante los ritos de conmemoración del aniversario de su muerte durante el periodo cardenista y continuados posteriormente seguían siendo igual de vigentes. Asimismo, el alzamiento del EZLN y su entendimiento de la creación de Zapata y su vinculación con elementos de la cosmovisión maya no parecían haber sido demasiado efectivos. Esto pone de manifiesto cómo la función ideologizante propuesta por Ángel Rama sigue siendo algo inherente a algunos estratos de la intelectualidad mexicana. A pesar de ofrecer una crítica a las ocho décadas de dominio del

PRI y a sus políticas económicas y sociales claramente represivas, especialmente a partir de los años cincuenta, León Flores continúa centrándose en un Zapata sacrificado por exponer, en este caso, la corruptela de esas clases políticas y militares. Evidentemente, se atisban diferencias con el texto de Magdaleno y es especialmente notoria la acusación de Josefa respecto a su interés en ser recordado como héroe. Aunque no se obtendrá respuesta respecto al motivo por el que Zapata acudió finalmente a Chinameca, las palabras de Josefa son una crítica a ese tratamiento posterior que se ha hecho del héroe. Irónicamente, el propio dramaturgo cae dentro de la misma dinámica al tratar de humanizar al morelense y demostrar sus miedos, inseguridades y cinismo.

La (re)escritura de Zapata desde la colonialidad y desde el pensamiento fronterizo: Reflexiones finales desde los intersticios de la globalización

Esta investigación ha tratado de demostrar, a través del análisis discursivo de diferentes piezas centradas en la figura de Emiliano Zapata, los procesos de apropiación y significación de figuras históricas en pos de afianzar un proyecto de Estado nacionalista y de creación de identidad. Asimismo, también se han estudiado esas voces discordantes dentro de estos procesos generados desde el poder para demostrar que existen (alter)nativas que ofrecen lo que en multitud de ocasiones Walter Mignolo ha denominado el pensamiento fronterizo (*Local Histories/Global Designs*). Estas respuestas, que son críticas tanto al pensamiento eurocéntrico como al exclusivamente marginal, son especialmente notorias en los documentos del Ejército Zapatista de Liberación Nacional al incorporar como posibilidad de reflexión a los saberes otros dentro de un sistema global. El uso de la tecnología para precisamente diseminar su mensaje es ejemplo de estas prácticas descolonizadoras.

Por otro lado, su proyecto no se basa exclusivamente en el conocimiento ancestral; como se mencionaba en el análisis, al tomar como partida su máxima de "andar preguntando," estas comunidades ponen en marcha un constante cuestionamiento y diálogo horizontal e igualitario entre sus tradiciones y otras periféricas o del centro, como puede ser el marxismo representado por bases más normativamente intelectuales como puede ser el Subcomandante Marcos (Grosfoguel 72).

El proyecto zapatista parte de su cosmovisión maya y toma como uno de sus centros a la figura de Votán-Zapata. Este, pese a ser la transfiguración de dos de sus dioses más centrales, pierde su corporeidad, tal y como manifiestan los textos analizados al ser parte de todos los hombres y mujeres de bien e incluso al haberse transfigurado en todos los héroes del imaginario mexicano que lucharon por la autonomía del pueblo mexicano. Esta idea de Votán-Zapata como uno pero todos al mismo tiempo enfatiza precisamente la máxima de la colectividad indígena y sirve para cerrar el círculo que permite regresar al revolucionario a sus principios insurgentes.

Los ideales de autonomía, comunidad, libertad, tierra, justicia y ley parecen ser intrínsecos tanto al movimiento zapatista de 1910 como al neo zapatista en 1994 y permite afirmar que esta es la primera recuperación de Zapata que trata de regresarlo a sus manifiestos y a su proyecto local. Esto no significa, empero, que los neo zapatistas no se apropiaran de la imagen del caudillo; evidentemente, cualquier nueva reiteración de la figura del morelense supone una nueva reinterpretación de su figura y, por ende, una apropiación. La diferencia radica en que el Zapata del EZLN supone una alternativa ante el Zapata nacional, domesticado y cuya creación desde la Ciudad Letrada trataba de configurarlo como ser humano y que seguía siendo recreado en el año 2010.

Las celebraciones del Centenario de la Revolución y del Bicentenario de la Independencia trajeron una nueva reconstrucción teatral de los días finales de Emiliano Zapata. La pieza de León Flores, pese a que se advierte al lector que no se va a tratar de historizar el momento, recae en las mismas dinámicas que hizo Mauricio Magdaleno en su momento en su búsqueda de un Zapata más humano y fuera del panteón heroico. El resultado, tal y como recoge el análisis anterior, es que precisamente este dramaturgo más contemporáneo repite los mismos tropos del autor vanguardista y construye un Zapata hastiado, incapaz de inmovilizarse y especialmente machista con sus muestras de dominación hacia Josefa, su esposa. Esta, por el contrario, se contrapone al revolucionario y sirve para emascular a Zapata y para activar el papel de la mujer dentro de este contexto bélico. La diferencia de esta obra con la de Magdaleno es que, al igual que el EZLN, ofrece una crítica feroz a través de lo que enuncia el revolucionario sobre cuáles fueron los resultados de la Revolución, siempre desde una óptica más contemporánea. Así, se pone de manifiesto la futilidad del propio conflicto así como de las casi nueve décadas del PRI en los que las promesas habían sido incumplidas una tras otra.

El otro gran rasgo que caracteriza a esta obra es que también reflexiona sobre la memoria de Zapata. En este caso, es Josefa quien le acusa de querer perder su vida para poder convertirse en un caudillo y mártir. Mediante esta acusación parece ponerse en marcha una estrategia de reconceptualización de la memoria histórica en México, y más particularmente en un año tan sumamente significativo como el 2010. A pesar de todos estos intentos de crítica tanto al régimen como a la conmemoración de Zapata, la obra de León Flores ratifica la función ideologizante de Rama ya que un lector no especialmente letrado en la figura de Zapata no

reconocería esa crítica a la conmemoración de este sino que se limitaría a reconfigurarlo desde una egolatría y machismo flagrante, tal y como demuestra la obra.

Por lo tanto, y partiendo de la disparidad de ambos proyectos representativos de Zapata, se puede afirmar que, pese a la vigencia de la colonialidad del saber respecto a los mecanismos de control de la memoria histórica, existen formas de contrarrestarlo a la par que se incorporan proyectos que cuestionan estos saberes totalizantes. El descontento de la población con las políticas del PRI es claro en la obra de León Flores, que usa a Zapata como vocero. La forma en la que presenta al revolucionario, empero, es problemática, ya que reafirma la vigencia de las formas de distribución del saber. Esta maquinaria a priori inamovible e indestructible, sin embargo, se tambalea con la vigencia que, todavía en el 2017, está teniendo el EZLN. A través de su proyecto y de su campaña global, los neozapatistas están cumpliendo con varios propósitos: Por un lado la recuperación de la agenda indígena y la puesta en marcha de proyectos de cambio y solidaridad globales que resquebrajan, poco a poco, los pilares de la modernidad y de sus instancias de la colonialidad. Por otro lado, su uso de Zapata desde su propio nombre permite recuperar la memoria de Zapata desde su propia insurgencia, dejándolo así cabalgar de vuelta a Morelos.

CONCLUSIÓN

El análisis de este corpus de manifiestos, corridos, obras teatrales y documentos del EZLN y el Subcomandante Marcos ha permitido realizar un recorrido en el que se ha demostrado cómo la figura de Emiliano Zapata fue transformándose en un héroe proteico que fue mutando en relación al discurso que se lo había apropiado. Es así que los cuatro capítulos de la tesis confirman la pregunta inicial planteada en la introducción a este estudio y que partía del título de una de las obras más recientes con el revolucionario morelense como protagonista: Zapata, ¿a dónde te han llevado? Mediante esta pregunta se ha tratado de investigar cómo se había deslocalizado a Emiliano Zapata de su discurso e historicidad para transformarlo en un héroe redentor de la nación mexicana y contemplar si existían alternativas a esta construcción del revolucionario.

De esta primera cuestión, surgía una segunda que radicaba en entender el porqué de este uso indiscriminado de Emiliano Zapata y sus fines. De ambos problemas se puede dilucidar que el cuerpo del caudillo se convirtió en un locus de lucha por las significaciones de los saberes otros y del pensamiento hegemónico; aunque durante varias décadas el Estado ha sido el máximo exponente de Zapata en sus ritos de conmemoración con la ayuda de la *intelligentsia* mexicana, han existido al mismo tiempo alternativas que han permitido abrir intersticios en los que el revolucionario se convirtió en el espacio desde el cual emerge el diálogo de saberes que proponen las comunidades indígenas. Este estudio, como se mencionará posteriormente, permite reflexionar sobre los proyectos globales de la colonialidad en América Latina en los que figuras vertebrales a movimientos campesinos e indígenas han sido apropiados y vaciados de contenido para cumplir una función dentro de la creación de los estados-naciones modernos.

La conquista de las Américas, como ha sido estudiado en múltiples ocasiones, no supuso únicamente un proceso de apropiación de los bienes territoriales y de la materia prima. Enrique Dussel indica que "el mundo indio se hizo hispano; mejor, el mundo español se hizo hispano-americano…Es decir, hubo fratricidio, alienación o esclavización del otro dentro de una totalidad mundial dominada por el centro" (64). Este orden mundial ha sido imperante en América Latina hasta la actualidad; desde una economía dependiente de Europa en el país y ahora en Estados Unidos, a las formas de dominación y de distribución de saberes, la colonialidad ha constituido todas las formas de conocimiento y poder. Con el fin de que estas retóricas permeasen en las sociedades, en multitud de ocasiones se han apropiado de figuras históricas que han sido descontextualizadas de sus propias historicidades para generar narrativas nacionales que forman parte de la organización e implementación de una identidad homogénea para el país. Como se ve con Emiliano Zapata, desde la revolución se simplifica su propuesta basada en los saberes otros mediante el uso único y exclusivo de la lucha agraria. Asimismo, se silencian sus propuestas y prácticas por la autonomía y puesta en marcha de los usos y costumbres de las plurinaciones en México.

Su 'proyecto otro,' arraigado en el desmantelamiento de la diferencia colonial a través de una remodelación del Estado es, de hecho, criminalizado durante la Revolución y solamente con su muerte se le exonera para posteriormente apropiarse de parte de su discurso. A partir de ahí, el uso de su figura y sus múltiples representaciones convierten a Zapata en una figura proteica que se adapta a discursos que divergen en sus proclamas pero, en líneas similares, se adhieren a la ideología de Estado. Las dos únicas excepciones a esta lucha por los significados de Zapata son las bolas surianas escritas por Marciano Silva y los textos más contemporáneos del EZLN. Es

precisamente con el ejemplo de este revolucionario mexicano que se puede reflexionar acerca del discurso de la colonialidad y su vigencia en América Latina al compararlo con otras figuras históricas como Ernesto 'Ché' Guevara y su uso dentro del imaginario de la Revolución Cubana, o Cuauhtémoc y Moctezuma dentro del mismo imaginario mexicano. La apropiación de todas estas figuras desde los proyectos nacionales, pese a haber sido disputadas en el pasado como se observa con los corridos zapatistas, no han tenido un contradiscurso en la esfera pública hasta los movimientos indígenas, entre los que destaca el EZLN.

Al pensar en la "carrera póstuma" de Emiliano Zapata, y ponerla en diálogo con la historia oficial de las naciones latinoamericanas, surgen casos paralelos. Como se mencionaba, desde los propios líderes de los movimientos de liberación indígena de América Latina y pasando por los padres de la independencia de estos países, se observa un discurso cíclico que ha servido para establecer los mecanismo de control sobre los pensamientos institucionalizados y, sobre todo, invisibilizar a individuos y colectivos que han tratado de negociar y sobrevivir bajo una modernidad naciente.

Es desde ese silenciamiento que emerge la propuesta de este colectivo chiapaneco, así como la de sus aliados a lo largo de las Américas. Su propuesta se consolida con el propósito de dialogar críticamente a la par que desmantelan una macronarrativa que ha totalizado la historia y el pensamiento del continente. Todos estos colectivos articulan, desde su alteridad, sus demandas "de pertenencia territorial como piedra angular de la identidad y de su plena participación como ciudadanos en sus respectivos países" (Handelsman 184). La idea de ciudadanía, al igual que los manifiestos de Zapata confirman, es central a todos estos movimientos, pero su concepción de lo

que esto entraña está basado, ciertamente, desde ese dialogismo entre saberes que permite articular un Estado que permita a las comunidades ser autónomas .

Actualmente, muchos países de América Latina, entre los que se encuentra México también, están generando políticas de reconocimiento del multiculturalismo. La problemática de estos proyectos reside en que continúan reproduciendo las mismas políticas de homogenización, al igual que con las políticas indigenistas de comienzos de siglo en las que Zapata era figura central. Estas propuestas se basan en el reconocimiento de la alteridad y

> …estarán destinados a producir fatalmente las mismas relaciones excluyentes del poder de siempre…" [mientras que]"…los 'proyectos otros,' con sus saberes y vivencias ancestrales silenciados e invisibilizados durante siglos por los sectores hegemónicos de turno, ahora pretenden resignificar y reconstruir las relaciones sociales de poder naturalizados desde hace mucho tiempo como la esencia misma del progreso y modernidad" (Handelsman 185).

Al pensar a Zapata desde su uso por parte del proyecto de creación nacional en México se comprende que él mismo, como sujeto y reproductor de un mensaje que continuaba diseminando esa retórica hegemónica, se convertía en ese sujeto subalternizado sin voz, pero protagonista a la par de una dinámica de Estado en la que se buscaba el progreso y asimilación de las comunidades indígenas. Así, en consecuencia, el revolucionario no se convirtió únicamente en el heroico mártir de Chinameca y padre de la nación, sino que a su vez ha sido otro ejemplo más de cómo la identidad de Zapata, y por ende de los colectivos rurales y nativos de México, "son el producto de discursos y prácticas que son profundamente históricas, y por tanto se encuentran siempre dentro de una economía del poder" (Escobar 233).

En contraparte a esta idea, la figura de Zapata como sujeto histórico con sus manifiestos y las manifestaciones populares como las bolas surianas así como la apropiación del morelense desde el EZLN y su proyecto civilizatorio otro representan esa activación de las subjetividades indígenas. De acuerdo con Arturo Escobar, "los discursos y las prácticas son no sólo determinantes de sí mismos sino también instrumentos para la construcción de la identidad" ya que, desde la subalternidad, se construye y activa una agencia política y social, tal y como se ha demostrado en esta investigación (246-247). Con estos ejemplos, se pueden observar entonces las tensiones implícitas entre las diferentes expresiones de dominación y los movimientos de resistencia en América Latina, que han sido una constante desde la propia Conquista. Así, las barreras entre la historia creada desde los intersticios y la historia generada desde el propio Estado y sus brazos ejecutores como la literatura o las artes comienzan a derrumbarse y, con ello cualquier intento de cohesionar una identidad nacional única.

Por lo tanto, esta tesis es ejemplo de las posibilidades en cuanto a una lectura y resignificación tan mediatizada como la de Emiliano Zapata y de comprender cómo desde las propias manifestaciones del revolucionario a comienzos del siglo XX a los documentos más contemporáneos del EZLN han existido propuestas que, desde sus subjetividades, han pensado a México y a América Latina desde sus territorios y han renegociado la construcción de la historia desde las periferias. Tal y como menciona Alfonso Torres Carrillo, "a partir de una dialéctica de recuerdo y olvido, los pueblos construyen sus propias narrativas y representaciones del pasado que les permiten dar coherencia a su devenir colectivo, a la vez que alimentan sus sentidos de pertenencia y organizan sus saberes, creencias y prácticas" (200). Para el EZLN, su Zapata es producto de la invocación de la memoria social del pueblo mexicano, de los recuerdos de las

bolas surianas. Para el Estado y su concepción de la historia, el Zapata creado es más olvido que recuerdo, con el fin de integrarlo en una retórica posrevolucionaria que, con el tiempo, se desmanteló para dar paso a visiones descolonizadoras del revolucionario.

Esta tesis constituye un primero paso dentro de un proyecto de múltiples fuentes, muchas de las cuales rebasan los propósitos más inmediatos del análisis que aquí se comparte. Por lo tanto, se contempla como una próxima etapa de investigación la lectura y reflexión de tales interpretaciones y apropiaciones que se han hecho de EZ como, por ejemplo, las manifestaciones cinemáticas que han tenido como protagonista al revolucionario dan pie a realizar un análisis de las masculinidades revolucionarias y de cómo, en la mayoría de los casos, el retrato de Zapata sigue perteneciendo a ese andamiaje colonial por la forma en la que se ha diseminado ese modelo de virilidad. Entre los corridos, quedan por analizar aquellos que José Muñoz Cota escribió durante el mandato de Lázaro Cárdenas. Huelga mencionar brevemente que el primero fue maestro de oratoria y vocero de la Revolución. En su lírica hacía uso de todas esas leyendas populares que enriquecieron el imaginario sobre el caudillo y sirvieron para consolidarlo como héroe nacional. Por otro lado, y siendo esta tesis una que emerge desde el entendimiento de la literatura como un análisis discursivo entre cuyos componentes destacan los contextos socio-históricos, culturales e ideológicos, existen también novelas más contemporáneas que continúan con esa necesidad de generar un Emiliano más humano; ejemplo de estas son *Emiliano,* de Alejandro Iñigo de 1979, o la de Pedro Ángel Palou titulada *Zapata* que se publicó en 2006.

Sin embargo, los manifiestos escritos por el caudillo morelense son el ejemplo más claro de una alternativa epistémica y práctica dentro de la efectividad de las políticas de subyugación y del saber en la consolidación de los imaginarios nacionales. Como se ha reiterado

constantemente a lo largo de este texto, Zapata fue incorporado a la hagiografía nacional por su lucha agrarista y por su martirio en pos de lograr la redención del campesinado. Sin embargo, y mediante la lectura exhaustiva de sus documentos, se observan temas que, a pesar de estar estrechamente ligados con la noción de territorio y los colectivos rurales, emanan asimismo unas concepciones que permiten reafirmar la propuesta civilizatoria otra del movimiento zapatista. Ya se ha explicado en páginas anteriores que estos textos de Zapata, de igual forma que las bolas surianas, reportaban esos desencuentros entre los discursos capitalinos y los locales, y se trataba de desbaratar la retórica capitalina que acusaba a los zapatistas de bandolerismo, y perpetuaba la clásica noción de civilización y barbarie. Asimismo, existen también dos manifiestos escritos en náhuatl y que fueron traducidos por el antropólogo Miguel León-Portilla y que una vez más reiteran la activación de la subjetividad indígena a través del uso de una lengua tradicionalmente ensombrecida y relegada a la oralidad.

Toda esta investigación, y los materiales que llevarán a futuras investigaciones sobre la figura de Zapata, ponen en constancia la vigencia de este personaje histórico en un contexto histórico y una realidad constantemente diezmada por la ferocidad con la que el neoliberalismo y la globalización impregnan cualquier manifestación cultural originaria. Al entender a Zapata como un fenómeno no únicamente localizado en Morelos y que claramente tampoco se limita a Chiapas, se comprende que ambos fenómenos traspasan las barreras temporales y espaciales. Tal y como dice Catherine Walsh en referencia al EZLN, "las demandas zapatistas no solo surgen de luchas históricas geolocalizadas, sino que además incorporan los intereses de muchos pueblos de la región y del mundo, siendo resonadas con distintos matices locales…" (184). Así y como Zapata peleaba por su Morelos natal, su propuesta, al igual que la del ejército neozapatista

resulta “decolonialmente” global, una lucha epistémica en la que la memoria y el recuerdo son claves para resignificar luchas muy otras.

Como reflexión final, las palabras de Juan Rulfo en *Pedro Páramo* resultan reveladoras: “Nada puede durar tanto, no existe ningún recuerdo por intenso que sea que no se apague” (92). La lumbre de la memoria de Zapata no se ha apagado hasta ahora. Pese a las maneras tan problemáticas en las que se ha consolidado su figura, el revolucionario ha sido una figura central al imaginario mexicano. De cualquier forma, recordar a Zapata en estos tiempos tan inciertos es claramente necesario; en un México plagado de la violencia del narcotráfico y con un PRI que continua gobernando sin la ciudadanía, la memoria del revolucionario es evocativa y la relectura neozapatista insta a la acción. Por lo tanto, resucitar sus propuestas, tal y como lo ha hecho el EZLN, es una obligación para estas comunidades, especialmente en tiempos en los que las identidades se van diluyendo con la globalización. Acompañar a estas mismas comunidades en su proceso de resignificación también convoca a la llamada Ciudad Letrada a ponderar su propia rehumanización. Se espera que esta tesis sea un modesto avance hacia tal propósito.

OBRAS CITADAS

Aguilar Camín, Héctor. "México 2010: De la Revolución a la Democracia." *Nexos*, Septiembre 2010, pp. 35-45.

Alimonda, Héctor. "La colonialidad de la naturaleza. Una aproximación a la ecología política latinoamericana." *La naturaleza colonizada. Ecología política y minería en América Latina,* Editado por Hector Alimonda, CLACSO, 2011, pp.21-60.

Anónimo. "La jeringa de Zapata." *Corridos sobre Emiliano Zapata y los zapatistas.* http://www.bibliotecas.tv/zapata/corridos/corr146.html. Accedido el 21 junio 2016,

Anónimo. "El saqueo de pueblos por Guajardo." *Corridos sobre Emiliano Zapata y los zapatistas.* http://www.bibliotecas.tv/zapata/corridos/corr42.html. Accedido el 21 junio 2016.

Anónimo. "La traición de Guajardo." *Corridos de la revolución mexicana: Desde 1910 a 1930, y otros notables de varias épocas,* Editado por César Macazaga Ordoño, Editorial Innovación, 1985, s.p.

Arranz Mínguez, Conrado José. *El universo literario de Mauricio Magdaleno (1906-1986).* Tesis Doctoral, Universidad Nacional de Educación a Distancia (España), 2014.

Arboleyda Castro, Ruth, compiladora. *Voces de la Revolución: Guiones radiofónicos,* Instituto Nacional de Antropología e Historia: 2014.

Avitía Hernández, Antonio, compilador. *Las Bolas Surianas: Históricas, Revolucionarias, Zapatistas y Amorosas de Marciano Silva*, Avitia Hernández Editores, 2004.

Baronnet, Bruno, Mariana Mora Bayo y Richard Stahler-Sholk, coordinadores. *Luchas "muy otras:" Zapatismo y autonomía en las comunidades indígenas de Chiapas,* Universidad Autónoma Metropolitana, 2011.

Bartra, Roger. “La sombra del futuro: Reflexiones sobre la transición mexicana.” *Letras Libres,* vol. 11, Diciembre 2009, pp. 36-43.

Barrón, Luis. *Historias de la Revolución mexicana,* Fondo de Cultura Económica, 2004.

Becerra, Federico. “Un recuerdo al Gral. Zapata.” *Corridos de la revolución mexicana: Desde 1910 a 1930, y otros notables de varias épocas,* Editor César Macazaga Ordoño, Editorial Innovación, 1985, s.p.

---. “Ovación al Gral. Emiliano Zapata.” *Corridos de la revolución mexicana: Desde 1910 a 1930, y otros notables de varias épocas,* Editor César Macazaga Ordoño, Editorial Innovación, 1985, s.p.

Benjamin, Thomas. “Rebuilding the Nation.” *The Oxford History of Mexico*, Editores William H. Beelezley y Michael C. Meyer, Oxford UP, 2010, pp. 438-470.

---. *La Revolución: Mexico’s Great Revolution as Memory, Myth, and History,* U of Texas P, 2000.

Bonfil-Batalla, Guillermo. *México Profundo: Una civilización negada.* 1987. Grijalbo, 1990.

Brunk, Samuel. *The Posthumous Career of Emiliano Zapata: Myth, Memory and Mexico’s Twentieth Century,* U of Austin P, 2008.

---. “The Eyes of Emiliano Zapata.” *Heroes and Hero Cults in Latin America*. Editores Samuel Brunk and Ben Fallaw, U of Texas P, 2006, pp. 109-127.

---. “‘The Sad Situation of Civilians and Soldiers’: The Banditry of Zapatismo and the Mexican Revolution.” *The American Historical Review*, vol. 101, no. 2, 1996, http://www.jstor.org/stable/2170394. Accedido el 23 enero 2016.

---. ¡*Emiliano Zapata! Revolution and Betrayal in Mexico,* U of New Mexico P, 1995.

---. “Zapata and the City Boys: In Search of a Piece of the Revolution.” *The Hispanic American Historical Review,* vol. 73, no. 1, 1993, http://www.jstor.org/stable/2517629. Accedido el 23 enero 2016.

Camp, Roderic Ai. “The Time of the Technocrats and Deconstruction of the Revolution.” *The Oxford History of Mexico*, Eds. William H. Beelezley y Michael C. Meyer, Oxford UP, 2010, pp. 569-597.

Carmona Dávila, Doralicia. "1856 Ley de desamortización de los bienes de las corporaciones civiles y eclesiásticas." *Memoria política de México*. Instituto Nacional de Estudios Políticos, sin fecha, http://www.memoriapoliticademexico.org/Textos/3Reforma/1856LEL.html. Accedido el 10 marzo 2016.

---. "1857 Constitución Federal de los Estados Unidos Mexicanos." *Memoria política de México*. Instituto Nacional de Estudios Políticos, sin fecha, http://www.memoriapoliticademexico.org/Textos/3Reforma/1857CFM.html. Accedido el 10 marzo 2016.

Castro-Gómez. “¿Disciplinar o poblar? La intelectualidad colombiana frente a la biopolítica (1904-1934).” *Nómadas*, no. 26, abril 2007, pp. 44-55.

CEDOZ. “¿Qué son los Acuerdos de San Andrés? (1996).” *Centro de Documentación sobre Zapatismo.* http://www.cedoz.org/site/content.php?doc=19. Accedido el 1 de marzo de 2017.

Cisneros, Sandra. “Eyes of Zapata.” *Woman Hollering Creek and Other Stories,* Random House: 1991, pp. 85-113.

Comisión Nacional para las Celebraciones del 175 Aniversario de la Independencia Nacional y 75 Aniversario de la Revolución Mexicana, Editores . *Así fue la Revolución mexicana.* Senado de la República-Secretaría de Educación Pública, 1985.

Corona, Ignacio. "Emiliano Zapata y el fluctuante archivo de la imagen: del héroe trágico a la nostalgia neoliberal." *La luz y la guerra: El cine de la Revolución mexicana,* Editores Fernando Fabio Sánchez y Gerardo García Muñoz, CONACULTA, 2010, pp. 595-648.

Craib, Raymond B. *Cartographic Mexico: A History of State Fixations and Fugitive Landscapes.* Duke UP, 2004.

Davalos, Pablo. "Movimientos indígenas en América Latina: El derecho a la palabra." CLACSO, sin fecha, 2005.

Dessau, Adalberto. *La novela de la Revolución Mexicana.* 1967. Fondo de Cultura Económica, 1972.

Domínguez-Ruvalcaba, Héctor. *Modernity and the Nation in Mexican Representations of Masculinity.* Palgrave-Macmillan, 2007.

Dussel, Enrique. *Introducción a la filosofía de la liberación en América Latina.* Extemporáneos, 1977.

Duvalier, Armand. "Romance y corrido." *Crisol, revista mensual publicada por el Bloque de Obreros Intelectuales de México,* vol. XV, septiembre 1937, s.p.

Encinas N., Alejandro. "Paradoja Bicentenaria." *México a 100 años de su Revolución,* Elisa Gómez, Coordinadora, Fundación Friedrich Ebert, 2010, pp. 114-121.

Enlace zapatista. Ejército Zapatista de Liberación Nacional, sin fecha , http://enlacezapatista.ezln.org.mx. Accedido el 7 de febrero de 2017.

Escobar, Arturo. *Territorios de diferencia: Lugar, movimientos, vida, redes.* Envión Editores, 2010.

Espejel, Laura, Alicia Olivera y Salvador Rueda Smithers. *Emiliano Zapata: Antología.* Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1988.

EZLN. "Votán Zapata." *Enlace zapatista,* 10 abril 1994, http://enlacezapatista.ezln.org.mx/1994/04/10/votan-zapata/

---. "Votán-Zapata, Guardián y Corazón del Pueblo." *Enlace zapatista,* 10 abril 1995, http://enlacezapatista.ezln.org.mx/1995/04/10/votan-zapata-guardian-y-corazon-del-pueblo/

Falcón, Romana. "Force and the Search for Consent: The Role of *Jefaturas Políticas* of Coahuila in National State Formation." *Everyday Forms of State Formation: Revolution and the Negotiation of Rule in Modern Mexico*, Editores Gilbert M. Joseph y Daniel Nugent, Duke UP, 1994, pp. 107-134.

Fals Borda, Orlando. "Socialismo raizal y democracia radical." *El socialismo raizal y la Gran Colombia bolivariana: Investigación Acción Participativa.* Fundación Editorial el Perro y la Lana, 2008, pp. 19-38.

Fitzgerald, Deborah. "Exporting American Agriculture: The Rockefeller Foundation in Mexico. 1943-1953." *Social Studies of Science,* vol. 16, no. 3, 1986, http://www.jstor.org/stable/285027. Accedido el 1 de noviembre de 2014.

Foran, John. "Reinventing the Mexican Revolution: The Competing Paradigms of Alan Knight and John Mason Hart." *Latin American Perspectives,* vol. 23, no. 4, 1996, http://www.jstor.org/stable/2634134. Accedido el 10 enero 2016.

Garcíadiego, Javier. *Textos de la Revolución mexicana.* Fundación Biblioteca Ayacucho, 2010.

García Gutiérrez, Rosa. *Contemporáneos: la otra novela de la Revolución Mexicana.* U de Huelva, 1999.

Gilly, Adolfo. *La revolución interrumpida.* El Caballito, 1972.

Gordon, Samuel. "Modernidad y Vanguardia en la literatura mexicana: Estridentistas y Contemporáneos." *Revista Iberoamericana,* vol. 55, 1989, pp. 1083-1098.

de Giménez, Catalina H. 1990. *Así cantaban la revolución.* Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1991.

González, Juan Diego. "Zapata, ¿a dónde vas?" *Semanario La Voz del Norte: Periódico Cultural de Sinaloa*, 11 de mayo de 2014. http://www.lavozdelnorte.com.mx/semanario/2014/05/11/zapata-a-donde-vas/. Accedido el 20 de enero de 2017.

Handelsman, Michael. "Género, raza y nación en la literatura ecuatoriana: Hacia una lectura decolonial." *Guaraguao*, vol. 15, no. 38, 2011, http://www.jstor.org/stable/23226446. Accedido el 8 de marzo de 2017.

Hart, Paul. *Bitter Harvest: The Social Transformation of Morelos, Mexico, and the Origins of the Zapatista Revolution, 1840-1910.* U of New Mexico P, 2005.

Harvey, Neil. *The Chiapas Rebellion: The Struggle for Land and Democracy.* Duke UP, 1998.

Hèau Lambert, Catherine. "El corrido y la bola suriana: El canto popular como arma ideológica y operador de identidad." *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas,* vol. II, no.6, 1989, http://www.redalyc.org/pdf/316/31620604.pdf. Accedido el 15 de agosto de 2016.

Herrera-Sobek, María. "The Good Mother Archetype." *The Mexican Corrido: A Feminist Analysis,* Indiana UP, 1993, pp. 1-15.

Horat, Anita. "«*Un mundo donde quepan muchos mundos* »: concepción política y poética del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN)." *Boletín Hispánico Helvético,* vol.4, 2004. pp. 105-117.

Comisión Organizadora de las Celebraciones del Bicentenario. *Bicentenario de México.* Gobierno de México. Sin fecha. http://web.archive.org/web/20130201071137/http://www.bicentenario.gob.mx/. Accedido el 3 de marzo de 2017.

"Jácara." *Diccionario de la lengua española,* Real Academia Española, 2016. http://dle.rae.es/?id=MHNhe64. Accedido el 4 de septiembre de 2016.

Joseph, Gilbert M. and Jürgen Buchenau. *Mexico's Once and Future Revolution: Social Upheaval and the Challenge of Rule since the Late Nineteenth Century.* Duke UP, 2013.

Knight, Alan. "Race, Revolution, and Indigenismo." *Race and Nation in Modern Latin America,* Editoras Nancy Applebaum, Anne S. Macpherson y Anne S. Rossemblatt, U of North Carolina P, 2003, pp. 71-113.

---. "Cardenismo: Juggernaut or Jalopy?" *Journal of Latin American Studies*, vol. 26, no.1, 1994, http://www.jstor.org/stable/157859. Accedido el 17 de octubre de 2014.

---. *The Mexican Revolution.* Cambridge UP, 1986. 2Vols.

Knowlton, Robert J. "El ejido mexicano en el siglo XIX." Traducción Lucrecia Orensanz. *Historia Mexicana,* vol. 48 no.1, 1998, http://www.jstor.org/stable/25139210. Accedido el 13 febrero 2016.

Kourí, Emilio. “La invención del ejido.” *Nexos.* Nexos, Enero 2015, http://www.nexos.com.mx/?p=23778. Accedido el 16 febrero 2016.

---. “Interpreting the Expropriation of Indian Pueblo Lands in Porfirian Mexico: The Unexamined Legacies of Andrés Molina Enríquez.” *Hispanic American Historical Review*, vol. 82, no. 1, 2002, http://muse.jhu.edu/article/12664. Accedido el 19 febrero 2016.

León Flores, Aldo. *Zapata, ¿a dónde vas?*. 2010. Instituto Sonorense de Cultura, 2012.

León-Portilla, Miguel. *Los manifiestos en Náhuatl de Emiliano Zapata.* U Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1978.

---. *De Teotihuacán a los Aztecas: Antología de fuentes e interpretaciones históricas*. U Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1971.

Lienhard, Martin. *La voz y su huella: Escritura y conflicto étnico-social en América Latina (1492-1988)*. Editores Casa de las Américas, 1990.

List Arzubide, Armando. “De la muerte de Emiliano Zapata.” *El corrido mexicano,* 1954, Editor Vicente Mendoza, Fondo de Cultura Económica, 2004, pp. 81-85.

List Arzubide, German. *Emiliano Zapata (Exaltación)*. 1927. Ediciones Conferencia, 1965.

M.A. “A la tumba de los héroes.” *La revolución mexicana a través de los corridos populares.* Vol. I, editor Armando de María y Campos, Biblioteca del Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución mexicana, 1962, pp. 248-249

Macías-González, Víctor and Anne Rubenstein. “Introduction.” *Masculinity and Sexuality in Modern Mexico,* U of New Mexico P, 2012, pp. 2-21.

Magaña, Gildardo. *Emiliano Zapata y el agrarismo en México.* Editorial Ruta, 1951. 5 vols.

Magdaleno, Mauricio. “Emiliano Zapata.” *Teatro revolucionario mexicano,* Cénit, 1933, pp. 93-164.

Martos, Ana. *Breve historia de Atila y los Hunos.* Nowtilus, 2011.

Mayer González, Alicia. “La conmemoración del bicentenario de la Independencia y del centenario de la Revolución Mexicana desde la Universidad Nacional Autónoma de México.” *Iberoamericana (2001--),* vol. 11, no. 42, 2011, http://jstor.org/stable/41677379. Accedido el 5 de marzo de 2017.

de María y Campos, Armando. *La revolución mexicana a través de los corridos populares,* vol. I. Biblioteca del Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución mexicana, 1962.

McDowell, John H. “Folklore as Commemorative Discourse.” *The Journal of American Folklore,* vol. 105, no. 418, 1992, htpp://www.jstor.org/stable/541619. Accedido el 14 de febrero de 2014.

Mendoza, Vicente T. *El corrido mexicano.* 1954. Fondo de Cultura Económica, 2004.

---. “El machismo en México a través de sus canciones, corridos y cantares.” *Cuadernos del Instituto Nacional de Investigaciones Folklóricas,* vol. 3, no. 1, 1962, pp. 75-86.

Mijangos Díaz, Eduardo y Alexandra López Torres. “El problema del indigenismo en el debate intelectual posrevolucionario.” *Signos Históricos*, vol.13, no. 25, junio 2011, pp. 42-67.

Mignolo, Walter. “‘Un paradigma otro’: Colonialidad global, pensamiento fronterizo y cosmopolitanismo crítico.” *Dispositio*, vol. 25 no. 52, 2005, http://www.jstor.org/stable/41491792. Accedido el 28 octubre 2015.

---. "The Zapatistas's Theoretical Revolution: Its Historical, Ethical, and Political Consequences." *Review (Fernand Braudel Center)*, vol. 25 no. 3, 2002, http://www.jstor.org/stable/40241550. Accedido el 17 de enero de 2017.

---. *Local Histories/ Global Designs: Coloniality, Subaltern Knowledges and Border Thinking.* Princeton UP, 2000.

Mirón L., Benito. "Las dos caras de la Revolución inconclusa." *México a 100 años de su Revolución,* Elisa Gómez, coordinadora, Fundación Friedrich Ebert, 2010, pp. 84-91.

Monsivais, Carlos. "La nación de unos cuantos y las esperanzas románticas (Notas sobre la historia del término "Cultura Nacional" en México)." *En torno a la cultural nacional*, editores Héctor Aguilar et al., Instituto Nacional Indigenista y Secretaría de Educación Pública, 1976, pp. 159-221.

---. "No con un sollozo, sino entre disparos (Notas sobre cultura mexicana 1910-1968)." *Revista iberoamericana,* vol. LV, no. 148-149, 1989, http://dx.doi.org/10.5195/reviberoamer.1989.4622. Accedido el 15 de diciembre 2016.

Mora, Mariana. *La descolonización de la política: La autonomía indígena zapatista frente a las lógicas de gobernabilidad neoliberal y la guerra de baja intensidad*. Tesis Doctoral, U of Texas at Austin, 2008.

Moyano Pahissa, Ángela. *La pérdida de Texas.* Planeta, 1991.

Niemeyer, Katharina. "Arte—vida: ¿Ida y vuelta? El caso del estridentismo." *Naciendo el hombre nuevo. Fundir literatura, artes y vida como práctica de las vanguardias en el Mundo Ibérico,* editor Harald Wentzlaff-Eggebert, Bibliotheca Ibero-American 72, pp. 187-212.

Niño, Hugo. “El etnotexto: Voz y actuación de la oralidad.” *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana,* vol. 24, no. 47, 1998, http://jstor.org/stable/4530969. Accedido el 31 de agosto de 2016.

O’Malley, Illene V. *The Myth of the Revolution: Hero Cults and the Institutionalization of the Mexican State, 1920-1940.* Greenwood P, 1986.

Ortiz Bullé Goyri, Alejandro. “Cultura y política en el drama mexicano posrevolucionario (1920-1940).” *Cuadernos de América sin nombre,* vol. 20, 2007. http://hdl.handle.net/10045/6317. Accedido el 20 de octubre de 2016.

Osorio, Nelson T. “Para una caracterización histórica del vanguardismo literario hispanoamericano.” *Revista Iberoamericana*, vol. XLVII, no. 114-115, 1981, http://dx.doi.org/10.5195/reviberoamer.1981.3623, Accedido el 6 de septiembre de 2015.

Padilla, Tanalís. *Rural Resistance in the Land of Zapata: The Jaramillista Movement and the Myth of the Pax Priista, 1940-1962.* Duke UP, 2008.

Palabra zapatista: Cartas y comunicados del EZLN. Ejército Zapatista de Liberación Nacional, sin fecha, http://palabra.ezln.org.mx, accedido el 7 de febrero de 2017.

Paredes, Américo. “The United States, Mexico, and ‘Machismo.” *Journal of the Folklore Institute,* vol. 8, no.1, 1971, http://www.jstor.org/stable/3814061. Accedido el 20 de junio de 2014.

Paz, Octavio. 1950. *El laberinto de la soledad.* Cátedra: 2009.

Paz Solórzano, Octavio. *Emiliano Zapata.* 1936. México: Fondo de Cultura Económica, 2012.

Pérez Monfort, Ricardo. “Las invenciones del México indio. Nacionalismo y cultura en México 1920-1940.” *Pontificia Universidad Católica del Perú*. http://red.pucp.edu.pe/ridei/files/2011/08/100605.pdf. Accedido el 20 diciembre 2016.

Pineda, Francisco. “El Plan de Ayala y los saberes de los campesinos revolucionarios.” *A cien años del Plan de Ayala*, co-edición, Fundación Zapata y los Herederos de la Revolución, Ediciones Era, 2013, pp. 213-242

Quijano, Anibal. “Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina.” *Cuestiones y Horizontes, Antología esencial: De la dependencia histórico-estructural a la colonialidad/ descolonialidad del poder,* editor Danilo Assis Clímaco, CLACSO, 2014, pp. 777-832.

---. “El ‘movimiento indígena’ y las cuestiones pendientes en América Latina.” *Cuestiones y Horizontes, Antología esencial: De la dependencia histórico-estructural a la colonialidad/ descolonialidad del poder,* editor Danilo Assis Clímaco, CLACSO, 2014, pp. 635-666.

---. “Colonialidad del poder y subjetividad en América Latina.” *Contextualizaciones latinoamericanas,* vol. 5, 2011, http://www.contextualizacioneslatinoamericanas.com.mx/pdf/Colonialidad%20del%20poder%20y%20subjetividad%20en%20América%20Latina_5.pdf. Accedido el 15 enero 2016.

---. “Don Quijote y los molinos de viento en América Latina. *Investigaciones sociales,* vol. 16, 2007, http://revistasinvestigacion.unmsm.edu.pe/index.php/sociales/article/view/7030. Accedido 10 diciembre 2015.

Rama, Ángel. *La ciudad letrada.* Arca: 1998.

Ramírez, Santiago. "Motivaciones psicológicas del mexicano." *El mexicano: psicología de sus motivaciones,* 1959, Grijalbo,1970, pp. 6-50.

Ramos, Samuel. 1934. *El perfil del hombre y la cultura en México.* Colección Austral, 1951.

Reyes Áviles, Carlos. *Cartones zapatistas.* Dirección General de Investigaciones Históricas y Asuntos Culturales del Gobierno del Estado de Morelos, 1928.

del Río Reyes, Marcela. *Perfil y muestra del Teatro de la Revolución mexicana.* 1993. Fondo de Cultura Económica, 1997.

Rodríguez, Ileana. "Hegemonía y dominio: Subalternidad, un significado flotante." *Teorías sin disciplina (latinoamericanismo, poscolonialidad y globalización en debate),* editores Santiago Castro Gómez y Eduardo Mendieta, Miguel Ángel Porrua, 1998. sin páginas.

Rueda Smithers, Salvador. "Emiliano Zapata: Entre la historia y el mito." *El héroe entre el mito y la historia,* editores Federico Navarrete Linares y Guilhem Olivier, UNAM, 2000, pp. 251-264.

---. *El paraiso de la caña: historia de una construcción imaginaria.* Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1998.

Rulfo, Juan. *Pedro Páramo*. Epublibre.org, 1955.

S/A. "Murió Emiliano Zapata: El zapatismo ha muerto." *Excelsior*, 11 abril 1919.

Saldaña, María Josefina. "The Politics of Silence: Development and Difference in Zapatismo." *The Revolutionary Imagination in the Americas and the Age of Development,* Duke UP, 2003, pp. 191-258.

Sánchez, Fernando Fabio. "Contemporáneos y Estridentistas ante la identidad y el arte nacionales en el México post-revolucionario de 1921 a 1934." *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana,* vol. 33 no. 66, 2007, http://www.jstor.org/stable/25485837. Accedido el 30 de abril de 2015.

Sánchez González, Agustín. *José Guadalupe Posada: Un artista en blanco y negro.* 1996. Círculo de Arte, 2010.

Secreto, María Verónica. "'Ese comunismo estéril en que vegetan': El individualismo agrario frente a las formas ancestrales de propiedad y los usos tradicionales de la tierra." *La naturaleza colonizada. Ecología política y minería en América Latina,* editor Hector Alimonda, CLACSO, 2011, pp. 113-126.

Serrano Martínez, Celedonio. *El corrido mexicano no deriva del romance español.* Centro Cultural Guerrerense, 1973.

Silva, Marciano. "Duelo del General Emiliano Zapata." *Las Bolas Surianas: Históricas, Revolucionarias, Zapatistas y Amorosas de Marciano Silva*, Editor Antonio Avítia Hernández, Avitia Hernández Editores, 2004, pp. 155-162.

Silva Herzog, Jesús. *Breve historia de la Revolución Mexicana.* Fondo de Cultura Económica, 1960. 2 vols.

Simmons, Merle E. *The Mexican Corrido as a Source for Interpretative Study of Modern Mexico (1870-1950).* Indiana UP, 1957.

Sotelo Inclán, Jesús. *Raíz y razón de Zapata.* 1943. Cien de México, 2011.

Stabb, Martin S. "Indigenism and Racism in Mexican Thought: 1857-1911." *Journal of Inter-American Studies,* vol 1 no. 4, 1959, http://www.jstor.org/stable/165117. Accedido el 20 marzo 2016.

Stephen, Lyn. *¡Zapata Lives! Histories and Cultural Politics in Southern Mexico.* U of California P, 2002.

Stern, Alexandra Minna. "From Mestizophilia to Biotipology: Racialization and Science in Mexico, 1920-1960." *Race and Nation in Modern Latin America*, editoras Nancy Applebaum, Anne S. Macpherson y Anne S. Rossemblatt, U of North Carolina P, 2003, pp. 186-209.

Subcomandante Insurgente Marcos. *Relatos del viejo Antonio*. Centro de Información y Análisis de Chiapas, 1998.

Tannenbaum, Frank. *The Mexican Agrarian Revolution.* Macmillan, 1929.

Torres Carrillo, Alfonso. "Pasados hegemónicos, memorias colectivas e historias subalternas." *Estudios culturales latinoamericanos: retos desde y sobre la región andina,* editora Catherine Walsh, Ediciones Abya-Yala, 2003, pp. 197-214.

Van Young, Eric. "Conclusion: The State as Vampire—Hegemonic Projects, Public Rituals and Popular Culture in Mexico, 1600-1990." *Rituals of Rule, Rituals of Resistance: Public Celebrations and Popular Culture in Mexico,* editores William H. Beezley, Cheryl English Martin y William E. French, Rowman & Littlefield, 1994, pp. 343-374.

Vevia Romero, Fernando Carlos. *Teatro y Revolución mexicana.* U. de Guadalajara: 1991.

Walsh, Catherine. "La re-articulación de subjetividades políticas y diferencia colonial en Ecuador: reflexiones sobre el capitalismo y las geopolíticas del conocimiento."

Indisciplinar las ciencias sociales. Geopolíticas del conocimiento y colonialidad del poder. Perspectivas desde lo andino, Editores Catherine Walsh, Freya Schiwy y Santiago Castro-Gómez, Abya Yala, 2002, pp. 175-214.

Warman, Arturo. "La reforma agraria mexicana: una visión de largo plazo." *Reforma agraria, colonización y cooperativas,* Food and Agricultural Organization of the United Nations, http://www.fao.org/docrep/006/j0415t/j0415t09.htm. Accedido el 20 de enero de 2017.

---. *Y venimos a contradecir: Los campesinos de Morelos y el estado nacional.* Ediciones de la Casa Chata, 1976.

Wilkie, James W. "Primera Reforma Agraria en México, 1853-1909, a través de la estadística nacional." *Mexico and the World,* vol. 3 no.3, 1998, http://www.profmex.org/mexicoandtheworld/volume3/3summer98/laestadistica_economicap2.html. Accedido el 10 mayo 2016.

Wolfe, Mikael. "The Sociolegal Redesignation of *Ejido* Land Use, 1856-1912." *Mexico in Transition: New Perspectives on Mexican Agrarian History, 19th and 20th Centuries. México y sus transiciones: Reconsideraciones sobre la historia agraria Mexicana, siglos XIX y XX,* Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS), 2013, pp. 291-321.

Womack Jr., John. *Zapata and the Mexican Revolution*. 1968. Vintage Books, 1970.

"Zapata es el moderno Atila." *El imparcial.* 20 de junio de 1911, Portada.

Zavala, Silvio. *La encomienda indiana*. Junta para Ampliación de Estudios, Centro de Estudios Históricos, 1935.

Zolov, Eric. “Discovering a Land ‘Mysterious and Obvious’: The Renarrativizing of Postrevolutionary Mexico.” *Fragments of a Golden Age: The Politics of Culture in Mexico since 1940,* Editores Gilbert M. Joseph, Anne Rubinstein, y Eric Zolov, Duke UP, 2001, pp. 234-272.

Zúñiga Alegría, José G. y Juan A. Castillo López. “La Revolución de 1910 y el mito del ejido mexicano.” *Alegatos*, vol. 75, 2010, http://www.azc.uam.mx/publicaciones/alegatos/pdfs/68/75-07.pdf. Accedido el 24 noviembre 2015.

VITA

Andrea Perales Fernández de Gamboa was born in Vitoria-Gasteiz, Spain. She obtained her B.A. in English and her M.A. in Literature and Literary Science from the University of the Basque Country (Spain). She also holds a M.A. in High School Education.